

UNA MANCHA

DOS

TINTA



MONTANER Y SIMON

Lectulandia

El amor surge de forma inesperada. El relato se narra de un modo en el que se puede observar la forma de vida y costumbre en la Europa de finales del siglo XIX. Por una simple mancha de tinta caída en un libro, los vericuetos realizados por varios de los protagonistas para llegar a un final no siempre esperado. Es una historia narrada en primera persona, con diálogos y pensamientos que exhiben en todo momento los valores tradicionales.

Lectulandia

Renato Bazin

Una mancha de tinta

ePub r1.0

AbuJairoa 01.03.14

Título original: *Une tâche d'encre*

Renato Bazin, 1903

Traducción: L. C. Viada y Lluch

N. sobre edición original: Edición digital basada en la edición de Barcelona, Montaner y Simón

Editores, calle de Aragón n.º 309 y 311, 1903

Ilustraciones: Andrés Brouillet

Editor digital: AbuJairoa

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Una mancha de tinta

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23. He ahí todo lo que tengo que decir de los veintitrés primeros años de mi vida. Su enumeración basta: ella marca bien su parecido común y su común monotonía.

He perdido á mis padres siendo muy joven: apenas si me acuerdo de sus rasgos fisonómicos, y no me acordaría de nuestra casa de la Chatre, si no me hubiese educado cerca de ella, casa vendida y, para el caso, muerta también. Sí, la Chatre, de sino desgraciado para mí: allí fue donde vine al mundo: el liceo de la Chatre ha devorado hasta el año decimoctavo de mi existencia. El director tenía la costumbre de decir que el colegio es una segunda familia, con lo cual he supuesto siempre que agraviaba á la primera.

Apenas bachiller, mi tío y tutor, el señor Bruto Mouillard, abogado en Bourges, me envía á París á estudiar Derecho. Paso aquí tres años. Ved lo sucedido: me he licenciado hace diez y ocho meses y he prestado en calidad de tal, según la expresión de mi tío, un juramento que me ha convertido en abogado *in pártibus*. Todos los lunes, con regularidad, voy á firmar, con otros muchos, en una lista de presente, y adquiero con ello, según parece, títulos á la confianza de la viuda y del huérfano.

Durante el curso de mis estudios jurídicos he llevado á feliz término mi licenciatura en Letras. Ahora voy tras mi título de doctor en Derecho. Mis exámenes han sido sólidos, no brillantes: demasiado atildamiento literario: bien me lo ha dado á entender el señor Flamarán al decirme:

—Joven, la ciencia del Derecho es de carácter celoso; no admite dualismo en el corazón.

¿Dualismo en mi corazón? No lo creo; pero tampoco se lo digo al señor Mouillard, que no ha olvidado aquella calaverada mía de la licenciatura en Letras. Él funda en mí algunas esperanzas, y es natural que, á mi vez, funde yo algunas en él.

En verdad, mi pasado no es más que ése: dos pergaminos conquistados. Mi porvenir, un tercer título en perspectiva y un tío á quien heredar. ¿Puede imaginarse nada más vulgar, nada más ordinario?

Se comprende que hasta hoy, 10 de diciembre de 1884, no haya tenido nunca la tentación de tomar nota de nada. Ni un suceso, ni una crónica; y así hubiera muerto. Pero ¿quién es capaz de prever las transformaciones súbitas de la vida? ¿Quién puede predecir que esta madeja, hasta ahora tan pacíficamente devanada, no va á enredarse de repente? Hoy, después de mediodía, me ha acontecido algo grave que me ha conmovido en el primer momento, y más aún al reflexionar sobre ello. Secreta voz me dice que esta causa producirá numerosos efectos y que me encuentro en el principio de una época, o, como dicen los novelistas, en el principio de una crisis de la existencia. Me ha parecido que me debía á mí mismo el escribir memorias, y he ahí por qué acabo de comprar este cuaderno obscuro en las galerías del Odeón. Voy á consignar en él lo sucedido, con sus menores detalles, y después, si hay un después, las consecuencias que de él vayan goteando.

Gotear es la palabra apropiada, puesto que se trata de una mancha de tinta.

Apenas está seca mi mancha de tinta, y es ancha, de forma rara, y verdaderamente monstruosa, bien se la considere por su lado físico, bien se la estudie en su aspecto moral. Es algo más que un accidente: participa de la naturaleza del atentado. En la Biblioteca Nacional fue donde la eché, y sobre... Pero no anticipemos.

Voy á trabajar con frecuencia á la Biblioteca Nacional, no á la sala pública, sino á la de los impresos, abierta únicamente á los letrados provistos de un título y de una autorización. Nunca entro en ella sin sentir una ligera impresión que tanto participa del respeto como de la vanidad satisfecha, porque allí no entra el que quiere. Antes de llegar hasta el grave ujier sentado detrás del cancel de la puerta, he necesitado pasar por delante de la habitación del conserje, quien me ha guardado el paraguas: doble protección que atestigua la majestad del lugar. El ujier me conoce y ya no me pide el pase. Es indudable que aún no soy uno de esos antiguos conocidos á los cuales sonrío, no; pero tampoco soy uno de esos novicios á los cuales exige el documento para entrar. Una inclinación suya de cabeza me introduce en el templo, y aquella inclinación quiere decir, positivamente: «Aunque algo joven, es usted de la casa: entre usted, caballero».

Y entro, y admiro siempre las vastas proporciones de la nave; la severa decoración de los muros ornados de anchos follajes; los artesonados hechos con

volúmenes usuales al alcance de la mano; al areópago de bibliotecarios y de conservadores, situado allá abajo en una especie de estrado tribunicio, al extremo de la avenida, cuya alfombra mata el ruido de los pasos, y detrás, más allá aún, aquel santuario en donde trabajan los privilegiados entre los privilegiados, aquéllos que, según yo supongo, pertenecen á dos o tres Academias. A derecha e izquierda de la avenida, se ven filas de mesas y de poltronas en las cuales se dispersa, siguiendo las leyes de la fantasía convertida en hábito, la población sabia de la Biblioteca. Los hombres están en mayoría. Vistos de espaldas e inclinados, dan motivo para que uno se fije en los estragos que causa el pensamiento en los dominios del cuero cabelludo. Por alguno que otro meridional hirsuto, cuyo cabello encanece y no cae, ¡cuánto calvo, señor! Aquella superficie monda y asolada es la única que los visitantes distinguen por las lumbreras de la puerta. A fe que es ingrata. Por casualidad encuentra uno, aquí o acullá, algunas mujeres entre aquellos hombres. Jorge Sand era una de ellas. Ignoro el nombre y la ocupación de sus sucesoras; solamente he notado que llevan traje obscuro, profusión de chales y un velito espeso: siente, comprende uno que el amor está alejado de ellas o lejos de allí.

Muchos de aquellos hombres doctos vuelven la cabeza cuando yo paso y me siguen con la mirada imbécil del lector fijo aún en el pensamiento escrito y no atento á lo que ve. Después, repentinamente, les entra el remordimiento de la distracción, me encuentran fastidioso, un débil rayo de impaciencia anima su mirada, y todos vuelven á sumergirse en el volumen abierto. Pero yo he tenido tiempo de adivinar sus exclamaciones mentales:

—¡Yo estudio el origen de los gremios de artesanos!

—¡Yo el reinado de Luis XII!

—¡Yo los dialectos romanos!

—¡Yo la condición civil de las mujeres en tiempo de Tiberio!

—¡Yo, yo limo una nueva traducción de Horacio!

—¡Yo, yo fulmino un séptimo artículo acerca de la servidumbre en Rusia!

Y me parece que todos añaden:

—Y tú, ¿qué vienes á hacer aquí, púber? ¿Qué es lo que se puede escribir á tu edad? ¿Por qué turbas la paz de este sitio venerable?

—¡Ah, señores!; ¿qué es lo que yo vengo á hacer? Mi tesis de doctorado. Mi tío y antiguo tutor, el señor Bruto Mouillard, abogado en Bourges, me apremia para que concluya; me llama á la provincia, y se indigna de la lentitud con que hago la composición.

«Basta de teorías —me escribe— ¡al asunto! Pase porque aspire á obtener ese título; pero ¿qué idea te ha dado de elegir semejante tesis?».

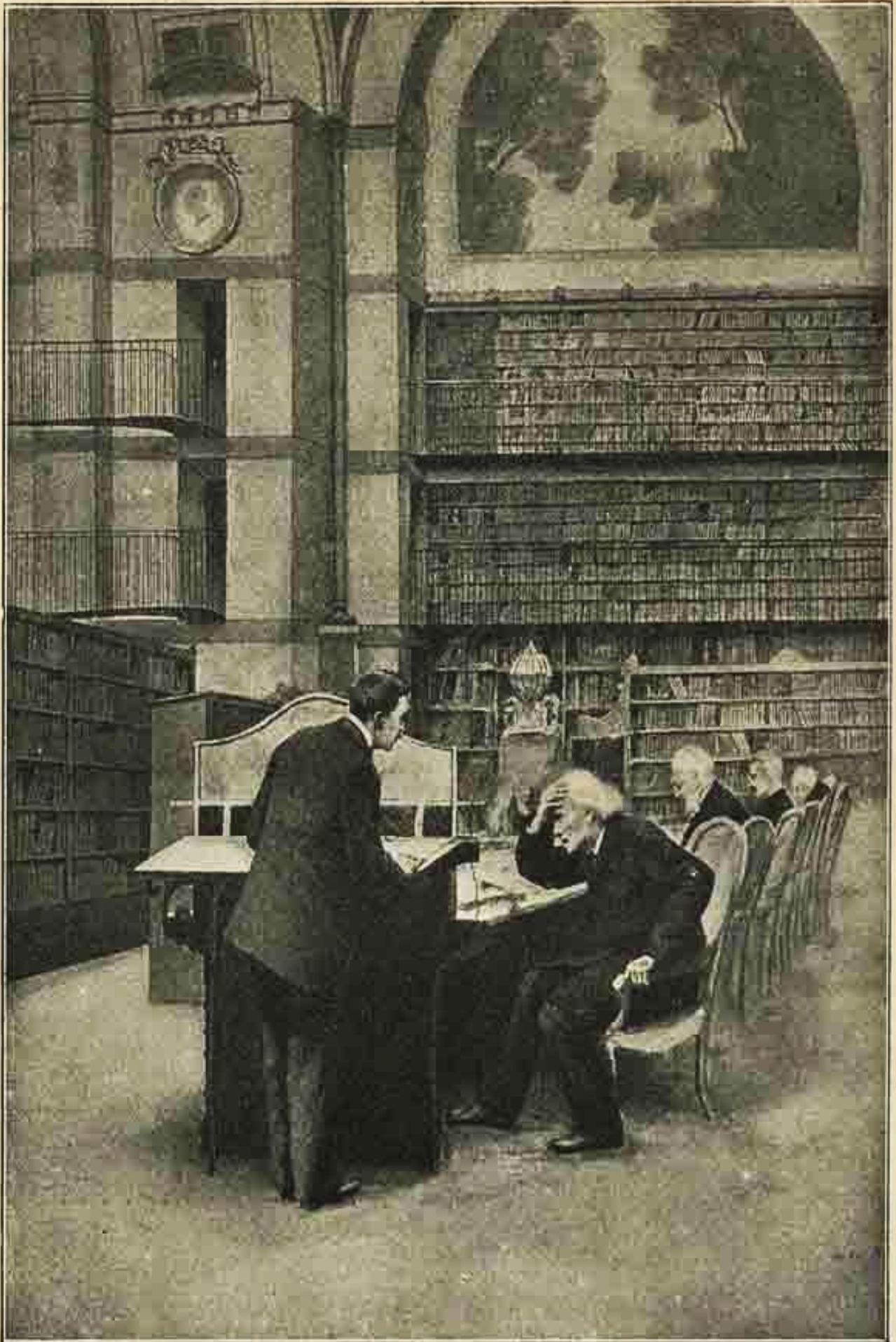
El hecho es que el asunto de mi tesis romana ha sido artísticamente excogitado para prolongar mi permanencia en París: De los Latinos Junianos. Sí, señores, un

asunto nuevo; casi imposible de dilucidar; sin ninguna correlación, próxima ni lejana, con el ejercicio de una profesión cualquiera, y sin la menor utilidad práctica. No os podéis imaginar el trabajo que me cuesta.

Verdad es que yo intercalo en mis pesquisas algunas lecturas más atrayentes, algunas visitas á las exposiciones y más de una velada al teatro. Mi tío no sabe nada de esto: para calmarlo, me cuido de renovar todos los meses mi pase de lector y de remitirle mi pase prescrito, firmado por el señor Leopoldo Delisle. Con ellos debe de haber llenado ya una caja. Y con su ingenuo corazón, el señor Mouillard admira secretamente á este sobrino, nuevo benedictino que se pasa los días en la Biblioteca Nacional, y las noches con Gayo, ocupado únicamente en los Latinos Junianos, indiferente á todo lo que no sea Latín Juniano en este París que mi tío denomina aún la Babilonia moderna. Llegaba yo, pues, esta mañana en las más laboriosas disposiciones, cuando sobrevino la desgracia. Cerca del bufete en que toman asiento los bibliotecarios hay dos pupitres en los que se redactan los boletines de petición. Yo escribía en el de la derecha, al cual viene á apoyarse la primera fila de mesas: de ahí vino todo el mal. Si yo hubiese escrito en el de la izquierda, nada hubiese ocurrido. Pero no; yo acababa de consignar, lo menos ilegiblemente posible, el título, el autor y la forma de cierto volumen referente á las antigüedades de Roma, cuando, al dejar el portaplumas, que está sujeto por una cadenita de cobre, no sé si la distracción, si la imprudencia o si la mala suerte, que es lo más probable, me hizo colocar el instrumento en equilibrio inestable sobre el borde del pupitre. Cae; escucho el ruido de la cadenita al desarrollarse; sigue cayendo, y luego se detiene en seco. El mal está hecho. La brusca sacudida de la detención ha hecho saltar de los puntos de la pluma una enorme gota de tinta, y la gota... ¡Ah! Aún veo surgir de la sombra del pupitre á aquel hombre pequeño, blanco, delgado y furioso, exclamando:

—¡Torpe! ¡Manchar un incunable!

Me incliné. En la hoja de un infolio, cerca de una mayúscula titular, se había estampado la negra mancha de tinta. Alrededor de la esfera primitiva habían aparecido salpicaduras de todas formas, surcos, cohetes, líneas de puntos, moharras, todo lo imprevisto del caos: únase á esto la inclinación haciendo que se vaciaran las canales y que se formase un arroyo negro que se deslizaba serpenteando hasta la margen. Algunos vecinos se habían levantado y me miraban con ojos de juez de instrucción. Yo me esperaba un escándalo, y permanecía inmóvil, estúpido, murmurando palabras inútiles para la reparación del daño:



—¡Qué desgracia!... ¡Lo siento en el alma!... ¡Si yo hubiera sabido!...

El lector del incunable tampoco se movía: ambos veíamos cómo fluía la mancha. De repente, habiendo recobrado sus facultades intelectuales, escarbó con actividad febril en su cartera de tafilete; sacó de ella una hoja de papel secante y se puso á recoger la tinta con las mismas precauciones con que una hermana de la Caridad hubiese lavado una herida. Yo me aproveché de aquello para retirarme discretamente hasta la tercera fila de mesas, en donde el mozo acababa de colocar mis libros. ¡Es tan estúpido el miedo! ¿Sería posible que no diciendo nada, que desapareciendo, que ocultando la cabeza entre mis manos como un hombre agobiado por el peso de su responsabilidad, pudiera yo desarmar aquella cólera? Traté de creerlo así; pero comprendía bien que no había concluido todo. Apenas me hube sentado, levanté los ojos. Entonces distinguí, por entre mis dedos, al hombrecillo blanco que permanecía en pie y que gesticulaba junto á uno de los conservadores. Tan pronto golpeaba con el dedo índice la pieza de convicción, como me designaba volviéndose á medias, y yo adivinaba, sin oír, la aspereza de los términos que usaba contra mí. El conservador me pareció conmovido. Yo me sentía enrojecer.

«Debe de existir —pensé— una ley contra las manchas de tinta, un decreto, un reglamento, algo que proteja al incunable. Y la sanción penal debe de ser terrible, puesto que son los sabios los que la han dictado: la expulsión sin duda, amén de la multa, una multa enorme. Me parece que me van á desvalijar aquí. Ese cuaderno que compulsan es, evidentemente, el catálogo de la venta en que fue comprado ese tesoro. Voy á tener que pagar el incunable. ¡Oh, tío Mouillard!».

A tal punto llegaba en mis tristes pensamientos, cuando un mozo de sala, al cual no había visto acercarse, me tocó en la espalda.

—El señor conservador desea hablar á usted.

Me levanté y fui. El terrible lector había ocupado de nuevo su asiento.

—¿Es usted, caballero, quien ha manchado el infolio?

—Sí, señor.

—¿No lo ha hecho usted intencionadamente?

—Seguramente que no, caballero, y deploro mucho lo ocurrido.

—Tiene usted razón en deplorarlo: el volumen es de los más raros, y la mancha también; además, no se mancha de ese modo.

Iba yo á responderle: «Cada uno mancha como puede;» pero me contuve.

—Tenga usted la bondad de dejarme nota de su nombre, profesión y domicilio.

Yo escribí: Fabián-Juan-Jaime Mouillard, abogado, calle de Rennes, 91.

—¿Es esto todo? —pregunté.

—Sí, caballero: todo, por el momento; pero le advierto que el señor Charnot está muy disgustado y que no estaría de más que le presentase usted sus excusas.

—¿El señor Charnot?

—Sí; el miembro del Instituto que leía el incunable.

—¡Bondad divina! —murmuré suspirando al volver á mi asiento—; ¡debe de ser de él de quien me ha hablado mi presidente de tesis! El señor Flamarán es de la Academia de Ciencias morales y políticas; el otro de la de Inscripciones y Bellas Letras. ¿Charnot? Sí; me suena al oído. La última vez que vi al señor Flamarán me lanzó un «mi excelente amigo Charnot, de las Inscripciones». Son íntimos. ¡Bonita situación la mía, amenazada de no sé qué de parte de la Biblioteca, porque el conservador me ha dicho muy claramente que aquello era todo, por el momento, pero no para lo porvenir, y amenazada de un flaco servicio de la de mi presidente de tesis, por poco bilioso que sea este sabio!

Es necesario que presente mis excusas. Veamos: ¿qué le diré al señor Charnot? En realidad, á quien debiera presentárselas es al incunable. Yo no he manchado al señor Charnot: está immaculado desde la cruz á la fecha: el borrón, las salpicaduras, todo ha sido para el incunable. Le diré: «Caballero, deploro con toda mi alma haberle distraído tan desgraciadamente de sus sabias investigaciones;» le halagará: será un poderoso lenitivo.

Iba á levantarme; pero se me anticipó el señor Charnot.

El período agudo del dolor no es el de los primeros instantes. Yo le vi avanzar más nervioso, más irritado que en el momento del accidente. Por encima de su barba enjuta y afeitada, un movimiento de cólera estiraba sus labios: su brazo temblaba contra su cartera: me lanzó una mirada trágica y pasó.

Y bien: vaya usted con Dios, señor Charnot: no se le presentan excusas á un hombre encolerizado. Las tendrá usted más tarde, cuando nos volvamos á ver..., si es que volvemos á vernos.

28 de diciembre de 1884

He ido hoy, después de mediodía, á casa del señor de Flamarán: hace ocho días que pensaba hacerlo, pero mis Latinos Junianos se encontraban en apuro inminente. Tan interesante orden de manumitidos empieza á apasionarme. Simpatía bien natural en verdad: los Latinos Junianos son pobres esclavos cuya manumisión no reconocía el antiguo derecho formalista de Roma, porque á sus señores les había parecido bien libertarlos de otro modo que por la vindicta, el censo o el testamento; desheredados, por consecuencia, y víctimas de la intolerancia legislativa de la orgullosa ciudad. ¿No es esto ya bastante conmovedor? Luego aparece Junio Norbano, un verdadero demócrata, cónsul de su Estado, que presenta una ley, la hace votar y les da la libertad. Ellos fueron libres gracias á él, y él vivirá gracias á ellos. En adelante, un

esclavo que haya obtenido, después de beber, algunas palabras benévolas de su dueño, es Latino Juniano; que es llamado «hijo mío» en un acto público, Latino Juniano; que se encasqueta el gorro de libertad, el pileus, en el entierro de su señor, Latino Juniano; que abanica el cadáver, también Latino Juniano, por su fatiga.

¡Qué hermoso corazón el de Norbano! ¡Cómo pensaba en todo, hasta en los detalles de las pompas fúnebres, para encontrar en ellos motivos de manumisión! Y todo esto en medio de las guerras de Mario y de Sila, en las que tomaba parte. Me lo represento en una tarde de batalla, sentado delante de su tienda. Con los codos apoyados en el escudo, pensativo, fija su mirada en el esclavo que repara las mellas de su espada. Se le humedecen los ojos y murmura:

—Te preparo, ¡oh fiel Stychus!, una sorpresa agradable para cuando llegue la paz. Oirás hablar de la ley Junia Norbana: te respondo de ello.

¿No hay en lo dicho asunto bastante para un cuadro o para una estatua en un concurso del premio de Roma?

Hombre tan cuidadoso de los detalles, debió de dar un traje especial á los manumitidos especiales que creaba, porque en Roma hasta la libertad tiene su librea. ¿Cuál era aquel traje? Quizá no existiera. Cuestión es ésta que ningún texto puede esclarecerme. Pero me queda un recurso: el del señor Flamarán que tantas cosas sabe y que podría saber también ésta.

El señor Flamarán es del Mediodía, es de Marsella, según creo. No es un romanista; pero como es universal, viene á ser lo mismo: desde muy joven se ha hecho célebre, y con justicia: hay pocos jurisconsultos que sean tan netos, tan seguros, tan correctos en su lenguaje. Enseña o instruye maravillosamente. Sus consultas son muy buscadas. Pero ¡qué servicio le han prestado los libros que no ha escrito! Ya en tiempo de nuestros tíos se cuchicheaba al oído en las aceras de la escuela:

—¿Sabéis la noticia? Flamarán va á dar á luz la segunda parte de su gran obra; se decide á publicar las lecciones de su curso: tiene en prensa un tratado que prenderá fuego á las hipotecas por sus cuatro costados; hace veinte años que trabaja en él: es una obra maestra.

Pasan los días. Nada ve la luz; nada se imprime. La reputación del señor de Flamarán se agiganta, sin embargo. ¡Extraño fenómeno! Todos conocemos el áloe del Jardín de Plantas. Cuando el áloe florece, es un acontecimiento. «Fijaos bien —dicen los tontos—, es una flor que ha necesitado veinte primaveras, veinte veranos, veinte otoños y veinte inviernos para decidirse á abrir su capullo y á desplegarse». Todo París se olvida de las rosas. Pero el caso del señor Flamarán es mucho más curioso: anunciase todos los años que va á florecer de nuevo, y no florece, y su éxito no es menos considerable. Se le cuentan las obras que hubiera podido escribir: ¡dichoso autor!

El señor de Flamarán es de la vieja escuela profesoral: es austero, y en los exámenes el terror de los examinandos. Cuando está en funciones, desconocería á su propio hijo. Nada le hace mella. Las recomendaciones resultan contraproducentes. Los pacientes más rumanos, los japoneses más auténticos, no hallan mayor benevolencia en él que los falsos tartamudos, los sordos de conveniencia o las caras convalecientes improvisadas aquella mañana. El Oriente y el Occidente son iguales para él. Los escribanos cartularios retirados, los ujieres honorarios, aspirantes perpetuos á cualquier cargo en los juzgados de paz, no tienen el don de enternecerlo, y el voluntario de un año, por más que se ponga debajo de la toga del candidato el cuello del uniforme, no conseguirá obtener la patriótica indulgencia que se propone inspirar. Sus frases de examinador son célebres, y ha tenido bromas macabras, como lo es, por ejemplo, el siguiente apostrofe á una de sus víctimas:

—Caballero: estudia usted Derecho, y la agricultura carece de brazos.

En cuanto á mí, conquisté su favor en una circunstancia de la que me acordaré toda la vida. Celebraba mi primer examen. Hablábamos, o mejor dicho, le dejaba disertar sobre la tutela, opinando de coronilla en conformidad con sus doctas explicaciones. De pronto se interrumpe y me pregunta:

—¿Cuántas opiniones hay acerca de esto?

—Dos —le respondí.

—De las cuales una es absurda. ¿Cuál de ellas? Le plantifico á usted una R si se equivoca.

Reflexioné tres segundos, que fueron para mí tres instantes de agonía, y contesté al azar:

—La primera, caballero.

Tuve el acierto de adivinar. Éramos amigos. Por lo demás, este profesor es un excelente hombre; paternal en cuanto no se trata del honor del código ni de la fuerza de los estudios jurídicos, y de una rectitud proverbial y muy digna en la vida privada. Una vez dentro de su casa, se le puede ver en su ventana echándoles alpiste á los canarios, lo que no es, según dice, cambiar de ocupación.

Para ir á casa del señor de Flamarán, no tengo que hacer más que atravesar el Luxemburgo, camino que me gusta, el camino de los estudiantes talludos. Heme ya á su puerta.

—¿El señor de Flamarán?

La vieja que me abre, tose con seriedad. ¡Son tantos los estudiantes de primer año que, con el pretexto de ofrecerle sus respetos, importunan al señor! ¡Ofrecerle sus respetos! Se moriría si los hubiera de recibir á todos. Sin duda reconoce, por mis bigotes, que soy, por lo menos, un licenciado, y dice:

—Creo que está.

Y en efecto, está en su templado gabinete, envuelto en su bata. Guiña un ojo para

ver mejor con el otro, vacila, me recuerda y me tiende los brazos.

—He aquí á mi Latino Juniano. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor de Flamarán: mis Latinos Junianos son los que están mal.

—¡Imposible! Vamos á ver eso. Pero, ante todo, no me acuerdo ya de dónde es usted, y á mí me gusta saber de dónde son las personas.

—De la Chatre. Pero debo añadirle que paso las vacaciones en Bourges en casa de mi tío Mouillard.

—Sí, sí. Mouillart, terminado en t, ¿no es eso?

—No: terminado en d.

—Vea usted lo que son las cosas: conocí en otro tiempo un general Mouillart que había hecho la campaña de Crimea, un hombre encantador; pero no debe de pertenecer á la familia de usted porque su nombre acababa en t.

Y mi excelente profesor decía todo aquello, sencillamente, con el evidente deseo de serme agradable y de demostrarme algún interés.

—Joven, ¿es usted casado?

—No, señor Flamarán; pero no soy refractario al matrimonio.

—Cásese pronto: el matrimonio es la salvaguardia de la juventud. ¿En Bourges habrá algunas herederas bonitas?

—Herederas, seguramente que las hay: en cuanto á bonitas, á la distancia que estoy...

—Tiene usted razón: á la distancia á que está... Hará usted lo que yo: se toman informes, se va á ver. Yo he ido hasta Forez, caballero Mouillard, á buscar á la que es mi esposa.

—¡Ah! ¿Es de Forez?

—Sí, señor. Permanecí allí quince días; no, rectifico: permanecí catorce en pleno año escolar, y me traje á Sidonia. Bourges es una ciudad muy linda.

—Sí, en verano.

—Y bien edificada. Me acuerdo de un hermoso pleito que gané allí. Tenía por adversario á uno de mis sabios colegas. Fuimos ambos consultados, y, como es natural, nuestros dictámenes fueron diametralmente opuestos. Lo derroté; pero lo derroté...

—¿Por completo?

—En toda la línea, amigo mío. ¿No conoce usted el asunto?

—No.

—Un asunto magnífico. Aún debo conservar en alguna parte aquel trabajillo. Se lo voy á enseñar.

El excelente profesor estaba radiante. Se conoce que no había hablado en todo el día y que tenía necesidad de desquitarse y de ser amable con alguno: llegué á punto, y toda la ducha de agua de rosas fue para mí. Se levantó; se acercó á la estantería de la

biblioteca; recorrió con la mirada los títulos de una fila de libros; tomó un volumen, y empezó á leer á media voz:

«La asociación es la inmensa palanca en que se apoya la vieja sociedad para soltar sus pañales y tomar un vuelo más elevado».

—¡Bah! ¡Qué diantre es lo que leo! Perdóneme usted. Esto es de uno de mis colegas de Ciencias morales. ¿Dónde diablo estará la consulta?

La encontró y me hizo el resumen del asunto, texto en mano, con los nombres, las fechas, las peripecias, y numerosas citas in extenso.

—Sí, amigo mío: doscientos diez y ocho mil francos que gané de un golpe para el señor Prebois de Bourges. ¿Conoce usted al señor Prebois el industrial?

—De nombre.

El borrador fue reintegrado á la biblioteca, y el señor Flamarán se dignó acordarse de que yo había ido á verlo por causa de los Latinos Junianos.

—¿Qué textos le tienen preocupado?

—La falta de textos, señor Flamarán. Quisiera saber si los Latinos Junianos tenían un traje especial para su uso.

—Es muy justo que lo quiera usted saber.

Y se rascó la oreja.

—¿No ha dicho nada Gayo acerca de eso?

—Nada.

—¿Ni Papiniano?

—Tampoco.

—¿Ni Justiniano?

—Menos.

—Entonces no veo más que un recurso.

—¿Cuál?

—Que vaya usted á ver á Charnot.

Debí palidecer, y balbuceé con acento compungido:

—Al señor Charnot, el de la Acad...

—El de la Academia de Inscripciones, mi amigo íntimo, que le recibirá como á un hijo. El pobre hombre no los tiene.

—Quizá no sea de tanta importancia la cuestión, para que yo vaya así...

—¡Cómo! ¿Qué no tiene bastante importancia? Todas las cuestiones son importantes cuando son nuevas. Charnot se ocupa en medallas y en trajes, y se trata de uno de éstos. Voy á escribirle para anunciarle su visita.

—Se lo agradeceré á usted mucho.

—Sí, sí: voy á escribirle esta misma noche. Tendrá una verdadera satisfacción en ver á usted. Es como yo: le gustan los jóvenes que trabajan.

El señor de Flamarán me tendió la mano.



—Hasta la vista, joven, y muy pronto, doctor: ¡casémonos!

No me repuse de la sacudida sino al hallarme en medio del jardín del Luxemburgo, cerca del juego de pelota, en donde me senté agobiado. ¡Tómame interés! ¡Ve á consultar con tu presidente de tesis! ¡Ah! ¡Y has cumplido veintitrés años! ¿Cuándo tendrás talento?

Nueve de la noche

Estoy decidido. Iré á ver al señor Charnot; pero antes pasaré por casa de su librero para adquirir algunos datos que ignoro, referentes á los trabajos científicos de ese hombre célebre.

31 de diciembre

Vive en la calle de la Universidad.

Vengo de allí. He sido recibido, y lo debo á una sorpresa, á un olvido de la consigna.

Cuando entré daban las cinco: hacía girar sobre el tubo del quinqué una espira de papel para divertir á su hija: él, todo un miembro del Instituto; ella, una joven de diez y ocho años. ¡He ahí en qué se ocupan estos pontífices fuera de las aulas!

Hallábanse en el gabinete de trabajo, lleno de librerías abiertas, acristaladas, altas, bajas, con columnas o sin columnas, de estatuillas amarillentas por efecto del humo, de veladores en los que abundaban los prensapapeles, los cortapapeles, los raspapapeles o raspadores y los tinteros llamados artísticos. Estaba sentado delante de la mesa, de espaldas al fuego, con un brazo levantado, sosteniendo entre los dedos una horquilla, eje de la espira que giraba con velocidad. Al otro lado, su hija, de pie, inclinada, apoyando la barba en sus manos, reía con la mejor gana del mundo, por necesidad de reír, de esparcir su juventud y de alegrar á su anciano padre, que la miraba encantado.



Debo confesar que el cuadro era lindo y que el señor Charnot se parecía muy poco, en aquel momento, al que yo había visto detrás del pupitre.

La contemplación duró poco.

Tan pronto como levanté el cortinón, la joven se incorporó vivamente y volvió hacia mí la cabeza con un airecito de altivez que, á mi juicio, ocultaba algo de confusión. Atendidas las naturales diferencias, Diana debió de tener el mismo aire cuando vio aparecer á Acteón. El señor Charnot continuó sentado; pero, al notar que alguien entraba, hizo girar á medias su sillón en tanto que sus ojos, deslumbrados aún por la luz del quinqué, buscaban al importuno en la penumbra del gabinete.

Me sentí doblemente mal ante aquel lector de incunables y ante aquella niña sonriente.

—Caballero —empecé diciendo—, debía á usted una satisfacción...

Me reconoció. La joven hizo un movimiento, como para retirarse.

—No, no te vayas, Juana —le dijo su padre—, no será cuestión larga: el señor viene á presentarme sus excusas.

El principio era cruel.

Ella lo pensó quizá y se retiró discretamente á un extremo obscuro, cerca de la librería del fondo.

—He sentido mucho, caballero, el accidente del otro día —le dije—; coloqué torpemente el portaplumas en equilibrio, en equilibrio inestable... Por otra parte, yo ignoraba que hubiese un lector detrás del pupitre. Es evidente que, de haberlo sabido, hubiera procedido de distinto modo.

El señor Charnot dejaba que me ahogase, con la satisfacción íntima del pescador que tiene un pez cogido con el anzuelo. Demostraba encontrarme tan estúpido como yo lo estaba en verdad. Y después, ni una respuesta, ni una palabra, nada. El silencio no es sólo una lección de los reyes, sino la de todo el mundo. Aún encontré e hice uso de dos o tres fórmulas tan vulgarmente desgraciadas como las anteriores, que escuchó con la misma sonrisa fina y con el mismo silencio.

Para salir de aquella situación embarazosa, le dije:

—Caballero: venía también á pedirle á usted un dato científico.

—Estoy á su disposición —me dijo.

—El señor de Flamarán le ha debido escribir apropósito de ello.

—¿Flamarán?

—Sí, hace tres días.

—No he recibido carta alguna suya, ¿no es cierto, Juana?

—Cierto, papá.

—No es la primera vez que mi excelente ofrece escribirme y no lo hace. Pero eso no importa, caballero; como si me hubiese sido usted presentado en toda regla.

—Muchas gracias. Acabo mi doctorado.

—¿En Letras?

—No, en Derecho; pero soy licenciado en Letras.

—Cursará usted luego Medicina, ¿no es verdad?

—¡Oh!

—¿Por qué no? Cuando se coleccionan títulos... ¿Tiene usted, pues, disposiciones literarias?

—Así me han dicho.

—Una inclinación muy viva á las composiciones poéticas, ¿no es así?

—Así es.

—Conozco el caso. Los padres obligan al estudio del Derecho; la naturaleza inclina al estudio de las Letras: oficialmente Cujas, en secreto las Musas; el Digesto abierto sobre la mesa, los versos en todos los cajones: ¿no es eso?

Yo me incliné: él miró hacia donde estaba su hija. Después añadió:

—Pues bien, caballero: confieso á usted que no comprendo en modo alguno esa manera de proceder. ¿Por qué no seguir las inclinaciones de la naturaleza? Ustedes los jóvenes no tienen voluntad, sea dicho esto sin ánimo de ofenderlo. Tenía yo diez y siete años cuando empecé á ocuparme en medallas. Mi familia me destinaba al registro de la propiedad; sí, señor, al registro. Tenía contra mí dos abuelos, dos abuelas, mi padre, mi madre y seis tíos, todos ellos furiosos. No cedí, y mi entereza me ha llevado al Instituto. ¿No es verdad, Juana?

La señorita Juana había vuelto á colocarse junto á la mesa en el mismo sitio en que estaba cuando yo llegué, y parecía estar muy ocupada, desde hacía un instante, en ordenar los libros esparcidos sin concierto sobre el verde tapete. Pero ocultaba un propósito: el de apoderarse de la espira, que permanecía en tortura y cuyo eje, o sea la horquilla, se erguía á lo largo del tubo del quinqué. Su mano ligera, vagando de acá para allá, había ocultado, merced á hábiles maniobras, el cuerpo del delito, escondiéndolo detrás de una pila de endozavos, y lo empujaba lentamente hacia el centro de los tinteros y prensapapeles.

El señor Charnot la interrumpió cuando se hallaba más ocupada en aquella pueril faena.

Ella le respondió gentilmente, moviendo al mismo tiempo la cabeza:

—Papá mío, es que no todos los hombres pueden ser miembros del Instituto.

—Es, Juana, que hacen falta muchos. El señor se dedica á un género de inscripciones sobre vitela, que no le hará nunca colega mío. ¡Doctor en Derecho y licenciado en Letras! ¿Será usted acaso notario?

—No, señor: abogado.



—Estaba seguro de ello. ¿Comprendes, Juana? En las familias provincianas hay establecido este dilema: ser abogado, caso de no ser notario; ser notario, caso de no ser abogado.

El señor Charnot hablaba con una semisonrisa exasperante. ¡Pardiez! Yo hubiera debido reírme también, harto lo sé; hubiera debido tener talento, por lo menos el de callarme, el de no contestar á las provocaciones de aquel sabio vengativo; pero, en vez de eso, cometí la tontería de picarme y de perder la cabeza.

—¡Qué quiere usted! —le respondí—, me hace falta una carrera lucrativa. ¿Qué importa que sea esta o que sea otra? No todos pueden ser miembros del Instituto, como ha dicho esta señorita; no todos pueden permitirse el lujo de publicar á sus expensas obras cuya venta alcanza á veintisiete ejemplares.

Esperaba yo ver fulminar el rayo y oír algo parecido á una explosión de dinamita; pero nada de eso: el señor Charnot sonrió de veras y de un modo extremadamente bondadoso.

—Veo —dijo— que tiene usted gusto en consultar con los librereros.

—Sí, señor: en ocasiones.

—No deja de tener mérito ser ya, á su edad, de esa fuerza en bibliografía. Sin embargo, me permitirá usted que añada algo á las nociones que posee. El gran éxito es un punto de vista, pero falso. Veintisiete ejemplares, cuando son leídos por veintisiete hombres de talento, dan popularidad. ¿Podría usted creer que uno de mis amigos ha hecho imprimir ocho ejemplares tan sólo de un estudio matemático? De ellos ha dado tres; los otros cinco quedan para la venta. El autor es el primer matemático de Francia, caballero.

La señorita Juana había tomado la cosa de otro modo. Con la cabeza alta y las mejillas teñidas de púrpura, me lanzó esta frase, haciendo con los labios una mueca soberana:

—Caballero, hay éxitos que, aun no siendo ruidosos, son estimables.

Demasiado convencido estaba yo de ello, y no necesitaba aquella lección para comprender toda la inconveniencia de mis palabras, para juzgarme grosero, absurdo, irremisiblemente comprometido en el concepto del señor y de la señorita Charnot. La lección me fue cruel, á pesar de eso. No me quedaba otro recurso que acelerar mi salida de allí. Me levanté.

—Pero me parece —dijo el señor Charnot en el tono más político que puede emplearse— que no hemos hablado aún de esa dificultad que le ha traído aquí.

—Caballero —le dije—, es que no quisiera abusar por más tiempo de su bondad ni de sus instantes.

—Déjese usted de eso. ¿De qué se trata?

—Del traje de los Latinos Junianos.

—Es una cuestión difícil, como la mayor parte de las que se refieren á

indumentaria. ¿Ha consultado usted los diecisiete volúmenes del alemán Friedhenhausen?

—No, señor.

—¿Por lo menos habrá usted leído al inglés Woodsmith?, que se ocupa en adornos de la antigüedad.

—Tampoco; no sé más idioma que el italiano.

—Entonces proporciónese usted dos o tres tratados de numismática: el *Thesattrus Morellianus*, por ejemplo; los *Praestantiora Numismata* de Vaillant, de Banduri, de Pembrock o de Pellerin. Tendrá usted probabilidades de encontrar en ellos alguna pista.

—Gracias, caballero, muchas gracias.

Me acompañó hasta la puerta.

Al volverme divisé á la señorita Juana, inmóvil, con el mismo aire de Diana ofendida, teniendo entre sus dedos de rosa la espira reconquistada.

Y heme ya fuera de la casa.

He sido bastante torpe, sobradamente impolítico y harto desgraciado. ¡Haber ido para excusarme, y haber agravado la ofensa! Estas cosas no le ocurren á nadie más que á mí. Y el caso es que he herido la delicadeza de la joven. Y ella me había defendido, sin embargo; ella le había dicho á su padre: «todos los hombres no pueden ser miembros del Instituto,» frase que equivalía á decir: «¿Por qué atormenta usted á este joven, padre mío? Está confuso, cortado, y me inspira lástima». ¡Lástima!, ése es, precisamente, el sentimiento que desde luego he debido causarle. Después se me ocurrió aquella salida impertinente de los veintisiete ejemplares, y la señorita Juana me odia, en este momento, con seguridad; sí, me odia. Me agobia este pensamiento penoso. Por más que la señorita Charnot no haya sido para mí sino una extraña, una aparición fugitiva en mi existencia, su encono me pesa, de igual modo que me persigue su mueca desdeñosa.

Pocas veces he estado tan descontento de mí ni de nadie. Necesito divertirme, distraerme; necesito algo que me haga olvidar. Y para volver á mi casa empiezo por bajar hasta el Sena por la calle de Beaune.

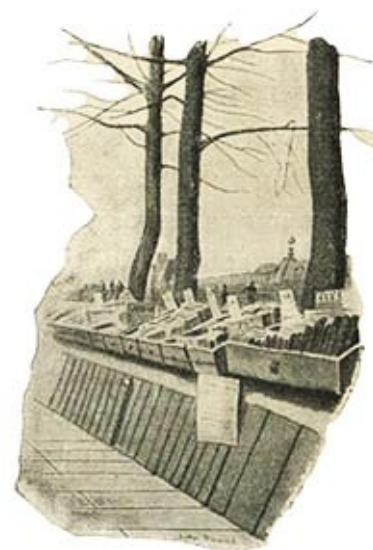
¡Santo Dios! ¡Qué días de invierno más hermosos hay en París! El sol se ha puesto para las casas, en las que todas las lámparas están encendidas. Pero fuera de ellas, en el exterior, grandes rayos purpúreos cruzan el cielo teñido de azul pálido y deslavazado como de lluvia. Hiela; la helada es el diamante por todas partes; en la hojarasca de los árboles, en los ángulos de las piedras, en las techumbres de los edificios y hasta en las gorras de los cocheros que, al pasar, recolectan en la bruma penachos de piedras preciosas. El Sena arrastra témpanos de blanca espuma. No se ve en los barcos á nadie más que al timonel. ¡Pero qué gentío en el puente del Carrousel!, ¡cuántos cuellos de pieles y cuántos manguitos se cruzan en las aceras en

tanto que los ómnibus de la línea Batignoles-Clichy y cien coches en fila hacen retemblar la calzada! Apresuramiento por doquiera. Los peatones van de prisa; los cocheros con diestra velocidad.

Los que corren se dan de lado; los grupos se mezclan sin chocar unos con otros, y se despliegan y se disipan como el humo de un cigarro. Hay en esta multitud innumerables resbalones y una agilidad inteligente que sólo allí se encuentra. Todas las caras están encarnadas y casi todas son jóvenes. Parece increíble el número de jóvenes de uno y de otro sexo que existen. ¿Dónde están los viejos? En su casa, sin duda, junto al fuego. Toda la juventud ha salido. Y toda ella corre; la sangre la impulsa. Todos, van con los ojos muy abiertos y se ve en ellos brillar la vida. Los mozos, sobre todo, tienen un aire saturado de porvenir: están seguros de la existencia. Cada uno, según su condición, sigue su carrera y considera realizado su prosaico sueño. En esto se parecen todos. Yo los tomo por subprefectos según lo importante y grave de su apostura y lo bien enguantados que van. Marchan de dos en dos, muy erguidos, hablan poco, van de prisa, diríjense hacia el viejo Louvre y pronto se internan y desaparecen en la bruma espesa en que brilla confusa y trémula la luz de los reverberos.

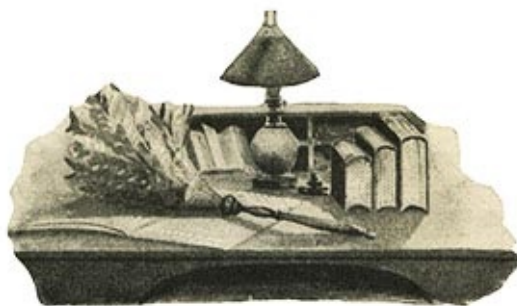
Todo aquel gentío va á comer á la orilla derecha.

Yo, yo como en la orilla izquierda, en casa de Carré, adonde van muchos valacos. ¡Conque hasta más ver, río Sena! ¡Buenas noches, señor Charnot! ¡Adiós, señorita Juana!



El mismo día á las ocho de la tarde

Heme ya en mi gabinete de trabajo. Hace frío. La señora Menín, que se cuida de mi habitación, ha dejado que se apague el fuego. ¡Calla! También se ha dejado olvidado el plumero sobre el manuscrito de mi tesis. ¿Es un emblema, un presagio del polvo en que yacerá mi obra aún no acabada? ¿Quién es capaz de comprender los caprichos del azar?



¡Son las ocho! El señor Mouillard, terminados sus trabajos judiciales, debe de estar comenzando su partida de whist con los señores Horlet y Hublette, abogados del tribunal de Bourges. Me esperan. Este pensamiento es horroroso. ¡Olvidemos, corazón, olvidemos! ¿Y el señor Charnot? Supongo que seguirá dándole tormento á la espira.

Los hombres graves se divierten, en verdad, con naderías. Quizá sea yo un hombre grave: todo me divierte... A propósito: ¿la señorita Juana es rubia o morena? Veamos; reunamos nuestros recuerdos... Seguramente que es rubia: veo de nuevo, por bajo de la pantalla del quinqué, los dorados reflejos de sus ligeros cabellos que flotan en torno de sus sienes. Por otra parte, tiene esta joven un rostro simpático, no del todo regular, pero sí franco y teñido con el color de las rosas: además tiene la viveza de que carecen tantas mujeres lindas...

De otra cosa se ha olvidado también la señora Menín, y es de cerrar la ventana. Quiere atentar contra mis días. La señora Menín cree en la metempsicosis. Si alguna vez renace, será en el cuerpo de algún estornino...

Acabo de cerrar la ventana: la noche está calmosa: las estrellas siguen veladas y tiritando de frío. El año acaba melancólicamente.

Recuerdo que otra noche semejante, cuando yo estaba en el colegio, me desperté súbitamente: un rayo de luna me había abierto los ojos. Se experimenta siempre una pequeña ansiedad al recobrar los sentidos en plena noche, en medio de este mundo inmóvil que no está hecho para ellos. Vi, ante todo, las dos líneas de camas del dormitorio, huyendo paralelamente según las leyes de la perspectiva, y á mis camaradas, ocultos debajo de sus cobertores y formando, ora masas grises, ora masas blancas, según que sus lechos estaban lejos o cerca de las ventanas; y vi luego la luz humeante del quinqué colocado sobre un pedestal en medio de la sala, y allá, en el fondo, en las profundidades de la sombra, la jaula formada por dos cortinas amarillas, en la que dormía el vigilante. Ningún ruido en torno mío. Todo estaba en reposo. Fuera, mi oído sobrecitado por la ligera fiebre de la emoción, percibía un cántico extraño, muy dulce y cien veces repetido. Eran notas sueltas, sugestivas, tiernas y ansiosas; por momentos se alejaban, y ya no las oía sino como una débil esfumación del sonido; después volvían á acercarse, pasaban por encima de mi, y se alejaban de

nuevo. Aquel luminoso rayo de luna me invitaba á descubrir el misterio. Salté del lecho y, en camisa, me fui á abrir la ventana. Podrían ser las once. El aire punzante de la noche y la luz me envolvieron á la vez y me produjeron una impresión deliciosa. El gran patio estaba desierto con sus álamos despojados de hojas y sus verjas rematadas en puntas de lanza. A trechos se veía brillar la arena. Alcé la vista, y por más que interrogué al profundo azul de los cielos llevándola de una en otra constelación, ni una corchea, ni una semínima se desprendía de ellos. Sin embargo, los gritos proseguían oyéndose, siempre tristes, siempre dulces, disolviéndose en el aire, cántico de un ser invisible que parecía querer algo de mí y que quizá me había despertado. Vínome al pensamiento que aquello era el alma de mi madre que me llamaba; de mi madre, cuya voz era también dulce y extraordinariamente armoniosa.

—Pienso en ti —decía—, pienso en ti: te veo —continuaba diciendo—, te veo: te amo —proseguía—, te amo.

—¡Déjate ver, madre mía —repuse yo—, déjate ver!

Y yo buscaba, con inquietud, investigando los círculos que ella recorría, y, al no descubrir nada, me eché á llorar.

De pronto me sentí brutalmente cogido por una oreja.

—¿Qué haces ahí, miserable arrapiezo? ¿Estás loco? El viento que entra llega hasta mi cama. ¡Quinientos versos!

El vigilante, en calzoncillos y zapatillas, me miraba de un modo terrible.

—Es verdad, caballero; tiene usted mucha razón; ¡pero escuche usted cómo habla! —le dije.

—¿Quién?

—Mi madre.

Me miró fijamente para ver si yo estaba despierto; prestó luego atento oído con la cabeza inclinada y de lado; cerró después la ventana coléricamente, y se alejó encogiéndose de hombros y murmurando:

—Son avefrías que dan vueltas al resplandor de la luna. ¡Quinientos versos!

Y los hice, sí: hice los quinientos versos que me han hecho conocer lo que de extralegal y peligroso tiene el ser soñador; pero que no me han convencido ni me han curado.

Creo, todavía, que existen, esparcidas en la naturaleza, voces que hablan y que pocos entienden, como existen millones de flores que abren sus pétalos lejos de toda mirada humana. ¡Desgraciados de aquéllos que adivinen algo! ¡Volverán invenciblemente á buscar esos manantiales ocultos; esparcirán en ilusiones vagas su fuerza y su juventud, y por la fugitiva impresión que hayan gozado, por la frase incompleta que haya llegado á sus oídos, habrán sacrificado el comercio de los hombres, y hasta su amistad! ¡Sí, desgraciados los escolares que abren su ventana para ver titilar la luna y que no se corrigen! Desde muy temprano se encontrarán

aislados en la vida y reducidos á sí mismos, como lo estoy yo esta noche junto á mi chimenea apagada.

Ni un amigo vendrá á llamar á mi puerta, ni uno. Tengo algunos compañeros á los cuales doy aquel título. No nos queremos mal. En caso necesario, me prestarían algún servicio. Nos vemos de tarde en tarde. Pero ¿qué vendrían á hacer aquí? Los soñadores no se confían; se precaven; se remontan á las nubes; la política les fastidia; no les afecta noticia alguna; los dolores que á sí mismos se crean, no tienen otro lenitivo que las alegrías que ellos se inventan: no son naturales más que cuando se encuentran solos, y no hablan bien sino consigo mismos.

Solamente uno me ha perdonado esta extravagancia de espíritu, y ese uno es Silvestre Lamprón. Tiene cerca de veinte años más que yo. Por eso es indulgente. Por otra parte, entre un soñador como yo y un artista como él no media más que el oficio. Él traduce sus sueños: yo disipo los míos; pero ambos soñamos. ¡Querido Lamprón!, ¡buena y valiente naturaleza! Ha resistido á esta condensación moral y física que se apodera de tantos hombres al acercarse al octavo lustro. Al trabajo y á la vida les presenta buena cara. Es alegre; pero tiene la alegría viril de los hombres que unen la resignación á la honradez.

Casi siempre que voy á su casa lo encuentro sentado delante de una pequeña ventana con cristales esmerilados, en un extremo del estudio, inclinado sobre cualquier dibujo. Tengo permiso para entrar allí á toda hora, como él lo tiene para no distraerse. Sin levantar la vista, sin saber á ciencia cierta quién es el que acaba de entrar, dice: «Buenos días,» y continúa trazando líneas en el boceto comenzado. Yo me instalo entonces en el sofá del fondo, cubierto con una funda estropeada, y en tanto que á Lamprón se le ocurra darme audiencia, soy libre para dormir, fumar y ojear los maravillosos cartones apoyados á lo largo en la pared. Hay allí tesoros inestimables, porque Lamprón es un artista de genio, sin otra falta que la de vivir y ser modesto: por eso no le conceden aún más que un buen talento. Ninguno, entre los pintores y los grabadores de fama (es una cosa y otra), ha hecho un aprendizaje más concienzudo, ni ha llevado hasta el grado que él la probidad de su arte. Su dibujo es de una corrección irreprochable; un poco severo quizá, como el de los primitivos. Se adivina, al examinar sus obras, su preferencia por los maestros de la antigüedad, Perugino, Fray Beato, Botticelli, Memling, Holbein, que no son los maestros á la moda, pero que siguen siendo los del vigor de la línea, de la sencillez, de la gracia ingenua y de la emoción verdadera. Ha copiado al óleo, á la aguada, á la pluma o al lápiz casi todos los cuadros de esos pintores en el Louvre, en Alemania, en Holanda, y sobre todo en Italia, en donde ha residido mucho tiempo. Con tales gustos, ha adquirido la costumbre, o más bien, se ha formado el irrevocable propósito de no pintar ni grabar sino retratos o asuntos religiosos; con el horror á los reclamos y á los corrillos, con un ideal arcaico servido por nuevos procedimientos, apenas puede tener

un artista semejante otra cosa que la estimación, á veces envidiosa, de las gentes del oficio y de los raros inteligentes que poseen algunos conocimientos en el arte. Deja á otros voluntariamente y con el más absoluto desdén los favores de la multitud, el triunfo dorado de la exportación americana y el derecho de llevar vuelos de encaje. En una palabra; en este tiempo en que el artista se inclina frecuentemente ante un industrial y á veces ante un charlatán, él continúa no siendo más que un artista.

Cuando es rico, lo cual ocurre á veces, no lo es mucho tiempo. Una parte de lo que recibe lo distribuye en limosnas; otra va á parar á las alforjas de los hermanos mendicantes. Todos acuden, con la mano extendida, al ruido del oro apenas contado: cada uno se halla en lo más cruel del infortunio; en vísperas de rodar por la pendiente fatal; irremisiblemente perdido, si la mano misericordiosa de Lamprón no lo socorre; todos se creen salvados si él les facilita los medios para comprar un bloque de mármol, para pagar el modelo o para cenar aquella noche. Y él presta, o dicho de otra manera, él da: son dos palabras sinónimas entre muchas clases de gentes. De todo cuanto ha ganado, no le queda más que la gloria, y de ella no toma sino la menor parte posible, por su humildad, por el retiro en que vive y por no concurrir á ninguna fiesta. Creo que no tendría á menudo con qué vivir, sin su madre á quien mantiene y que le presta el servicio de tener necesidad de algo. La excelente señora Lamprón no teoriza: representa el papel de las presas de musgo que los labradores construyen en primavera en los arroyos de nuestro Berry: el agua pasa por encima, por debajo, las atraviesa á veces; pero siempre queda algo para las grandes sequías.

Yo quiero á mi amigo Lamprón y tengo conciencia de su superioridad. Su energía me rehace; su consejo me anima: él puebla para mí la soledad profunda de la gran ciudad.

¿Iré á verlo? Pasar en vela esta noche es más triste que de costumbre. La muerte del año trae pensamientos tristes: 31 de diciembre, San Silvestre... ¡San Silvestre! ¡Calla, si es su santo! ¡Qué ingrato soy que no he pensado en ello! En seguida: toma tu gabán, tu bastón, tu sombrero, y corre antes que se hayan acostado, porque allí se levantan al amanecer.



El mismo día, á las once de la noche

Cuando entré en el estudio, estaba Lamprón tan embebido en su trabajo, que no me oyó.



La vasta habitación, iluminada solamente en un ángulo, ofrecía un aspecto extraño. En rededor mío, los cuadros colgados á diferentes alturas; los caballetes, en pie á lo largo de las paredes; los ladrillos, llenos de antiguos colgajos acá y allá, sólo ofrecían la tonalidad de la ceniza y del humo, formas vagas que prolongaban y mezclaban sus sombras hasta la mitad del techo: un maniquí vestido, caído contra una puerta, escuchaba el silbido del viento: el hueco inmenso de la vidriera estaba abierto á las sombras de la noche. Nada vivía en aquella parte de la sala; nada brillaba en ella, á no ser algunas chispas sobre el oro de los cuadros y sobre las hojas de dos espadas colgadas en cruz. Únicamente en un rincón, allá en el fondo, á una distancia que exageraban las tinieblas, grababa Lamprón, solo, inmóvil bajo la luz de su lámpara, de espaldas á mí. La luz iluminaba fuertemente su delicada mano, la curva de su cabeza descubierta, ceñida por una aureola, y un retrato (una cabeza de mujer) que estaba copiando. Lo encontré soberbio en tal actitud, y juzgué que aquella escena íntima, por su profundo sentido y por su claroscuro, hubiera tentado doblemente á Rembrandt.

Golpeé en el suelo con el pie.

Lamprón se estremeció y se volvió á medias. Sus ojos se plegaron para investigar en la sombra.

—¡Ah! ¡Eres tú! —dijo.

Y levantándose, se adelantó rápidamente hacia mí como para impedir que me acercase á la mesa.

—¿No quieres que vea? —le pregunté.

Vaciló un instante.

—Después de todo, ¿por qué no?

La plancha de cobre apenas estaba rayada con algunas líneas de puntos.

Mi amigo hizo converger todas las haces luminosas del reflector hacia el modelo.

—¡Admirable cabeza, Lamprón! —dije.

Y en efecto, era adorable aquella cabeza de adolescente italiana, colocada á tres cuartos de luz, pintada á estilo de Leonardo, con líneas suaves y fuertes, con reflejos, con gradaciones de color de una dulzura infinita, teniendo, como los retratos de mujeres del maestro, una mirada hábil que va siempre más allá que la vuestra y á la cual se le interroga en vano. Los cabellos negros con centelleos de oro se modelaban en *bandeaux* sobre sus sienes. El cuello, un poco largo, surgía de un traje oscuro ampliamente indicado.

—¿No conocía yo esto, Silvestre?

—No, es una antigualla.

—¿Un retrato, sin duda?

—El primero que hice.

—Pues no has hecho otro mejor: el dibujo, el colorido, la vida, todo palpita en él.

—¡A quién se lo dices! Escucha: en las horas de la juventud hay verdaderos momentos de inspiración, momentos en que alguien nos habla al oído y conduce nuestra mano; en que se tiene una ligereza de toque, una inexperiencia atrevida, una audacia fecunda, que no se vuelven á encontrar en el curso de la existencia. ¿Crearás que he tratado diez veces de reproducir eso al agua fuerte y no lo he podido conseguir?

—¿Y por qué lo intentas de nuevo?

—Tienes razón: ¿qué por qué lo intento? Hay en esto algo de locura.

—No volverás á encontrar un modelo parecido, y eso tal vez sea una razón.

—Dices bien que no lo encontraré.

—¿Alguna italiana de alto rango, una princesa quizá?

—Casi, casi.

—¿Qué ha sido de ella?

—Ps..., indudablemente, lo que suele ser de todas las princesas. Fabián, amigo mío; tú que ves aún la vida á través de los cuentos de hadas, debes suponertela dichosa, figurártela rica, muy consentida, muy adulada, hablando con dulzura en la terraza de su villa, entre los altos pinos, mientras que las sombras de la noche envuelven á este bárbaro que del otro lado de los Alpes hizo á los veinte años su retrato y el del último traje que recibió de París, ¿no es verdad?

—Sí; la veo como dices, y la juzgo muy bella todavía.

—Adivinas admirablemente, Fabián. Esa mujer ha muerto, y su belleza ideal ha quedado reducida á algunos huesos blancos encerrados en el fondo de una tumba.

—¡Pobre joven!

Silvestre había tomado, al hablarme, un tono sarcástico que no era en él habitual. Miraba su obra con una emoción tan verdadera y tan triste, que me impresionó. Comprendí que en su vida pasada, de la que yo conocía muy poco, Lamprón ocultaba un dolor que yo había avivado sin querer.

—Amigo mío —le dije—, olvida eso. Vengo á felicitarte en tus días y á darte un abrazo.

—¡Mis días!, es verdad; mi pobre madre me ha felicitado por ellos esta mañana: después me he dedicado á trabajar y lo he olvidado todo. Has hecho bien en venir. Mi querida madre tendría un disgusto si hoy no pasara una pequeña parte de la noche á su lado. Vamos á verla.

—Con mil amores; pero he de advertirte que yo también he tenido un olvido.

—¿Cuál?

—El de traerle flores.

—Las hay, tranquilízate: hay flores del Mediodía, caprichosas, cuantas caben en una canasta, las suficientes para alimentar un enjambre de abejas y para matar á un hombre durante su sueño, á elegir. Es una atención anual de un acreedor desgraciado.

—De un deudor, querrás decir.

—No; he dicho bien: de un acreedor.

Cogió la lámpara. Las sombras, descentradas, corriéronse á lo largo de los muros como arañas gigantescas; las dos espadas relumbraron; la Venus de Milo nos lanzó una mirada altiva; Polimnia apareció y desapareció meditabunda. Al llegar á la puerta, cogí entre mis brazos al vestido maniquí.

—Permítame usted —le dije; y salimos del estudio para entrar en la salita de la señora Lamprón.

Hallábase esta sentada junto á un velador haciendo media, con los pies sobre su estufilla. Al vernos entrar sonrió, alegrando el viejo y arrugado rostro; clavó las agujas en la negra cofia de encaje que llevaba siempre puesta, y las volvió á quitar casi al mismo tiempo.

—Ha sido preciso que viniera usted, señor Mouillard —dijo la anciana—, para que dejase el estudio.

—En un día de San Silvestre, ¡eso es horroroso! El amor al arte ha desnaturalizado á su hijo, señora Lamprón.

Ella lo miró con ternura, en tanto que él, apenas hubo entrado, se inclinó hacia el fuego de la chimenea y sacudió su pipa, semi llena, en los morillos, cosa que no dejaba de hacer nunca al entrar en la habitación de su madre.

—¡Alma mía! —dijo ésta.

Después se dirigió á mí.

—Es usted un buen amigo, señor Fabián. No se ha celebrado aquí un día de San Silvestre sin usted desde que está en París.

—Y sin embargo, esta noche faltó, señora, á mis tradiciones: no he traído un ramo; pero Silvestre me ha dicho que acababan ustedes de recibir flores del Mediodía, enviadas por un acreedor desgraciado.

No sé qué efecto le produjeron mis palabras; pero es el caso que ella, que nunca interrumpía su labor para escuchar ni para hablar, colocó la media sobre sus rodillas, y fijando en mí sus ojos llenos de inquietud, me dijo:

—¿Le ha contado?...

Lamprón, que con las piernas extendidas y los pies calzados en sus escaarpines de trabajo atizaba el fuego, se volvió.

—No, madre: le he dicho únicamente que hemos recibido una cesta de flores. Ha sido una confidencia pueril; pero ¿qué importa que lo sepa todo? ¿No es bastante amigo nuestro para ello? Tiempo hace que lo sabría si no fuese una crueldad hacer que el peso de la tristeza que pueden sobrellevar dos, recayera en tres.

Nada objetó la anciana, quien volvió de nuevo á su trabajo, pero agitada y pensando en su interior en alguna cosa triste.

Para variar la conversación, les hice el relato de mi doble desventura, en la

Biblioteca Nacional y en casa de Charnot. Traté de ser humorístico y creía conseguirlo. La anciana señora sonreía débilmente. Lamprón, sin embargo, continuaba sombrío y moviendo la cabeza con aire impaciente. Yo terminé diciendo:

—Resultado neto: dos enemigos, uno de ellos encantador.

—Los enemigos —dijo Silvestre— son una generación espontánea. No se puede nada contra ellos, y los grandes pesares no vienen de parte suya. Pero desconfía de los enemigos encantadores.

—Juana me detesta: te respondo de ello: ¡si la hubieras visto!

—¿Y tú?

—A mí me es indiferente.

—¿Estás seguro?

Me hizo esta pregunta con gravedad, sin mirarme y dándole vueltas entre sus dedos á un fósforo de cartón.

Me eché á reír.

—Señor misántropo: ¿qué mosca te ha picado hoy? Te aseguro que me es completamente indiferente; pero, aunque así no fuera, ¿qué delito habría en ello?

—¿Delito...?, ninguno; pero á la verdad que me inquietaría por ti; que tendría miedo. Escucha, mi querido amigo: te conozco: has nacido literato, soñador, artista á tu modo; pero no tienes, para engolfarte en la formidable aventura de un amor cualquiera, ni el talento de seguirla, ni sangre fría, ni resolución: te dejas llevar de las impresiones: ellas te abaten o te engrandecen: ¡no eres más que un niño!

—No me pesa; ¿y qué más?

—¿Qué más? —dijo levantándose y con una animación extraordinaria—. Conocí en otro tiempo á una que se parecía á ti, y cuyo primer cariño, inconsiderado, pero profundo, como sería el tuyo, hizo pedazos para siempre su corazón. Porque el corazón se rompe, querido amigo, y es una porcelana que no admite composturas, que no se suelda jamás.

Su madre le interrumpió diciéndole en tono de reconvención:

—Ten en cuenta que Fabián ha venido á felicitarte, hijo mío.

—Pues hoy es un día tan bueno como otro cualquiera para recibir un consejo, madre. Además, ¿no se trata de un amigo mío? La historia no es larga, pero sí instructiva, Fabián, y voy á referírtela compendiosamente. Mi amigo era muy joven y muy entusiasta. Recorría los museos de Italia pincel en mano y llevando en su alma la canción no interrumpida de su esplendorosa juventud. Ninguna desilusión, ningún desengaño sufridos. Acomodaba el porvenir á la fantasía de sus sueños. Apenas si descendía á la tierra desde las altas regiones en donde tantas obras maestras, sin cesar renovadas, mantenían su espíritu. Admiraba, copiaba, se impregnaba de la belleza luminosa de los paisajes y de las pinturas de Italia. Pero un día, sin reflexionar, sin saber, sin prever nada, cometió la imprudencia de amar á una joven noble, cuyo

retrato pintaba, de decírselo y de hacerse amar por ella. Creyó entonces, en la sencillez estúpida de sus juveniles años, que el arte acorta las distancias y que el amor las borra. Nunca se ha dicho mayor ni más amarga necesidad, amigo Fabián. Por más que vio, por más que trató de luchar contra la oposición de los padres, contra él, hasta contra ella, fue impotente para todo, vencido en todo... Y el fin... ¿Quieres conocer el fin? La joven arrancada de allí, llevada lejos y muerta al poco tiempo; él caído desde lo alto de sus sueños, herido de muerte, fugitivo también y tan débil aún contra aquel dolor, á pesar de los años transcurridos, que no puede pensar en él sin derramar lágrimas.

Lamprón lloraba al decir esto, ¡él, que tanta fortaleza demostraba habitualmente! Sus lágrimas rodaban por su barba rubia algo encanecida en el centro. Y al propio tiempo noté que la señora Lamprón había inclinado la cabeza mucho, pero mucho, sobre la media que estaba haciendo. Silvestre continuó:

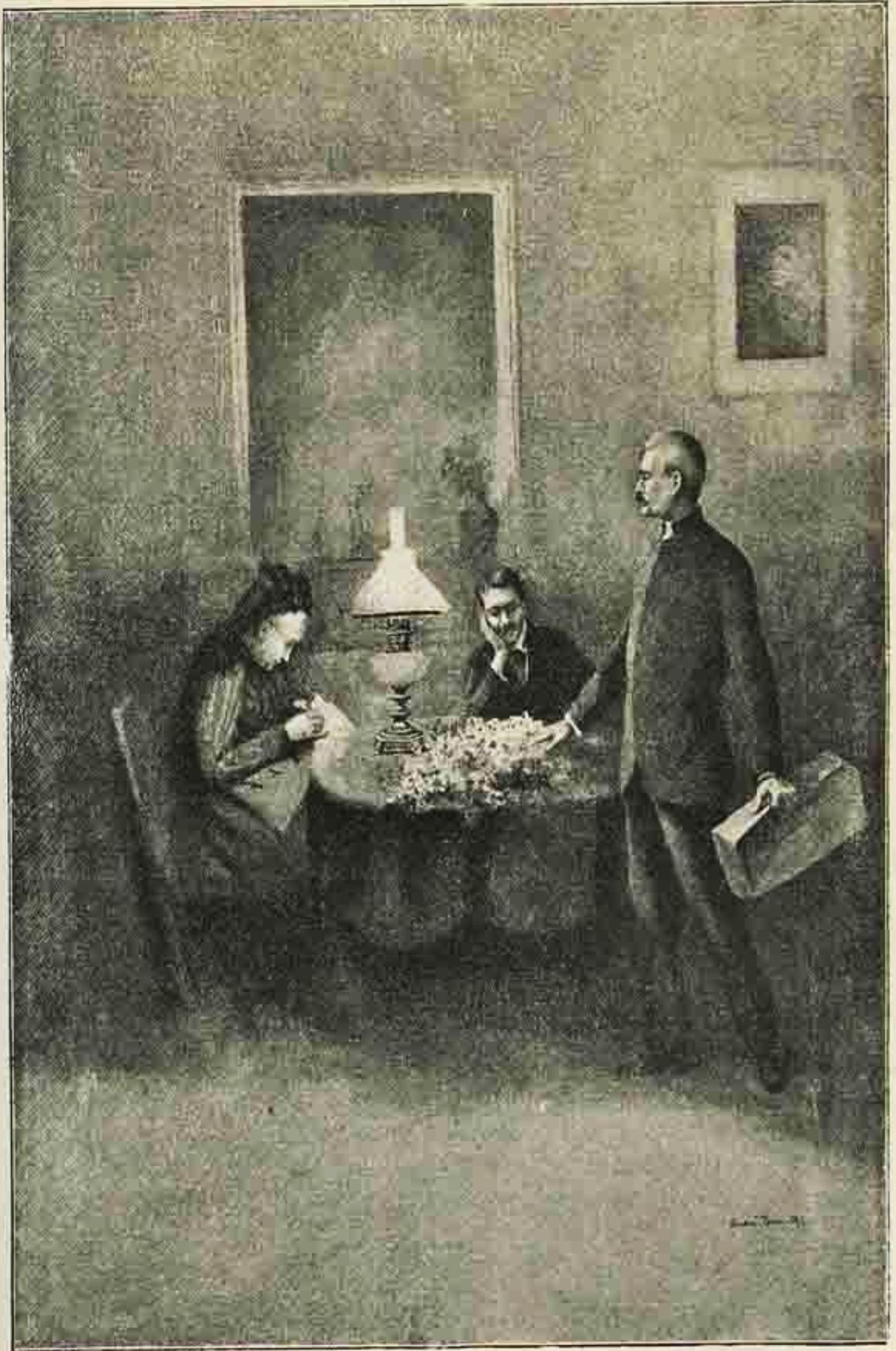
—He conservado el retrato, ése que tú has visto, Fabián. Quisieran tenerlo ellos. Son ahora dos pobres viejos. Todos los años me piden esa reliquia de nuestros comunes dolores: todos los años me envían por esta época una canasta de flores blancas, de lilas sobre todo, que es la flor de la muerta, y esas flores quieren decir: «Cédanos usted lo que resta de ella, la obra maestra que la juventud de usted y la suya formaron de concierto». Pero yo soy egoísta, Fabián, yo soy avaro, como ellos, de todos los dolores que ese retrato me produce, y me niego... Diga usted, madre: ¿dónde están las flores? He prometido á Fabián enseñárselas.

Pero su anciana madre no podía responder. Habiendo llorado, sin duda, demasiado aquella desgracia para que no se hubiera agotado ya el raudal de sus lágrimas, observaba con inquieta compasión á su hijo, que buscaba, del lado de la ventana, por entre las sillas y las butacas, oprimidas entre sí en aquel lugar de la pequeña habitación.

Silvestre cogió y trajo una caja de madera blanca.

—¡Aquí tienes —dijo— la canastilla de bodas!

Y la vació sobre la mesa.



Violetas de Parma, lilas, camelias blancas y verde musgo rodaron sobre ella y la cubrieron, ligeramente marchitas, esparciendo un olor suave en el que parecían flotar no sé qué efluvios de muerte y de corrupción. Una violeta cayó sobre mis rodillas, y la cogí.

Silvestre contempló un instante aquellas grapadas de flores amontonadas, desbordándose de la mesa.

—No quiero guardarlas —dijo—, me sobra con mis recuerdos. ¡Ah, malditas flores!

Y las reunió en un brazado y las arrojó al fuego de la chimenea. Las flores se retorcieron, crepitaron, y luego, inertes, descoloridas, se fundieron y se disiparon en humo.

—Ahora, me vuelvo al agua fuerte. Hasta la vista, Fabián: hasta mañana, madre. Después abandonó la sala sin volver la cabeza, y entró en su estudio.

Quise seguirlo y volverlo á traer; pero la señora Lamprón me lo impidió.

—Yo iré —dijo—, pero más tarde mucho más tarde.

Permanecimos silenciosos algún tiempo.

Cuando me vio algo repuesto de mi extrañeza y de mi emoción, me dijo:

—Nunca lo había usted visto así; pero yo, yo lo he visto con frecuencia. ¡Es tan cruel esto! He conocido, casi tan pronto como él, á la mujer que amaba, porque nunca me ha ocultado nada. Ahora puede usted juzgar, pues conoce su retrato, que era lo suficientemente hermosa para cautivar á un artista como Silvestre. Comprendí desde luego que mi hijo iba á pasar por una ruda prueba y que yo sería impotente para evitarlo. Ellos eran grandes señores, y nosotros no, como usted sabe.

—¿Se negaron al casamiento?

—No: Silvestre nada pidió y ellos no tuvieron, por lo tanto, nada que negarle. No, caballero: yo fui quien le dije: «Silvestre, lo que deseas, no lo alcanzarás nunca». Y él me creyó sin quererme creer. Entonces fue ella la que habló á sus padres; pero en nombre suyo... Sus padres se la llevaron y todo concluyó.

—¿No la volvió á ver más?

—Nunca: tampoco él lo hubiera querido, y después, que ella vivió poco tiempo. En cuanto á mí, he vuelto dos años después, cuando ellos me hicieron venir para comprar el cuadro. Aún estábamos en Italia. Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida. Temía sus reconvenciones y no me juzgaba lo suficientemente dueña de mí misma. Pero no; ellos sufrían por su hija como yo por mi hijo, y el dolor nos acercó. Nos hemos perdonado mutuamente nuestros pesares. Sin embargo, no cedí el retrato: Silvestre lo tenía en mucho. Se ha empeñado en conservarlo, en contemplarlo, en abrir diariamente su herida... ¡Pobre muchacho! Olvide usted todo esto, señor Fabián; nada puede hacer usted en obsequio nuestro. Sea usted de su edad, y hablemos, como antes, del señor Charnot y de la señorita Juana.

¡Pobre y excelente señora Lamprón! He tratado de consolarla; pero como no he conocido á mi madre, no he tenido habilidad para ello. A pesar de todo, me ha dado las gracias y me ha asegurado que mis palabras le han hecho mucho bien.

1.º de enero de 1885

¡Primero de enero! Cuando uno no es tío ni siquiera ahijado, cuando no pertenece á ninguna administración y frecuenta poco la sociedad, el número de visitas de primero de año es bien reducido. Haré cinco o seis después de mediodía; no seré recibido en parte alguna..., y he aquí mis aguinaldos.

No, me engaño: he tenido aguinaldos... que dar, porque mi portera acaba de subir sonriendo y me ha dicho:

—Señor Mouillard: le deseo á usted buen año, buena salud, y el paraíso al fin de sus días.

Acababa de decir lo mismo á los vecinos del primero, del segundo y del tercer piso. Le contesté, como ellos le han contestado, deslizado en su mano, con un «Muchas gracias» de que ella se cuida poco, una monedita amarilla que la hizo sonreír. Luego una reverencia, y mutis.



Su sonrisa es anual y no se reproduce en ninguna otra época: es una renta en un solo plazo. Con una lágrima el día de difuntos cuando regresa del cementerio después de colocar un ramo de crisantemas en la tumba de su hija, es la única nota de sensibilidad, el único simulacro de emoción tierna que he sorprendido en ella. De 2 de noviembre, á 2 de noviembre es un ser humano colgado de un cordón, un semblante inmutablemente indigesto, y un lenguaje monosilábico, en el que la propiedad no reina sino por intermitencias.

Esta mañana, contra su costumbre, me ha subido el correo: dos cartas, la una de mi tío Mouillard, contestación, y la otra..., no sé de quién. Abramos desde luego la otra. Gran sobre; dirección mal escrita; sello, del correo interior. ¡Calla! Dentro, un

segundo sobre más pequeño, y en él:

Antonio y María Plumet

Hace diez meses que la pequeña señora Plumet, que entonces no era más que señorita, se hallaba muy disgustada. Me acuerdo de nuestro primer encuentro á la extremidad de las calles del 4 de septiembre y de Richelieu, en un día de marzo. Yo iba de prisa con mi cartera debajo del brazo hacia el bufete de que era primer pasante. De pronto, una ardilla bajo la forma de una obrera modista coloca, interceptando precisamente mi camino, su gran caja de madera cubierta de tela encerada. A punto estuve de tropezar con el obstáculo, e iba á evitarlo, cuando aquella joven menudita, sofocada de tanto correr y sofocada por dirigirse á mí, me dijo:

—Perdone usted, caballero: ¿es usted abogado?

—Todavía no, señorita.

—Pero ¿conocerá usted á algunos que lo sean?

—Sin duda, y en primer término, á mi principal el señor Boule. Si quiere usted seguirme, vive ahí cerca.

—Tengo mucha prisa; pero aún tengo tiempo: le doy las gracias, caballero.

Y heme aquí escoltado por una modista portadora de una caja de trapos. Recuerdo que yo iba un poco delante de ella por el temor de que otro pasante de mi bufete me encontrase con aquella compañía, lo cual hubiera sido un perjuicio para mi reputación.

Llegamos: segunda colocación de la caja en el suelo. La modistilla me dice que es prometida del señor Plumet, constructor de marcos para cuadros. Me explica perfectamente su asunto: después de diez años de trabajo, tiene sus economías, como es natural; es inteligente, pero crédula; le ha prestado todos sus ahorros á un primo ebanista que deseaba establecerse, y ahora el primo no quiere restituir el préstamo: la dote está en peligro y el matrimonio en suspenso.

—No pase usted cuidado, señorita: vamos á requerir y luego á embargar á ese pícaro ebanista: no lo dejaremos hasta que haya restituido, y será usted la señora Plumet.

Le cumplimos la palabra: antes de dos meses, y gracias á mis cuidados, se había salvado la dote, habían corrido las amonestaciones y la pequeña modista se presentaba en el bufete con el señor Plumet, más cortado aún que ella.

—Oye, Antonio; aquí tienes al señor Mouillard que se ha ocupado de nuestro asunto. ¡Cuántas gracias le doy á usted por ello, señor Mouillard! Se ha portado usted



en toda regla. ¿Qué le debo por su trabajo?

—Pídale usted al jefe la cuenta de los honorarios, señorita.

—Sí, pero en cuanto á usted, ¿qué es lo que yo puedo hacer?

Todo el personal, desde el recadero hasta el pasante, primer subordinado mío, tenían fijos sus ojos en mí. Fui digno y adopté el continente de mi tío para decir:

—Sea usted dichosa, señorita, y acuérdesse de mí.

Estuvimos riéndonos de esto ocho días.

Ella ha hecho algo mejor: al cabo de ocho meses se ha acordado; pero no ha consignado su dirección, y lo siento. Hubiera tenido gusto en volverlos á ver á los dos. Estos recién casados son como los pájaros: se les oye cantar, pero no sabe uno dónde tienen el nido.

Ahora, con usted, querido tío.

He aquí esta carta indefectible, prevista como la vuelta de los cometas, pero menos rebelde al análisis que la substancia feroz de que estos están formados. Le escribo á usted todos los años el 28 de diciembre, y usted me contesta el 31 para que yo reciba la respuesta el 1.º de enero por la mañana. Es usted puntual, querido tío; es usted hasta atento, porque no carece de bondad tal exactitud. Pero no sé por qué sus cartas me dejan frío. Es su cabeza la que busca y encuentra las diez y ocho á veinticinco líneas de que consta cada una. ¿Por qué no me habla usted de mis padres, á quienes conoció, de su vida cotidiana, de la fábrica de que es tesorero, de Magdalena su vieja niñera que me meció de niño en la cuna, del angora casi tan viejo como ella, del gran jardín tan fresco y tan coquetón, cuyos árboles recorta usted mismo con tanto arte y que florece con tanto amor? ¡Me sería tan agradable, querido tío, ser algo de su familia!

En fin, veamos lo que escribe:

«Bourges, 31 de diciembre de 1884

»Mi querido sobrino: Yo no veo renovarse los años en igual forma que tú. Para mí empiezan en julio, y, por lo tanto, la llegada del 31 de diciembre la veo con la misma indiferencia que la de otro día cualquiera de este mes: tus palabras sentidas me denuncian al soñador.

»Y sin embargo, convendría que entrases en la vida práctica. Perteneces á una familia en que no se desvaría. Tres personas de ella, puedo asegurártelo, han honrado en Bourges la profesión de la abogacía. Tú serás la cuarta.

»Tan pronto como obtengas el doctorado, que supongo será en breve, te espero al siguiente día o al otro á más tardar, y te coloco bajo mi dirección.

»El estudio no rebaja, te respondo de ello. A pesar de mi edad, tengo aún buen ojo y buen diente: esto es lo principal en procedimientos jurídicos. Todo lo encontrarás en buen estado y en buen orden.

»Te agradezco el saludo y te lo devuelvo.

»Tu tío, que te quiere,

Bruto Mouillard,

Abogado licenciado cerca del tribunal civil

»P. S. Ha venido á verme la familia Lorinet. La señorita Berta es una linda muchacha. Acaban de heredar 751 351 francos.

»Yo he sido quien ha intervenido en un incidente relativo á esa herencia».

Sí, tío mío; da usted razón á la fórmula «por el presente y por el futuro». En el futuro tiene usted la bondad de contar con un enlace entre la señorita Berta Lorinet, sin profesión, y el señor Fabián Mouillard, abogado. Fabián Mouillard, abogado, quizá me resigne á serlo; Fabián Mouillard esposo Lorinet, jamás. Suelen pagarse muy caras las grandes dotes, tío mío. La señorita Berta tiene medio pie más que yo, que soy de mediana estatura.

Además aseguran que no tiene el talento en relación con su talla. La he visto de diez y siete años, en traje corto azul chillón, muy flaca entonces, con su finchado hermano en traje de liceísta, saliendo por vez primera solos, bermejós ambos, muy juntos, resbalando en el empedrado de Bourges. No hablemos más: ella tendrá siempre para mí aquel aire, aquel vestido y aquella torpeza. Los recuerdos tienen algo de la fotografía instantánea; tengo desde entonces un clisé poco favorable para vuestros proyectos.

3 de marzo

Pasan los días. Engruesa mi tesis. El Latino Juniano se desprende de las nieblas del Tíber.

Ha sido necesario volver á la Biblioteca Nacional. Los primeros días sentí emoción. Me parecía que el ujier estaba más frío y que los conservadores no separaban los ojos de mí, como si se tratase de un vigilado por la alta policía. Creí prudente cambiar de sitio. Ahora escribo mis peticiones en el pupitre de la izquierda y me siento en un sillón, á la izquierda también.

El señor Charnot permanece fielmente en su puesto bajo el tintero de la derecha.

Lo he observado. Llega ordinariamente de los primeros, ágil, saltando un poco. Sus cabellos, un tanto largos, hállanse partidos cuidadosamente por la mitad de la cabeza, y su barba está siempre afeitada. La costumbre que tiene de atestar de puñados de notas los bolsillos de su levita, la hincha por arriba y la curva en forma de canastillo. Lee pausadamente (con anteojos montados en un armazón de oro muy

fino) pocos libros, pero todos ellos forrados en piel, lo que les da carácter de antiguos. En su modo de volver las hojas hay algo de litúrgico. Los empleados parece que le quieren. Algunos conservadores le veneran. Tiene buenas formas para con todo el mundo. En cuanto á mí, me evita. Yo lo encuentro, sin embargo, unas veces en el vestuario, y otras, con más frecuencia, en la calle de Richelieu, dirigiéndose hacia el Sena. Se detiene y yo me detengo también cerca de la fuente Molière para comprar castañas. Tenemos esta común pasión. Él compra por valor de dos sueldos, y yo por valor de uno, y de esta suerte queda salvada la jerarquía.



Si llega después que yo, dejo que le sirvan á él primero: si él se me adelanta, espero mi vez con una paciencia que hace traición al respeto. Él nunca ha demostrado percatarse de ello. Algunas veces he creído sorprender en la comisura de sus labios una sonrisa y en el rabillo de sus ojos una mirada á hurtadillas; ¡pero estos viejos sabios tienen la sonrisa tan ligera!

Él debe sospechar que yo lo busco. Es un hecho incontestable: yo acecho la ocasión de reparar la tontería que hice y de aparecer á sus ojos en un sentido menos desfavorable que en aquella visita desastrosa.

Y la razón que me impulsa á ello es ella.

Desde que el señor Mouillard me ha amenazado con la señorita Berta de Lorinet, la graciosa silueta de Juana se destaca ante mí con una persistencia á la que no encuentro nada de enfadosa.

No es esto que yo la ame, no: hasta ese punto no llega mi cariño. Tengo que dejarla y dejar para siempre á París dentro de algunos meses. No; todo mi deseo se reduce á verla en la calle, en el teatro, en cualquier parte; á demostrarle con mi actitud y, si puede ser, con mis palabras, que yo lamento lo pasado y que imploro perdón. Entonces, basta de abismo entre ambos: la encontraré sin cortedad; podré evocar su imagen para combatir la de la señorita Lorinet sin que aquella mueca imperiosa me haga recordar ya mis torpezas. Ella simbolizará para mí la gracia parisiense unida á la piedad filial, y la llevaré á provincias como el perfume de una flor rara á la cual uno se ha acercado, y si alguna vez canto «¡Oh himeneo, oh himeneo!,» será para cualquiera otra que me la recuerde...

Me parece que mis sentimientos no rebasan de este límite. Sin embargo, no estoy absolutamente seguro de ello: pongo en mis pesquisas un celo y una constancia que me admiran, y el desagrado que sigue á mis gestiones infructuosas es algo más vivo de lo que permite la fría razón.

Analicemos un poco: hagamos el balance de mis cuentas.

Una tarde del mes de enero he zaqueado ocho veces seguidas la calle de la Universidad desde el número 1 al 107 y desde el número 107 al número 1. Juana no salió, á pesar de ser aquel uno de los días más límpidos y hermosos de este invierno.

El 19 del mismo mes he asistido á la representación de Andrómaca, por más que los clásicos, á los cuales tengo en mucho, no sean los que más me cautiven. El 27 renové la tentativa. Ni la primera ni la segunda noche he visto al señor Charnot.

Y, sin embargo, si el Instituto no encauza la teoría de sus vírgenes hacia el aplauso de Andrómaca, ¿hacia dónde las encamina?

Quizá á ninguna parte.

Cuantas veces atravieso las Tullerías, recorro con la vista los grupos esparcidos por entre los vendedores de castañas. Veo niños que juegan y que se caen; niñeras que los dejan caídos en el suelo: mamás que los levantan; una multitud que circula en

diferentes sentidos. Pero no veo á Juana.

En fin, anteayer me he pasado cinco horas en el *Bon Marché*.

Era día de exposición primavera], una de las solemnidades del año, y yo suponía, no sin apariencias de razón, que una parisiense joven y linda no podía faltar á ella. Cuando yo llegué, á eso de la una, la multitud llenaba ya el inmenso bazar. No es fácil resistir á ciertas corrientes que rinden tributo á los resplandores privilegiados de la nueva estación. Indiferente como un alga en medio de aquel mar, obedecí á la primera que me arrastró, y fui llevado hasta las canastillas.

Allí me abandonó entre aquellas vendedorcitas que se reían del estudiante náufrago entre los objetos de la primera edad. Me encontré en situación embarazosa, y confiándome en la fortuna de una inglesa que manejaba los codos con una valentía enteramente británica, di la vuelta á veinte mostradores. En fin, cansado, aturdido, lleno de polvo como después de una larga caminata al sol, me refugié en la sala de lectura.

¡Pobre tonto! —me dije—, aún es demasiado temprano: has debido pensarlo. Vendrá con su padre; pero no antes de que se haya cerrado la Biblioteca Nacional. Admitiendo que tomen el ómnibus, llegarán aquí á las cuatro y media; pero no antes.



Preciso era ocupar el tiempo, bastante largo, que me separaba de aquel feliz instante. Escribí una carta á mi tío Mouillard. Sólo en escribir el sobre invertí siete minutos. No había escrito nunca tan bien desde la edad de nueve años. Tan pronto como la hube cerrado, busqué un periódico. Todos estaban en manos de los concurrentes. Lo único que estaba libre era el *Bottín*: lo tomé y lo abrí por la letra *ch*. Pude convencerme de que hay en París muchos Charnot, sin contar el mío. Charnot, droguero; Charnot, tapicero; Charnot, hernista; le adjudiqué toda una familia al miembro del Instituto, eligiendo, como es natural, las personas de su nombre que me parecieron más dignas de semejante parentesco. No recuerdo sino muy vagamente el tiempo que siguió luego: de lo que sí me acuerdo es de haber recibido por dos veces la impresión de que una persona indiscreta se inclinaba por encima de mis hombros. A la tercera vez salí de mi abstracción.

—Caballero —me dijo un empleado, con la mayor política—, hace tres cuartos de hora que esperan el *Bottín*. ¿Quiere usted tener la bondad de pasarlo al señor si ha terminado con él?

Eran las seis menos cuarto. Todavía esperé un poco y luego me fui, habiendo perdido el día.

¡Oh Juana!, ¿en dónde se oculta usted? ¿Será preciso ir á misa á San Germán de

los Prados para encontrarla? ¿Es usted una de esas madrugadoras que, cuando apenas hay paseantes, van á buscar en los Campos Elíseos los primeros rayos de sol, y el aire que sopla por entre los árboles antes de sumirse en París? ¿Estudia usted algún curso en la Sorbona? ¿Canta usted?; y en tal caso, ¿quién es su profesor?

Usted debe de cantar, Juana. Hay en usted algo de pájaro. Tiene usted la gracia y la ligereza de las alondras. ¿Por qué no ha de tener también un poco de voz como ellas...?

Fabián, mucho cuidado, que te estás poniendo tísico.

8 de abril

Hace más de un mes que no he escrito nada en este oscuro cuaderno; pero hoy, ¡cuántas cosas tengo que anotar en él, y de qué importancia!

Desde luego, mi primera sorpresa.

Sobrecargada mi cabeza de textos latinos, apoyaba esta mañana mi frente en los cristales de mi ventana que da al jardín. El jardín, naturalmente, no es mío, puesto que habito en el cuarto piso; pero he visto á las nubes llorar de lo lindo sobre su gran sauce, sobre el piso encarnado de la avenida que lo limita en rededor, sobre los cuatro muros bordados de hiedra, uno de los cuales lo separa del huerto de los Carmelitas. Es un jardín casi abandonado. El primer inquilino del primer piso no ha tenido jamás la cabeza pesada y, por lo tanto, no pasea por él casi nunca. Su hijo, liceísta de diez y siete años, se encontraba en él esta mañana. A dos pasos del muro que da sobre la calle, inmóvil y con la cabeza alta, silbaba con ritmo monótono y en forma que me pareció una contraseña. Ante él, sin embargo, no había otra cosa que el musgo y la hiedra adosada á la pared. No se les silba á las piedras ni al musgo.

Más lejos, del otro lado de la calle, las ventanas de las casas de enfrente, huyendo, regularmente alineadas, y abiertas en su mayor parte. Yo pensé: El pájaro está allí: será alguna maritornes que aparecerá en breve con su blanca cofia.

¡La picara y mala idea! ¡Qué temerarios somos hasta en nuestros menores juicios! De repente el liceísta dio un paso hacia adelante; extendió el brazo; pasó la mano por el musgo describiendo una curva rápida, como si hubiese querido coger una mosca, y se volvió hacia su madre en actitud triunfal, desvanecida, imbécil, con un inocente lagarto gris entre los dedos.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo: tomaba el sol; lo he magnetizado!

¡Tomaba el sol! Ésta fue una revelación para mí. Abrí la ventana. Y, en efecto, por todas partes calor, por todas partes luz: en los tejados, humedecidos aún por el rocío de la noche; en el cielo, de un azul alegre, que no era ya el del invierno. Bajé la vista

y vi lo que no había visto: el sauce lleno de brotes; las hepáticas en flor al pie de las camelias deshojadas; los perales del huerto de los Carmelitas enrojecidos por la savia, y sobre la rama seca de una higuera un mirlo escapado del Luxemburgo, que, estirado sobre sus patas, alegre y con el cuello extendido, respondiendo á algún llamamiento lejano traído por la brisa, cantaba, como en pleno bosque, el himno ardiente de la renovación. Entonces, ¡oh!, entonces no me pude contener: bajé de cuatro en cuatro los escalones, echando pestes contra París y contra los Latinos Junianos, que me habían ocultado la primavera.

¡Cómo! ¡Vivir separado del mundo creado para mí; caminar por un suelo artificial de piedra o de betún; tener un horizonte de chimeneas; no ver el cielo sino una taja irregular cortada por las techumbres, manchada por el humo, y dejar que se deslice esa estación hermosa sin aspirar los perfumes y la alegría que pródigamente esparce, y sin renovar en su juventud la juventud nuestra algo estropeada y oprimida por el invierno! ¡No, eso no puede ser; yo quiero ver la primavera!

Y la he visto, en efecto, pero truncada y en ramos, porque mi carrera irreflexiva me ha llevado á la plaza de San Sulpicio, y había en ella mercado de flores.

Muchas flores y poca gente: era ya tarde. Yo gozaba lo indecible ante aquellas plantas formadas por especies y por altura, desde el jacinto doble, delicia de los porteros, hasta las primeras clavellinas apenas abiertas y cuyas hojas, encendidas o blancas, empezaban á salir de su casquillo verde; luego ramos, manojos de una misma clase de flores y del mismo matiz, envueltos sus tallos en papel blanco; lilas, minutisas, reseda traído en cajas y cuya miel, no libada por las abejas, embalsamaba el aire. Todos tenían una mirada para aquellos desterrados reaparecidos. Las jóvenes les sonreían sin saber por qué. Hasta los cocheros de punto, estacionados á lo largo de las aceras, se complacían con aquella vecindad. Yo oí á uno, cuyo rostro se asemejaba á una asadura de ternera, rojo, con la nariz blanca, decir á uno de sus compañeros:



—¡Francisco, qué bien huele!... ¿Eh?

Yo iba despacio estudiando cada exposición, y al llegar á la última, di la vuelta.

¡Gran Dios! ¡A diez pasos, el señor Flamarán, el señor Charnot y la señorita Juana!

Estaban parados delante de uno de los puestos por donde yo acababa de pasar. Flamarán llevaba debajo del brazo una cineraria en maceta, cuya planta parecía salirle del vientre; el señor Charnot, inclinado, dirigía sus lentes á un soberbio clavel granadino; Juana vacilaba entre veinte manojos de flores, inclinando á unos y á otros su linda cabeza, peinada al uso de la estación.



—¿Cuál, papá?

—El que quieras, pero elige pronto; nos espera Flamarán.

Otro segundo de duda; después se dejó arrastrar por las afinidades electivas.

—Este manojito de reseda —dijo.

Lo hubiera yo apostado. Debía elegir el reseda, la planta rubia, fina, elegante como ella. Las camelias y los jacintos, para otras; para Juana, las flores delicadísimas.

Pagó, cogió el ramo, lo contempló un instante, lo apoyó en su pecho con un movimiento maternal, dejando caer sobre su brazo los rubios vástagos, y se unió á su padre, que no había hecho más que cambiar de clavel. Continuaron hacia San Sulpicio. A la derecha Flamarán, Charnot en medio y Juana á la izquierda. Ella se rozó conmigo sin verme. Yo los seguí de lejos. Los tres se reían. ¿De qué? Lo adivino: ella, por tener diez y ocho años; ellos, por el placer de acompañarla. Al extremo de la plaza tomaron á la izquierda; siguieron á lo largo las verjas de la iglesia y se inclinaron hacia la calle de San Sulpicio, sin duda para acompañar al señor de Flamarán, cuya cineraria se destacaba de los grupos. Iba á seguir yo el mismo camino. Un ómnibus de la línea Batignoles-Clichy se me interpuso. En un segundo me vi envuelto por la ola de viajeros que arrojó sobre la vía.

—¡Calla! ¿Eres tú? ¿Cómo estás? ¿Qué es lo que miras? ¿Mi tubo? *Tuba mirum spargens sonum*, querido amigo, la última creación de León, aeriforme, embolibomba, evaporador.

Era Larivé que bajaba del imperial.

¿Quién no conoce á Larivé, al jefe de los pasantes del bufete Machín? Por todas partes se le ve. Buen mozo, rubio, con las patillas pequeñas y recortadas, el bigote muy cuidado, vistiendo irreprochablemente, siempre de tubo, siempre enguantado, al corriente de todas las frases ingeniosas, que luego repite como si fueran suyas. A creer lo que dice, tiene acceso en todos los ministerios y con todos los ministros; invitaciones para todos los bailes, y billetes de autor para todos los estrenos. Únase á esto su gran exactitud para asistir á los entierros, su gran fuerza en Derecho y su gravedad en el Palacio de Justicia, superior á toda ponderación.

—¿Responderás, Fabián? ¿Qué es lo que miras?

Volvió la cabeza.

—¡Ah! ¡Ya lo veo: á la pequeña Charnot!

—¿La conoces?

—¡Pardiez! Y al papá también. ¡Gentilísima!

—De modo que la encuentras...

—Muy gentil, lo afirmo; pero no tiene la costumbre de la sociedad: baila mal.

—¿Es eso todo lo malo?

—Tiene algo más; los ojos.

—¿Qué les encuentras?

—Que son un poco pequeños: ¿no lo has notado?

—¿Qué le hace eso, si son amables e inteligentes?

—¿A mí? A mí no me importa nada. A ti es á quien creo que le importa algo.
¿Sois acaso parientes?

—No.

—¿Deudos?

—Tampoco.

—Tanto mejor. ¡Ah! ¡Y el viejo Mouillard!, ¡el tío Mouillard! ¿Siempre intrépido?

—Sí, y deseoso de sacarme de esta Babilonia.

—¿Le reemplazas tú?

—Lo más tarde posible.

—Bien me habían dicho que no eras entusiasta. Un bufete modesto, ¿no es verdad?

—No tanto. Veinticinco mil de producto.

—¿Neto?

—Sí.

—Es bastante atrayente. Pero ¡la provincia, amigo mío, la provincia!

—¿Tú te morirías allí?

—A las cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo, pues, has podido nacer en ella? Eso me admira, Larivé.

—Y á mí también. Es una de las cosas que me hacen pensar. Conque hasta la vista.

Lo sujeto por las manos que me había tendido.

—Dime, Larivé. ¿Dónde has encontrado á la señorita Charnot?

—¡Ah, truhán! Ahora caigo. Dispensa, querido amigo. Siento extraordinariamente no haberte dicho que era un ángel. Si yo hubiera sabido...

—No es eso lo que te pregunto. ¿Dónde la has visto?

—¡Pardiez! En sociedad. ¿Dónde quieres tú que se vea á las jóvenes si no es en sociedad? ¡Qué cosas tiene este Fabián!

Y se marchó riéndose. Cuando estuvo á veinte pasos, se volvió; colocó ambas manos en la boca en forma de corneta, y gritó:

—¡Es un ángel!

Este Larivé es decididamente un aturdido, cuyas palabras pueden darle por un instante las apariencias de hombre de talento; pero es limitado, mero reproductor de efugios, y todo un egoísta, bajo su frívola apariencia. No me inspira confianza alguna. Es, no obstante, un amigo de colegio, el único de mis veintiocho compañeros de curso con quien he conservado relaciones: cuatro han muerto; otros veintitrés andan dispersos en la obscuridad de las provincias y presumiblemente perdidos, por

carencia de noticias, para usar el lenguaje del bufete Véritas: el número veintiocho es Larivé. Yo lo admiraba, en el octavo año de su vida, á causa de sus largos pantalones, la notable audacia de su indisciplina y sus relaciones precoces con el cigarrillo. Lo prefería á otros buenos muchachos humildes. Los días de asueto compraba yo goma arábica en casa del herborista de la Chatre, la machacaba con un martillo en el fondo de mi cuarto, lejos de los curiosos, y llenaba con ella tres saquitos, cada uno con una etiqueta que decía: «pedazos grandes, pedazos medianos, pedazos pequeños». Cuando regresaba al liceo, con los saquitos en el bolsillo, sacaba uno u otro para ofrecer el contenido según la importancia del caso y el grado de simpatía. Larivé atrapaba el mayor puñado que podía. No por eso se mostraba más reconocido ni dejaba de burlarse de mí por aquellas mismas atenciones de que era objeto. Mentía á toda hora, y, sin embargo, yo le consideraba. Todavía miente; pero ha pasado para mí la edad de la goma arábica, y no creo ya en Larivé.

Si se imagina despoetizar á mis ojos esa niña encantadora, diciéndome que baila mal, se engaña. ¡Vaya una ganga, tener una mujer que sepa valsar bien! No es en su casa ni con su marido con quien valsa entre el armario de la ropa y la cuna, sino en casa extraña y con los extraños. Además, una joven que baila oye muchas necedades. Puede tomarles el gusto á los cuentecillos de los Larivé: dulces, suaves y malditas lenguas. ¿Qué acogida dará entonces al amor sencillo y tímido? Se reirá de él. Pero usted, Juana, no se reirá si yo le dijese que la amo. No; creo firmemente que no se reirá. Y si usted me amase, Juana, no frecuentaríamos la sociedad, y eso me haría feliz. La guardaría sin ocultarla. Encontraríamos la dicha en nuestra casa, en vez de ir á buscarla donde no está: en los salones y en los bailes. Imposible sería que ignorase usted el encanto que emana de su persona; pero no lo prodigaría á esa multitud, á esa turba de danzantes para no traer á casa sino los restos de su buen humor y de sus trajes, Juana: estoy contentísimo de que baile usted mal.

¿Adónde vas, amigo Fabián, adónde vas? He ahí que te dejas arrastrar aún por tu imaginación. En cuanto ella se remonta, te vas por entero. Razona, razona un poco. Has vuelto á ver á esa joven, es verdad; te ha agradado: es la segunda vez. Pero ella, á quien te permites llamar Juana, como si fuese alguna cosa tuya, no te ha visto siquiera. Tú no conoces de ella más que su gracia virginal y veinte palabras de su boca. Ignoras si es o no libre, así como la acogida que daría á esos pensamientos que embargan tu espíritu, si tú se los expresaras. Y dices: «¡Iríamos, tendríamos!...». No pases del singular, mi buen amigo. Ese plural está lejos, muy lejos, caso de que sea posible alcanzarlo.

27 de abril

Fín de abril: ¡volad, estudiantes! Los primeros soplos templados hacen estallar los botones: Meudón ríe; Clamart gorjea; en el valle de Cheveuse, los campos de violetas embalsaman; llueven semillas de sauce en ambas márgenes del Ivette, y más lejos, allá abajo, á la sombra de las verdes bóvedas de la selva de Fontainebleau, los corzos enderezan las orejas al ruido de las primeras cabalgadas. ¡Volad! Las sendas están floridas, las landas cuajadas de rosas, los matorrales llenos de alas que huyen. Todo París emigra hacia el campo engalanado. Los más pobres tienen un rincón preferido, un recuerdo del año anterior que desean volver á encontrar, un abrigo en donde durmieron, una avenida cuya sombra era agradable, un sitio en la orilla del agua en que los peces mordían el anzuelo. Todos dicen: «¿Os acordáis?».

Cada cual busca su nido como la golondrina á su regreso. ¿Existirá? ¿Qué estragos habrán causado en él los vientos invernales, las lluvias y los hielos? ¿Será aún hospitalario?

También le he dicho yo á Lamprón: «¿Te acuerdas?» porque ambos tenemos nuestro nido y días de sol que alegran nuestros recuerdos. Él estaba con deseos de trabajar y vacilaba. Pero murmuré: «El estanque de Merle,» y sonrió, y henos en marcha.

Por lo común, y ahora también, la cita es en San Germán; pero no en la ciudad, ni en el castillo italiano, ni en la terraza desde la que se ve el largo curso del Sena, y el campo esmaltado de villas, y Montmartre azuleando á lo lejos, sino la selva. Ella nos es más querida que á otros muchos, pues conocemos todas sus talas, todos sus árboles, todas sus grutas donde se internan todos los cazadores furtivos y todos los amantes. Iría, con los ojos cerrados, hasta el estanque de Merle, que nos fue descubierto por un corzo.

Figúrense ustedes, á treinta pasos de una alameda, no un estanque, porque el nombre es impropio, ni una balsa, sino una fuente cavada por la desaparición de alguna encina gigantesca. Después de la muerte del árbol rey, los abedules que sus extensas ramas habían tenido alejados no han vuelto á aproximarse, y la fuente forma el centro de un pequeño claro en que el musgo crece espeso en todo tiempo y esmaltado de claveles silvestres en el mes de agosto. El agua, por profunda que sea, no tiene menos deliciosa transparencia. A través de seis o siete pies de profundidad se distinguen en el fondo las hojas muertas, las hierbas, las ramas de árbol y algunas piedras de aristas irisadas. Todo aquello duerme allí: restos de pasados días que otros restos habrán de cubrir después. A veces, desde las profundidades de aquellas malezas acuáticas lánzase una salamandra; sube en espira agitando su cola listada de amarillo, toma una bocanada de aire y



vuelve á bajar perpendicularmente. Fuera de aquellas incursiones, nada turba la placidez de la fuente. Ésta se halla protegida del viento por un enebro que un rosal silvestre ha tomado por tutor y al que todos los años cubre con un manto de rosas. Todos los años también anida allí un mirlo, cuyo secreto le guardamos: él, por su parte, sabe que no lo tocaremos. Cuando veo de nuevo aquel pequeño rincón del bosque, que la costumbre nos ha hecho amar, sólo con mirar el agua experimento una impresión fresca que me llega hasta el alma.

—¡Magnífico sitio para dormir! —exclama Lamprón
—. Haz el cuarto, Fabián: en cuanto á mí, voy á descansar.

Habíamos ido muy de prisa. Apretaba de firme el calor. Se quitó la americana, la arrolló en forma de almohada y colocó en ella la cabeza al tenderse sobre la hierba.

Yo me eché boca abajo en plena alfombra de musgo y me entregué al estudio minucioso de un pie cuadrado del suelo que tenía ante mis ojos.

La multitud de tallos de hierba era prodigiosa. Algunos, ya espigados, rebasaban el nivel común y se balanceaban como palmeras, *uca lanuda*, grama de los prados, débiles cañas de trigos coronadas de espigas. Otras apuntaban á medio desarrollar, en el centro de las masas sombrías de musgo, henchidas de agua y encargadas, sin duda, de dársela á beber. Entre los innumerables tallos así elevados hacia el cielo se cruzaban sendas llenas de obstáculos, cortezas, bayas de enebro, fabucos de abedules y raíces enredadas por el curso de las aguas llovedizas. Pasaban por ellas hormigas y escarabajos atrafagados, subiendo y bajando hacia un hito misterioso. Sobre ellos; una linda araña roja ligaba un tallo de gramínea á una hoja de orquídea, columnas elegidas para la tela futura, y cuando por entre las hojas que el viento agitó, llegó hasta allí un rayo de sol, vi dibujada ya toda la trama.



Ignoro lo que duró aquella contemplación. La selva estaba en calma. Aparte de un enjambre de moscardones que zumbaban sobre Lamprón dormido, nada se movía, ningún ruido sonaba alrededor de nosotros. Todo bebía silenciosamente en la copa del sol esplendoroso.

Muy á lo lejos y en rumor confuso escuché el eco de dos voces. Me levanté y, á paso de lobo, me fui por entre los abedules y los nogales hasta la margen de la avenida.

En lo alto de la pendiente y hacia la parte á que daba sombra el arbolado, columbré dos paseantes marchando con lentitud. A la distancia á que aún se encontraban, sólo pude distinguir una cosa: el hombre vestía de levita, y la mujer traje gris; ésta debía de ser joven, á juzgar por el flexible movimiento que al andar

imprimía á su cuerpo. Y, sin embargo de no ver más, tuve desde luego el presentimiento de que era ella.

Me oculté: se aproximaron, y la vi pasar, con efecto, del brazo de su padre, hablando tranquilamente, y feliz por haberse escapado de la calle de la Universidad. Miraba ante sí con los ojos muy abiertos. Él miraba á su hija, más ocupado de ella que de la primavera en pleno bosque, y se inclinaba á la derecha siempre que el sol mordía la línea de la sombra; de vez en cuando preguntaba:

—¿Estás cansada?

—No.

—Cuando te canses, hija mía, nos sentaremos. ¿No voy demasiado de prisa?

Ella le respondía que no, y se reía, y ambos se alejaban.

Pronto dejaron la avenida y tomaron por una senda. Los perdí de vista. Entonces me sobrevino súbitamente algo como un crepúsculo: el corazón se me llenó de inmensa tristeza: cerré los ojos, y Dios me perdone, pero lloré.

—¡Magnífico! —exclamó Lamprón detrás de mí—. ¿Qué papel es el que me haces representar?

—¿Cómo qué papel?

—Encuentro muy singular que me invites á tus citas.

—¡Una cita!... Pero si no hay tal cosa...

—¿Vas á decirme, tal vez, que has venido aquí por pura casualidad?

—Ciertamente.

—¿A la hora justa y al sitio preciso por dónde ella debía pasar?

—¿Quieres la prueba de ello? Esa joven es la señorita Charnot.

—Y bien, amigo mío.

Que yo no la he hablado después de mi única visita hecha á su padre, que no la he visto más que una vez en la calle y por un solo instante, y que, como comprenderás, no ha podido haber cita alguna para aquí. El primer sorprendido he sido yo. La casualidad, la bondadosa Providencia es la que se ha servido de la hermosura, de la luz, de la brisa, de todas las dulzuras y de todos los encantos de abril, para traerla á la selva como nos ha traído á nosotros.

—¿Y eso te hace llorar?

—No, eso no.

—¿Entonces, qué?

—No lo sé.

—¡Ah, niño!, porque aún lo eres; te lo voy á decir: la amas.

—A la verdad, creo que tienes razón, Silvestre. Te lo confieso sencillamente como á mi mejor amigo. Esto data ya de algún tiempo; quizá del primer día que la vi. Al principio, su imagen se presentaba en mi espíritu y yo encontraba placer en ello. Luego no me bastó la imagen. He deseado volverla á ver realmente: la he buscado en

la calle, en las tiendas, en el teatro. Aún estaba ciego y suponía que sólo era para hacerme perdonar de ella, para no dejarle, cuando me fuera de París, la desagradable impresión de nuestra primera entrevista... Pero ahora, Silvestre, se desvanecen todas aquellas pueriles razones y veo la verdadera razón: ¡la amo!

—Sin la menor duda, amigo mío. He pasado por ello. No hay duda posible.

Y se calló: su mirada vaga erró por los confines del bosque, y quizá también por sus lejanos recuerdos. Una sombra parecía velar su triste semblante... Pero aquello duró poco: sacudió su tristeza y me dijo con su sonrisa habitual:

—¿De modo que eso es serio?

—Sí, muy serio.

—A fe mía, que no me admira: me gusta esa joven.

—¿No es verdad que es linda?

—Mejor que eso, amigo mío: es candorosa. ¿Qué datos tienes de ella?

—Que baila mal.

—Algo es algo.

—Es todo cuanto sé.

—Pues bien: toma informes de los demás: háblale; declárate á ella; pídelas, y casaos.

—¡Por Dios, Silvestre, qué de prisa vas!

—Querido amigo, es el mejor y el más moral de los sistemas; es necesario encauzar rectamente esos vagos idilios, o para romperlos sin gran pena o para darles término al pie de los altares. Yo, en tu lugar, empezaría mañana mismo.

—¿Por qué no hoy?

—¿Cómo?

—Alcanzándolos, aunque no sea más que para volverla á ver.

Se echó á reír.

—¡A mi edad correr tras de las jóvenes! En fin; puesto que he dado el consejo, adelante.

Cruzamos la avenida y nos lanzamos á través de la selva.

Lamprón se había conquistado en otros tiempos reputación de ágil y de infatigable entre los cazadores de zorras de la campiña romana, y aún la merecía: en veinte saltos se colocó delante de mí. Yo lo veía salvar los matorrales, tronchar con su bastón los retoños de las encinas, y volverse para contemplarme, más apurado que él, arañado por los espinos y pinchado por los juncos. El vuelo de un faisán le detuvo. El ave saltó de sus pies y se elevó en alto.

—Está bien —dijo—; es un toque de atención: seamos más prudentes, pues de lo contrario espantaremos la caza. A doscientos pasos de aquí debemos encontrar el sendero que ellos han tomado.

En efecto, á los cinco minutos me hacía señas, oculto por el grueso tronco de una

haya.

—Ahí están.

Juana y el señor Charnot se habían sentado en, el tronco de un árbol caído á lo largo del sendero que se deslizaba á lo lejos semioculto por la maleza. Ambos nos daban la espalda. El padre, encorvado, con su bastón de puño de oro clavado en la tierra, leía en un libro que no podíamos ver, y Juana, atenta, inmóvil y medio vuelta hacia él, escuchaba. El perfil de su rostro se destacaba de una hermosa franja de cielo. La profunda paz del bosque nos envolvía, y la voz del sabio anciano llegaba hasta nosotros.

—«En aquel punto, el divino Ulises dirigió á la nívea Nausica este hábil discurso:

»Diosa o mortal, reina ante la cual me arrodillo. Si eres una de las divinidades que pueblan la inmensidad de los cielos, reconozco en ti, por tu belleza, por tu gracia, por tu noble apostura, á Diana, la hija del gran Júpiter. Si eres una de las mortales que habitan en la tierra, tres veces dichosos tu buen padre y tu augusta madre; tres veces dichosos tus hermanos queridos. Sus almas se dilatarán constantemente á causa tuya, y más al ver á una virgen tan hermosa entrar en el coro de las danzas. Pero ¡cuánta mayor no será la dicha de aquél que te conduzca á su rica mansión, cargado de espléndidos regalos!».

Me volví hacia Lamprón, parado diez pasos delante de mí, un poco á la derecha. Había echado mano de su álbum y dibujaba apresuradamente. Pronto dio al olvido la prudencia y abandonó el haya protectora para acercarse al modelo. Por más señas que le hice y por más que intenté demostrarle que no habíamos ido allí para pintar ni para dibujar, nada conseguí. El artista se había engolfado en su arte. Sentado en una raíz recurvada, á la distancia que quiso, y al descubierto, trabajaba sin otra preocupación que el dibujo.

Sucedió lo que tenía que suceder. Impacientado por las dificultades del perfil, Lamprón hubo de mover sus dos pies á un mismo tiempo: una rama que se rompe; hierbas secas que crujen... Juana vuelve la cabeza y ve: á mí, que la miraba embebecido, y á él que la retrataba.

¿Cuáles pueden ser las impresiones de una joven que descubre repentinamente en plena selva cuatro ojos fijos en ella? Algún pavor en el primer momento, y después, cuando la idea del robo se ha disipado, cuando una segunda mirada le permite reconocer que se trata de su belleza y no de atentar á sus días, un movimiento de amor propio halagado, no exento de confusión.

Y eso fue, precisamente, lo que creímos notar en ella. En el primer instante, se echó ligeramente hacia atrás y frunció las cejas, dispuesta á lanzar un grito; después, sus cejas se dilataron, y el placer de ser admirada, el rubor de haber sido sorprendida y el deseo de no aparecer cortada, todo se reflejó en sus mejillas de rosa y en una vaga semisonrisa.

Yo la saludé; Silvestre se quitó la gorra.

Charnot no se movió.

—¿Es alguna otra ardilla? —preguntó.

—Creo que son dos, papá —le repuso ella en voz baja, y prosiguió la lectura.

—«¡Oh, huésped mío!, respondió la nevada Nausica, y te doy este nombre, porque no me pareces ni vil ni insensato. Júpiter distribuye por sí mismo la dicha á los mortales...».

Juana no escuchaba ya. Pensaba. ¿En qué? En muchas cosas quizá, pero, con seguridad, en retirarse. Lo adiviné en el movimiento de su sombrilla que trazaba febrilmente círculos sobre el musgo.

Le hice á Lamprón una seña y ambos nos fuimos retirando de espaldas.

Pero todo fue inútil; el encanto estaba roto; la paz estaba turbada.

Ella tosió dos veces de un modo leve, voluntario, armonioso.

El señor Charnot interrumpió la lectura y se mostró inquieto.

—¿Tienes frío, Juana?

—No, papá.

—Sí, sí, tienes frío. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Oh, las criaturas! ¡Siempre lo mismo! ¡Imprudentes!

Se levantó en seguida; metió el libro en el bolsillo, abotonó la levita y, apoyándose en el bastón, miró un instante la copa de las hayas.

Después ambos se alejaron por el sendero, el uno al lado del otro.

Juana marchaba con soltura, erguida, esbelta por entre la verde hojarasca, que la ocultó bien pronto.

Entretanto, Lamprón seguía fijando su atención en aquel recodo de la senda por donde habían desaparecido.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

Se pasó la mano por la barba.

—Pienso, querido amigo, que la juventud nos abandona de la misma manera, con una leve sonrisa y sin decir dónde va, cuando, precisamente, más nos halaga. La mía me ha jugado esa mala pasada.

—¿Sabes que has tenido una buena idea al retratar á los dos? Enséñame el dibujo.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No es ni siquiera un perfil: cuatro rayas de lápiz únicamente.

—No importa, enséñamelo.

—Querido Fabián, deberías saber que cuando me empeño en una cosa, es que tengo una idea, como la burra de Balaam. No verás mi álbum, ni hoy, ni mañana, ni pasado.

Le respondí neciamente:

—Me es igual.

En el fondo aquello me contrarió: cuando me despedí de Lamprón en el muelle de la estación, lo hice con alguna frialdad.

¿Es posible imaginar un capricho semejante? ¡No enseñarme un dibujo que ha hecho delante de mí, un dibujo que representa á Juana!

28 de abril, nueve de la mañana

Ocultas tus dibujos, amigo Silvestre; mételos en los cartones o guárdalos en tus bolsillos: me importa poco. Tengo en el corazón la imagen de Juana, y la veo cuando quiero, y la amo, sí, la amo, la amo.

¿Qué será de ella y de mí? No lo sé. Yo espero sin saber qué espero, ni por qué, ni para cuándo, y eso es ya muy dulce para mí.

Nueve de la noche

A las dos de la tarde he encontrado á Lamprón en el bulevar de San Miguel. Iba de prisa, con un cartón debajo del brazo. Me acerco á él. Hállase contrariado y le disgusta que yo me ofrezca á acompañarle. La sangre se me sube á la cabeza.

—Está bien; hasta más ver, señor Lamprón, puesto que no me es permitido acercarme á ti; hasta más ver.

Reflexionó un instante.

—¡Bah! Sígueme si quieres; voy á casa de mi constructor de marcos.

—¿Un cuadro?

—Casi, casi.

—¡Vaya un misterio! Secreteas conmigo: ayer fue con un dibujo, hoy es con un cuadro. Eso no está bien, Silvestre, no está bien.

Me miró con aire de amistad compasiva.

—¡Pobre niño ingenuo! —dijo.

Y luego, recobrando su voz clara y firme, añadió:

—Tengo prisa; ven si quieres. Hubiera deseado más que lo hubieras hecho dentro de cuatro días; pero, en fin, la dicha nunca llega demasiado pronto.

Cuando Lamprón no quiere hablar, es inútil interrogarle. Me resigné, pues, á meditar sobre estas palabras: «la dicha nunca llega demasiado pronto».

Bajamos por el bulevar á lo largo de las cervecerías. Mi amigo Silvestre va con

arrogancia: no se confunde con la multitud por medio de la cual atraviesa. Se adivina en este hombre, grave sin afectación, indiferente al ruido y á las curiosidades de la calle, un alma robusta y elevada. Es alguien superior á los demás. Al pasar, escucho en un grupo de estudiantes sentados á la puerta de un café este diálogo, que mi amigo pareció no entender.

—¡Calla! ¿Ves á éstos? Pues el más alto es Silvestre Lamprón.

—¿El gran premio del Salón hace dos años?

—Sí, todo un hombre, como tú sabes.

—Demuestra serlo.

—A la izquierda —dijo Lamprón.

Tomamos á la izquierda y llegamos á la calle de Hautefeuille ante una casa de mala apariencia, en cuyo soportal había un tarjetón anunciador de habitaciones desalquiladas: en aquella casa habita el constructor de marcos. El corredor es obscuro: sus paredes aparecen estropeadas y hendidas por los golpes de tantos muebles como han entrado y salido por él. Subimos. Un olor de cola y de moho esparcido en la meseta del cuarto piso, bastaba á indicar el oficio del inquilino, y, á mayor abundamiento, en un cartelón clavado en la puerta, se leía: *Plumet, constructor de marcos*.

—¿Plumet, un matrimonio joven?

Pero la señora Plumet ha abierto ya: es ella, efectivamente, la menudita señora Plumet del bufete Boule. Me reconoce á pesar de la poca luz que había en la escalera.

—¿Cómo es eso, señor Lamprón? ¿Conoce usted al señor Mouillard?

—¿Y usted también, señora Plumet, según parece?

—¡Oh!, mucho: él es quien ganó el pleito que usted sabe.

—¿Contra el ebanista? Perfectamente. ¿Está su marido de usted?

—Sí, señor: está en el obrador. ¡Plumet!

Por una puerta entreabierta que da á otra habitación, vemos, en medio de sus operarios, amoldadores, doradores, bruñidores y encuadradores, un hombre pequeño, con perilla, que levanta la cabeza y se desata rápidamente los cordones de su mandil de trabajo.

—¡Voy, María, voy en seguida!

La pequeña señora Plumet hallábase algo contrariada por habernos tenido que recibir en traje descuidado y sin haber concluido aún de arreglar la casa. Lo conocí en lo colorada que se puso y en el movimiento instintivo que hizo al llevar la mano á los



desordenados rizos de sus cabellos.

Apenas contestó su marido, nos dejó y se fue al fondo de la habitación, á la semioscuridad de una alcoba atestada de muebles. Al llegar allí se inclinó sobre un objeto cuadrado que, por el pronto, apenas distinguí y que se movía debajo de sus manos.

—¿Señor Mouillard? —dijo dirigiéndome la mirada.

Entonces me hice cargo de que yo la había seguido.

—Señor Mouillard, ¡es mi hijo Pedro!

¡Oh! ¡Qué orgullo más dulce en aquellas palabras y qué sonrisa más franca al proferirlas!

Separó con el dedo una de las cortinas. Bajó aquella tela de percal azul, descubrí entonces, entre la almohada y los blancos lienzos, dos ojitos negros y un mechoncito de cabello rubio.

—¡Vea usted qué picarón es! —dijo.

Y se puso á acariciar al niño, que empezaba á despertarse.

Entretanto, Silvestre hablaba con el señor Plumet en el otro extremo de la habitación.

—Imposible —decía éste—. Estamos agobiados de trabajo. Tengo veinte parroquianos que esperan.

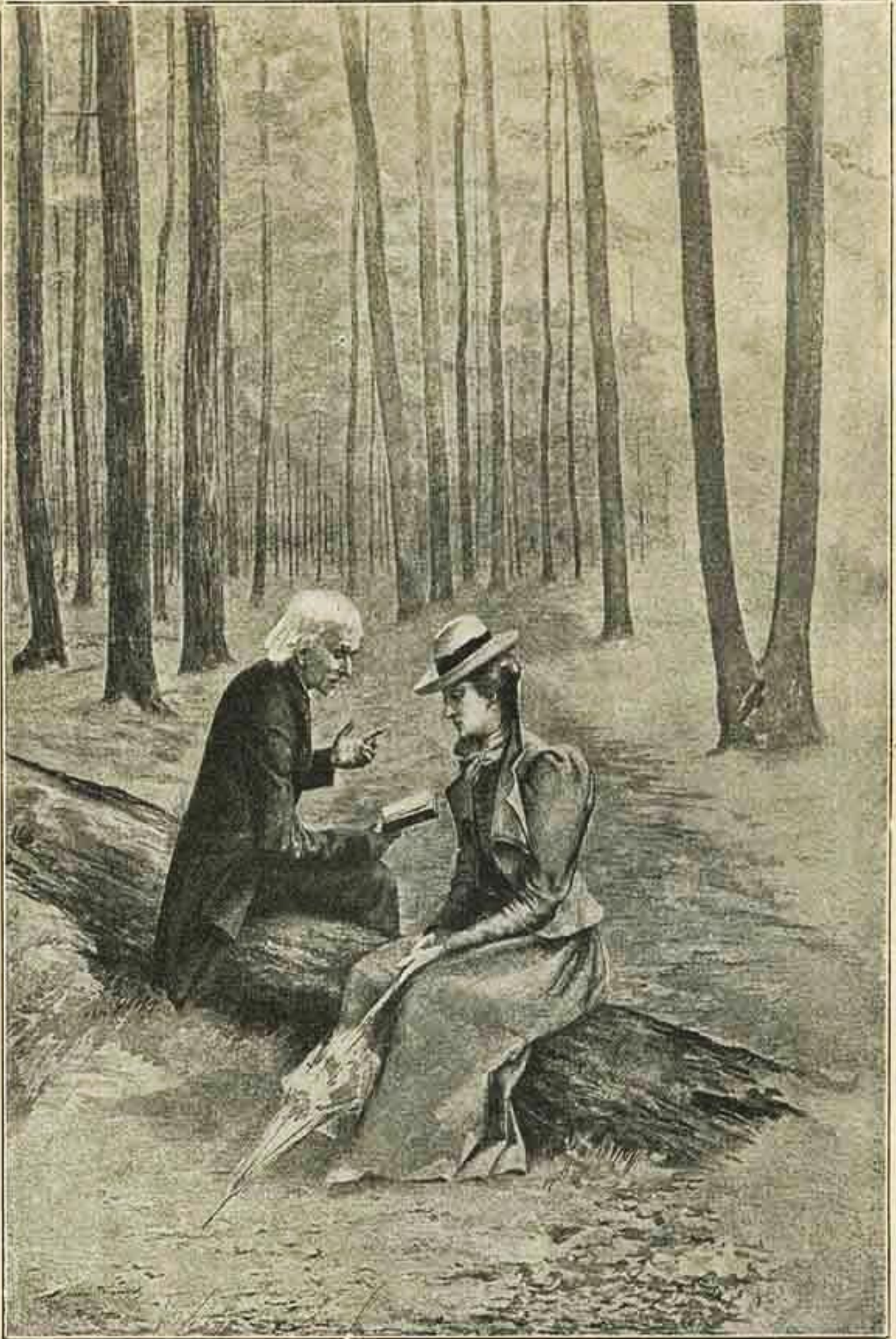
—Lo que le pido á usted es un favor en obsequio á la amistad.

—Quisiera poderle complacer, señor Lamprón; pero no le podría cumplir mi palabra si se la diera.

—¡Lo siento! Todo está listo. El dibujo debía ser expuesto con mis dos grabados... ¡Pobre Fabián! Te preparaba una sorpresa: ¡ven á verla!...

Acudí. Silvestre abrió el cartón.

—¿Conoces esto?



¿Qué si lo conocí? ¡Dios santo! El señor Charnot de espaldas; un rincón de la selva; la sombrilla en el suelo; el bastón clavado en tierra... Un cuadro de género de una finura y de una verdad perfectas.

—¿Cuándo has hecho eso?

—Anoche.

—¿Y quieres exponerlo?...

—En el Salón.

—Pero, Silvestre, debes saber que en el Salón no reciben ya nada. Hace mucho tiempo que pasó el 15 de marzo.

—Es verdad; pero he hecho una calaverada: toda la mañana me la he pasado intrigando. Si hubiera sido por un cuadro, nada hubiera conseguido; pero se trataba de un dibujo tan pequeño, veinte centímetros por treinta...

—¿Corrupción de funcionarios, según parece?

—Con substitución prohibida. Había yo colgado allí, precisamente entre dos grabados, mi paisaje al lápiz muy parecido á éste: se descuelga el uno, se cuelga el otro, y... todo se reduce á un pequeño acto misterioso de iniquidad de que estoy avergonzado todavía. Pasaba por ello en obsequio tuyo: confiaba en que ella fuese y se reconociese.

—Y seguramente que se reconocerá y que comprenderá; ¿cómo quieres que no adivine? ¡Ah, Silvestre, cuánto te lo agradezco!

Y eché mis brazos al cuello de Silvestre pidiéndole perdón por mis necias recriminaciones.

También estaba él algo enternecido, algo turbado por el placer que me había producido su sorpresa.

—Vea usted, Plumet —dijo á éste, que se había aproximado á la ventana con el dibujo y lo examinaba como hombre inteligente—; ahí tiene usted un joven más interesado aún que yo en el asunto; un aspirante á marido á quien le puede usted ser muy útil. Si no le pone usted marco al dibujo, desaparecerá toda su alegría.

Plumet meneó la cabeza.

—Vamos, Antonio —exclamó una vocecita zalamera.

Y la señora Plumet abandonó la cuna para venir en socorro nuestro.

Desde aquel momento consideré ganada la partida. Aunque Plumet repitió varias veces, acariciándose la perilla, que aquello era imposible, ella aseguró lo contrario: él hizo ademán de volverse al taller, pero ella lo retuvo por una manga, y le hizo reír y consentir, diciéndole:

—Antonio, el señor Mouillard nos ha casado: justo es que tú le pagues en la misma moneda.

Yo estaba enajenado. Sin embargo, me asaltó una duda.

—Silvestre —dije á Lamprón, que ya levantaba el picaporte de la puerta—,

¿crees tú que ella vaya?

—Hombre, yo creo que sí; pero no respondo de ello. Para tener esa seguridad, sería preciso que le dijese: «Señorita Juana, en el Salón está expuesto el retrato de usted». Si conoces á alguien que se cuide de llevar el mensaje á la calle de la Universidad...

—Desgraciadamente, no.

—Entonces, vente, y confía en tu buena estrella.

—¿Calle de la Universidad han dicho ustedes? —exclamó la señora Plumet, quien decididamente se tomaba el más vivo interés por mi causa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tengo una amiga en ese cuartel, y quizá...

Yo me atreví á darle, á condición de que guardase el secreto, el número y el nombre, e hice bien.

En tres minutos combinó un plan: su amiga vivía precisamente junto al hotel de la calle de la Universidad..., una portera..., una persona de edad y de confianza... La señorita Juana podría ser advertida por ella de que su retrato, o algo parecido, figuraba expuesto en el Salón..., discretamente, de eso no hay que hablar, y con tal naturalidad que excluyese toda sospecha.

¡Qué lista y qué inteligente! Anduve acertado al servirla en otra ocasión. ¡Cuán ajeno estaba yo de que pudiera pagarme un día aquel servicio! Y sin embargo, heme ya pagado, capital e intereses.

A pesar de todo, aún vacilaba yo; pero ella me arrancó el consentimiento.

—Nada, nada —dijo—, déjeme usted hacer: yo le prometo, señor Mouillard, que la señorita será advertida, y á usted, señor Lamprón, que su dibujo no se quedará sin el marco.

Y nos acompañó hasta el primer escalón, satisfecha por haber ganado aquella partida contra su marido, por haber demostrado su sagacidad y por tomar parte en un complot en que el amor tendía sus alas protectoras.

Ya en la calle, Lamprón me estrechó la mano.

—Vete —me dijo—, las personas felices van solas; es una necesidad del corazón. Dentro de cuatro días, iré á buscarte á las doce, y haremos juntos nuestra primera visita al Salón.

Sí; yo era feliz. Caminaba de prisa, sin fijarme en nada, con los ojos puestos y perdidos en mi pensamiento, escuchando en mi corazón una música divina. Se me figuraba llevar una aureola, y estaba mortificado, porque es una insolencia ir diciendo á voz en grito: Mirad, soy yo, que la amo regocijadamente y á quien Juana va á concederle su amor. La verdad es que estaba medio loco.

Cerca de la fuente del Luxemburgo, delante del viejo palacio del Senado, juegan dos niñas: la una empuja, la otra cae.

—¡Fea, Juana; eres una fea!

Corro; levanto del suelo á la niña que así se expresaba, y ante los ojos de su niñera, que se quedó estupefacta, la abrazo y le digo:

—No, señorita, es la joven más encantadora del mundo.

¡Y el señor Legrand! Aún me ruborizo cuando recuerdo mi conversación con él.

Hallábase en pie convenientemente en el dintel de su tienda: Especiería fina, comestibles, especialidad en géneros coloniales. Estamos en buenas relaciones: le compro naranjas, regaliz y ron para el ponche. Pero mantengo las distancias. Pues bien; le he llamado «Mi buen señor Legrand;» me he acercado á él sin tener nada que comprarle; le he pedido noticia del estado de sus asuntos, y le he dicho:

—¡Qué tiempo más delicioso, señor Legrand! ¡Henos de pronto en los días más hermosos del año!

Ha levantado los ojos hacia los tejados de las casas, los ha vuelto á bajar sobre mí, y se ha callado, por deferencia.

Luego he visto que, en efecto, reinaba una neblina muy desagradable.

En fin, hace un momento, al regresar de comer, me he cruzado en la calle de Bonaparte con una familia de obreros, y el marido ha dicho, señalándome:

—¡Calla, un poeta!

Ha visto bien: en mí se ha borrado el pasante de abogado; ha desaparecido el doctor futuro: no queda más que el poeta, es decir, el fondo de toda juventud desprendida de las plantas parásitas de la vida. Yo siento que se despierta y se conmueve. ¡Cuán dulce es la vida y qué instrumentos maravillosos somos para que la esperanza al tocarnos con la punta de su pequeño dedo, nos haga vibrar de este modo!

1.º de mayo

¡Cuán largos han sido estos cuatro días, sobre todo el último! En fin, henos ya que sólo faltan dos minutos para las doce. Dentro de dos minutos, si Lamprón no se retrasa... ¡Pam, pam!

—¡Adentro!

—Son las doce: ¿vienes?

Es Lamprón.

Hacía ya una hora que tenía yo puesto el sombrero, colocado el bastón sobre las rodillas y que hojeaba mi tesis con los guantes en la mano. Se burla de mí. Me tiene sin cuidado.

Salimos y fuimos á pie, gozando de un día límpido y templado. Todo el mundo está en la calle. ¿Quién permanece en su casa el día primero de mayo? En los

alrededores del Cuerpo legislativo, desembocando por todas las calles vecinas, las pellizas blancas de los niños brillan y se orientan en dirección á las Tullerías. Lamprón tiene ganas de hablar. Está contento de su exposición y de su plan de ataque contra la señorita Juana.

—Está prevenida, seguramente, Fabián; de regreso quizá, ¿quién sabe?

—Diviértete, sí, búrlate. Pues sí, señor; posible es que se haya adelantado á nosotros. Todos estos días he tenido ese presentimiento.

—¿De veras?

—Me la he representado más de veinte veces subiendo las escaleras del palacio de la Industria, del brazo de su padre. Nosotros abajo, confundidos con la multitud. Su contorno cándido y delicado se levanta sobre los tapices de los gobelinos que la encierran en un marco de flores, y parece una virgen de los tiempos pasados que recobra la vida y abandona su paño escultural de alto relieve.

—Señores —dijo Lamprón haciendo un ademán circular como si se dirigiese á cuantos estaban en la plaza de la Concordia— presento á ustedes al sucesor eventual del señor Mouillard, abogado en Bourges: ¡un soberbio temperamento de hombre de negocios!



Nos acercamos. De todas partes afluyen grupos hacia la exposición: las mujeres visten trajes claros; muchos hombres van de americana, con una mano en el bolsillo, con el bastón en alto acariciando la oreja, lo que significa: rico, todavía gallardo y fuera de casa á impulsos del buen tiempo. Los remolinos dificultan el paso. Por fin entro.

No hacemos más que atravesar el enarenado jardín de la planta baja, dominio de la escultura, en donde tantos dioses antiguos, en toda clase de actitudes, ciñen con su corona mitológica los modernos bustos colocados en la avenida central. Pasamos: allí no está mi corazón. Saludamos con una mirada á un viejo galo herido, antepasado á

quien rodean muy pocos, y subimos la escalera... sin que nos preceda Juana.

Henos en la primera sala de pintura. Silvestre está radiante. Se encuentra en su casa.

—Anda, Silvestre: ¿dónde está el dibujo? ¡Vayamos de prisa!

Pero me arrastra con él y visitamos muchas salas.

¿Habéis experimentado la embriaguez del color que se apodera de los profanos en el dintel de un museo? Tantos rayos convergen en los ojos y tantos pensamientos surgen y entrechocan en el espíritu, que los ojos se fatigan y el espíritu se turba. Flota sin detenerse, como los insectos en un prado cuajado de flores. La multitud que zumba y se cruza en todas direcciones, contribuye á aquel aturdimiento. Distrae la atención que empieza á fijarse, y la lleva consigo allí donde ella se detiene seducida por un nombre, por un cuadro, por las dimensiones de un lienzo, por algo llamativo: un fondo amarillo, una veintena de ahorcados con otros tantos cuervos, un viejo prehistórico, horrible cazador completamente desnudo, armado de una estaca rematada en una bola de plomo. Sepárase uno, y vuelve á empezar la lucha entre la mirada, atraída por cien cosas diversas, y el espíritu, que quisiera ver algo.

Con Lamprón no existe ese peligro. Abarca de una sola mirada toda la nave. Tiene el ojo experto del cazador que, al remontar las perdices su vuelo, elige instantáneamente la que le ha de servir de blanco. No vacila.

—Allí es donde debemos ir: ven.

Y vamos. Se coloca erguido ante el lienzo, con ambas manos en los bolsillos del gabán y la barba metida en el cuello sobrepuesto del mismo: nada dice, pero goza: se impregna de un pensamiento que ha surgido de lejos en su mente: compara la obra nueva del pintor con otra antigua de la que conserve el recuerdo. Fija allí toda su alma, y cuando calcula que yo lo he comprendido y penetrado todo, indica su sentir en una frase acertadísima, resumen de una larga serie de ideas que yo he debido compartir con él, toda vez que como él he visto.

Salimos de las salas de pintura.

En la abierta galería que flanquea interiormente aquel vasto cuadrilátero y que domina el jardín, duermen, abandonados, los grabados, las acuarelas, los dibujos. Lamprón se dirige en derechura á sus obras. Yo les adjudicaría la medalla de honor: un retrato de hombre al agua fuerte; un gran grabado al buril, *La Virgen lactando á Jesús*, del Salón cuadrado en el Louvre, y, por último, el dibujo que representa...

—¡Dios mío, qué encantadora está, y qué mal hará, Silvestre, si no viene á contemplarse!

—Vendrá, amigo mío; pero yo no estaré aquí ya.

—¿Me abandonas?

—Te dejo entregado al acecho: ten paciencia y no dejes de darme esta noche noticias tuyas.

—Te lo prometo.

Y Lamprón se fue.

El dibujo estaba colocado casi á la misma distancia de los dos huecos, guarnecidos de cortinones, que comunicaban con las salas de pintura. Me apoyé en el quicio de una de aquellas puertas, y esperé.

A mi izquierda tenía un verdadero desierto: apenas si algunos visitantes se aventuraban á penetrar de vez en cuando en el reino de los dos lápices, y parte de ellos lo hacían únicamente para respirar aire más fresco o para mirar, por encima de la balaustrada, la abigarrada multitud, que se agitaba abajo en rededor de las blancas estatuas.

A mi derecha, por el contrario, pasaban y volvían á pasar las confusas corrientes en las que se distinguía sin esfuerzo el elemento provinciano por la evidente fatiga de su talante. Las gruesas mamás, cansadas, y los padres, faltos de aliento, obstruían la circulación dirigiendo hacia las paredes una mirada desfallecida, mientras que en torno suyo se deslizaban y revolvían, infatigables como en un baile, legiones de parisienses, pisando fuerte y prestando igual atención á los cuadros que á su propia apostura y al prendido de las mujeres.

¡Oh celadores, personas pacíficas que tenéis á vuestro cargo el ejercicio de la policía sobre aquel torbellino!, si el incesante flujo y reflujo de aquellas olas humanas no extingue en vosotros todo sentido de la realidad, ¡cuántas tonterías debéis oír! En un cuarto de hora he escuchado yo más de veinte.

De repente siento menudos pasos en la galería. Son dos jovencitas que acaban de entrar, dos hermanas indudablemente, porque tienen los mismos ojos negros, los mismos vestidos de color de rosa y las mismas plumas blancas en los sombreros. Vacilantes, con el cuello extendido como las cabritas en el borde de un descampado, parecen contrariadas por el descubrimiento inesperado de aquellas galerías. Se miran y cuchichean. Una sonríe y otra también. Vuélvense mutuamente de espaldas. Luego avanzan la una por la derecha y la otra por la izquierda para examinar los dibujos que cubren las paredes, examen ligero que, con seguridad, no tiene por impulso el arte: buscan algo, y me imagino que bien pudiera ser el retrato de Juana. En efecto; la que se ha dirigido del lado en que yo estoy, se detiene pronto, extiende el dedo hacia la pared y exhala un pequeño grito. La otra acude y las dos baten las palmas.

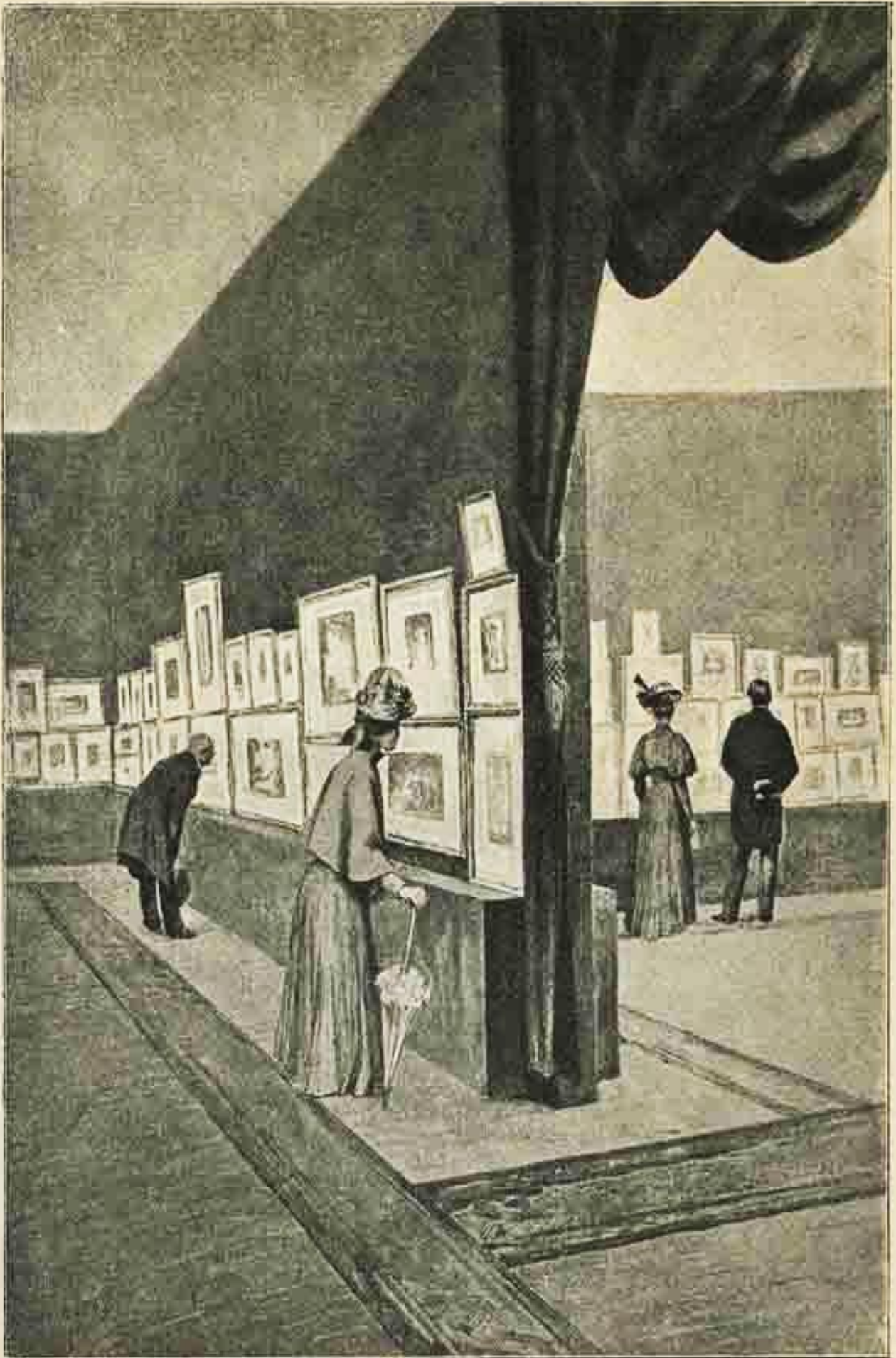
—¡Bravo, bravo!

Y helas que salen escapadas y que desaparecen por la otra puerta.

Adivino lo que van á hacer.

Tiemblo de la cabeza á los pies y me oculto más detrás del cortinón.

No ha transcurrido un minuto cuando ya están de vuelta; pero no son dos, sino tres, y la tercera es Juana, á la que cada una trae asida de una mano.



La conducen hasta colocarla enfrente del dibujo de Lamprón, al que hacen una gentil reverencia. Juana se inclina, sonrío y parece como que aprueba. Luego le asalta una duda, vuelve la cabeza y me ve. Apágase la sonrisa; pónese encarnada; cualquiera creería que de sus párpados iba á brotar una lágrima. ¡Qué felicidad! Juana: estás conmovida; sí: ¿has comprendido, Juana?

Invade mi alma una alegría tan profunda como no sentí jamás.

Pero ¡ay!, en aquel instante mismo óyese una voz que dice:

—¡Juana!

Ella se yergue, ase de la mano á las dos jovencitas y se va.

¡Qué bien hubiera hecho yo en irme también y en llevar conmigo aquella ilusión radiante!

Pero no: me inclino para seguirlas con la mirada. En el marco de la otra puerta descubro al señor Charnot. Le acompaña un joven. Éste se dirige á Juana, la cual le contesta. Algunas palabras llegan á mis oídos.

—No es nada, Jorge.

¡Maldición! ¡Ama á otro!...

2 de mayo

¡En qué disposición de ánimo he salido esta mañana para sostener mi tesis! Abatido, destrozado por una noche de lágrimas, indiferente á todo lo que pudiera ocurrirme, fuera próspero o adverso.

Me creía, y era en efecto, muy desgraciado; pero no sospechaba que hubiera de regresar más triste y más desgraciado todavía.



Hacía un tiempo espléndido cuando á las once de la mañana tomé el camino de la Escuela de Derecho con mi tesis anotada debajo del brazo, más preocupado de mis pesares y de los proyectos que había forjado durante la noche, que de la prueba á que iba á someterme. Encontré en el Luxemburgo á la niña que yo había abrazado la

semana última: detuvo su aro para plantarse en mi camino, desgredada, con los ojos muy abiertos, con aire zalamero y maligno que quería decir. ¡Te reconozco! Pasé con aire estúpido. Ella hizo una mueca, y comprendí que pensaba: «¿qué tendrá?».

¡Qué he de tener! Cuando seas mayor, querida rubita, quiera Dios que no lo conozcas más que hoy.

Subí por la calle de Soufflot y entré á mediodía en el templado patio de la Facultad.

Han terminado las clases de la mañana. Algunos, muy pocos estudiantes pasean bajo las arcadas. Procuero evadirlos, temeroso de encontrar entre ellos algún camarada y de tener que hablar con él. Acuden varios profesores convocados por la secretaría, con los colores algo encendidos, como el que acaba de comer: son mis examinadores.

Ya es tiempo de que vaya á vestirme, porque hay traje de candidato, como lo hay de presidiario. El viejo bedel, que me ha suministrado togas alquiladas no sé cuantas veces, se imagina, al verme triste, que sufro mal de exámenes, enfermedad especial que se parece á la del soldado joven que entra en fuego por primera vez.

Nos encontramos solos en el obscuro guardarropa: da vueltas en derredor mío y me infunde ánimos al mismo tiempo que me cepilla: los doctores tienen un derecho moral á aquellos golpes de cepillo.

—La cosa marcha hoy bien, señor Mouillard. No hemos reprobado á ninguno.

—No tengo miedo, padre Michú.

—Aunque he dicho que á ninguno, ha habido, sin embargo, un reprobado, una historia inapreciable. Figúrese usted. —Tenga usted la bondad de volverse un poco, señor Mouillard—. Figúrese usted un candidato que no sabía absolutamente una palabra de nada. Eso es cosa que se ve á menudo. Pero hete aquí que, al terminar el examen, él mismo se recomienda al jurado, diciendo:

—Sean ustedes indulgentes: no quiero ser más que juez de paz.

—¿Habrás usted visto cosa igual?

—Sí.

—¿Qué es lo que dice usted? Vamos: veo que no tiene usted ganas de reír hoy.

—No, padre Michú: cada cual tiene sus penas, como puede usted comprender.

—Eso me decía yo hace un momento al verlo á usted. El señor Mouillard debe de tener alguna pena. —Tenga usted la bondad de abotonarse hasta abajo: se trata de una tesis de doctorado, señor Mouillard—. Una pena del corazón, ¿eh?

—Quizá.

—¡Al grano, al grano! Es preciso, es indispensable que usted cambie, señor Mouillard: no hay en ello mal alguno.

—¿De corazón, padre Michú?

Se encogió de hombros y echó á andar delante de mí, luchando con una risa destemplada y con un ataque de asma, hasta la sala designada para el sostenimiento

de mi tesis.

Era ésta la más pequeña y la más sombría de todas. Recibe la luz de una calle que tiene muy poca y que suministra la menos que puede. A la izquierda, adosada á la pared, hay una tribuna, una especie de púlpito para el candidato. En el fondo, sobre un estrado y detrás de una mesa, se sientan seis examinadores con togas encarnadas, gorro con triple franja de armiño y toca con cinta de oro. Entre la tribuna y la puerta, un pequeño espacio para los espectadores. Había una treintena de ellos cuando yo entré.

La discusión del tema, que hubiera podido ser brillante, ha sido cualquiera cosa.

Mis tres primeros jueces habían leído mi tesis, sobre todo el excelente señor Flamarán, que la poseía y había saboreado todos sus atrevimientos y todas sus novedades. En el momento de hacer su primera pregunta, hizo una mueca preparatoria, un movimiento de *gourmet* que chupa una fruta madura. Y cuando empezó á hablar en medio del silencio de los demás, fue para llevar de golpe la discusión á tan abstractas alturas, que una parte del auditorio, al no comprender nada de aquello, tomó furtivamente la puerta.

Cada contestación le animaba.

—Muy bien —murmuraba—, muy bien: prosigamos. Supongo que al presente...

Y el demonio de la lógica, hostigándolo sin cesar, hizo que ambos incurriésemos en plena locura, en un mundo de hipótesis en que nadie había entrado. Ya no examinaba, inventaba, se embriagaba en deducciones. Nadie tenía razón, ni nadie dejaba de tenerla. Discurríamos sobre quimeras, él radiante, yo sin fuego, ante aquellos colegas dulcemente regocijados. Hasta aquel momento no comprendí bien la imaginación de que es susceptible una cabeza de jurista.

Flamarán, sudoroso, me consignó un *blanco*, habiendo excedido en diez minutos el tiempo reglamentario de su interrogatorio.

El segundo juez fue menos ardiente. Supuso poco y empleó todo su arte en convencerme de que existía una contradicción entre la página 17 y la página 69, y no cesó de repetir:

—Eso es grave, caballero, muy grave.

Pero me gratificó, sin embargo, con un segundo *blanco*. No obtuve más que un *blanco rojo* del tercero. El resto del examen fue llevado á posiciones ajenas á los extremos de mi tesis, lucha ordinaria en la que respondí con argumentos gastados á objeciones mustias. Y se concluyó. Había durado el acto dos horas.

Salí de la sala en tanto que mis examinadores deliberaban.

Algunos amigos vinieron hacia mí.

—Te felicito, querido: apuesto á que tienes seis *blancos*.

—Dispensa, Larivé; no te había visto.

—Lo creo: no has mirado á nadie. Aun tienes el aire así... Se comprende: la

emoción inseparable...

—Quizá.

—El candidato es invitado á entrar en la sala de exámenes —dijo el bedel.

Y el padre Michú añadió en voz muy baja:

—Está usted recibido. Bien se lo decía yo á usted. Tenga usted la bondad de no olvidarse del padre Michú.

El señor de Flamarán me proclamó doctor con una sonrisa paternal y una frase encomiástica por aquel trabajo concienzudo lleno de nuevas orientaciones sobre un tema delicado.

Saludé á mis jueces. Larivé me esperaba en el patio, y tomándome del brazo, me dijo:

—Papá Mouillard se va á poner contento.

—Así creo.

—¿Más contento que tú?

—Es muy posible.

—No es difícil. Eres verdaderamente extraordinario. Trabajar desde hace dos años como un centenar de negros para ser doctor, y ahora, que has sido recibido como tal, se creería que no te importaba serlo. ¿Has obtenido una sonrisa de Flamarán, y no te consideras como un privilegiado por la suerte? ¿Qué otra cosa necesitas? ¿Esperabas que el señor Charnot viniese personalmente? A...

—¡Larivé!

—¿A asistir á tu examen y á aplaudir con sus manos finas y enguantadas las respuestas que dieras á las objeciones de tus jueces? Sin embargo, sabes que eso no es posible ya, mi buen amigo, y que ella se casa.

—¿Qué ella se casa?

—Hazte el ignorante.

—Lo sospechaba desde ayer: la he encontrado en el Salón y he visto á un joven cerca de ella.

—¿Rubio?

—Sí.

—¿Grueso?

—Quizá.

—¿Bastante buen mozo?

—No lo sé.

—Dufilleul, querido; el amigo Dufilleul. ¿No conoces á Dufilleul?

—No.

—¿Cómo que no? Un cuarto de agente de cambio; muy fuerte en el ecarté; que ha hecho su carrera de abogado con nosotros; á quien se le encuentra siempre en la Opera con la pequeña Tigra, de los Bufos.

—¡Pobre muchacha!

—¿La compadeces?

—¡Es horroroso!

—¿El qué?

—Ver á una infortunada joven casarse con un vividor.

—No será la primera.

—Un jugador.

—En cuanto á eso no cabe duda.

—Un tonto, según todas las apariencias, que en cambio de tanta gracia, de tanta juventud y de tantos hechizos, no le llevará más que una colección de ruinas de todo género. ¡Ah! Las pobres jóvenes se ven á menudo chasqueadas, engañadas, víctimas de su propia virtud que les hace creer en la virtud de los demás.

—¡Estás gracioso! Chico: pues ésa es la vida. Si las jóvenes inocentes no se hubieran de casar más que con jóvenes virtuosos bajo la tutela de virtuosos padres, el mundo se acabaría muy pronto. Yo te aseguro que Dufilleul es un buen partido, un guapo mozo, desde luego.

—¡Hermosa garantía!

—Rico.

—¡Voto a!

—Y luego un nombre divisible.

—¿Divisible?

—Con maravillosa facilidad: nombre extraordinariamente apetecido. Al casarse, se le llama señor *du Filleul*. Al año es barón. Cuando su padre, que es un viejo rústico, deje de existir, será conde. Por poco linda que sea su mujer y por poco que ésta le dé tormento á su marido, tiene probabilidad de ser marquesa.

—¡Ya!

—Estás sombrío, mi querido Mouillard: te ofrezco un ajeno, el único brebaje que está en relación con la amargura de tu alma.

—No: me voy á casa.

—Veo que no tienes jovial el doctorado. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Giró sobre sus talones y descendió por el bulevar de San Miguel.

De modo que todo ha concluido entre ella y yo, y lo más triste es que más se la debe de compadecer á ella que á mí. ¡Pobre joven! La he amado mucho, pero con torpeza, como yo hago todas las cosas, sin haber sabido decírselo á tiempo. La muda declaración que me he arriesgado á hacerle, o mejor dicho, que un amigo se ha arriesgado á hacerle por mí, ha sido cuando ya estaba prometida á ese zopenco que ha sabido llevar las cosas con más habilidad; que no ha manchado nada en la Biblioteca nacional; que hubiera debido temerlo todo, y que á todo se ha atrevido.

Me había dejado cautivar por aquellos hechizos virginales. Mía es toda la culpa como toda la imprudencia. Ella no me ha incitado á nada, nada ha aprobado. Si en San Germán se sonrió, fue porque se vio sorprendida y se sintió halagada; si en el Salón ha estado á punto de llorar, ha sido porque ha tenido lástima de mí. No tengo que hacerle ni aun la sombra de una reconvención.

Eso es todo lo que tendré de ella: una lágrima y una sonrisa... ¡Todo! Pues bien: con eso viviré. Ella ha sido mi primer amor y tendrá en mis recuerdos un sitio de que ninguna otra mujer la arrojará. Voy á dedicarme ahora á cerrar este pobre corazón que ha tenido la simpleza de abrirse... Esta noche debiera ser yo feliz, y todo llora en torno mío... Creo que en adelante comprenderé mejor á Silvestre. Nuestras penas nos aproximarán... Iré á verlo en seguida y le diré eso...

Antes escribiré á mi tío para decirle que su sobrino es doctor. En cuanto á lo demás, proyectos, porvenir, lo dejaré para mañana o para pasado mañana, á menos que me disguste pensar en ello y me resuelva á tomar la vida en presente de indicativo, á lo que me siento fuertemente inclinado.

4 de mayo

Lamprón se ha marchado á provincias. Va á pasar quince días en el solitario retiro de un pariente viejo, como hace siempre que tiene necesidad de concluir algún grabado.

Pero encontré á la señora Lamprón. Después de vacilar un rato, se lo conté todo y me felicito de ello. La buena señora encontró, en su corazón sencillo y honrado, las palabras y los consejos que eran necesarios. Se comprende que ha prodigado muchos consuelos en su vida. Posee el secreto de ese arte femenino que es el gran desquite de la debilidad. Quizá sean débiles las mujeres, pero lo son menos que nosotros que nos tenemos por fuertes, puesto que nos levantan de nuestra postración. Ella me llamaba «mi querido señor Fabián,» y sólo la manera de decírmelo era un lenitivo para mí. La creía de pocos alcances y estaba en un error; no es más que una mujer falta de instrucción literaria, circunstancia que no excluye las mayores delicadezas y las más altas sublimidades. Nadie le ha enseñado ciertas maneras de expresarse, de que ha hecho uso.

—He aquí cómo hablaría á usted su madre, si viviera aún —me dijo.

Me hablaba de Dios, diciéndome que es el único que resuelve todas las pruebas, o por el sacrificio que prepara o por la resignación que inspira. Yo me sentía ascender á las regiones en que nuestros pesares disminuyen porque los horizontes se ensanchan en rededor suyo. Recuerdo que tuvo este magnífico pensamiento:

—Vea usted cuánto ha sufrido mi hijo. Es de creer, señor Fabián, que los mejores en este mundo son los que están sometidos á más duras pruebas, como las piedras que han de coronar un edificio son las más heridas por el escoplo y el martillo.

He vuelto de casa de la señora Lamprón menos disgustado, más tranquilo, más juicioso.

5 de mayo

Carta fulminante del señor Mouillard. Si yo no estuviese tan triste, me reiría de ella.

Mi tío hubiese querido que, hecho doctor á las dos de la tarde, hubiera yo tomado aquella misma noche el tren para Bourges, en donde me esperan él, el bufete y la dicha provinciana. Los amigos de mi tío, avisados previamente, hubieran ido á la estación á recibirme y estrechar mi mano. En pocas palabras: he sido un ingrato. Por lo menos, he debido indicar la fecha próxima de mi llegada, porque no se concibe que continúe yo en la capital siendo dueño de abandonarla cuando quiera. Pero, nada: ni una indicación ni un ofrecimiento de regreso: simplemente el anuncio de un examen afortunado. Eso traspasa los límites del aturdimiento y de la indiferencia. El señor Mouillard, desconcertado en sus más elementales nociones de la vida, concluye con estas palabras:

«Fabián, hace tiempo que lo sospecho; ¡te sujeta una cadena y yo voy ahí para romperla!

»Bruto Mouillard».

Conozco á mi tío: mañana estará aquí.

6 de mayo

Pues, señor, me engañé: mi tío no ha venido.

7 de mayo

Tampoco ha aparecido mi tío.

8 de mayo

Continúa él eclipse total. Ni la más pequeña noticia del señor Mouillard. ¡Es muy raro lo que pasa!

9 de mayo

Hoy á las siete de la tarde, en el momento en que yo salía de casa para ir á comer, distinguí á veinte pasos de distancia un sombrero de alta copa y anchas alas cubriendo una cabellera blanca y erizada; un cuello alto ceñido por una corbata blanca; una levita desabotonada, cuyos faldones azotaban dos piernas flacas, y exclamé:

—¡Mi tío!

Me abrió sus brazos y caí en ellos. Lo primero que me dijo fue:

—¿No habrás comido aún?

—No, querido tío.

—Entonces vayamos á casa de Foyot.

Esperar encontrarse con un hombre encolerizado y ser invitado por él á comer, produce una impresión rara, casi una decepción; porque está uno predispuesto, tiene sus argumentos preparados, y en el bolsillo la provisión de impertinencia necesaria; todo cuanto hace al caso.

Cuando me repuse de aquella impresión, le dije:

—Después de leer su carta, supuse, querido tío, que llegaría usted antes.

—Y supusiste bien. Hace dos días que estoy en París en el Gran Hotel. He parado allí por el comedor, del que mi amigo el señor Hublette, ya lo conoces tú, Hublette el de Bourges, me había dicho: «Mouillard, es preciso que lo veas antes de que cedas tu bufete».

—Si yo lo hubiera sabido, querido tío, hubiera ido á preguntar por usted.

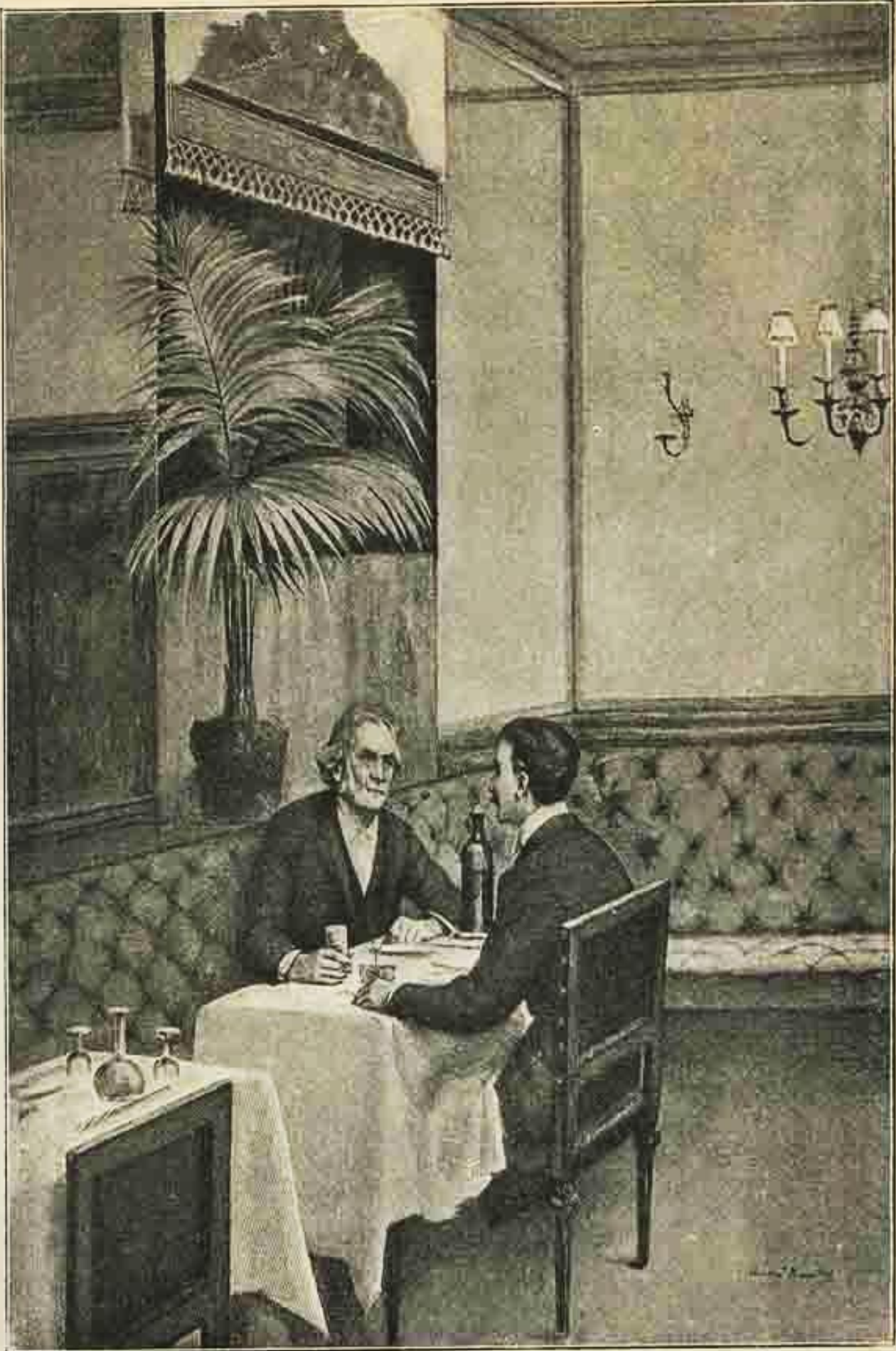
—No me hubieras encontrado. Los negocios ante todo, Fabián. Tenía que ver á tres abogados y cinco notarios. Ya sabes que esas cosas no admiten espera. Los he visto. Después de los negocios, los sentimientos. Heme aquí. ¿Te place que vayamos á casa de Fayot?

—¿Por qué no?

—Pues en marcha, querido sobrino. Este París regocija.

Y en efecto, mi tío tenía el aire tan regocijado como provinciano. Su alta estatura

y su levita á lo propietario hacían que los transeúntes volviesen la cabeza solicitados por tantas singularidades. Golpeaba con el bastón en el entarugado; admiraba la filantropía de Wallace; se detenía ante los planos esmaltados de las calles y se extasiaba con el «movimiento» de la calle de Vaugirard.



El *menú* fue excelente y tal como un tío generoso pudiera ofrecerlo á un sobrino irreprochable. El señor Mouillard, que tiene arraigada pasión por el Chambertín, hizo traer desde luego dos botellas. Se bebió la primera y parte de la segunda, comiendo en la misma proporción y hablando sin cesar en voz alta y firme, como tenía de costumbre. Me refirió dos de los mejores negocios que había hecho en el año: una separación de cuerpos (mi tío es terrible en esa clase de asuntos) y el rapto de una menor de edad. Por el pronto creí que era una alusión; pero no. Contaba el drama, como narrador solamente, sin omitir un juicio preparatorio ni una deliberación del juzgado, como hubiese podido referir el caso de Elena y de Paris, si él hubiese tenido intervención en aquel célebre asunto. Ni la más insignificante palabra respecto á mí.

Yo esperaba. Nada, sin embargo, á no ser la serie de procedimientos hasta la terminación del asunto.

Después del helado, el señor Mouillard pidió un cigarro.

—¿De cuáles tiene usted, mozo?

—Londres, conchas, regalías, cazadores, partagás, excepcionales: ¿qué desea usted?

—El nombre me es indiferente: uno grueso y largo, que tenga mucho que fumar.

Emilio encontró, en el fondo de una caja, algo así como un canuto de caña con una paja en medio, cigarro de exposición internacional sin duda, que nadie había querido por sus dimensiones. Mi tío lo tomó, lo colocó en la boquilla de ámbar verde que le he conocido toda la vida, lo encendió, y con el pretexto de que al empezar es preciso igualar la combustión del tabaco, salió dejando detrás de sí un penacho de humo parecido al que desprende por su chimenea una cañonera de vapor.

Dimos una vuelta por las galerías del Odeón, en las que mi tío se eternizó hojeando libros. Los tomaba todos, unos después de otros, desde las poesías de los decadentes hasta la *Higiene del caballo*; veía el título, se encogía de hombros, y volviéndose invariablemente hacia mí, me preguntaba:

—¿Conoces esto?

—Sí, tío.

—Debe ser de algún autor joven: no recuerdo este nombre.

Mi tío había olvidado que le separaban cuarenta y cinco años de la última visita que había hecho á las librerías del Odeón.

Volvía á creerse estudiante, divagando por las galerías al concluir de comer, curioseando novedades y sin dársele un bledo de las corrientes de aire. Poco á poco se sumió en lejanos sueños. El cigarro no se le caía de los labios. La ceniza se prolongaba desmesuradamente, una ceniza blanca, hermosa, algo tumefacta en el extremo, estriada, con pequeños puntos negros, sujeta al cigarro por un rodete rojo, unas veces ardiente, otras sombrío, según las alternativas de la respiración.

El señor Mouillard permanecía inmóvil y la ceniza se hacía tan larga, que un

estudiante muy joven (en esa edad no se tiene misericordia) se fijó en aquella doble singularidad. Yo le vi dar con el codo á su compañero, liar apresuradamente un cigarrillo y acercarse á mi tío sombrero en mano.

—¿Tiene usted la bondad de darme fuego, caballero?

El señor Mouillard suspiró, volvióse con lentitud, fijó en el importuno una mirada terrible, sacudió la ceniza con ademán colérico, y alargando el brazo con el tizón inflamado, dijo:

—Con mucho gusto, caballero.

Dejó en seguida su último libro, un Musset, y me llamó.

—Vamos, Fabián.

Me tomó del brazo y nos fuimos á zanquear la calle de Médicis á lo largo de la verja del Luxemburgo.

Yo presentía que se acercaba el momento supremo. Mi tío profesa una máxima á la que siempre ha sido fiel:

«Cuando una cosa no está clara, voy sobre ella directamente, como sobre un tapir».

El tapir se conmovió.

—¿Y tu cadena, Fabián? ¿He adivinado?

—Sí, tío; tenía una.

—Bueno es que lo confieses, muchacho; pero es preciso que la rompas.

—Está rota.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos días.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

—Me alegro mucho, querido sobrino. Hubieras hecho mejor en no dejarte encadenar. Pero, en fin, sigues el consejo de tu tío: ves el abismo, y retrocedes. Has hecho bien.

—No quiero engañarlo á usted, querido tío. Su carta llevo después. La causa de la rotura ha sido otra.

—¿Cuál?

—Que se ha desvanecido de repente la ilusión en que estaba.

—¡Todavía ilusionan esas criaturas!

—Se trata de una criatura excelente y digna de toda clase de atenciones, querido tío.

—¡Quita allá!

—No lo dude usted, se lo ruego. Yo la creía libre.

—¿Y estaba...?

—Prometida.

—He ahí una cosa chusca.

—No me ha parecido á mí así, querido tío; he sufrido cruelmente, se lo aseguro.

—Sí, sí, lo creo: la ilusión, como tú dices... Pero, en fin, ¿ha concluido todo?

—Completamente.

—Puesto que así es, querido Fabián, me propongo ayudarte. Háblame con franqueza. ¿Qué necesitas?

—¿Yo?

—Sí; tú tienes, tal vez, necesidad de arreglar una situación; de..., creo que con media palabra basta para que me comprendas, ¿no es cierto?, de... comprar lo que yo llamaría el velo del olvido: ¿cuánto necesitas?

—Nada, tío.

—Piénsalo, Fabián. He traído fondos para ello.

—Se equivoca usted, tío. El dinero no hace falta en este caso. Repito á usted que se trata de una joven honradísima.

—De una bribona, ¡qué diablo!, no sé decirlo de otro modo; ¡de una bribona!

—No, tío mío; le hablo á usted de la señorita Charnot.

—Es posible.

—Hija de un miembro del Instituto.

—¡Oh!

Mi tío se irguió y se detuvo.

—Sí, de la señorita Charnot, á quien quería para casarme con ella, para hacerla mi mujer; ¿comprende usted?

Se apoyó contra la verja y se cruzó de brazos.

—¡Tu mujer! ¿Sin contar conmigo? ¡Tu mujer!... ¡para casarte!...

—Sí, señor, ¿qué dice usted?

—¡Tu mujer!, ¡tu mujer! ¡No llego á concebir la idea! ¡Pasar aquí cosas tan graves y no saber yo nada! ¡Tu mujer! Es decir, que hoy hubieras podido anunciarme tu casamiento, si por ventura... En fin, ¿estás bien seguro de que se halle ya prometida?

—Larivé me lo ha dicho.

—¿Quién es Larivé?

—Un camarada.

—¡Ah! ¿Y no es más que por él por quien lo sabes?

—Por él únicamente; pero ¿cree usted, querido tío, que pueda dudar aún, que haya sido objeto de alguna broma?

—No, no; yo no dudo. Debe de estar prometida, sí, muy prometida, y hasta estoy encantado de que así sea. No es en París en donde los Mouillard toman sus mujeres, Fabián: no es una parisiense la que necesitamos para perpetuar las tradiciones de la familia y del bufete. ¡Una parisiense! Me estremezco al pensar en ello... Fabián,

mañana te vienes conmigo á Bourges, ¿no es así?

—No ciertamente, tío.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejar á mis amigos sin despedirme de ellos, y porque necesito reflexionar antes de dedicar definitivamente mi vida al enjuiciamiento procesal civil.

—¡Reflexionar! ¿Qué necesitas reflexionar para aceptar un cargo hereditario que he destinado para ti desde tu infancia y para el cual has estudiado cinco años, un cargo que te he estado conservando yo, como si fueras hijo mío?

—¡Sí, querido tío!

—¡Quita allá! En Bourges se reflexiona lo mismo que aquí. ¡Lo que tú quieres es quedarte para volverla á ver!

—No.

—Para ir y venir como un alma en pena por el barrio en que habita. ¿Dónde vive?

—En la calle de la Universidad.

Mi tío sacó su libro de memorias y anotó en él:

«Charnot, calle de la Universidad».

Luego, su fisonomía recobró toda su serenidad: dibujó en sus labios una sonrisa cuyo sentido había adivinado yo en las vistas de la Audiencia de Bourges, y que quería decir. «El asunto está á punto de terminarse satisfactoriamente. Tengo cuanto necesito para ello».

Mi tío se limitó á decir sencillamente, al mismo tiempo que metía el lápiz en su estuche y se guardaba el libro de notas en el bolsillo:

—Desbarras esta noche, Fabián. Volveremos á hablar de eso. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez: son muy cómodas esas idas y venidas. No me marcharé hasta mañana por la noche y tú vendrás conmigo, hijo mío, te respondo de ello.

El señor Mouillard no habló ya sino de cosas indiferentes en el corto trayecto que recorrimos desde la calle de Soufflot hasta la parada de ómnibus del Odeón. Al llegar á ella me estrechó la mano y saltó con ligereza al interior del primer coche. Una señora vestida de negro, con el velito echado sobre una nariz pequeña e impertinente, recogió con viveza los pliegues del vestido extendido por el asiento, al ver á mi tío entrar como una bomba y tomar puesto al lado suyo. Éste, que notó la acción y que temió haber sido impolítico, se inclinó hacia ella y la dijo con amabilidad:

—Esté usted tranquila, señora. No voy hasta los Batignoles; me detengo en los bulevares. Unos minutos de molestia únicamente, señora, unos minutos.

Tuve tiempo de observar que la dama, después de dirigir á su vecino la mirada más olímpica de que pudo disponer, se volvió y fijó su mirada obstinadamente en las correas de la techumbre. Cayó la cadena de la lanza; chifló el conductor; los tres caballos, amortillando el pavimento con sus cascos, se debatieron un instante entre haces de chispas, y el inmenso vehículo se alejó por la calle de Vaugirard,

conduciendo á mi tío con sus proyectos.

10 de mayo

Es una cosa terrible ser sobrino del señor Mouillard. Es innegable que yo sabía lo testarudo que era y la astucia y la audacia que tenía; pero estaba ajeno de sospechar en él semejantes intenciones cuando se separó de mí.

Mi negativa á seguirle y mi petición de un respiro, de una tregua, antes de encargarme de su bufete, lo han exasperado, lo han encolerizado. Ha jurado que me llevará consigo *por fas o por nefas*. Ha hecho, en su interior, un nuevo cálculo: Mouillard contra Mouillard, y helo ya en campaña, es decir, desenfrenado, salvaje, sin corazón y sin remordimientos.

Otros quizá hubieran cedido: yo he preferido romper. Estamos en mala inteligencia para toda la vida. Acabo de acompañarlo hasta la meseta de la escalera.

Había venido hace un cuarto de hora, fiero y hasta bravucón, como lo es con sus compañeros cuando ha descubierto alguna nulidad en sus actos.

—Y bien, sobrino.

—¿Qué hay, tío?

—Algo de nuevo.

—¿Sí?...

El señor Mouillard colocó el sombrero sobre la mesa, dándole un furioso puñetazo.

—Sí, ya conoces mi sistema. Cuando una cosa no me parece clara...

—Se va usted sobre ella como sobre un tapir.

—Justo, y siempre me ha ido bien. Tu asunto no me pareció claro. Esa señorita Charnot, ¿estaba prometida o no lo estaba? ¿Hasta qué punto había permitido ella tus arrullos? Tú no me lo hubieras dicho nunca con entera verdad y yo no lo hubiera sabido jamás. He seguido, pues, mi sistema. Me he ido á ver á su padre.

—¿Ha hecho usted eso?

—Como lo oyes.

—¿Ha ido usted á casa del señor Charnot?

—Sí, á la calle de la Universidad: ¿no era eso lo más sencillo? No me disgustaba, por otra parte, ver de cerca á un miembro del Instituto. Debo confesar que ha estado conmigo muy atento y sin demostrar la menor altanería.

—¿Y le ha dicho usted?

—Ante todo, le he dicho mi nombre: Bruto Mouillard. Ha reflexionado un poco, un momento nada más; en seguida se ha acordado de ti, de un joven tímido,

licenciado en Letras, que usa una lente.

—¿Fueron todas las señas?

—Sí. Se acordaba de haberte visto en la Biblioteca Nacional, y otra vez en su casa. Yo le dije:

—«Es sobrino mío, señor Charnot.

—»Lo celebro mucho por usted. Parece un joven de mérito.

—»Así creo; pero tiene el corazón inflamable.

—»A su edad, caballero, ¿quién no lo ha sentido arder?».

«Ése fue el principio. Tu señor Charnot es espiritual. Yo no quise quedarme en zaga y le repuse: “Para que vea usted lo que son las cosas, caballero: el fuego ha prendido en su casa de usted”. Tuvo un miedo de todos los diablos y miró en torno suyo con recelo: yo me eché á reír. Después nos hemos explicado. Le dije que estabas enamorado de su hija, sin consentimiento mío, pero que me sentía honrado con ello; que lo había adivinado en tus cartas y en el olvido incalificable de tus deberes para con la familia, y que había venido desde Bourges para formar juicio de la situación. Luego me callé y lo dejé venir. Hay momentos en que conviene ver venir á las personas. Yo no podía dispararle aquello de “Caballero, deseo saber si su hija está o no prometida á otro”. ¿Me comprendes? Él creyó probablemente que yo iba á pedirle á su hija, así es que se pasó una mano por la frente y me repuso:

—»Caballero, el paso que usted da me honra mucho y lo tomaría, ciertamente, en seria consideración si mi hija no estuviera en este momento solicitada por el hijo de un amigo mío, de un compañero de colegio; como usted comprenderá, esta situación no me permite acoger unas indicaciones que, en otras circunstancias, hubieran sido objeto de un minucioso examen.

»Sabía cuanto quería saber, sin haber arriesgado nada. Confieso que no le oculté que yo, personalmente, prefería para ti una provinciana á la más encantadora parisiense, y que los Mouillard, de padres á hijos, se casaban siempre en Bourges. Comprendió perfectamente, y nos separamos los mejores amigos del mundo. Ahora, querido sobrino, el hecho no admite duda: la señorita Charnot se va á casar con otro, y es preciso acompañarte en el sentimiento y hacer que te vengas esta noche conmigo á Bourges. Llegaremos allí mañana, y yo te garantizo que te reirás muy pronto de tus fantasías parisienses; sí, te reirás de ellas».

Había escuchado á mi tío sin interrumpirle; la cólera, el estupor y la costumbre de respetar al señor Mouillard luchaban juntos en mi espíritu. Me fue preciso hacer uso de toda mi energía para contestarle con aparente calma:

—Querido tío: anoche no estaba aún decidido: ahora ya lo estoy.

—¿Te vienes?

—Me quedo. No sé, tío, si usted se dará cuenta exacta de lo que ha hecho; pero... lo que ha hecho usted es una cosa de tal naturaleza, que yo no puedo admitirla; que

coloca entre usted y yo doscientos kilómetros de vía férrea, y que los coloca para siempre: ¿lo ha entendido usted bien? Se ha permitido usted revelar un secreto que no era suyo; un amor que, no teniendo esperanzas de que fuese aceptado, tenía el deber de no salir á la superficie para no exponerse á ninguna humillación. Usted ha ido á casa del señor Charnot sin darse cuenta de que podía llevar cierta perturbación á ella y sin tratar de discernir tampoco si tales procedimientos, muy en uso tal vez entre la gente de negocios con quien usted vive, serían de mi agrado. Tal vez piense usted de la misma manera que yo. No ha hecho usted más que acabar una prueba ya empezada, á saber: que no comprendemos la vida del mismo modo, y que nos conviene, tanto á usted como á mí, seguir viviendo, usted en Bourges y yo en París.

—¡Ah! ¿Conque lo tomas así?, ¿conque te niegas?, ¿conque amenazas?

—Como usted lo ve.

—Reflexiona mucho antes de dejarme partir solo. Ya sabes en qué consiste tu fortuna. Mil cuatrocientos francos de renta al año. ¡La miseria en París!

—Lo sé.

—Pues bien. Fíjate bien en lo que voy á decirte. Te he guardado durante muchos años mi bufete, es decir, una posición hecha, honrosa, lucrativa. Pero me he cansado ya de tus melindres y de tus desdenes. Si dentro de quince días no has ido á Bourges á establecerte, antes de tres semanas el bufete Mouillard habrá cambiado de nombre.

Mi tío me miraba, aspirando con fuerza por efecto de la emoción y esperando verme alicaído por el peso de la amenaza.

No le contesté por el pronto. Después le dije, obedeciendo á un pensamiento que bullía en mi cabeza desde el principio de la conversación:

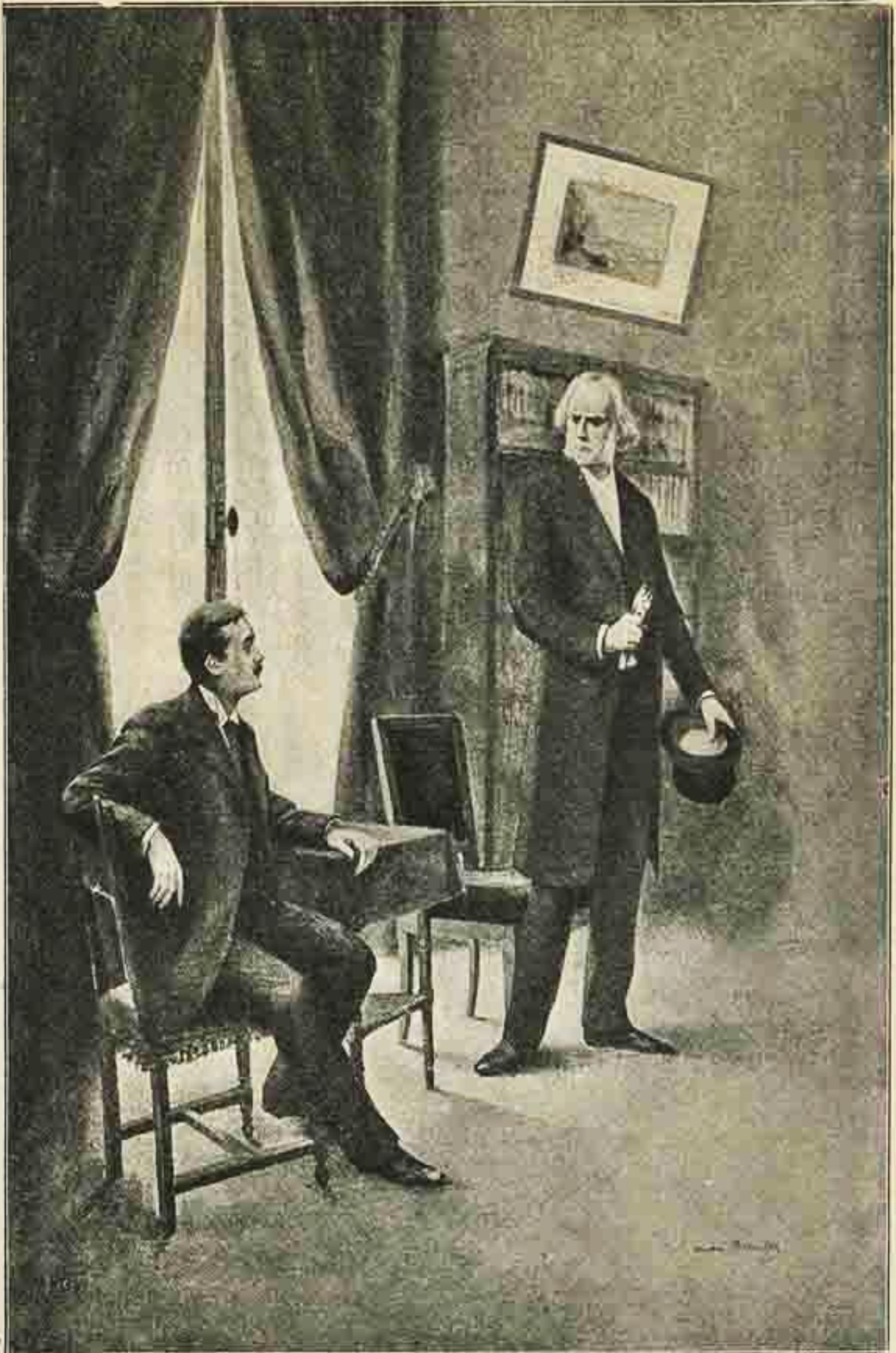
—Quisiera pedirle á usted un favor, señor Mouillard.

—Un mayor plazo, ¿no es eso?, ¿tiempo para reflexionar y para seguir manteándome? No, no, y mil veces no; basta ya de manteo: quince días, ni uno más.

—No, caballero; no es un plazo lo que deseo.

—Tanto mejor, porque te lo negaría. ¿Qué es lo que deseas?

—Supongo, señor Mouillard, que Juana no habrá asistido á la entrevista, que nada habrá oído, que no habrá tenido que ruborizarse...



Mi tío se ha levantado de un salto; ha recogido sus guantes tendidos á lo largo sobre la mesa; los ha arrojado coléricamente dentro de la copa del sombrero; se ha encasquetado éste, y con paso rápido y las piernas rígidas, ha desfilado hacia la puerta.

Le he seguido. No se ha vuelto. No me ha contestado cuando le he dicho: «Adiós, tío».

Únicamente, al llegar al sexto escalón, en el momento de desaparecer por el recodo de la escalera, se ha detenido un instante, ha levantado el bastón, ha dado con él un fuerte golpe sobre el pasamanos á riesgo de hacerlo astillas, y ha seguido descendiendo y exclamando al propio tiempo:

—¡Brrr..., Dios de Dios!

20 de mayo

He ahí cómo nos hemos separado el señor Mouillard y yo: echando un voto. ¡He ahí cómo me he separado del último pariente que me queda! Hace ya diez días de eso. Aún me quedan cinco para reanudar el roto hilo de la tradición de los Mouillard y ser abogado. Pero nada me anuncia semejante conversión. Al contrario, me siento libre de un gran peso y contento de ser libre, de no ser nada. Experimento esa sensación de placer que debe experimentar el fugitivo que acaba de transponer la frontera.

Quizá tuviera yo condiciones para seguir distinto camino que el que se me ha hecho tomar. He sido educado, desde muy niño, en la veneración del bufete Mouillard, en la idea fija de que aquella profesión era la única que podía convenirme, especie de *delfín*^[1] de la *basoche*^[2], nacido para ella, formado para ella, y sin tener idea, en mucho tiempo por lo menos, de que fuera posible substraerse á la tradición sagrada del oráculo. He vuelto en mí. El Palacio de Justicia, que he frecuentado, me ha parecido que está lleno de hombres aventajados que empequeñecen y sutilizan el talento en el embrollo. Nada se gasta tan pronto como los nobles atributos, la generosidad, el entusiasmo, la sensibilidad, la emoción pronta y sincera: los negocios los aniquilan, los extinguen. Quedan hábiles actores que lo firman todo sin sentir nada. Y esa comedia que representando obstante ser pagada en forma solemne y espléndida, me disgusta extraordinariamente.

Lamprón no es así. En su pecho se encuentran desarrolladas todas las noblezas nativas. Admiro su desinterés, su amplio conocimiento del mundo, su fe en el bien á pesar del mal, su creencia en la poesía á pesar de la prosa, esa potencia de impresión y de ilusión que nada ha disminuido y que en el torbellino en que los hombres envejecen del espíritu antes de envejecer del cuerpo, lo mantiene tan joven y tan niño.

Me parece que yo hubiera tenido verdadera afición al oficio que él tiene, o á las letras, o á cualquiera otra cosa que no sea los procedimientos jurídicos.

Veremos. Por el momento tomo un baño de lo desconocido, de disponibilidad universal, de libertad completa, y eso me agrada.

Nada de esto le he ocultado á Lamprón. Bien conozco que su amistad se alegra de una decisión que me retiene y me fija en París, pero que su razón protesta de ella.

—Rehusar es fácil —me ha dicho—, pero compensar lo es menos. ¿Qué vas á hacer?

—No lo sé.

—Querido amigo: creo que te lanzas en plena aventura. Eso podrá ser lícito á los dieciséis años, pero á los veinticuatro es una falta.

—Tanto peor, pero la cometo. Si es preciso vivir con poco, ¡qué demonio!, tú has pasado por ello y yo haré lo que tú.

—Es verdad; he pasado por la penuria y aún sufro algunos accesos de ella, como se sufre el de una de esas fiebres agudas y crónicas que no abandonan de una vez al que las padece; pero es muy duro, yo te lo afirmo, carecer de lo necesario, porque, en cuanto á lo superfluo...

—Sí; lo superfluo es aquello de que nadie se priva.

—¡Niño incorregible! —me ha dicho riendo.

Después se ha callado.

El silencio de Lamprón es el único argumento que lucha dentro de mí en favor del bufete de Bruto Mouillard. ¡Vaya usted á adivinar de dónde soplará el viento!

5 de junio

Está echada la suerte: no seré abogado. La tradición de los Mouillard se ha roto definitivamente, Silvestre ha sido definitivamente vencido, y yo me encuentro definitivamente libre... e incierto respecto al porvenir.

He escrito á mi tío una carta mesurada, política y clara, confirmándole mis resoluciones. No me ha contestado, ni yo esperaba contestación.

En cambio, yo esperaba alguno de esos ligeros disgustos, alguna de esas pequeñas nieblas que envuelven espontáneamente nuestras más firmes voluntades, y nada de eso ha sucedido.

Pero se ha vengado el procedimiento judicial. Abandonado en Bourges, me ha asaltado temporalmente en París. He comprendido que me es imposible vivir con mil cuatrocientos francos de renta. Los amigos á quienes he preguntado, discretamente y sin decirles para qué protegido mío, acerca de los medios de ganar dinero, me han

dado diversas contestaciones. He aquí la nota casi completa de las mismas:

«Si tu amigo tiene talento, que escriba un libro».

«Si carece de talento, al catálogo de la Biblioteca nacional: diez horas al día».

«Si es ambicioso, que se haga tratante en vinos».

«No: tratante en trajes: se dan sombreros».

«Muy feo y con poca voz, puede ser corista en la Ópera».

«Estenógrafo, al Senado: es la paz».

«Pasante de inglés: eso es el porvenir».

«Que se haga telefonista».

«¿Quiere ganar dinero? Aconséjale, ante todo, que no lo pierda».

El más sensato de todos, que adivinó quién era el protegido por el cual me interesaba yo, me ha dicho:

«Tú has sido primer pasante, vuélvelo á ser».

Y como el cargo se hallara vacante, por casualidad, he vuelto á casa de mi antiguo jefe y he ocupado de nuevo mi mesa y mi sillón de pasante principal entre la sala común de los pasantes y el despacho del señor Boule. Reviso los actos de los pasantes inferiores; recibo á los clientes y les informo acerca del estado de sus asuntos, cuyos clientes me toman con frecuencia por el mismo señor Boule; voy al Palacio de Justicia casi diariamente á tomar notas en las escribanías y relatorías, y asisto al teatro una vez por semana con los billetes gratuitos del bufete.

¿Es esto una profesión? No, es un expediente que me permite vivir y esperar. Algunas veces me figuro que estaré esperando siempre de tal modo algo que no llegará nunca; que lo provisional pudiera muy bien ser definitivo.

Hay en el bufete un pasante viejo que no ha tenido otra carrera, y cuya figura me parece un presagio: rostro encendido, por la influencia de la chimenea, según creo; cabellos blancos enteramente lisos; cuando se le habla parece un carnero espantado, dulce, admirado, ligeramente aturdido. Sus espaldas flacas se han combado por el nacimiento del cuello. Apoya una mano sobre otra para que no tiemblen. Su rúbrica es producto del estudio. Puede permanecer seis horas sentado sin levantarse. Mientras nosotros almorzamos en el restauaran, él come en el estudio no sé qué clase de provisiones que todas las mañanas lleva envueltas en un papel, y los domingos, para descansar, pesca, reemplazando la pluma con la caña, y el tintero de algodones con los gusanos de tierra.

Ambos tenemos ya un punto de semejanza. El viejo pasante tuvo un amor desgraciado con una florista, con la señorita Elodia. Me ha contado aquel único drama de su vida. En otro tiempo me parecían tontos y pueriles esos amores de treinta años fecha: hoy comprendo al señor Jupille y siento como él. Se me ha hecho simpático. No le hago dejar su silla cercana á la chimenea para pedirle datos: voy á buscarlos yo donde él está. Los domingos lo veo en los muelles del Sena entre la

multitud aficionada á la captura de tencas y de barbos, sentado siempre sobre su pañuelo de bolsillo. Me acerco á él y hablamos.

—¿Cómo va la pesca, señor Jupille?

—No quiere picar.

—Cada vez hay menos peces, ¿no es eso?

—¡Ah, señor Mouillard, si usted hubiese conocido, esto hace treinta años!

Aquella fecha surge siempre á propósito de todo. ¿No tenemos cada uno la nuestra, meses, días, una hora quizá de felicidad completa que la mitad de nuestra vida ha estado preparando y que en la otra mitad nos sirve de recuerdo?

6 de junio

—Señor Mouillard, una demanda de citación á breve plazo en un asunto nuevo.

—Traiga usted.

«Al señor presidente del tribunal civil del Sena.

»Antonio Plumet, constructor de marcos para cuadros, domiciliado en París, calle de Hautefeuille, núm. 27, teniendo por abogado al señor Boule, tiene la honra de exponer...».

Se trata de una cuenta no pagada; el asunto más trivial del mundo.

—¿Señor Massinot?

—Servidor.

—¿Quién ha traído esta demanda?

—Una señora bajita y muy guapa la trajo esta mañana en ocasión en que usted había salido.

—Señor Massinot: fuese o no guapa, no incumbe á usted hacer apreciaciones acerca de los clientes.

—No he tenido intención de molestar á usted.

—No me molesto, pero repito que no corresponde á usted calificar á los clientes. En los procedimientos jurídicos no son admisibles esas calificaciones, y por eso se lo he dicho á usted. ¿Volverá esa señora?

—Así ha dicho.

Efectivamente, la señora Plumet, bien peinada, calzando guantes y vestida á la moda, volvió al bufete. Al entrar en la sala de los pasantes, gente de buen humor, lo hizo con timidez. Luego, con los ojos bajos y guiada por Massinot, que ya no levantaba los suyos del suelo, llegó á mi despacho. Cerré la puerta y entonces me reconoció.

—¡Ah! ¡Qué felicidad, señor Mouillard!

Me tendió la mano tan francamente y con tal gentileza, que le alargué la mía, y comprendí, en la presión enérgica y habladora de aquella mano, que la señora Plumet estaba verdaderamente contenta. Con sus mejillas de rosa y sus ojos vivos, se parecía á la primera impresión que conservaba de ella, á la modistilla que entró en el bufete cuando salió del taller, con el alma llena de amor hacia Plumet y de agravios hacia el ebanista.

—¡Cómo! ¿Ha vuelto usted á entrar en casa del señor Boule? ¡Si lo hubiera yo sabido!

—Tampoco lo sabía yo, señora Plumet. Cosas de la vida. ¿Y qué tal Pedrito, progresa?

—¡Pobre chiquitín! Algo menos desde que le he quitado el pecho. He tenido que destetarlo, señor Mouillard, porque he vuelto á ejercer mi antiguo oficio.

—¿Modista?

—Sí, pero ahora por mi cuenta. He amueblado la habitación contigua á la nuestra en el mismo piso. Plumet construye marcos y yo ando con telas. Ya tengo tres operarías y la clientela suficiente para empezar. No llevo demasiado caro: como usted comprende, al principio... Por cierto que una de las primeras que me han ocupado ha sido una señorita muy amable á quien usted conoce... No le hablé de usted, pero buenas ganas se me pasaron de hacerlo. A propósito, señor Mouillard. ¿Realizaron bien el encargo?

—¿Qué encargo?

—Aquél tan delicado; el referente al retrato expuesto en el Salón.

—¡Ah! Sí, muy bien, y le doy á usted las gracias por ello.

—¿Fue?

—Sí, con su padre.

—¡Debió quedar contenta! ¡Es tan lindo aquel dibujo! Plumet, que casi no habla, no se cansaba de elogiarlo. Le advierto á usted que no nos hemos violentado ni él ni yo. Él puso algunos reparos antes de aceptar. ¡Tenía tanto trabajo, tanto! Pero cuando vio que yo estaba tan interesada en ello, dijo que sí. No es la primera vez que esto sucede. Es muy bueno Plumet, señor Mouillard. Cuando usted lo conozca más, verá cuán bueno es. Pues bien: mientras que él cortaba los listones, yo corrí á casa de la portera. Fue una gran cosa. Celebro con toda mi alma que diera buen resultado.

—Es usted demasiado buena, señora Plumet; pero aquello concluyó: se casa con otro.

—¿Qué se casa con otro? ¡Imposible!

Creí que la señora Plumet se iba á poner mala. Si le hubieran dicho que su hijo Pedro iba á tener el crup, no se hubiera afligido tanto. Su pecho se agitaba con violencia. Juntó las manos y me miró con dolor y con lástima.

—¡Pobre señor Mouillard!

Dos lágrimas, pero dos lágrimas verdaderas rodaron por sus mejillas. Yo hubiera debido recogerlas: son las únicas que criatura humana ha vertido por mí desde la muerte de mi madre.

Me fue preciso contárselo todo, hasta el nombre de mi rival. Cuando supo que éste era el barón Dufilleul, su indignación no tuvo límites. Dijo que el barón era un ser abominable; ¡qué sabía de él cosas!, (lo conocerá acaso); que aquel matrimonio no podía celebrarse; que no se celebraría; que Plumet sería de su misma opinión...

—Señora Plumet —la dije—. Estamos muy lejos del asunto que la ha traído á usted aquí. Hablemos de él. Los míos son muy tristes y nada puede usted hacer en ellos.

Se levantó nerviosa, con los ojos encendidos, casi ofendida.

—¿Mi asunto?... Dejémoslo. No me ocuparé en él hoy. No tengo la cabeza para tratar de asuntos míos. Lo que acaba usted de decirme me ha causado mucha pena. ¡En otra ocasión, señor Mouillard, en otra ocasión!

Y se marchó con aire misterioso y dándome un apretón de manos que quería decir: ¡Cuenta usted conmigo!

¡Pobre mujer!

En el tren, 10 de junio

Han quedado atrás las fortificaciones. Casas pintadas de los suburbios, fábricas, tabernas, ruinas siniestras en los terrenos baldíos, todo ello no es ya más que una serie de puntos brillantes que va quedando á retaguardia muy lejos. El tren corre á toda velocidad. Los campos, verdes o dorados, se deslizan á mis ojos como cintas que se despliegan. En algunos momentos ruido de hierros, fantasmas, postes y pregones: es que pasamos por una estación, envueltos en torbellinos de polvo: una claridad que corta el camino: es un brazo de río. Marcho, marchó á satisfacción y nadie me detendrá, ni Lamprón, ni el señor Boule, ni Plumet: voy á realizar mi antiguo sueño; ¡voy á ver Italia!

Una parte tan sólo, pero ¡qué alegría, sin embargo!, ¡qué fortuna más inesperada! Hace ocho días que el señor Boule me dijo en su gabinete:

—Señor Mouillard: usted habla correctamente el italiano, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted hacer un viaje á expensas de un cliente?

—Con mucho gusto, sea adonde fuere.

—A Italia.

—Con más placer aún.

—Así creía yo y no he vacilado en proponerlo á usted al tribunal antes de obtener su consentimiento. Se trata de una información que hay que hacer en Milán, de una comprobación de actas referentes al estado civil y de algunas otras piezas citadas por un pretendido heredero italiano para establecer su derecho á una gran herencia. ¿Recordará usted el asunto Zampini contra Veldon y consortes?

—Perfectamente.

—Pues los títulos de Zampini son los que debe usted confrontar con los originales, en unión de un empleado de los Archivos nacionales y de un intérprete traductor. Puede usted ir por Suiza o por Corniche, como le plazca. Tiene seiscientos francos para los gastos y, por mi parte, quince días de vacaciones. ¿Le conviene á usted?

—Desde luego.

—Pues haga usted la maleta, y en marcha. Ha de encontrarse usted en Milán el 18 por la mañana.

Me faltó tiempo para anunciar la noticia á Lamprón, quien se admiró mucho y se conmovió algo al nombre de Italia, y heme en camino, mecido por el tren rápido de Lyon, sin el menor sentimiento por París. Mi corazón va delante de mí, hacia Suiza, en donde entraré mañana. He elegido ese camino verde para trasladarme al país azul.

Hasta el último instante he temido que surgiera algún obstáculo, que la mala sombra que tengo me detuviese, y estoy admirado de que me haya dejado partir. En poco estuvo que perdiese el tren, es verdad, y preciso fue que el caballo del coche número 7382 fuese un antiguo premio de Longchamp para poder recobrar el tiempo perdido á causa del señor Plumet.

Una hora antes de partir me envió el señor Boule á hacer una correría para asuntos del bufete. Al regresar, en el momento en que atravesaba la plaza de la Opera en el carruaje susodicho, oí que me llamaban.

—¡Señor Mouillard!

Miro á derecha e izquierda, y allí, en el refugio^[3], vi al constructor de marcos que esgrimía el gesto y la voz para llamar mi atención. Ordené al cochero que parase. En el semblante de Plumet brilló una sonrisa de satisfacción. Abandonó el refugio. Yo, por mi parte, abrí la portezuela; pero pasa otro coche, y su caballo me hace retroceder dándome con el morro. Abro de nuevo, y viene un segundo y luego un tercero; por último, dos filas apretadas de coches me separan del señor Plumet, que me dice algo á gritos. El ruido de las ruedas y de la multitud me impide oírlo. Yo telegrafí mi desesperación á Plumet. Éste se empina sobre la punta de los pies. No por ello lo entiendo mejor.

¡Cinco minutos perdidos! Imposible esperar más tiempo. Y después, ¿quién sabe? Quizá no sea más que un obstáculo que allí me acecha bajo la apariencia de un rostro amigo. Me horroriza tal pensamiento y exclamo:

—¡Cochero, á la estación de Lyon y lo más derecho posible!

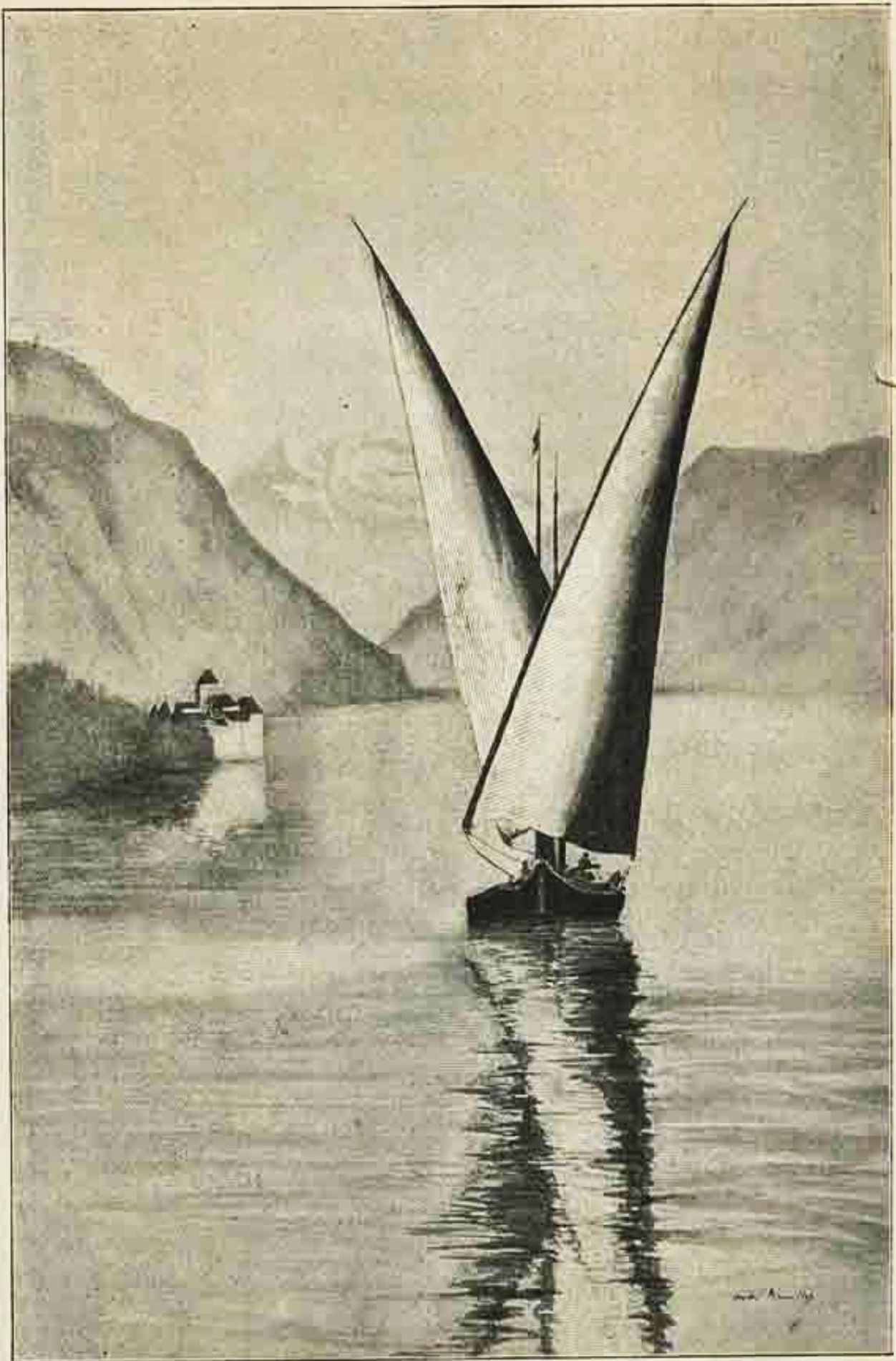
El cochero ha cumplido la consigna. Hemos llegado cuando el tren, formado, iba ya á partir: yo he sido el último que ha tomado billete.

Supongo que Plumet habrá podido abandonar ya su refugio.

Ginebra. —A mi llegada, vigilando las avenidas de la estación, el más chusco de los agentes de orden público en traje de ópera cómica. En Francia se verían obligados á protegerle contra los pilluelos; aquí él es quien protege: esto es decir que ya he puesto el pie en tierra extranjera.

No tengo más que dos horas de parada en esta ciudad. ¿Qué iré á ver?, el campo; siempre es hermoso, ¡y hay tantos monumentos que no lo son! Vamos al extremo del lago, en donde el Ródano se separa de él y se dirige á Francia. He ahí ese Ródano, en Aviñón tan revuelto y aquí transparente y tan profundo como un brazo de mar. Se precipita en una masa azul comprimida entre un muelle y varias casas erigidas sobre la opuesta orilla en pleno torrente.

Esa ola que corre me arrastra. Juntos salimos de la ciudad y heme en medio de esas huertas en donde Topffer niño, extraviado, sorprendido por la noche, analizó el miedo. Las grandes zanjas de riego proyectan aún su sombra sobre los campos de lechugas, por encima de los sauces. A lo lejos, ribazos poblados de árboles adonde la gente va los domingos en alegres jiras, lo mismo que en Verrieres. Y el Ródano salta y serpentea y murmura canciones por entre las guijas. Dos pescadores de truchas remontan á la sirga una canoa á lo largo del ribazo. Tal vez haya hecho yo mal en no esperar á saber lo que me quería decir Plumet. No es de los que gesticulan mucho por cosas de poca monta.



En el lago. —El buque toma un largo. Ginebra queda ya lejos. Ni una sola arruga en la superficie azul, completamente azul, que vamos dejando por la popa. Hacia proa, la vista se pierde en una niebla lechosa. Un barquito con dos velas latinas en cruz se interna en el lago. A la derecha las montañas de Saboya esmaltadas de bosque, veladas por nubes que pasean sus sombras por los derrumbamientos de las pendientes, y aquel contraste es divino. Yo admiro la dulce sonrisa del Lemán al pie de aquellos montes abruptos.

En el recodo que forma la orilla hacia San Mauricio-en-Valais, azótanos el viento, un viento huracanado. El lago se convierte en mar. Al primer balance fuerte, siéntese mal una inglesa. Su marido no deja por eso de consultar á su guía y de asestar los gemelos.

En diligencia. —Atravieso el Simplón á la salida del sol, rodeado de ventisqueros color de rosa. Vamos trotando por la vertiente italiana. ¡Oh! ¡Cómo esperaba yo ver aparecer Italia! Apenas la diligencia hubo apretado sus frenos y puesto al trote sus caballos por la pendiente, he percibido un aire distinto á todos los demás. El cielo me ha parecido más azul. He creído ver de repente el polvo de los largos estíos en las hojas de los abetos á dos mil metros, en el aire virgen de las cimas, y poco ha faltado para que tomase el chirrido de mi mal seguro asiento por el canto meridional de la primera cigarra.

Baveno. —Nadie se engañará: ese dueño de hotel, afeitado, obsequioso, sutilmente farsante, es un napolitano. Permanece, sobre el mosaico de su peristilo, á disposición de los viajeros que deseen obtener datos acerca del lago Mayor, la enumeración de sus bellezas, el programa, en fin, de aquel sitio.

Isola-Bella, isola-Madre, sí, raído, cuidado, bonito, eso viste mucho, pero no es verdad. Esas palmeras están descentradas; esas plantas de los trópicos tienen el aire de figurantes. Devolvedles su patria, u ofrecedme el lago Lemán sencillo y grande como él es.

Menaggio. —Tras el azul del lago Mayor, tras el lago de Lugano siempre verde, el lago de Como de color azul de rey, de paisajes luminosos, de orillas cubiertas de olivos, de ruinas romanas y de villas modernas. Nunca me ha parecido tan sutil el aire. «Aquí es en donde únicamente —me he dicho— viviría yo, de buena gana». Hasta elegí mi casa semioculta entre los grupos de granados, de verdes encinas y de limoneros, sobre una casi isla en redor de la cual corre el agua con ligero estremecimiento y desde la que resulta divina la perspectiva de las aguas, de los bosques, de las montañas y del cielo.

Un rruiseñor canta, y no puedo menos de pensar que sus congéneres mueren aquí con mucha frecuencia. Sí, los poéticos segadores celebrados por la litografía son pajareros feroces. En las épocas de la emigración cogen por millares á estos viajeros fatigados, con lazos, con liga y con redes: en el lago Mayor, solamente, cogen sesenta

mil. No nos quedan, para alegrar nuestras noches de estío, más que aquéllos que nos dejan.

Quizá hayan matado ya al ruiseñor del jardín de los Carmelitas. Pienso en ello indignado. Luego veo mi habitación de la calle de Rennes; á la señora Menín que sacude con displicencia mis dormidos muebles; á Lamprón que trabaja; á su madre haciendo media; al viejo pasante, en estado soñoliento por efecto del calor, que tira de la caña creyendo que el pez ha picado; á la señora Plumet en medio de su bandada de oficialas y aprendizas, y á Plumet, cuyo resoplido impetuoso ahuyenta sobre las molduras de un marco, recientemente reparado, el polvo de oro que el apresto no ha fijado en él.

Plumet está caviloso. Le pesa un secreto. Seguramente que estuve desacertado al no detenerme algún tiempo más en la plaza de la Opera.

Milán. —Heme ya en Milán, la vieja ciudad pensante y activa, término de mi viaje y cuna del honorable Porfirio Zampini, falsario presumible.

La comprobación no empieza hasta pasado mañana. Me he aprovechado de ello para correr un poco por la ciudad.

En Milán hay cuatro cosas que ver cuando uno es músico, y una menos cuando no lo es: la catedral; El casamiento de la Virgen, de Rafael; La cena, de Leonardo, y, según los temperamentos, una representación en la Scala.

He empezado por la catedral, y al salir de ella fue cuando recibí la noticia que aún me tiene turbado.

Una confesión ante todo. Cuando subía, ahogándome de calor, á las marmóreas azoteas de la catedral, esperaba verme maravillado, y no ha sido así. ¡La sorpresa toma parte tan principal en nuestras admiraciones! Ni aquel diluvio de mármol, ni las filigranas, ni las agujas de aquella masa enorme, ni el prodigioso número de estatuas, ni el ver á los hombres más pequeños que moscas en la *piazza del Dnomo*, ni la campiña inmensa y llana rodeando la ciudad en su desmesurado círculo, despertaron en mi el entusiasmo que se despierta algunas veces por mucho menos. No, me entusiasmé con otra cosa: con un detalle inadvertido por los guías, según creo.

Había descendido ya y vagaba por la extensa nave de columna en columna, cuando me encontré debajo de la cúpula. Alcé los ojos y la esplendidez del día me los hizo cerrar. El sol, pasando á través de los amarillos vidrios de las ventanas, allá en lo más alto, ceñía con una corona de llamas la bóveda prodigiosa, se esparcía por las paredes interiores en reflejos, y descendía en disminución hasta bañar el pavimento con sus últimos resplandores: alba extraña, región espléndida hacia la cual suben la plegaria y los cánticos sagrados para remontarse luego al infinito.

Salí de allí quebrantado, ebrio por la fatiga y los resplandores de la luz, y apenas entré en mi cuarto, situado en el quinto piso del albergo dell'Agello, me senté en un sillón y me quedé dormido.

Haría quizá una hora que dormía, cuando me pareció escuchar una voz que murmuraba cerca de mí:

—¡*Illustre signore!*

No me desperté. La misma voz repitió con dulce siseo:

—¡*Illustrissimo signore!*

El oído humano es extraordinariamente sensible á los superlativos: al escuchar aquél, me desperté.

—¿Qué hay?

—Una carta para Vuestra Señoría.

—Ha hecho usted bien en despertarme, Tomaso.

—Señoría, ocho sueldos que he pagado por la carta.

—Tenga usted diez y no me dé la vuelta.

Se retiró llamándome señor conde: todo por dos sueldos. ¡Oh Italia de Bruto!

La carta era de Lamprón, que se había olvidado de franquearla.

«Mi querido amigo: La señora Plumet, á la que no creo que hayas dado la menor comisión en tal sentido, se está ocupando seriamente en tus asuntos. Es en mí un deber prevenirte, porque creo que la señora Plumet tiene mucho corazón, pero poco talento, y he pensado mucho en las dificultades que puede crearte el celo inconsiderado de un amigo y, sobre todo, el de una amiga.

»Temo alguna grave indiscreción, y he aquí el motivo.

»El señor Plumet vino á verme ayer tarde. Torturaba furiosamente su perilla, y yo, que lo conozco hace ya mucho tiempo, sé que aquello es una manera de testimoniar que el mundo va de través. Me costó mucho trabajo arrancarle, á fuerza de preguntas y sólo por mitad, lo que tenía que decirme. Lo único que manifestó en forma conveniente fue su turbación por tener en la señora Plumet una mujer difícil de calmarse y de razonar.

»Parece ser que ella ha vuelto á tomar su antiguo oficio de modista, y que una de sus primeras parroquianas (¡Dios sabe el camino!) ha sido la señorita Juana Charnot.

»Ahora bien: el lunes, la señorita Charnot elegía un sombrero. Estaba alegre como el día, y su modista sombría como la noche.

—»¿Tiene usted enfermo á su hijo, señora Plumet?

—»No, señorita.

—»¡Cómo está usted tan triste!...

»Entonces, y según las palabras de su marido, la señora Plumet se animó de una manera extraordinaria, y mirando con fijeza á su linda parroquiana, la dijo:

—»Señorita, ¿por qué se casa usted?

—»La pregunta es graciosa. Me caso, porque estoy en edad de casarme; porque ha sido solicitada mi mano, y porque todas las jóvenes se casan, á menos de meterse en un convento o quedarse para vestir santos. Ahora bien, señora Plumet; yo no tengo vocación religiosa, ni he supuesto nunca que me quedara para vestir imágenes. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—»Señorita, es que en el matrimonio la mujer puede ser feliz, pero también puede ser desgraciada.

»La señora Plumet, no pudiéndose contener después de tan bello aforismo, se echó á llorar amargamente.

»La señorita Juana, que empezó por reírse, quedóse luego estupefacta y acabó por inquietarse.

»Por dignidad no preguntó nada, y la señora Plumet nada añadió por timidez; pero deben volverse á ver pasado mañana, siempre á causa del sombrero.

»Aquí se embrolla la historia. Nada más he comprendido.

»Es evidente que algo más hay. El señor Plumet no hubiera abandonado su taller sólo para decirme que su mujer tenía la lengua un poco larga: tampoco hubiera tenido una emoción tan marcada. Pero ya conoces lo que es ese diablo de hombre: cuantas veces conviene que se explique, otras tantas pierde las pocas facultades oratorias que Dios le ha dado, y se hace, menos que mudo, incomprendible. Me ha farfullado frases incoherentes como ésta:

—»Eso puede ser quizá pasado mañana... ¡Bonito negocio, como comprenderá usted!... ¡Truenos y rayos! En fin; también puede no ocurrir... ¡Ah, señor Lamprón!, es necesario que las mujeres tengan flujo de hablar.

»Y se marchó.

»Te confieso, amigo mío, que no me complace inmiscuirme en semejantes enredos ni ir á pedirle á la señora Plumet la explicación que no ha sabido darme su marido. Espero. Si algo ocurre pasado mañana, seguramente que vendrán á decírmelo y te lo escribiré.

»Mi madre me encarga que te salude. Te recomienda que te abrigues por las noches. “Los crepúsculos, dice, son el invierno de los países cálidos”.

»Mi pobre madre se halla fatigosa desde hace dos días. Hoy guarda cama. Espero que no sea más que un resfriado.

»Te abraza

»Silvestre Lamprón»

Milán, 28 de junio

La información ha empezado esta mañana: nunca hubiera creído que tuviéramos que examinar tantos ni tan extensos documentos. La primera sesión se ha invertido casi por completo en clasificaciones, rúbricas y escaramuzas de todas clases en rededor de este cuerpo de ejército.

Operamos, mis colegas y yo, en una sala del palacio municipal del Marino, inmensa, abandonada, y que sirve, según creo, para guardar muebles. Nuestras sillas de cuero y la mesa en que están ordenados los documentos del proceso ocupan el centro. A lo largo de las paredes muchos cofres, nidos de legajos y de ratones, algunos cuadros puestos del revés, escudos de madera partidos, harapos restos de banderas, arcos de triunfo de cartón desmontados y retorcidos: triste aparato de pasadas fiestas.

Las personas presentes en la información, además de los tres franceses, son: un pequeño juez italiano de rostro canijo, arrugado como una manzana en el mes de abril, y cuyos párpados parecen estar constantemente plegados por el sueño; un escribano reluciente por lo gordo, traje, cabellos y rostro de una jovialidad contenida, pensando voluptuosamente en los sorbetes que se va á chupar con una paja en cuanto termine la sesión y desaparezca el horrible trasgo de invasión francesa que se agita en medio de la sala; y en fin, otro ser, difícil de determinar, empleado, supongo, en cualquier depósito de archivos, simple manipulante aquí. Éste me parece estar muy interesado en favor de Zampini, porque en varias ocasiones, cuando su ministerio le obligaba á traernos algunas piezas, susurraba á mi oído:

—¡Si supiera usted, ilustrísimo señor, la clase de hombre que es Zampini, el noble corazón que tiene, lo esforzado que es!

Conviene fijarse en que tan esforzado paladín es vendedor de macarrones y vehementemente sospechoso de haber querido jugar con la justicia francesa.

Bajo el calor sofocante que entra por las ventanas, las puertas y hasta por las mismas piedras de las paredes que el sol tuesta, ha sido necesario escuchar nomenclaturas, y leer y compulsar... Moscardones (su especie es feroz) nacidos por millares en los artesones de aquella ardiente estufa, volaban zumbando sobre nuestros cráneos sudorosos. Su fanfarria dominaba á intervalos, cuando la voz del escribano, disminuyendo de volumen, amagaba extinguirse en los primeros ronquidos del sueño. Entonces el pequeño juez golpeaba la mesa con su raspador, y aquel ruido seco volvía á lanzar al lector en su vasta carrera. Mi colega de los archivos no daba muestra alguna de cansancio. Inmóvil, atento, clasificando las menores piezas en su memoria de erudito, ni siquiera sentía á los moscardones abatirse sobre sus manos, picarle en las venas, chuparle la sangre y volar de nuevo con el vientre enrojecido.

Yo estaba en ascuas, en el sentido propio y en sentido figurado. En el momento en que entraba yo en la sala, aquel archivero me había entregado una carta que, mientras almorcé fuera, había llegado para mí al hotel: una carta de Lamprón, gruesa y de

ancha forma. Era evidente que había ocurrido algo grave. Quizá se había pronunciado la palabra que fijase mi destino. ¡Estaba allí y yo la ignoraba! Muchas veces traté de coger, en el bolsillo de mi americana, aquella pieza, mucho más curiosa para mí, que las del incidente Zampini. Hubiera querido romper discretamente el sobre y leer, cuando menos, las primeras líneas. Hubiera bastado un instante para adivinar el sentido de sus largas confidencias. Pero cada vez que lo intentaba, las pupilas del juez, girando en la estrecha hendedura de sus ojos, se fijaban en mí, y aquello paralizaba mi acción. No; fuera imprudencias. No quiero que este italiano, obsequioso y falso, tome en ello pretexto para probar que los franceses, de tan ligera reputación ya, son gentes sin conciencia, incapaces de llenar la misión que se les confía...

Sin embargo, he aquí que se me vuelve de espaldas y que se pone á clasificar con el archivero un nuevo legajo. Es una ocasión inesperada. Rompo el sobre; desdoblo la carta, ¡ocho páginas!, y empiezo á leer:

«Querido amigo: A pesar de la inquietud en que me tiene el estado de mi madre; no obstante los cuidados que exige su enfermedad declarada ya hoy pulmonía, voy á relatarte los sucesos acaecidos en la calle de Hautefeuille, que son de los más graves».

—Perdone usted, señor Mouillard —dijo el pequeño juez, volviéndose á medias hacia donde yo estaba—. ¿Esa pieza que tiene usted en las manos es acaso la número 27 que nos falta?

—De ninguna manera; es una carta personal.

—¡Ah! ¿Una carta personal?, le pido á usted mil perdones por haberle interrumpido.

Sonríe imperceptiblemente, cierra los párpados en señal de compasión por tanta frivolidad, y después, satisfecho, vuélvesele en tanto que los otros miembros de la expedición Zampini me miran con curiosidad.

La carta era importante. A fe mía, tanto peor: sigo leyendo:

«Trataré de reconstituir la escena según los datos minuciosos que he recibido.

»Son las diez menos cuarto de la mañana. Alguien llama á la puerta del señor Plumet. La puerta de enfrente se entreabre y la señora Plumet mira. Se retira vivamente turbada: “el corazón le salta en el pecho”, según ella dice, porque el plan que ha urdido va á tener buen éxito o á fracasar, toda vez que ha empeñado la partida poniendo toda la carne en el asador. El que llega es su enemigo, tu rival, el señor Dufilleul.

»Nada sospecha éste: entra erguido, arrogante, con sus guantes amarillos y con su perrito de aguas pegado á sus pantalones.

—»¿Está montado el retrato, señor Plumet?

—»Sí, señor barón.

—»Veámoslo.

»Yo he visto ese retrato: una cabeza del reciente barón, en miniatura, pintada al óleo, sin duda en muy poco precio, por alguna pobre joven, sobre fotografía. Está destinado á la señorita Tigra, de los Bufos. Eso es muy delicado, señor Dufilleul, ¿no es verdad? Mientras que la inocente Juana sueña con las frases de amor que él se ha atrevido á dirigirle y tiene su corazón esclavo de la misma idea, de la misma imagen, él se ingenia para perpetuar el recuerdo de otros amores.

»Queda contento del marco hecho por Plumet: es rico y está muy bien moldeado.

—»Me gusta. ¿Cuánto vale?

—»Ciento veinte francos.

—»¡Seis luises! Me parece caro.

—»Es el precio que llevo por esa clase de trabajos, señor barón, y me faltan manos para hacerlos.

—»En fin; por una vez, pase; no tengo la costumbre de mandarles poner marco á los cuadros; no me gustan.

»Dufilleul se mira y se remira en aquella horrorosa copia que pende del extremo de su mano derecha, en tanto que con la izquierda busca su portamonedas.

»Plumet permanece con mucha dignidad, pero descontento y muy inquieto. Quisiera de buena gana que su parroquiano se hubiera marchado ya.

»El roce de un vestido en la escalera. Palidece; mira por la puerta entreabierta, hacia la que el perrito de aguas alarga el hocico, y se adelanta apresuradamente con objeto de cerrarla.

»Es ya demasiado tarde.

»Alguien la ha empujado sin hacer ruido. De pie, en el dintel y en traje propio de la hora, la señorita Juana contempla, con su mirada límpida y su sonrisa más dulce, á Plumet que retrocede y á Dufilleul que nada ha visto.



—»¡Ah, caballero, lo cojo á usted in fraganti!

»Dufilleul se sobresalta y con involuntario movimiento oprime el retrato contra su chaleco.

—»¡Señorita!... ¡Ah!... En verdad que... ¿Y usted venía?...

—»A casa de la señora Plumet. ¿Le parece á usted mal?

—»No, ciertamente..., incontestablemente...

—»E indubitavelmente, ¿no es eso? ¡Ja, ja, ja! ¡Por qué cosa tan pequeña se desconcierta usted! Vamos, repóngase. No hay motivo para que usted tiemble. Subía yo la escalera; Black Pearl asomó el hocico; adiviné que no estaba solo; dejé á mi doncella en la habitación de la señora Plumet, y yo, en vez de entrar por la izquierda, entré por la derecha. ¿No lo encuentra usted gracioso?

—»Desde luego, señorita.

—»Pero ocurre más, y es que soy muy curiosa y desearía ver lo que usted oculta contra el chaleco.

—»Un retrato.

—»Démelo usted.

—»Con mucho gusto; desgraciadamente, es el mío.

—»¿Por qué dice usted que “desgraciadamente”? Al contrario, debe halagarle porque aparece usted en él con menos nariz de la que tiene. ¿No es verdad, señor Plumet?

—»¿Cree usted que está bien?

—»Si.

—»¿Y el marco?

—»Muy lindo.

—»Pues ahora se lo regalo á usted.

—»Según eso, no era para mí.

—»Es decir..., no lo era... francamente; es un regalo de boda, un recuerdo... ¿No encuentra usted eso muy natural?

—»Indudablemente; pero supongo que usted podrá decirme á quién lo destinaba.

—»¿Sabe usted que eso ya no es curiosidad, sino indiscreción?

—»¿De veras?

—»De veras.

—»Puesto que tanto misterio hace usted del retrato, ruego al señor Plumet que lo disipe. ¿Para quién está destinado?

»Plumet se pone pálido y da vueltas entre sus manos á su gorra de obrero, como chiquillo cogido en falta.

—»Señorita, yo..., yo no soy más que un pobre industrial...

—»Corriente; en ese caso, me dirigiré á la señora Plumet que debe saberlo y que no tendrá inconveniente en decírmelo.

»La señora Plumet, que debía estar escuchando el diálogo entablado en el departamento de su esposo, acababa efectivamente de entrar, temblando como la hoja en el árbol y decidida á todo.

—»No haga usted nada, señorita, se lo ruego —exclamó Dufilleul—. Aquí no hay misterio alguno: sólo he querido impacientarla á usted. Ese retrato está destinado á un amigo mío que vive en Fontainebleau.

—»¿Y se llama?

—»Gouin, notario.

—»¡Gracias á Dios! ¡Habían puesto ustedes, los dos, una cara tan extraña! ... Otra vez no use de reticencias y diga las cosas en seguida y con toda ingenuidad, cuando no tenga razón alguna para callarlas. ¿Me lo promete usted?

—»Se lo prometo.

—»Pues hagamos las paces.

»Juana tendió su mano á Dufilleul; pero antes de que éste pudiese cogerla:

—»Permítame usted, señorita —dijo la señora Plumet—. No quiero que en mi casa la engañen á usted de esa manera. Lo que le han dicho á usted no es verdad.

—»¿Qué es lo que no es verdad?

—»Que ese retrato sea para el señor Gouin ni para nadie en Fontainebleau.

»La señorita Charnot se irguió al oír aquellas palabras.

—»¿Para quién es, pues?

—»Para una actriz.

—»¡Cuidado, señora!

—»Para la señorita Tigra, de los Bufos.

—»¡Eso es una calumnia, una infamia! —exclamó Dufilleul—. Pruébelo usted, señora, pruébelo usted.

—»Fíjese usted en el cuadro por detrás —repuso con tranquilidad la señora Plumet.

»Juana, que no ha soltado la miniatura, le da la vuelta, lee, pónese lívida, y la alarga á su prometido.

—»¿Qué ocurre, pues? —dijo Dufilleul inclinándose.

»Lo que ocurría era que en el reverso del cuadro se leía: “Remitido por el señor barón de F... á la señorita T..., bulevar Haussmann. Para enviarlo el jueves”.

—»Fíjese usted, señorita, en que esa letra no es mía. Señor Plumet: requiero á usted que desautorice á su señora. ¡Lo que ha escrito ahí es mentira: dígallo usted, dígallo usted!

»Plumet oculta el rostro entre las manos y no responde.

—»¡Cómo! ¡Se calla usted!

»La señorita Charnot había franqueado el dintel de la puerta.

—»¿Qué hace usted, señorita? No se vaya. ¡Bien ve usted que mienten!

»Juana estaba ya en el centro de la meseta. Dufilleul se acercó á ella y la detuvo asiéndola de una mano.

—»Juana, Juana: no se vaya usted.

—»Déjeme usted, caballero.

—»No: escúcheme usted. Lo que acaba de pasar aquí es una miserable burla. Le juro á usted que...

»En aquel momento se oye una voz aguda de mujer, que asciende por el hueco de la escalera.

—»¡Eh, Jorge!, ¿acabas pronto?

»Dufilleul pierde súbitamente su presencia de espíritu y suelta la mano de la señorita Charnot.

»La joven se inclina hacia el hueco de la escalera y ve, allá en el fondo, á una mujer con la cabeza echada atrás, la boca aún entreabierto y mirando hacia arriba. Se encontraron sus miradas. Juana retiró la suya.

»Luego, dirigiéndose á la señora Plumet, que permanecía inmóvil y como pasmada junto á la pared, le dijo:

—»Ahora vamos á elegir el sombrero.

»Y cerró tras sí la puerta de la habitación de la modista.

»He ahí, amigo mío, la narración exacta de lo que ha pasado en la calle de Hautefeuille. Lo he sabido por boca de la señora Plumet, que no cabía en sí de gozo al contarme el éxito de sus planes y cómo su blanca mano había guiado á la de la casualidad. Como tú adivinarás, el encuentro de Juana con su prometido, tan temido por el señor Plumet, había sido combinado por ella sin que lo supiera nadie, y la fatal inscripción era también obra suya.

»No tengo necesidad de añadir que la señorita Charnot, abatida por aquella escena, tuvo un momento de debilidad nerviosa.

»Por lo demás, no tardó nada en reponerse y recobrar la firmeza y la dignidad de su carácter, lo que parece demostrar una naturaleza enérgica.

»Pero no es eso lo que interesa por el momento.

»A mi juicio, el casamiento ha quedado roto definitivamente, y dada la forma de la ruptura, dudo mucho que vuelva á arreglarse. He aquí lo que me parece conseguido: la señorita Juana Charnot no se llamará nunca la señora

Dufilleul.

»No exageres, sobre todo, las probabilidades que de este accidente pueden resultar en tu favor. No son tan grandes como tal vez imagines en el primer momento. Creo que una joven engañada y herida de tal modo, no olvidará en breve. Hasta puede no olvidar nunca, vivir con su disgusto y preferir la paz segura y la alegría austera del sacrificio filial á la soñada vida del matrimonio, que á veces guarda tan rudas decepciones á los que aspiran á ella.

»En todo caso, te aconsejo que no vengas, porque te creo capaz de todas las calaveradas, hasta de las más tontas. Permanece ahí, sigue con tu información y espera.

»Mi madre y yo estamos pasando por una prueba cruel. Ella sigue enferma, muy enferma. Más quisiera yo tener su padecimiento que la inquietud que éste me inspira.

»Tu amigo

»Silvestre Lamprón

»P. S. —En el momento de ir á cerrar esta carta, recibo un billete de la señora Plumet en el que me dice que el señor Charnot y su hija han salido de París. ¿Adónde van? Lo ignora».

La lectura de esta carta me había absorbido por completo: había vuelto á leer ciertos períodos, y la profunda turbación que en mí produjo y que tardó en disiparse, me tuvo sin conciencia alguna de lo que pasaba en torno mío un lapso de tiempo difícil de precisar: no pensé, durante él, sino en mi pasado y en mi porvenir.

El empleado italiano, tropezándome ligeramente con el codo, me volvió á la realidad del presente. Colocaba el último legajo en los anchos cajones de la mesa. Habíamos quedado solos. Mis colegas se habían retirado y la primera sesión había dado fin sin mí á presencia mía. No debían estar lejos. Algo confuso por mi distracción, tomo el sombrero con el propósito de alcanzarlos y de excusarme. El italiano me detuvo por una manga, y señalando hacia la carta que yo guardaba en mi cartera, me dijo con sonrisa indefinible:

—¿*E de una donna?*

—¿Qué le importa á usted?

—¡Oh, que sí! Las cartas de los hombres se leen más de prisa, y, ¡*per Bacco!*, que ha empleado usted tiempo en leer ésa. ¡*Ah, le donne, illustre signore, le donne!*

—¡Déjeme usted en paz!

Y me dirigí hacia la puerta. Pero él, ágil y gesticulante, se colocó delante de mí con las cejas levantadas y un dedo puesto en los labios.

—Escuche usted, caballero: conozco que es usted un verdadero sabio, un hombre á quien la gloria sólo puede tentar. Yo le pudiera proporcionar á Vuestra Señoría hermosos manuscritos italianos, latinos y alemanes, ¡manuscritos inéditos, señor ilustre!

—Y robados también —le dije empujándole.

Salí, y en la plaza contigua, fraternalmente sentados á la misma mesa, bajo el toldo de un café, vi á mis colegas el francés y el juez italiano. Junto á ellos, en otra mesa, el escribano sorbía algo con el auxilio de una paja. Y todos me vieron llegar sonrientes, bajo la acción del sol, que aún abrasaba.

Milán, 25 de junio

Hoy ha terminado nuestra misión. Zampini es un simple falsario. En presencia de pruebas irrecusables, ha confesado que había querido «dar una broma» á los herederos en Francia presentándose como heredero, siendo así que le faltaban dos grados de parentesco para tener aquella condición.

Le hemos demostrado que semejante «broma» tenía la calificación de manejo fraudulento y le exponía, por lo menos, á pagar las costas del pleito. Se convenció de ello con la mayor facilidad del mundo. Se me figura que es de todo punto insolvente. Le pagará al portero de estrados en macarrones, y al abogado en declamaciones hipócritas.

Mis colegas el archivero y el traductor se van de Milán pasado mañana. Los acompañaré.

Milán, 26 de junio

Acabo de recibir la tercera carta de Silvestre.

Mi pobre amigo es soberanamente desgraciado: su madre, la excelente señora Lamprón, ha muerto. Al saber la noticia, he sufrido una emoción punzante, yo que tan poco, tan demasiado poco he conocido y tratado á mujer tan admirable; yo, que no era ni su hijo ni su pariente, y que no he hecho más que pasar por el horizonte de su corazón, en ese límite restringido donde ella esparcía los tesoros de su experiencia al mismo tiempo que los de su ternura. ¡Cuánto debe sufrir él, que es su hijo!

Me describe los últimos momentos de su madre, su serenidad ante la muerte, y añade:

«Algo que tú no comprenderás tal vez, es que siento un remordimiento que se mezcla con mi dolor. He vivido cuarenta años junto á ella, y cree que tengo la convicción de haber sido lo que se llama un buen hijo. Pero cuando comparo las pruebas de cariño que le he dado con las que ella me ha dado á mí; cuando considero los sacrificios que he hecho por ella con los que yo le he costado; cuando pienso en el egoísmo con que yo me adjudicaba un mérito porque en nuestra vida familiar solía sacarla algunos días y algunas noches á dar un paseo asida á mi brazo, y recuerdo los consuelos inmensos y la tranquilidad fecunda con que me remuneraba aquellos paseos y mi tolerancia (para mí tan agradable) de que viviese conmigo, me juzgo ingrato e indigno de la dicha que he tenido. Me desespera el pensar que ya no me es posible reparar tantos olvidos ni pagarle una deuda de cuya magnitud no me he dado cuenta hasta hoy. ¡Murió! ¡Todo ha concluido! Sólo mis oraciones pueden llegar hasta ella y hacerle saber que la amaba, que la adoraba, y que hubiese sido capaz de hacer en obsequio suyo todo cuanto no he hecho.

»¡Oh, amigo mío, de qué deberes más dulces me veo privado! Quiero, por lo menos, cumplir fielmente su última voluntad. De ella voy á hablarte.

»Sabes que mi madre vio siempre con disgusto que conservara en mi casa el retrato de la que fue mi primera y única pasión. Hubiera deseado que mis ojos no recordaran á mi corazón, con tanta frecuencia, aquella imagen de mis antiguos dolores. Yo resistí siempre. En su lecho de muerte me ha pedido que ceda ese retrato á los que debieran poseerlo hace ya mucho tiempo.

—»En tanto que yo he podido consolarte del dolor que la vista de ese retrato te causaba —me dijo—, no he insistido vivamente en ello; pero en breve te encontrarás solo y no tendrás á nadie que te anime cuando te falte el ánimo. *Ellos* te han suplicado desde allá muchas veces que les cedas el cuadro. Ha llegado la ocasión de que consientas en enviárselo.

»Se lo prometí.

»Y ahora, amigo mío, ayúdame tú á cumplir mi promesa. No quiero escribir: temblaría mi mano, o la suya cuando me leyeran. Ve á verlos.

»Viven á cinco leguas de Milán, sobre el camino de Monza, algo más lejos de dicha ciudad, cerca de la villa de Desio. La quinta en que viven lleva el nombre de sus dueños: “Dannegianti”. En otro tiempo la rodeaba una línea de álamos blancos, y sus bosques tenían fama por su frondosidad y su sombra. Haz que le pasen á la vieja castellana tu tarjeta y la mía. Serás recibido. Entonces anúnciale, en la forma que creas conveniente, que la madre de Silvestre Lamprón le ha pedido á su hijo, en su lecho de muerte, que dé para siempre el retrato de Rafaela á la *villa* Dannegianti. *Dado*, ¿entiendes bien?

»Puedes anunciarle también el envío. Acabo de convenir con el señor

Plumet que él se encargará del embalaje. Es hombre perito, como tú sabes. Mañana quedará eso terminado y mi casa enteramente vacía.

»Mi refugio será el trabajo, y cuento contigo para dulcificar en algo los rigores de mi desconsuelo.

»Silvestre Lamprón».

En cuanto recibí la carta de Lamprón, que serían las diez de la mañana, me fui á ver con el dueño del *albergo dell'Agnello*.

—¿Me podrá usted proporcionar un coche para ir á Desio, no es verdad?

—¡Ah! ¿Quiere Vuestra Señoría ir á Desio en coche? Hace bien. Eso es más pintoresco que un viaje en ferrocarril. Desio, más allá de Monza, de Monza, señor, una de nuestras perlas. Verá usted allí...

—Sí —le dije recitando mi Baedéker con la misma seguridad que él—, la Villa Real y la corona de hierro de los emperadores de Occidente.

—Eso mismo, caballero, y la catedral, edificada...

—Por Teodolinda, reina de los lombardos, en 595, reconstruida en el siglo XVI, sí, estoy enterado. Lo que únicamente le pregunto á usted es si puede proporcionarme un buen carruaje.

—Uno inmejorable. Vuestra Señoría lo encontrará enganchado á las tres y media de la tarde, cuando haya cedido algo el calor. Podrá llegar á Desio antes de ponerse el sol y estar aquí de vuelta para la hora de la cena.

Efectivamente, á la hora indicada vinieron á decirme que el carruaje estaba listo. El dueño de mi hotel cumplió su palabra en todo, porque los caballos atravesaron Milán al trote largo y no cedieron en él cuando tomaron el camino de Como á través de las fértiles y llanas campiñas llamadas el jardín de Italia.

En hora y media, sin más parada que unos minutos en Monza, el cochero detenía sus caballos delante de la primera casa de Desio, que era una posada.

Posada bien pobre, situada en el ángulo formado por la calle Mayor y por un camino que se internaba en el campo. Delante, algunos plátanos, recortados convenientemente, formaban bóveda umbría. Enlazábanse á ellos muchas cepas. El sol castigaba los pámpanos y los verdes racimos que colgaban por varios sitios. Las ventanas estaban cerradas, y en el aire, saturado de calor y de luz, y en el zumbido de las moscas se conocía que todos dormían en la casa.

—Entre usted y se despertarán —dijo mi cochero, que había adivinado mi pensamiento.

Después, sin esperar mi respuesta y como hombre conocedor de las costumbres del lugar, hizo seguir á los caballos el camino, para buscar la caballeriza.

Entré: todo un mundo de abejas y de avispones se arremolinó bajo los plátanos. Una gallina blanca escapó de su nido de polvo cacareando. Nadie se dejó ver. Abrí la



puerta. Tampoco asomó nadie: dos habitaciones á derecha e izquierda de un corredor, una escalera de madera en el fondo. La casa, bien cerrada, estaba obscura y fresca. Mientras que, de pie en el dintel, acostumbraba mi vista á aquella semiobscuridad, oí ruido de voces á mi derecha.

—Tan pintoresco como tú quieras, pero el viaje ha fracasado. Estas gentes son verdaderos salvajes: ni recomendaciones, ni títulos y, creo que lo puedo decir, ni reputación sirven aquí de nada.

—Falta que hayan leído tus cartas.

—Aún sería peor eso: ¡negarse á leer las cartas que se les dirigen! No, no lo creo: no los disculpes más.

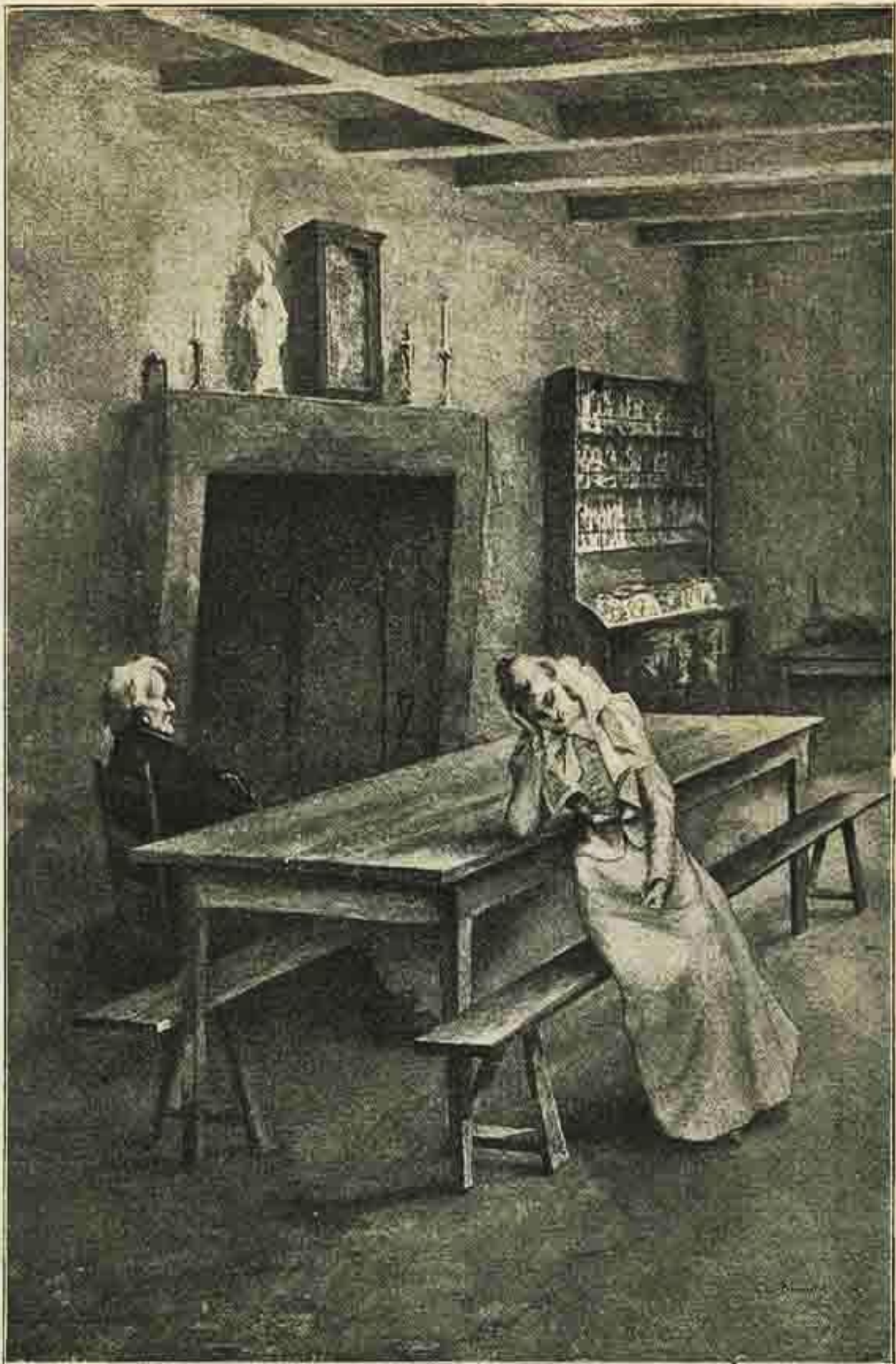
—Dicen que han sufrido muchos disgustos en su vida, y eso les disculpa algo, papá.

—No, hija, no hay excusas para la ocultación de un tesoro científico semejante. No reconozco en ningún señor italiano, así sea huérfano desde la edad de seis meses y tres veces viudo, el derecho de substraer á las investigaciones de los sabios una colección de monedas romanas como no existe otra, y otra colección muy presentable de lo que nosotros llamamos propiamente medallones y medallas. Ignoras que este feroz patricio posee los ocho tipos de medallas de Atilia.

—¿De veras?

—Con toda seguridad; y los treinta y siete de Cassia; ciento diez y ocho de los ciento veintiuno de Cornelia, los once de Farsuleia, los doce de Numitoria, los doce de Pompeya, los doce de Scribonia, todos ellos en perfecto estado, como si fueran nuevos; y después, piezas capitales rarísimas: el Marco Antonio con el reverso de su hijo; Teodora sosteniendo el globo, y, sobre todo, Annia Faustina en oro con el reverso de Eliogábalo, joya incomparable de la que no se encuentra en el mundo sino otro ejemplar falsificado, una maravilla por cuyo examen daría yo un día de mi existencia, sí, un día entero.

¡Tal conversación, en francés, en aquella habitación de la posada! Me asalta un presentimiento. Me acerco despacio á la puerta de la derecha.



En la sombra de la estancia, atravesada únicamente por algunas hebras de luz que se introducen por las rendijas de las ventanas, se halla sentada una joven con un codo apoyado en una tosca mesa de madera blanca, inclinada la cabeza, melancólica, resignada: su sombrero pende de un clavo fijo en la pared. Separado de ella por la anchura de la mesa, echado en una silla y apoyado contra el enyesado muro, está su padre con los ojos clavados en el techo, los brazos cruzados y la tez enrojecida, manifestando el más violento despecho. Al entrar yo, se levantan ambos: Juana la primera, después el señor Charnot. Ambos se quedan sorprendidos.

No lo estoy yo menos.

De pie los tres, nos miramos durante un minuto, ratificando cada uno su sorpresa y la que ha producido. El primero que rompió el silencio fue el señor Charnot. No parece muy satisfecho de verme allí, y volviéndose hacia su hija, que se ha puesto muy encarnada y algo sobre sí, la dice:

—Ponte el sombrero, Juana; ya es hora de que nos vayamos á la estación. Después, dirigiéndose á mí:

—Vamos á dejarle á usted el sitio libre, caballero, y puesto que la más extraordinaria casualidad —y subrayó estas palabras— le trae á usted á este pueblo endemoniado, le deseo á usted que le vaya bien, caballero, muy bien.

—¿Hace mucho que está usted aquí? —le pregunté.

—Dos horas, caballero, dos horas mortales, en el cuarto de esta posada, bloqueados por el sol y por el fastidio, asesinados en detall por las moscas, exasperados contra las costumbres inhospitalarias de este rincón de Lombardía.

—Efectivamente; el posadero es invisible, y su invisibilidad la causa de haber entrado yo aquí, sin pensar en que iba á tener el honor de encontrarme con ustedes.

—No es de él de quien me quejo, no, por Dios. Está durmiendo en su granja allá en el campo; está visible y puede uno llegar hasta él, cuando no duerme la siesta.

—Sólo tenía que pedirle un dato, y es posible que este dato me lo pudiera usted dar, sin que tuviera yo que despertarlo. ¿Podría usted decirme, caballero, por dónde se va á la villa Dannegianti?

El señor Charnot se colocó delante de mí, me miró fijamente, se encogió de hombros y soltó una carcajada.

—¡La villa Dannegianti!

—Sí, señor.

—¿Va usted á la villa Dannegianti?

—Sí, señor.

—En ese caso, deshaga usted el camino hecho.

—¿Por qué?

—Porque allí no dejan entrar á nadie.

—Traigo una tarjeta de introducción.

—Yo traía dos, caballero, amén de mi título, que supone algo y que me ha abierto las puertas de más de un museo y de una colección extranjeras. Se me ha despedido, ¿lo entiende usted bien? El conserje de esa insolente casa me ha dado con la puerta en las narices. ¿Cree usted tener más fortuna que yo?

—Así lo espero.

—Mi respuesta le pareció el colmo de la presunción.

—Vámonos, Juana —dijo—, y dejemos al señor con sus ilusiones juveniles. No le durarán mucho; se lo aseguro.

Me saludó con una sonrisa llena de reticencias, y se dirigió hacia la puerta.

En aquel momento, Juana dejó caer su sombrilla. Yo la recogí y se la entregué.

—Gracias, caballero —me dijo.

Aquellas dos palabras no tenían nada de particular: eran un cumplido natural y obligado. Lo mismo le hubiera dicho á otro cualquiera á quien jamás hubiera visto. Ni en su actitud ni en su mirada se reflejó emoción alguna que pudiera avalorar aquella frase trivial. ¡Pero su voz era una música con la que yo había soñado tanto! Aunque me hubiese injuriado, la hubiese encontrado yo dulce. Aquella voz me inspiró súbitamente una resolución: evitar que se me escapara aquella aparición, como iba á hacerlo; permanecer, á ser posible, una hora más junto á la que la más singular de las casualidades había acercado á mí.

El señor Charnot, que había salido ya del cuarto, marcaba su sombra en el muro del corredor, con un saco en la mano.

—Caballero —le dije—, siento mucho que se vea usted obligado á regresar tan pronto á Milán. Tengo la absoluta seguridad de ser recibido en la villa Dannegianti, y me consideraría feliz en reparar una injusticia que, evidentemente, no es imputable más que á la torpeza de la servidumbre.

Se detuvo: el golpe había sido certero.

—Tiene usted razón, caballero; es posible que no hayan sido leídas mis cartas ni mi tarjeta; pero, permítame usted que le pregunte: si las mías no han llegado á su destino, ¿qué secreto posee usted para hacer que las suyas lleguen?

—Uno muy sencillo que no se relaciona con mis méritos personales. Llevo á los dueños de la villa noticias del más alto interés en el orden puramente privado, Es preciso que yo les hable. Mi primer cuidado, después de cumplir la misión que llevo, hubiera sido el de anunciar á ustedes. Hubieran ustedes podido ver una colección de medallas que, según creo, es muy hermosa.

—¡Única en el mundo, caballero!

—Pero se marchan ustedes y yo abandono también á Milán, mañana mismo, para regresar á París.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Italia?

—Cerca de quince días.

El señor Charnot dirigió á su hija una mirada de inteligencia, y se hizo, súbitamente más amable.

—Creía que acababa usted de llegar. Nosotros hemos venido después. Mi hija se encontró algo fatigada: los médicos nos aconsejaron viajar, cambiar de aires. Vivir en París con estos calores excesivos, no es sano.

Y examinaba mi fisonomía para ver si me tragaba aquella pequeña mentira. Yo le contesté con el aire más convencido del mundo:

—Lejos de allí. París en julio es inhabitable.

—Ésa es la palabra, caballero, inhabitable. Hemos tenido que dejarlo. Nuestra elección se hizo bien pronto: á pesar de la estación, nos hemos dirigido á la tierra clásica, al gran museo artístico de Europa, á Italia... ¿Y cree usted, caballero, que, gracias á usted, seríamos recibidos en la villa?

—Gracias á la misión que llevo, sí, señor.

El señor Charnot vaciló. Pensaba en la mancha de tinta y, con más certeza aún, en las confidencias del señor Mouillard. Pero reflexionó, sin duda, en que Juana estaba ignorante de la petición del viejo abogado; en que estábamos muy lejos de París; en que la ocasión era única, y la pasión del numismático triunfó á la vez de los resentimientos del bibliófilo y de los escrúpulos del padre de familia.

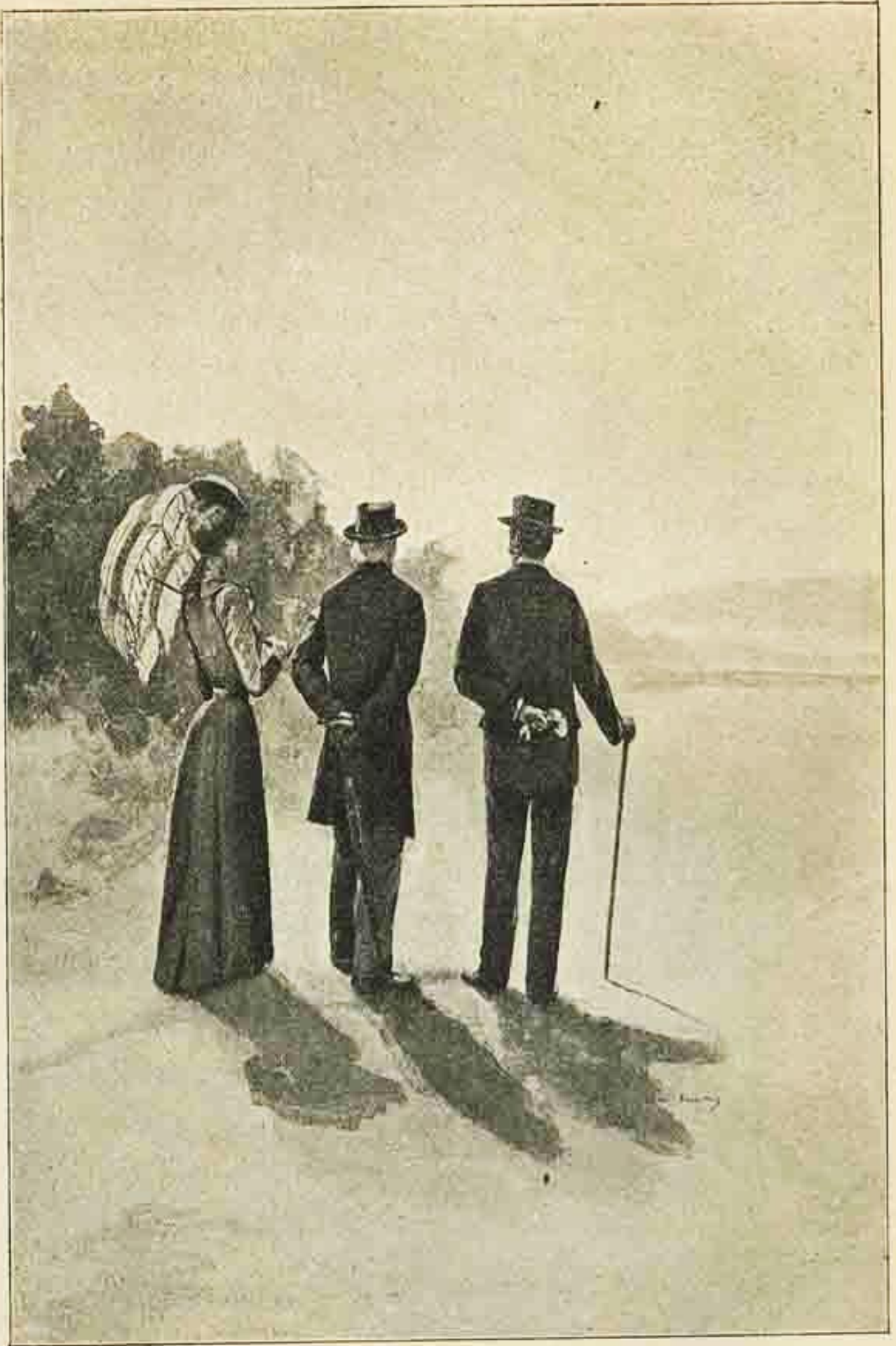
—Papá, aún tenemos un tren á las siete cincuenta —dijo Juana.

—Pues bien, hija mía: ¿quieres que probemos de nuevo la suerte y que volvamos al asalto de esa picara Annia Faustina?

—Como tú quieras, papá.

Y henos á los tres fuera de la posada, siguiendo el camino descendente. No puedo creer en lo que ven mis ojos. Aquel anciano de rasgos finos que va á mi izquierda apoyado en su bastón de junco, es el señor Charnot. El hombre que me recibió tan mal al siguiente día de la mancha de tinta, se confía á mí para ser presentado á un magnate italiano: yo, pasante de abogado, le guío con toda seguridad, y ambos, animados por diversas esperanzas, él soñando con las medallas, y yo con no sé qué horizontes rápidamente descubiertos, hablamos en un tono de sencillez y de abandono completamente nuevo. Y aquella viva parisiense á quien adivino más bien que veo, á la que no me atrevo á mirar y que al otro lado de su padre sigue el camino con pie ligero, con la mirada en las profundidades del espacio, atenta con aires de distraída, rozando con su sombrilla del Louvre los ojiacantos de la campiña de Desio, es Juana, la del mercado de las flores, la dibujada por Lamprón en la selva de San Germán. ¿Es esto creíble?

Sí, lo es, porque ya hemos llegado á la verja de la *villa* Dannegianti que no dista de la posada más de un kilómetro.



Llamo. El corpulento conserje italiano se prepara á despedirme con el mismo empaque y las mismas palabras con que ha despedido á tantos otros. Pero le explico, en el mejor toscano que puedo, que no pertenezco á la especie común; que no soy turista solicitante, y le declaro que incurriré en la más terrible de las responsabilidades si no entrega en el instante mismo mi tarjeta y mi carta (la tarjeta escrita de Lamprón bajo sobre) á la condesa Dannegianti. Su mirada estúpida no me deja conocer si le he producido impresión, ni siquiera si me ha comprendido. Gira sobre sus talones, con las llaves en una mano y la tarjeta en la otra, y se aleja por la alameda umbría, balanceando sus anchas espaldas, cuya chupa, demasiado llena, sin duda, por delante, le resulta corta.

La umbría de que me ha hablado Lamprón no ha disminuido en rededor de aquella morada. El parque es fresco y está verde. Al final de la avenida de plátanos, entre los cuales se elevan, recortados en forma de cono, ojiacantos seculares, distinguimos, dominando apenas enormes macizos, la mole cuadrada de la villa. Sobre ella, algunos pinos quitasoles marcan sobre el celaje del fondo la clara silueta de sus coronas y de sus troncos desguarnecidos.

El conserje reaparece solemne e impasible. Abre la verja sin decir palabra. Todos entramos: el señor Charnot algo contrariado por hacerlo fraudulentamente, cosa que adivino en el súbito erguimiento de su cabeza. Juana está contenta: baja un pliegue de su falda que el viento había levantado, arregla otro, compone su talle, asegura una horquilla en los cabellos que se han desordenado en sus rubias trenzas, todo con pequeños, hábiles y graciosos movimientos, como pájaro que sacude sus plumas.

Llegamos á la escalinata. Queda convenido que el señor Charnot y su hija esperarán en las avenidas inmediatas el permiso que yo voy á pedir para que visiten el museo.

Entro precedido de un criado. Atravesamos un vestíbulo inmenso con pavimento de mosaico salpicado de columnas de mármoles raros, con frescos bastante ordinarios en los muros, pero grandemente ordenados. En el fondo se abre la cámara de la condesa. El contraste es completo: es pequeña, toda ella artesonada en madera y guarnecida de objetos piadosos; se parece á una capilla.

Al acercarme, una anciana se levanta á medias del sillón en que está y que muy bien pudiera servirle de casa según son él de grande y ella de pequeña. No veo en el primer instante más que dos ojos vivos e inquietos. Me mira en la actitud de un litigante que espera el fallo de su pleito. Empiezo por enterarla de la muerte de la señora Lamprón. Su única respuesta es un movimiento de atención. Adivina que hay algo más y espera con el corazón puesto en guardia. Continuo y le anuncio el envío del retrato de su hija. Entonces, todo lo olvida; su edad, su rango, la especie de triste dignidad en que se encerraba momentos antes; surge en ella por completo la madre; viva claridad se ha proyectado sobre el pesar incurable que roe su existencia: corre

hacia mí, me tiende los brazos, y siento en mi hombro la presión de su gastado cuerpo que solloza. Me da las gracias con multitud de palabras que no discierno. Después retrocede bruscamente para mirarme, para leer en mis ojos algo que responda á su emoción, y los suyos, enrojecidos, dilatados por la fiebre, me interrogan aún más que sus labios.

—¡Qué bueno es usted, caballero, y él qué generoso! ¿Abatido como nosotros? ¿Ha soportado el dolor que hirió aquí su juventud?... Los hombres, felizmente, olvidan antes... No tenía esperanza alguna de poseer ese retrato, caballero. Las flores que le enviaba todos los años, querían decirle: «Devuélvenos lo que de ella queda, lo que de Rafaela resta aún en el mundo». Esto era, quizá, cruel y muchas veces me lo reprendía yo misma. Pero yo era su madre, ¿comprende usted?, ¿madre de aquella hija única! ¡Y ese retrato es tan hermoso, tan padecido!... ¡Oh!... ¿Dice usted que no lo han corregido ni retocado? ¿Qué el tiempo no ha alterado aquellos colores tan suaves y tan verdaderos? Él me dará el triste consuelo que he deseado: el de verla á cada instante, el de tener ante mis ojos al objeto de mis lágrimas, el de contemplar aquella cara bendita que nadie supo pintar más que él que la amaba...; porque, caballero, es muy horroroso pensar que la imagen de las personas más queridas se borre y se deforme hasta en el corazón de las madres, y hay momentos en que dudo de si mi vieja memoria es aún fiel y sigue evocándome bien toda su gracia, todo su encanto, tan claramente como otras veces, como cuando la llaga de mi alma era reciente y cuando mis miradas estaban aún llenas de las suyas... ¡Oh! Volverla á ver, volverla á encontrar... ¡Caballero, caballero!

Se separa de mí con la misma viveza con que se me había acercado, y va á abrir, hacia la izquierda, una puerta que comunica con el departamento contiguo.

El reflejo de rojas colgaduras da en el estrado.

—¡Cristóbal —exclama—, Cristóbal! Ven á ver á un francés que nos trae una gran noticia: ¡el retrato de nuestra Rafaela, Cristóbal!, ¡por fin nos envían ese retrato tan deseado!

El ruido de un sillón, el eco de un paso grave. Cristóbal aparece con los cabellos enteramente blancos, con el bigote enteramente negro, con su alto cuerpo encerrado en una levita á lo Guizot: hermoso resto petrificado, momificado, de un hombre muy hermoso. Se adelanta hasta mí, me coge ambas manos y me las estrecha con efusión ceremoniosa. Ninguna huella de emoción en su semblante: tiene los ojos secos y no encuentra una palabra que decir. ¿Comprende? Lo ignoro. Aquello no es para él más que una presentación. Al verlo, recordé la frase de su esposa: «Los hombres se consuelan antes». Ella lo mira; quisiera darle su sangre: él carece de ella.

—Cristóbal, grande será tu alegría, lo sé, y te unirás á mi para darle las gracias al generoso señor Lamprón. Dígale usted, caballero, cuánta es la gratitud del conde y la mía, así como la parte que tomamos en su reciente duelo. Además, nosotros le

escribiremos... ¿Es rico el señor Lamprón?

—He omitido decir á usted, señora, que mi amigo no aceptará otra cosa que no sea la gratitud de ustedes.

—¡Oh! ¡Noble corazón! ¿No es verdad, Cristóbal, que es muy noble?

Por toda respuesta, el noble señor me cogió las manos y me las estrechó.

Me aproveché de aquella oportunidad para hacerle mi petición en favor del señor Charnot. Él me escuchó gravemente.

—Voy á dar las órdenes oportunas: pueden ustedes visitarlo todo, absolutamente todo.

Y, juzgando terminada la audiencia, me saludó y se volvió á su departamento.

Busqué con la vista á la condesa. Había vuelto á sentarse en su gran sillón y lloraba á mares...

Diez minutos después, el señor Charnot y Juana entraban conmigo en el museo tan celosamente guardado de la *villa*, en el museo en que á nadie se permitía la entrada.

Y en verdad que le conviene el nombre de museo á aquel conjunto de riquezas artísticas que ocupa toda la planta baja á la derecha del vestíbulo. Dos salas paralelas están llenas de cuadros, de grabados, de medallas; las enlaza una tercera sala perpendicular á aquéllas, que sirve de galería de escultura.

Apenas fue abierta la puerta, buscó el señor Charnot las famosas vitrinas. Están en el centro de la sala principal, en dos líneas. Charnot estaba muy conmovido. Creí que se iba á precipitar sobre ellas, atraído á su modo por el *auri sacra fames*, por el fuego fatuo de aquellas piezas antiguas, de las que conocía el nombre, la familia, el anverso y el reverso. Pero conocía yo mal á los sabios.

Sacó el pañuelo, sus anteojos, limpió los cristales, y, mientras duró esta operación, dirigió una rápida ojeada, acompañada de una mueca característica, á las obras que pendían de las paredes. Nada cautiva á aquel corazón tan violentamente aficionado á la numismática. Y cuando demostró e hizo constar voluptuosamente los débiles atractivos que, en comparación, pueden ofrecer un Ticiano o un Veronés, entonces, y sólo entonces, fue cuando se dirigió el señor Charnot, á pasos cortos, á la primera vitrina, y se inclinó ante ella devotamente.

¡Y, sin embargo, aquélla galería de pintura era muy bella! Pocos cuadros, pero todos de buenos maestros: la mayor parte italianos, algunos holandeses, flamencos o alemanes. Empecé á pasarles revista metódicamente, feliz por la ausencia de catálogo y por la rareza de las inscripciones colocadas sobre los cuadros. Duplica el placer ser uno mismo el que, sin guía, sienta por entero, en su frescura prístina, la impresión de una obra de arte; quien admire, sin haberlo oído á nadie, lo que sea digno de ello; quien induzca, quien compare, quien extraiga de un cuadro su significación, su escuela, su autor, á menos que él mismo nos grite con toda la luz que refleja su

lienzo: «¡Yo soy Hobbema, Peruggio o Giotto!».

Algo me distraía, no obstante lo expuesto: la voz del viejo numismático que, encorvado sobre las vitrinas, hacía partícipe á su hija de sus alegrías de sabio.

—Juana, mira esto, cabeza diademada de Cleopatra en el reverso de Marco Antonio: perfectamente bella, ¿no es verdad? Mira, una moneda itálica, *Iguvium Umbrice*, que mi colega Pousselot ha estado buscando treinta años... ¡Oh!, ¡oh!, hija mía, esto sí que es serio. *Annio Vero* en el reverso de Cómodo, los dos niños, un bronce raro, por ejemplo, que... Juana, es preciso que fijes bien en tu memoria este medallón de oro, inestimable: cabeza laureada de Augusto en el reverso de Diana, que va... Eso debe interesarte, di; ¿Diana la bella cazadora? ¿No es verdad que esta colección es deliciosa? Espera un poco; vamos á descubrir la Annia Faustina.

Juana, complaciente, sonreía con dulzura á Cleopatra, á la moneda umbriana de Augusto y á la bella cazadora.

Poco á poco el entusiasmo de su padre se fue dispersando por la vasta extensión de aquellos tesoros. El señor Charnot sacó su libro de memorias y anotó. Juana dirigió la vista á la pared, una vez, dos veces, esperó un poco, y al observar que su padre no volvía á llamarla, se deslizó hasta el primer cuadro, por el cual había yo empezado.

Ella pasaba con rapidez de uno á otro y es evidente que no tenía más que atracciones de niño en materia de pintura. Como yo iba ganando terreno en sentido contrario, aunque con lentitud, debíamos encontrarnos. Nada hice por evitarlo y pronto nos reunimos ambos ante el mismo retrato de Holbein el joven. La entrada en materia estaba indicada naturalmente.

—Señorita —la dije—, ¿le gusta á usted este Holbein?

—No podrá usted menos de conocer que ese viejo señor es muy feo.

—Sí, pero la pintura es muy hermosa. Vea usted qué firme es el dibujo de esa cabeza; qué limpio y qué sólido el color después de más de cuatrocientos años, y cómo se siente que es verdad, que era tal como ahí se ve. Es, con toda evidencia, un señor de la corte de Enrique VIII, protestante, bienquisto del rey, astuto, poco letrado y que suspira, desde el fondo de su corazón, por la buena suerte de sus compañeros de juventud que viven en sus condados y que pueden cazar y beber á su gusto. Es, verdaderamente, un estudio moral de hombre. Vea usted á su lado ese Rubens: una masa de carne apenas animada por un espíritu; una exuberancia de materia, una escuela pródiga de color y negligente de expresión; espiritualismo de un lado, materialismo de otro, inconsciente quizá, pero cierto. Siga usted mirando y compare con estas dos figuras un pequeño dibujo, un Perugino sin duda alguna, el esbozo de un ángel para alguna Anunciación: en esas líneas puras, en esa atmósfera ideal en que el pintor vive y de que envuelve sus obras, se adivina una escuela de poetas y de teólogos místicos, almas videntes bastante hermosas para embellecer la naturaleza y

para elevarse más allá de ella.

Estaba contento de mi pequeño discurso. Juana lo estaba también. Lo conocí perfectamente en su semblante admirado, en la mirada que dirigió hacia donde seguía su padre tomando notas, para saber si podía seguir ella tomando su primera lección de pintura.

Él tuvo para ella una sonrisa cariñosa que quería decir: «Me divierto; gracias, hija mía: *va piano, va sano*».

Lo cual equivalía á un permiso. Continuamos nuestra visita saludando al paso á Tintoreto y á Ticiano, al Veronés y á Andrés Solari, al viejo Cimabue y á algunos primitivos pintores de Vírgenes en pie sobre fondos de oro.

Ya no se aburría Juana.

—¿Y éste —preguntaba— es un veneciano, o un lombardo o un florentino?

Pronto concluimos de dar la vuelta á la primera sala y entramos en la del fondo, reservada á la escultura. Los dioses y las diosas de mármol, los bellos fragmentos de frisos o de cornisas provenientes de las excavaciones de Roma, de Pompeya o de Grecia no conmovieron sino medianamente á la señorita Charnot. Una sola mirada á cada estatua, y á veces ni aun eso. Pronto nos encontramos al extremo de la galería cerca de la puerta que da acceso á la segunda sala de pintura.

De repente hizo Juana un movimiento de sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Por debajo de la alta y ancha ventana tras de la cual se balanceaban las ramas de los árboles, veíase colocado en el suelo un tablero de madera con una inscripción. Las letras eran negras sobre fondo blanco y dispuestas las palabras con ese arte sabio, con ese gusto de estilo lapidario que los italianos cultivan aún.

Separé los pliegues de una cortina y leí:

*A te
Rafaella Dannegianti
che nata de venti anni
et poco più avesti esperienza piena
delle illusioni e dei dolori di questo mondo
e il giorno 6 gennaio
come angelo che anela al suo cielo
serena e contenta te ne volaste d Dio
il clero di Desio
gl'impiegati e gli artisti
della E cerna casa Dannegianti
queste solenni esequie*

—Señorita: es una de esas inscripciones fúnebres que se suspenden en las puertas de las iglesias el día de la inhumación o del oficio de difuntos en esta parte de Italia:

A tí
Rafaella Dannegianti
que á la edad de veinte años
habías adquirido plena experiencia
de las ilusiones y de los dolores de este mundo
y el día 6 de enero
como un ángel suspirando hacia el cielo
serena y contenta volaste hacia Dios
dedican el clero de Desio
los servidores y los artistas
de la excelentísima casa Dannegianti
estas solemnes exequias

—Hija única, muy hermosa y de una gracia perfecta.

—¡Hermosas, perfectas!... ¿No lo son siempre las hijas únicas luego que han muerto? —dijo Juana con amarga sonrisa—. Todas tienen su leyenda, su culto, y un retrato, generalmente, adulador. Me admiro de no ver aquí el de Rafaela, á quien me imagino como una gran dama de anchas cejas bien arqueadas, de ojos negros...

—Verde-oscuros.

—Verdes, si á usted le place; con una nariz bastante roma, con labios de cereza, con cabellera rubia...

—Castaño-oscuro resultaría más exacta.

—¿La ha visto usted, pues? ¿Existe?

—Sí, señorita: no le falta nada de cuanto usted se imagina, ni aun esa expresión de juventud dichosa que se convierte en mentira, seco apenas el aceite con que la han pintado; así es que, delante de esa reliquia que me la recuerda, me siento penosamente conmovido, se lo confieso á usted.

Juana se fijó en mí con admiración.

—¿En dónde? ¿No será aquí?

—En París, en casa de mi amigo Lamprón.

—¡Ah! —exclamó ruborizándose ligeramente.

—Sí, señorita: es, á la vez, una obra maestra y un recuerdo doloroso. La historia es muy sencilla, y tengo la seguridad de que mi amigo me permitiría contársela á usted, sólo á usted, ante esos restos del pasado. Lamprón, muy joven y viajando por

Italia, amó á esa joven, cuyo retrato hacía. La amó, sin confesárselo á sí mismo quizá y, en todo caso, sin confesárselo á ella. Es la manera de amar de los humildes, de los tímidos, casi siempre desconocida, aunque no permanezca incógnita. Mi amigo se había jugado la felicidad de su existencia sin calcular, sin desconfiar de nada, y perdió. Un día Rafaela fue llevada á otros países por sus padres, que temblaron al pensar en una alianza con un pintor, siquiera este fuera de genio.

—¿Y ella ha muerto?

—Al año. Mi amigo no se ha consolado jamás, y en tanto que yo hablo con usted aquí, él piensa y llora allá con motivo de esas líneas que usted acaba de leer sin sospechar toda la amargura que entrañan.

—Puesto que ha conocido el abandono —dijo—, lo compadezco de todo corazón.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Repitió aquellas palabras, ahora claras y bien comprensibles: *A te, Raffaella*. Luego se dejó caer de rodillas suavemente ante la fúnebre inscripción. Vi cómo se inclinaba su cabeza... Oró.



Era conmovedor ver á aquella joven, llevada por la casualidad ante aquel pobre testimonio de un duelo ya antiguo, presa de íntima emoción causada por el relato de aquellos amores tristes, embargada de tierna piedad hacia Rafaela, de la que se sentía hermana por la juventud, la belleza y el destino quizá, y encontrando en su alma la virginal inspiración de arrodillarse allí, sin ceremonia y sin palabras afectadas, como sobre una tumba amiga. Los últimos resplandores del día, penetrando por la ventana, bañaron de luz su inclinada frente.

Yo me había retirado algunos pasos con cierta timidez.

Apareció el señor Charnot.

Llegó junto á su hija, y la tocó en un hombro.

—¿Qué haces ahí? —le dijo.

Aseguró sus gafas y leyó la inscripción italiana.

—Ya es tener demasiada conciencia —dijo— eso de arrodillarse para descifrar lo que tal pieza significa. Bien comprendes que eso es un tablero moderno sin valor alguno... Caballero —añadió dirigiéndose á mí—, no sé cuáles serán sus proyectos; pero si usted no trata de pernoctar en Desio, salgamos, porque se acerca la noche.

Salimos.

Aún había fuera claridad, pero esa claridad que el sol, ya puesto, esparce por las alturas del cielo y se proyecta sin rayos en la tierra, dejando á esta como envuelta en difuso polvo de luz, en una sombra transparente.

Charnot consultó su reloj.

—Las ocho y siete minutos. ¿A qué hora sale de aquí el último tren, Juana?

—A las siete y cincuenta.

—¡Por vida dé!... Estamos bloqueados en Desio. Sólo el pensar que hemos de pasar la noche en esa posada me hace estremecer. No veo la manera de salir de aquí, á no ser que el señor Mouillard consiga del conde Dannegianti un coche de gala para que nos lleve á Milán. No hay ni un solo coche en este maldito pueblo.

—Está el mío, caballero, que, por fortuna, es de cuatro asientos, y que pongo á la disposición de ustedes.

—Acepto á fe mía. El viaje, á la luz de la luna, será poético.

Se aproximó á Juana y la dijo á media voz:

—Con tal de que te abrigues bien. ¿Has traído un chal, un boa, en fin, algo que pueda preservarte del fresco de la noche?

Juana movió cariñosamente la cabeza.

—Tranquilízate papá: todo está previsto.

A las ocho y media abandonamos á Desio los tres juntos, y en mi interior bendecía al dueño del *albergo dell'Agnello*, que me había animado para que hiciese aquella excursión en coche.

—Esto es muy pintoresco.

—Así creo.

El señor Charnot y Juana ocuparon el fondo del landó descubierto: yo me senté enfrente de aquél, que estaba de excelente humor á causa de las muchas medallas que había visto. Bien arrellanado en los cojines, animado, locuaz, sin preocuparse de los accidentes del camino, se dedicó á referirme su viaje á Grecia cuando, encargado de una misión científica por el ministerio de Instrucción pública, había tomado el camino de Hélade, deslumbrado de antemano por las visiones de Homero. Hablaba bien, con detalles concisos, mezclando los recuerdos del erudito á las impresiones del artista. Fachada del Parthenón; adelfas del Hissus, de aquel río «humilde cuando llueve»; pelada cima del Parnaso; verdes pendientes del Helicón; azulado golfo de Argos; grandes pinares á orillas del Alfeo en donde los antiguos rendían culto «a la muerte serena»: todos vosotros desfilasteis por sus sapientes labios.

Confieso con rubor que no lo escuché todo, y que, siguiendo una costumbre que me es muy cara, conservé algo de libertad para mi pensamiento y le dejé á él la absoluta libertad de su palabra. Él, sin embargo, fue discreto, y se detuvo en las fronteras de Tesalia. Se produjo el silencio. Dejé que éste se prolongara. Pronto el balanceo del carruaje agotó el manantial de los recuerdos, y el señor Charnot acabó por dormirse.

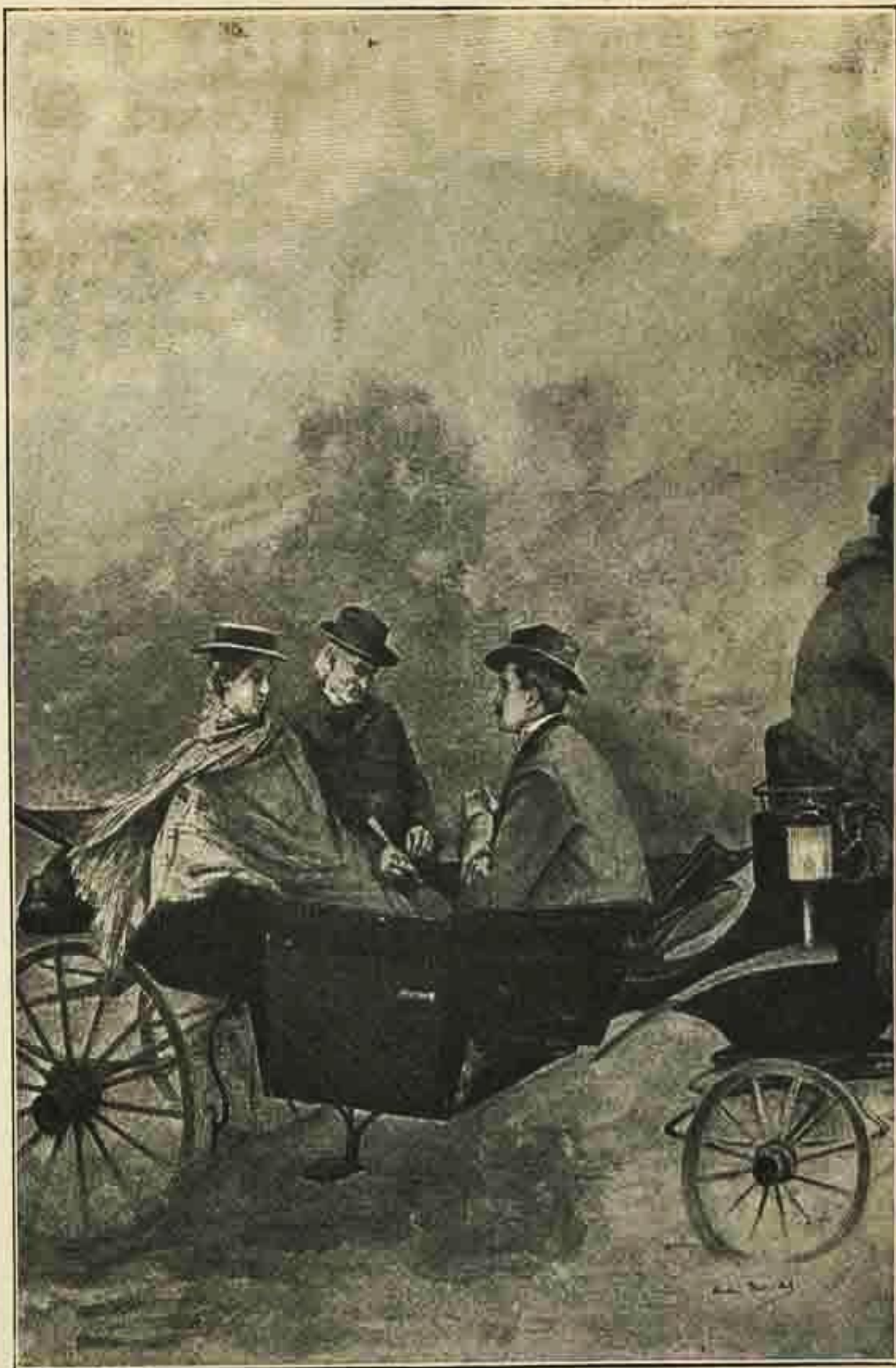
Desfilábamos á buen paso por la blanca carretera sin sacudimiento alguno. Nos envolvía una atmósfera tibia y embalsamada por las emanaciones de los trigos en sazón, de la alfalfa y de otros vegetales, que se desprendía del caldeado suelo y de los campos vecinos que habían absorbido tanto sol, pero que ya atravesaban, de vez en cuando, ráfagas frescas venidas de la montaña. Sólo distinguíamos en el campo extensas planicies, más oscuras en la parte de los prados, más claras en la de los rastrojos, que se confundían á poca distancia en un mismo horizonte sin color y sin relieve. Pero, á medida que las sombras se acentuaban sobre la tierra, las estrellas se multiplicaban en el cielo. Nunca he visto tantas ni tan claras. Juana, apoyada en el respaldo del asiento y con la cabeza algo echada hacia atrás, contemplaba aquella región inmensa de todos nuestros sueños y de todas nuestras plegarias, que proyectaba en su frente una claridad infinitamente dulce. ¿Estaba fatigada, triste o distraída? No lo sé; pero fulguraba en su rostro y en su actitud una poesía tan singular, que en ella me pareció ver resumida, condensada, toda la belleza de la noche.

No me atrevía á hablarle. Me contrariaban el sueño de su padre, la ausencia de testigos. Además, me pareció verla tan indiferente, tan sumergida en su sueño también, que esperaba ocasión oportuna, algo así como un permiso, para sacarla de él.

A la postre, ella fue la que rompió el silencio.

Poco después de haber pasado por Monza, se arregló el chal que el viento hacía

flotar, y se inclinó hacia mí.



—Caballero, tenga usted la bondad de dispensar á mi padre: está muy fatigado: se levantó á las cinco de la mañana.

—Y luego, señorita, lo caluroso del día, lo numerosas que han sido las medallas que ha examinado. Es muy permitido dormir en la noche de un día de batalla.

—¡Pobre padre mío! Le ha proporcionado usted hoy un verdadero día de júbilo, de que le estará reconocido siempre.

—Deseo, señorita, que ese recuerdo borre otro, el de la mancha de tinta, que es un remordimiento para mí.

—Un remordimiento me parece mucho: eso es exagerar las cosas.

—No, señorita, he dicho un remordimiento, y he dicho bien, porque disgusté á un hombre al que por todos títulos debo respeto. No me he atrevido, sin embargo, á volverle á hablar de ello; pero si usted tiene la bondad de transmitirle mi sentimiento y mi disgusto, me descargará de un peso enorme.

—Lo haré así, con mucha satisfacción.

Reinó un momento de silencio.

—Esa Rafaela de quien me ha hablado usted, ¿merecía que su amigo de usted haya sufrido y sufra tanto por ella?

—Creo que sí.

—En verdad que es una historia conmovedora. ¿Quiere usted mucho á su amigo Lamprón?

—Con toda mi alma, señorita: es un amigo abnegado y franco; un alma de creyente, de artista. Si lo conociera usted, estoy seguro de que le otorgaría en el acto su estimación.

—Le conozco, al menos por sus obras. Y, á propósito, caballero: ¿qué ha sido de mi retrato?

—Está en casa de Lamprón, en las habitaciones que ocupaba su madre, en donde el señor Charnot puede ir á verlo.

—Mi padre no sabe nada —dijo echando una rápida mirada al viejo académico dormido.

—¿No lo ha visto?

—No: se hubiese alterado sin necesidad... De modo que el señor Lamprón ha guardado el dibujo: yo lo creía ya extraviado, vendido...

—¡Vendido! No creo que lo haya usted pensado.

—¿Por qué no? Todo artista tiene el derecho de vender sus obras.

—¡Ésa no!

—Lo mismo que otra cualquiera.

—¡Oh! No: es incapaz de ello. No lo venderá, como no ha vendido tampoco el retrato de Rafaela Dannegianti... Son dos reliquias semejantes, señorita, dos recuerdos queridísimos.

La señorita Charnot se volvió, sin responder, hacia el campo que íbamos dejando detrás envuelto en sombras.

Distinguí con vaguedad el perfil de su rostro y el movimiento precipitado de sus párpados.

El silencio que guardaba me dio ánimo, y continué diciendo:

—Sí, dos reliquias semejantes, y sin embargo, en ciertas horas de loco desvarío..., hoy sobre todo, allí, en el museo, cerca de usted, se me ha ocurrido pensar que mi amigo era más desgraciado que yo, porque su sueño concluyó para siempre..., en tanto que el mío pudiera surgir de nuevo..., si usted quisiera.

Juana se volvió con rapidez, y pude ver, no obstante las sombras de la noche, que sus ojos estaban fijos en los míos.

¿Me ha engañado la sombra acerca del sentido de su respuesta muda? ¿He sido juguete de una nueva ilusión? Me pareció que Juana estaba triste; que tal vez pensaba en los juramentos hechos á otro, tan rápidamente olvidados, y que no me quería.

Aquello duró un instante. En seguida dijo levantando la voz:

—¿No le parece á usted que el viento sopla con demasiada fuerza esta noche?

Un suspiro prolongado salió del fondo del carruaje. Era el señor Charnot que se despertaba.

Quiso demostrarnos que no había dormido, sino meditado profundamente á lo largo del camino.

—En efecto, hija mía —dijo—, una noche deliciosa... Decididamente, estas noches italianas no han usurpado la reputación que tienen.

Diez minutos más tarde se detenía el coche, y el señor Charnot me estrechaba las manos ante la puerta de su hotel.

—Hasta que nos volvamos á ver, joven, y gracias por este viajecito que ha sido excelente, muy bueno en verdad. Nosotros salimos mañana para Florencia. ¿Se le ocurre á usted algo para dicha población?

—Nada absolutamente.

La señorita Charnot se inclinó un poco. La vi subir los primeros peldaños de la escalera con una mano puesta en forma de pantalla sobre los ojos deslumbrados por la luz de los mecheros de gas, y sujetándose con la otra los chales que, desprendidos de su talle, caían en ondas por su falda.

Milán, 27 de junio, antes de amanecer

Me ha preguntado: «¿Se le ocurre á usted algo para Florencia?». ¡Oh, sí, algo se me ocurre! Pero lo que se me ocurre no lo haría él, que es decirle á su bella hija que

ocupa todos mis pensamientos; que he pasado la noche renovando el viaje hecho ayer, lo mismo por los caminos de Desio que por las galerías de la *villa* y por la carretera de Milán. El señor Charnot no estaba con nosotros o dormía. Pero yo estaba elocuente; afluían á mis labios frases hermosísimas que no acudieron á ellos cuando hacía falta... ¡Si la pudiese ver de nuevo ahora, que tan bien he meditado, pensado y combinado todas las cosas!... De sentir es, verdaderamente, que éstas no ocurran dos veces, por lo menos en ciertas páginas de nuestra vida... ¡Cuánto no haría yo resaltar las de anoche!

¿Qué piensa ella de mí? En el fondo de sus ojos, cuando se fijaban en los míos, creí sorprender preguntas, algo de sorpresa, hasta un poco de turbación. Pero... ¿y la respuesta?... Va á llevarse consigo á Florencia esa contestación de que dependerá mi vida... Dentro de poco saldrán en el expreso de la mañana. ¿Y si yo lo tomara también? Florencia, Roma, Nápoles... ¿Por qué no? Italia es de todo el mundo, de los enamorados sobre todo. Colgaré por segunda vez mis hábitos de legista. Haré que me envíen dinero. Si es preciso que me oculte, la miraré desde lejos, escondido entre la multitud. En caso necesario, me disfrazaré. Seré guía en Pompeya, *lazzarone* en las calles de Nápoles. Hallará un soneto en cada ramo de flores que una chicuela romana le entregue al transponer las puertas de su hotel. Por lo menos, gozaré de su sonrisa, del eco de su voz, del dorado reflejo de sus cabellos flotando sobre sus sienes, y de la dicha de saber que la tengo cerca, cuando no la vea...

Pero no, no tomaré el camino de Florencia. Como ya desconfío de mi primera impresión, de mi primer impulso, de mi imaginación que va escapada dejando á la razón detrás, pero muy detrás, echo con frecuencia mano de un medio, de un recurso salvador. Me pregunto: ¿Qué es lo que en este caso me aconsejaría Lamprón? Lo he hecho, y he vuelto á ver su bondadosa y triste fisonomía, y he oído que me contestaba: «¡Vente, chiquillo!».

París, 2 de julio

Cuando se llega de noche, y desde el tren, que marcha á toda velocidad, se ve, por las bocacalles que van quedando detrás, á París envuelto en un vapor rojo, esmaltado por las luces de los mecheros de gas y por líneas de chispas que se cruzan en todos sentidos, el espectáculo resulta extraño, casi hermoso. Parece como que da fin una fiesta gigantesca; que aquello son cordones de vasos de colores que relumbran así durante la noche; que por debajo de ellos pasa aturdida y ruidosa la multitud levantando aquella inmensa polvareda, y que un resto de fuegos de Bengala tiñe de púrpura la decoración.

Y tal ilusión no lo es sino á medias, porque la gran ciudad está de fiesta, sí, de fiesta... todas las noches. Hasta la una de la madrugada todo vive en ella, todo relumbra, todo resuena.

Pero tiene el alba triste.

Esa hora delicada que imprime á los campos tanta alegría es horrorosa en París. Baja uno helado del vagón entre los empleados, que tienen enrojecidos los ojos por el insomnio. Los empleados de puertas y consumos, medio entumidos, graban en la maleta un signo cabalístico. Sale uno. Fuera, alguno que otro coche, cuyos aurigas duermen con la cabeza metida en el tapabocas, y cuyos faroles temblequean entre la bruma.

—Cochero: ¿se alquila?

—Según y conforme: ¿adónde va usted?

—A la calle de Rennes, número 91.

—Suba usted.



¡Oh! Estas calles desiertas que se prolongan indefinidamente; este silencio lúgubre; estos establecimientos cerrados á derecha e izquierda; estos squares, en donde no se descubre más que algún chucho o algún albañalero; estos anuncios de teatro desgarrados que penden de los quioscos; estos retazos de papel que el viento arrastra y hace flotar sobre el asfalto con el polvo de la víspera; estos ramos ajados, caídos de las ventanas; esta calle de Rívoli entregada á la compañía Richer; el Sena cabrilleando á lo largo de las embarcaciones inertes; estos guardias de la paz envueltos en sus capotones, cuyos pasos parecen un eco; los saltos de agua sin agua; las fuentes agotadas, y por todas partes el aire frío impregnado de olores infectos..., ¡qué viaje, y qué mal despertar!

Ése es el viaje que yo he hecho desde la estación de Lyon hasta mi casa. Una vez puesto el pie en mis dominios, ha ido desvaneciéndose poco á poco tan penosa impresión. Los recuerdos que viven en las cosas hacen menor mi soledad. Interrogo á aquellos testigos mudos, á mi sillón, á mi mesa, á mis libros: ¿Qué ha pasado aquí en ausencia mía? Nada grave, sin duda. Los muebles tienen una ligera capa blanca, lo cual demuestra que nadie los ha tocado, ni aun la señora Menín. ¡Está bien! ¡Se porta la señora Menín! ¡Buena le espera cuando la vea!... ¡Calla! Ya está trabajando el vecino de enfrente. Es un geógrafo, un grabador para la casa editorial inmediata. Nunca he podido despertarme tan temprano como él... El sauce ha crecido mucho este verano... ¿Si yo abriese la ventana?... Buenos días, alhelí; buenos días, vieja tapia de los Carmelitas; téngalos usted muy buenos, vetusta y negra torre... ¡Oh, los vencejos! ¿Qué hora es, pues? Helos ahí que se lanzan gritando y juntos en el espacio todos esos hambrientos piratas; helos ahí que vuelven, rasando los muros, rápidos como balas, á impulso de sus alas puntiagudas: han visto el sol: ¡es de día!

Y en efecto, rueda una carreta; pasa una vendedora.

—¡Pamplina para los pájaros!



¡Y pensar que hay personas que bajan á esta hora para comprarles pamplina á sus canarios! Veamos si ha venido alguien á preguntar por mí durante mi ausencia: sus tarjetas deben estar sobre mi mesa. Aquí veo dos: «Lorinet, antiguo notario, consejero municipal de Bourbonnoux-les-Bourges, suplente del juzgado de paz». «La señora Lorinet, nacida Poupard».

Me extraña no encontrar una tercera que diga: «Berta Lorinet, sin profesión, aspirante á cambiar de nombre». Berta es de difícil colocación. No se habrá atrevido á dejar su tarjeta en casa de un soltero: no hubiera estado en el orden. Pero es indudable que ha venido. Preveo una astucia de mi tío; uno de esos calabrotos que él toma por invisibles hilos de araña, con

los que fabrica sus lazos. Los Lorinet han venido á mi casa con el objeto de traerme noticias «de mi buen tío,» y de hacer, discretamente, que mi corazón olvidadizo se impresione con los encantos de la zancuda Berta.

—Buenos días, señor Mouillard.

—¡Calla! ¡Mi portera! ¡Buenos días, señora Menín!

—Veo que ya está usted de vuelta y que viene usted muy tostado por el sol, sí, señor, muy tostado. Pero ¿está usted bien de salud?

—Muy bien, gracias. ¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

—Diré á usted: ha venido el fontanero porque la espita del filtro se me quedó en la mano. Pero no crea usted que fue por culpa mía, no, señor. Había llovido por la mañana; había llovido desgraciadamente. Entonces...

—Bueno, bueno: hay que pagar una espita. No hablemos más de ello. Pero ¿ha venido alguien preguntando por mí?

—Espere usted... Sí, sí; un señor robusto, algo coloradote, y su señora, gruesa, alegre, con la voz atiplada; hermosa mujer, es decir, de mi género, y después su hija, una persona... ¿La conoce usted, señor Mouillard?

—Sí, señora Menín. No siga usted describiendo. Usted les habrá dicho que yo no estaba y ellos le habrán contestado que lo sentían mucho.

—La señora, especialmente. No hacía más que soplar. «¡Este buen señor Mouillard! —decía—. En verdad que tenemos desgracia, señora Menín: llegamos nosotros á París, y es preciso que él se encuentre en Italia. ¡Hubiéramos tenido tanto gusto en verlo Robinet y yo!».

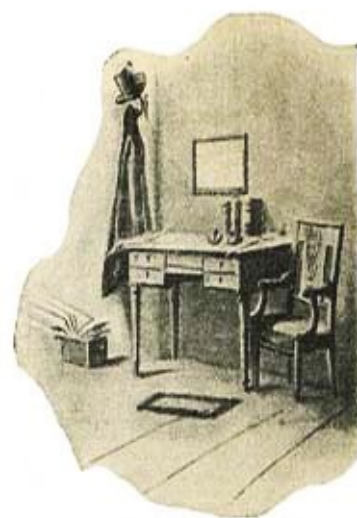
—Lorinet.

—Sí, es verdad, Lorinet: la tarjeta está ahí... «Dirá usted que es un capricho, señora Menín; pero tengo un deseo loco de ver su habitación. Una habitación de estudiante debe ser cosa muy curiosa. Quédate aquí, Berta, hija mía. - No tiene ninguna cosa de particular —la dije—, y la señorita puede verla sin temor alguno». Entonces, señorito, los traje aquí y les enseñé el departamento.

—Supongo que no sería larga la visita.

—Lo fue bastante. Examinaron mucho el álbum de retratos. Supongo que no conocían los álbums. La señora Lorinet no lo dejaba de la mano. «Nada más que hombres, decía, ¿lo ves, Julio? —¡Mire usted qué demonio!, le repuse yo. Así es, tal como usted dice, salvo que yo estoy ahí; pero como si no estuviera. Aquí no vienen más que hombres. Además, yo hago todos los encargos..., y ¡qué diantre!... no se trata más que con amigos, y para eso, como hay Dios que tiene pocos...».

—Está bien, señora Menín, está bien. Me consta que siempre ha tenido usted





formada buena opinión de mí. ¿No ha venido Lamprón?

—Sí, señor: anteaayer. Se marchaba á provincias por quince días o por tres semanas para hacer el retrato de un cura, de un obispo, según creo.

15 de julio

«Mediodía, rey de los veranos...». Conozco la obra dramática del «señor Conde de la Isla,» como dice mi tío Mouillard. Sus versos me suenan en los oídos cada vez que, terminado el almuerzo, regreso al bufete que he dejado una hora antes. ¡Qué calor, gran Dios! Vengo de un país cálido y su calor no es nada comparado con el de París en julio. El asfalto se derrite bajo los pies; el entarugado cuece lentamente en un líquido alquitranado; el ideal se abate veinte veces al día hasta los bordes de un vaso de cerveza fresca; las paredes me bañan de calor; el polvo de los jardines públicos, impalpable en fuerza de haber sido pisado, se eleva á impulso del riego y vuelve á caer un poco más allá sobre los transeúntes en forma de blanca nube. Una cosa me admira y es que el cañón del Palacio Real no se esté disparando todo el día.

Para colmo de desgracias, todas mis relaciones están en el campo: los señores de Boule se bañan en Trouville; el segundo pasante no ha regresado de sus vacaciones; el cuarto me espera para marcharse; Lamprón, detenido por Su Eminencia y por la sombra de los bosques, no da señales de vida; hasta los señores Plumet han echado la llave á la puerta de su casa y han tomado el tren para Barbinzon.

Esto hace que Jupille, el viejo pasante, y yo estemos más unidos. Yo aprecio su conversación. Le encuentro bondad, discreción y una filosofía que nada tiene de alemana, porque la comprendo. Poco á poco le he ido confiando mis secretos; necesitaba un confidente, porque me ahogaba, así en lo moral como en lo físico. Cuando ahora me da cuenta de algún acto, en vez de decirle: «Está bien,» le digo: «Siéntese usted, señor Jupille». Cierro la puerta y hablamos. Los pasantes creen que tratamos de asuntos jurídicos; pero, vive Dios, que no es así. Ayer, por ejemplo, me dijo al oído:

—He pasado por la calle de la Universidad: deben regresar pronto.

—¿Por quién lo ha sabido usted?

—Por el carbonero que subía dos sacos de carbón, al cual le pregunté que para qué los llevaba y para quién.

En este momento hemos tenido una conversación que demuestra todo el camino que he hecho en el corazón del viejo práctico. Acababa de consultarme un acto de

conclusiones. Terminada la lectura y otorgado el gruñido aprobatorio, vi que no se retiraba.

—¿Tiene usted algo que decirme, señor Jupille?

—Tengo que pedirle á usted algo; un servicio; que me dispense un honor, más bien.

—Veamos.

—Estos tiempos, señor Mouillard, son hermosos para la pesca. Hace un poco de calor...

—¿Un poco, señor Jupille?

—No mucho. Bastante más hacía el año 1844 y bien que picaban. En fin: ¿quiere usted venir el domingo próximo á hacer una partida de pesca con nosotros? Digo con nosotros, porque concurrirá un amigo de usted que es un gran aficionado y que me honra también con su amistad.

—¿Quién es?

—Es un secreto, señor Mouillard, un pequeño secreto. Se quedará usted sorprendido. Conque ¿quedamos en que el domingo próximo?...

—¿Y dónde es?

—¡Chist! Creo que el último pasante tiene el vicio de escuchar. Es un bribón. Ya le diré á usted dónde, pero más adelante.

—Como usted quiera, señor Jupille: acepto desde luego.

—Y yo me congratulo de ello, señor Mouillard. ¡Si pudiéramos producir, por lo menos, una pequeña tempestad!

Y decía verdad: su satisfacción rebosaba por fuera, porque nunca le he visto rascarse, como hoy, la nariz con las barbas de su pluma de ave, señal de una alegría exuberante en él, en quien los gestos están siempre en armonía con el motivo que los engendra.

20 de julio

He vuelto á ver á Lamprón, muy triste, pero con gran fuerza de voluntad. Ante todo, hemos hablado de su madre un momento. Yo elogiaba á la humilde señora por el bien que me había hecho. Él, encareciendo la alabanza, me dijo:

—¿Qué sería si la hubieras conocido más? Soy, querido amigo, un hombre honrado: si he soportado sin flaqueza las pruebas de la vida y de mi profesión; si he colocado mi ideal más allá del éxito; en una palabra, si algún mérito tengo por mi espíritu y por mi corazón, á ella se lo debo. Siempre estuvo al lado mío: ésta es la primera separación y la mayor de todas. No estaba yo preparado para ella.

Después, cambiando de tema bruscamente, me dijo:

—Y bien: ¿tu antiguo amor?...

—Más nuevo que nunca.

—¿Ha resistido á media hora de conversación?

—Se ha duplicado.

—¿Te aborrece aún?

Le conté el viaje á Desio y nuestro diálogo en el coche.

Escuchó en silencio, y cuando hube concluido, me dijo:

—Amigo Fabián, no debes vacilar. Es preciso que de aquí á ocho días esté hecha tu petición en forma.

—¡De aquí á ocho días! ¿Y por quién?

—Por quien tú quieras; ése es asunto tuyo. En tu ausencia he tomado informes, y creo que ella te conviene. Además, tu situación es absurda: pasante sin vocación y desavenido con tu único pariente sin razón alguna, es preciso que salgas de ella franca y decididamente, y el matrimonio te obligará á ello en buena forma.



21 de julio

He tomado, pues, el tren de Sceaux, y he partido.

Jupille me había dado por escrito (es el mejor modo que tiene de explicarse) las señas más minuciosas. Podía yo, sin duda, seguir en tren hasta Massy o hasta Bievres. Pero era mucho más pintoresco hacer el camino á pie desde Sceaux. En esta hipótesis, debía dejar Chatenay á mi izquierda, atravesar los bosques de Verrieres siguiendo la línea de los fuertes, bajar por entre Igny y Amblainvilliers, y encontrar, por fin, aquel sitio en donde el río Bievre, ensanchando su cauce entre dos orillas

plantadas de alisos, forma un golfo minúsculo, claro como una fuente, y abundante de pesca como un vivero.

—¡Sobre todo, no lo diga usted á nadie! —me recomendaba Jupille—; es nuestro, porque lo he descubierto yo.

Cuando yo salí de Sceaux para unirme á Jupille, que había marchado antes de romper el día, el sol estaba ya alto. Ni una nube, ni un soplo de brisa; por todas partes el implacable estío. Pero si el calor era grande, el camino era soberbio. En torno mío una savia ardiente animaba todo lo que era vida, voz y perfume: bajo las ramas en que revoloteaban en tropel los pardillos; en la hierba por donde circulaban grandes y dorados escarabajos; en el aire, fustigado por millares de pequeñas alas susurrantes, moscas, moscardones, tábanos, abejas, cuya extraña melopea, desde el *forte* hasta el *piano*, todo cantaba el ardor vivificante del día y la inmensa luz que bañaba la campiña. De vez en cuando me detenía, para orientarme, en los ardientes escampados; más adelante, en los senderos del bosque, bajo un toldo de hojas saturado de olores fuertes; luego, en el musgo resbaladizo; más abajo, en una altura desde la que se descubría el Bievre.

Helo ahí: se desliza por entre franjas de verdura que parecen acusar una estación menos vieja que ésta. Bajemos. Jupille está en ese valle, en alguna parte, y me espera. Corro. Siento más fresca la hierba bajo mis pies. Hay cabrilleo de manantiales en las cavidades de las zanjas y montones de vellosillas en la parte baja de los prados. ¡Alerta! Entre dos árboles se yerme una caña de pescar. Es él, es el viejo pasante: me saluda: ha dejado caer su caña sobre la margen.

—Creí que ya no vendría usted.

—¡Qué mal me conoce usted! ¿Pican?

—No hable usted tan alto. Sí; pican bien. Voy á prepararle á usted una caña.

—Diga usted, Jupille: ¿dónde está su amigo?

—Allá.

—¿Dónde?

—¿Lo tiene usted delante de los ojos y no lo ve?

A fe que no lo veía. En pleno sol, cuando me lo hubo señalado con el extremo de su caña de pescar, percibí, á unos treinta pasos de distancia, unos anchos fondillos de pantalón blanco; la ancha espalda de un chaleco oscuro desabotonado; un panamá que debía ocultar una cabeza, y dos mangas de camisa extendidas en dirección del agua.

Estaba inmóvil.

—Ha debido sentir alguna picada —dijo Jupille

—. De no ser así, ya hubiera venido. Vaya usted á



verlo.

No sabiendo á quién iba á ver, tosí, al acercarme, á modo de aviso.

El desconocido aspiró el aire ruidosamente como aquél que se despierta sobresaltado.

—¿Es usted, Jupille? —preguntó volviéndose un poco— ¿Se le ha concluido á usted el cebo?

—No, mi querido maestro: soy yo.

—¡Gracias á Dios, señor Mouillard!

—Señor Flamarán: con razón me dijo Jupille que hoy tendría una sorpresa. ¿Es usted aficionado á pescar?

—Con pasión: es preciso reservar una o dos de éstas para la edad madura, joven amigo.

—¿Según parece, pican?

—Diré á usted: esta mañana, entre ocho y nueve, tocaron algo, anduvieron á vueltas con el cebo y se lo llevaron varias veces; pero después, ¡maldito lo que me he divertido!

—Eso ocurre siempre.

—Es verdad. ¡Ah, mi querido señor Mouillard, qué contento estoy de volverle á ver! ¿Sabe usted que su tesis era muy hermosa?

El eminente profesor se había levantado, y con el rostro aún enrojecido por haber echado un sueño, hecho un ovillo y con la boca abierta, me estrechó la mano de todo corazón y con todos sus puños.

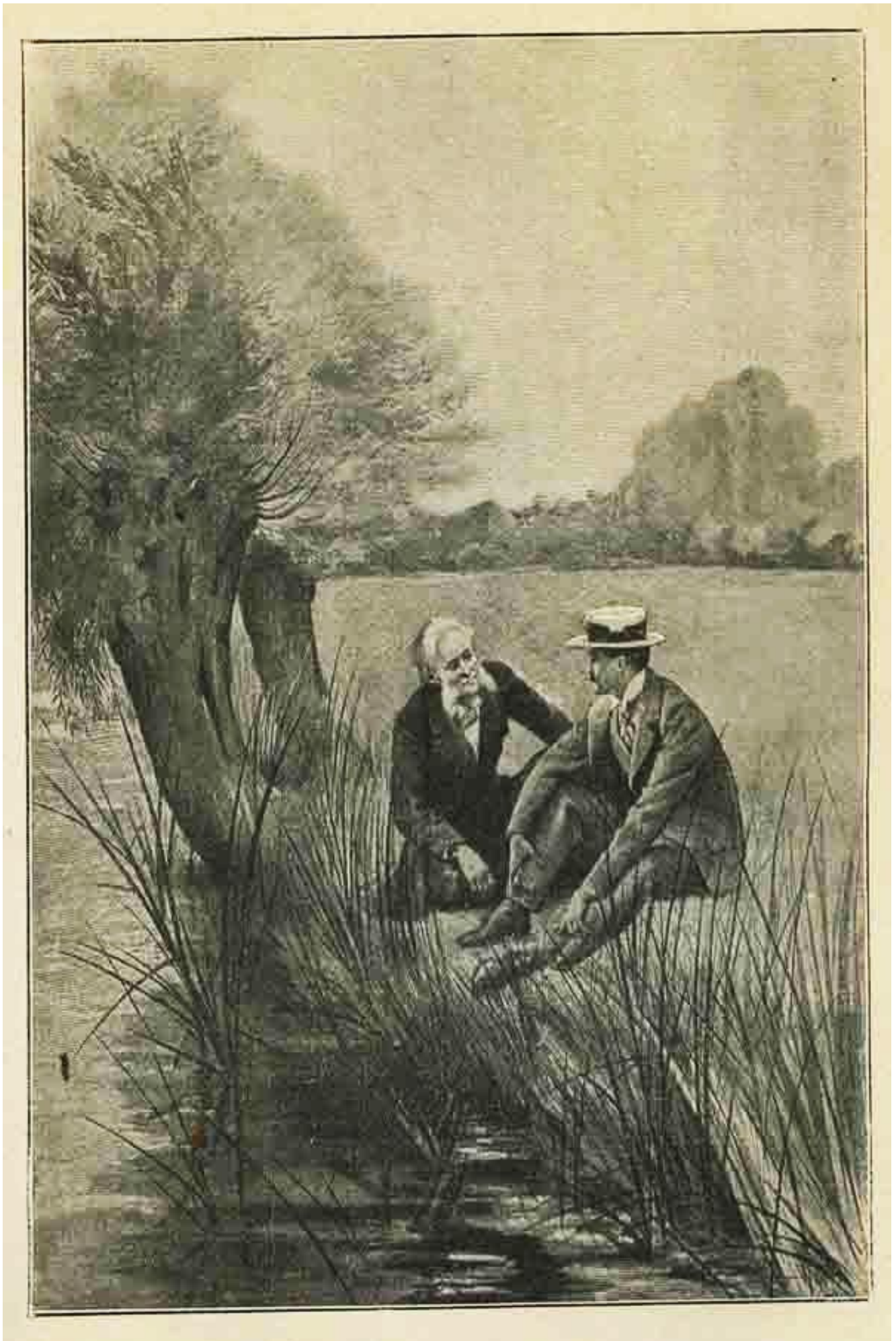
—Aquí tiene usted su caña, señor Mouillard —dijo Jupille interviniendo—, aquí tiene usted la caña con los anzuelos cebados. Si quiere usted seguirme, lo colocaré en un buen sitio.

—No, no, Jupille: se queda conmigo —repuso Flamarán—. Hace tres horas que no he articulado una sílaba; tengo necesidad de desahogarme un poco. Pescaremos el uno al lado del otro y charlaremos al mismo tiempo.

—Como usted quiera, señor Flamarán; pero yo no le llamo pescar á eso.

Me entregó el arma y se fue triste.

Flamarán y yo nos sentamos á dos pasos uno de otro, sobre el ribazo, con los pies sobre la grava aún blanda, cubierta de plantas muertas.



Ante nosotros se extendía el pequeño golfo anunciado por Jupille, pequeño remanso del Bievre, cuyo origen fue un abrevadero. El sol, en el cénit, estrechaba la sombra al pie de los árboles. La tersa superficie del agua nos reflejaba sus rayos. Apenas si la lenta oscilación de algunas hojas de nenúfar acusaba un resto de corriente. Dos grandes y temblorosas libélulas azules se habían colocado sobre nuestros corchos y ningún pez parecía querer turbar su viaje.

—¿De modo —dijo Flamarán— que sigue usted siendo pasante principal del señor Boule?

—Provisionalmente.

—¿Y eso le agrada á usted?

—No mucho.

—¿Qué espera usted?

—Que pase el tiempo.

—¿Y que le vuelva á llevar á Italia sin duda?

—¿Sabe usted, pues, que acabo de venir de allí?

—Lo sé todo. Charnot me ha referido el encuentro de ustedes, el paseo sentimental á la luz de la luna... A propósito: ha vuelto muy resfriado, ¿entiende usted?

Adopté un talante compasivo.

—¡Pobre señor! ¿Cuándo ha llegado?

—Anteayer. Como es natural, yo fui el primero á quien dio aviso de su llegada, y desde ayer pasamos las noches juntos. Quizá le cause á usted admiración, señor Mouillard; quizá crea usted que soy exagerado; pero es lo cierto que encuentro á Juana más gentil aún que antes de su partida.

—¿Lo cree usted así?

—Positivamente: ese sol del Mediodía... (esté usted con atención, señor Mouillard: su corcho está sumergido hasta la mitad...) le ha devuelto el color de rosa á sus mejillas, suavizándoselas además, y el buen humor que había perdido la pobre niña. Ahora está alegre como lo estuvo antes. Estuve muy inquieto por ella: usted sabría lo que le pasó con...

—Lo he sabido.

—¡Un licenciado, señor Mouillard, un verdadero truhán! Nunca vi yo con buenos ojos aquel enlace, Charnot se había dejado embaucar por un amigo de colegio. Por más que yo le dije: «Lo que busca es la dote de Juana; lo conozco, lo adivino, Charnot: estoy seguro de que Juana no será comprendida; de que será desgraciada»; pues bien, por más que le dije eso, nada escuchaba... En fin, todo concluyó; pero no sin producir una sacudida, como usted comprende. He sufrido mucho al ver sufrir á esa niña.

—¡Es usted tan bueno, señor Flamarán!

—No, no es eso, señor Mouillard: es que he visto nacer á Juana y la he visto crecer, y que la quiero desde pequeña; es una hija adoptiva para mí. Al llamarla hija adoptiva, comprende usted el significado. No es que entre ella y yo exista ese lazo que, imitando al de la naturaleza, se han permitido establecer nuestros códigos, *adoptio imitatur naturam*; no, sino que la quiero lo mismo que si fuera hija mía, Sidonia tampoco me ha dado más que varones, es decir, un varón.

Un grito de Jupille interrumpió á Flamarán.

—¿No oyen ustedes cómo suena?

Y el buen Jupille venía con los brazos levantados, alterado el semblante, los pliegues del pantalón flotando y produciendo, detrás de sus flacas piernas, ese ruido natural del rozamiento de las telas.

En un instante nos pusimos de pie, y mi primer pensamiento, absurdo en verdad, fue el de que avanzaba hacia nosotros, á través de la hierba, una serpiente de cascabel.

Estaba yo muy lejos de sospechar la verdad. Se trataba de una caña preparada para la pesca del sollo, invención del señor Jupille, tendida algo más allá de donde nosotros estábamos, cuyo corcho, arreglado en forma de almadía, sostenía un grueso cascabel. El pez, al tragarse el anzuelo, tocaba sus propias agonías.

—¡Suena á todo sonar —gritaba Jupille—, y ustedes sin moverse! ¡No lo hubiera creído en usted, señor Flamarán!

Pasó junto á nosotros blandiendo una pequeña cuchara de red, como un guerrero su jabalina: tenía entonces veinticinco años. Le seguimos, con menor ardor y menos confianza que él. Sin embargo, tenía razón: al retirar la caña cuyo corcho desaparecía á los tirones metiendo el cascabel en el agua, sacó un hermoso sollo, que él calificó de monstruoso. Le amolló cuerda diferentes veces para hacer que se cansara y para asegurarse el placer de cobrarlo y de tenerlo en la mano.

—¡Señores —gritaba—, me corta los dedos!

Recogido por la cuchara, pronto vimos el monstruo tendido á nuestros pies, no sin haber tenido que emplear para ello bastante fuerza. Pesaba muy bien cuatro libras. Jupille juró que pesaba seis.

Mi sabio maestro y yo volvimos á ocupar nuestros sitios el uno al lado del otro, pero la conversación interrumpida no se volvió á reanudar. Traté de hablar refiriéndome á Juana; pero el señor Flamarán se obstinó en hablar de mí, de Bourges, de su concurso de admisión y de los caracteres profundamente diferenciales que distinguen la picadura del gubio de la picadura de la tenca.

Aquello fue, por otra parte, un curso puramente teórico. Flamarán se levantó dos horas antes de ponerse el sol, sin haber cogido nada.

—No está mal —dijo á pesar de todo—, el sitio es bueno: esta mañana picaban. Volveremos, Jupille: con un poco de viento del Éste, deben cogerse aquí buenos

gubios.

Emprendió la marcha al lado mío; pero fatigado sin duda por su larga inmovilidad, por el calor y por el cabrilleo del agua, se absorbió á poco en una meditación de la que no le hicieron salir los encuentros ni los accidentes del camino.

Jupille nos precedía llevando en una mano su caña de pescar, y en la otra el cesto de las provisiones y el saco de los peces. Se volvía de vez en cuando en las encrucijadas, nos miraba, dibujaba una sonrisa por debajo de su caído bigote, y volvía á tomar su paso acelerado. «Debemos tener algo de ridículos —pensaba yo— y este plumífero taciturno se complace en burlarse mentalmente de nosotros».

No había yo adivinado.

Al llegar al recodo de un sendero, Flamarán se detuvo de repente y miró á todos lados, respirando con fuerza.

—¡Eh, Jupille!, ¿adónde nos lleva usted? Si no estoy ofuscado, ése de ahí es el terrero de los Castaños y aquél de allá abajo el Plessis-Piquet. Nos encontramos á la izquierda de la estación más de dos kilómetros. ¡Y el tren sale á las siete!

No había manera de negarlo: el asno que desemboca por una avenida engalanado y repicando sus cascabeles; dos jovencitas, dos niñas, metidas en las aguaderas, y sus padres detrás, sudando y teniendo el ronzal; los bosques trocados en bosquecillos, sobre los que se ven los techos de paja de los quioscos campestres; en donde se multiplican los laberintos, las cascadas artificiales, las rocas contrahechas, las falsas grutas, las imitadas ruinas, todo el arte horroroso de los «rústicos;» aquellos lejanos efluvios de cerveza y de guisados; aquellas botellas rotas, profundamente arrojadas en toda la longitud de las zanjas; el aspecto fatigado, decaído y maltratado de los matorrales; aquel murmullo confuso de voces y de petardos que el viento lleva en sus alas, todo ello acusa suficientemente á Robinsón, el lugar de los lindos restauranes rústicos. Helos aquí todos: el Viejo Robinsón, el Nuevo Robinsón, el Antiguo Robinsón, el Verdadero Robinsón, los Castaños de Robinsón, los Castañeros de Robinsón, el Edén de Robinsón: todos son el único y el auténtico Robinsón; todos tienen pórticos con techumbre de paja, avenidas enarenadas, transparentes iluminados por el petróleo, estrellas, banderas, gallardetes, aparatos de iluminación *a giorno*, carteles multicolores en los que están enumerados todos los elementos que constituyen una partida de campo en Robinsón, como tiro de escopeta, juegos de bolos, juegos de tonel, columpios, setos de ojaranzos, cerveza de Munich y comidas en los árboles.

—¡Ya lo ve usted, Jupille, ya lo ve usted —exclamó Flamarán—, estamos en pleno Robinsón! ¡Nos ha traído usted á él!

El viejo pasante, con el semblante aturrullado, con aquel aire patibulario que tomaba al menor arrebató del señor Boule y que le hacía prolongar el rostro, se acercó á Flamarán y le habló al oído.

—¡Vaya una idea! ¿Pero en qué ha estado usted pensando, Jupille? ¡Yo...!, ¡profesor!... Hace treinta años hubiera sido disculpable, pero hoy... Y luego, que Sidonia me espera.

Permaneció indeciso un momento, mirando la hora en su reloj.

Jupille, que no le perdía de vista, observó que su honorable amigo desarrugaba progresivamente el entrecejo hasta que prorrumpió en una sonora carcajada.

—¡Demonio!, es una locura, pero la haremos. Seremos jóvenes por una hora todavía. Querido Mouillard, Jupille ha dispuesto que comamos en Robinsón. Si me hubiera consultado, hubiera yo elegido otro sitio; pero ¡qué quiere usted!, el hambre, la amistad y la certeza de que no podemos tomar ya el tren, han acallado todos mis escrúpulos. ¿Qué piensa usted de esto?

—¿Yo?... que vayamos adelante.

—¡Pues adelante! —repitió mi viejo maestro.

Y precedidos de Jupille, que llevaba el pescado para la fritura, entramos en el Verdadero Robinsón.

Flamarán, ligeramente inquieto, paseaba sus miradas por los claros de los bosquecillos. Yo creí escuchar por entre las ramas algunas risas comprimidas.

—Tienen ustedes reservado el castaño número 3 —dijo el dueño—. Pueden ustedes subir cuando gusten.

Subimos, en efecto, por la escalera en espiral adosada al tronco. El castaño número 3 es un árbol magnífico, muy viejo, algo inclinado, que sostiene en la poderosa mano que forman sus primeras ramas una plataforma rodeada de una barandilla, con seis columnitas de madera que soportan un techo de paja en forma de sombrero cónico. En los árboles vecinos hay otras cabañas del mismo género: desde lejos parecen nidos opacos entre el verde claro de las hojas: son comedores muy apreciados y muy buscados, en donde se come á treinta pies de altura, y á los que los comensales suben por su pie y los manjares por medio de una polea.

Al llegar Flamarán á la plataforma, se quitó el sombrero y apoyó sus dos manos en la barandilla para inspeccionar los alrededores. Su actitud era la de un orador. Su sólida cabeza gris se dibujaba en los resplandores del sol poniente.

—¡Hablará! —gritó una voz.

—¡No hablará! —repuso otra.

Aquello fue una señal. Algo así como un estremecimiento recorrió los setos, y una multitud de cabezas curiosas se agitaron en todo el ámbito del jardín. En el chocar de los vasos se adivinaba que grupos enteros abandonaban sus mesas para venir á ver. Los muchachos se detenían y fijaban sus ojos en el castaño número 3. Todo Robinsón miraba á Flamarán y se preguntaba el porqué.

—Señores —exclamó alguno desde el fondo de un tonel—, el señor Flamarán, profesor de la Escuela, va á inaugurar su curso.

Un concierto de risas y de apostrofes subió hasta el castaño.

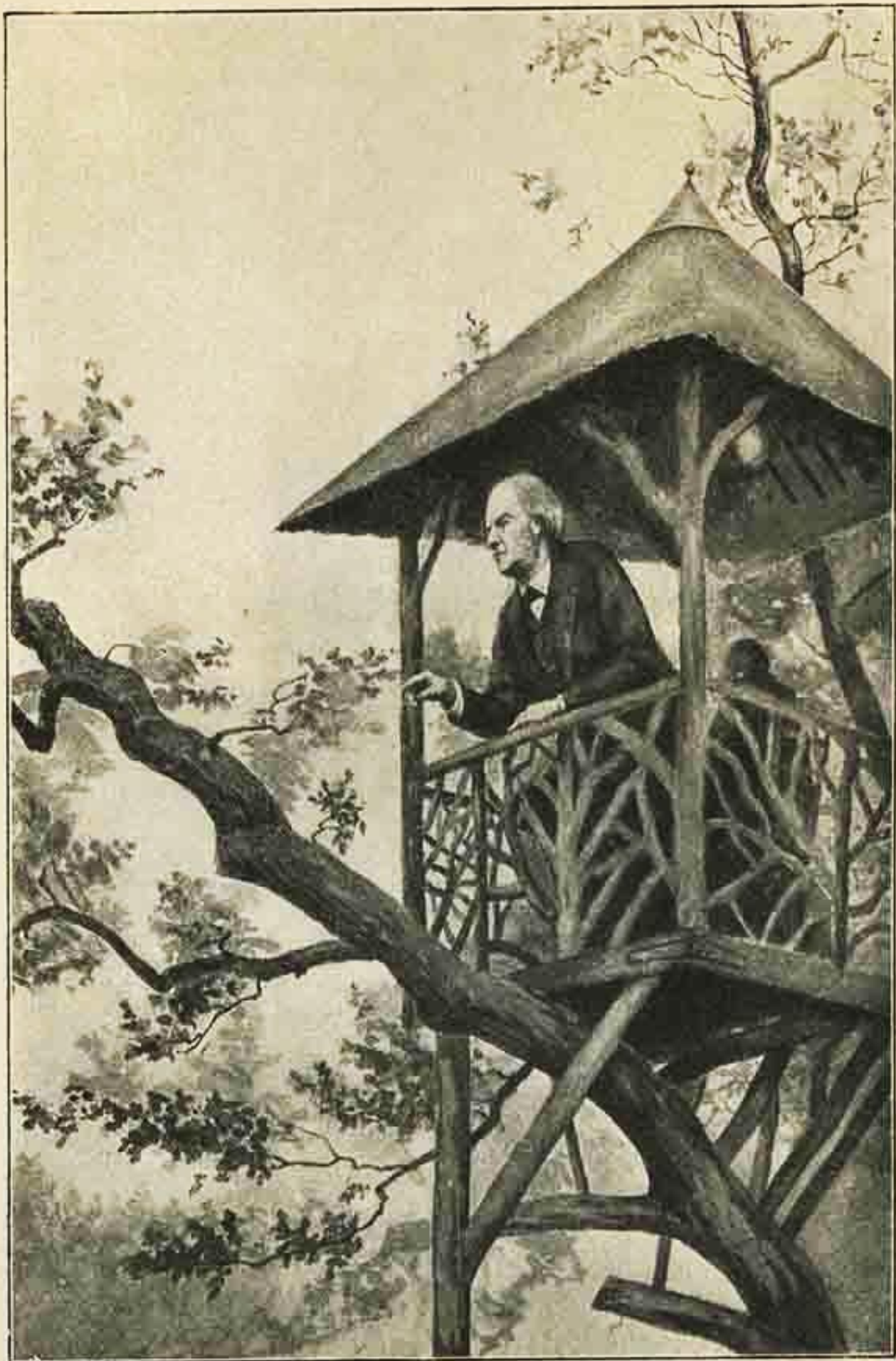
—¡Eh, anciano, espera á que nos hayamos ido!

—¡Va á hacer el estudio del contrato de matrimonio, señoritas!

—¡No!, el expurgo de las hipotecas.

—¡No!, el pago de las deudas.

—¡Eso es inmoral! ¡A Chaillot!



Flamarán, algo desconcertado en un principio, tuvo una feliz inspiración. Extendió el brazo para dar á entender que iba á hablar. Su ancha boca sonrió paternal y maliciosamente, y por encima de los atentos bosquecillos, oyéronse resonar estas palabras:

—Hijos míos, os prometo á todos un blanco si me dejáis comer en paz.

Una aclamación cubrió el final de la frase.

—¡Viva el padre Flamarán!, ¡viva el padre de los estudiantes!

Siguió una triple salva de aplausos; luego algunas palmadas sueltas; después todo volvió á entrar en silencio y nadie se ocupó ya del castaño número 3.

Flamarán dejó la barandilla y desplegó su servilleta.

—Contad con mis blancos, bravos mozos —dijo al sentarse.

Su éxito oratorio le había lisonjeado. Estaba animado y risueño. Jupille, por el contrario, pálido como si acabara de encontrarse en medio de un motín, permanecía inmóvil á plomo sobre sus talones.

—No ha sido nada, mi buen Jupille. Con un poco de ingenio, se sale del paso; ¡qué diantre!

El viejo pasante fue serenándose por grados, y la comida resultó muy alegre. Flamarán, ya de vena, no dejaba de hablar: hallaba una historia en el fondo de cada vaso de *chablís*, y la contaba con toda la dulzura que informaba su carácter.

Al final, en el momento en que el mozo ofrecía «a estos señores unos postres surtidos, peras, albérchigos, confites, merengues y frutas en aguardiente», hablamos de Sidonia, la perla de Forez. El señor de Flamarán nos contaba, consignando fechas, que habiéndole hablado cierto día uno de sus amigos de una joven de Montbrisión, fresca y agraciada, muy mujer de su casa y bien emparentada, se había puesto en camino para verla, la había reconocido sin conocerla, se había enamorado de ella en el acto, y no había tardado en ser correspondido con un amor legítimo. Las arregladas bodas se celebraron en San Galmier.

—Sí, mi querido Mouillard —añadió á manera de conclusión—, en el mes de mayo va á hacer treinta años que soy feliz: ¿y usted cuándo va á seguir mi ejemplo?

Jupille, al oír esta introducción, se creyó allí de más y desapareció por la escalera en espiral.

—En otra ocasión hemos hablado —continuó diciendo Flamarán— de alguna heredera de Bourges. ¿Renuncia usted á ella, según veo?

—Decididamente.

—Está usted en su derecho, joven; entonces, ¿por qué no busca usted una parisiense?

—En efecto, ¿por qué no?

—Es posible que tenga usted formados prejuicios acerca de las parisienses.

—Ninguno.

—Yo los tuve, y mucho, aquí donde le hablo á usted. Pero se desvanecieron. Tienen una gracia, querido Mouillard, una manera de vestir, de andar y de reír, que no se encuentra más allá de las fortificaciones. Por mucho tiempo he creído que dichas cualidades reemplazaban á la virtud. Pues bien: era una calumnia: hay en París mujeres virtuosas: hasta conozco algunas que son ángeles.

Al llegar á este punto, Flamarán fijó sus ojos en los míos, y como yo no le replicase, añadió:

—Conozco una por lo menos: Juana Charnot. ¿Me oye usted?

—Sí, señor Flamarán.

—¿No es verdad que es una joven completa?

—Sí que lo es.

—¿Con tanta inteligencia como corazón?

—Así creo.

—¿Y con tanto espíritu como inteligencia?

—Tal es mi parecer.

—Pues si ése es el parecer de usted, joven, permíteme que prenda fuego á mis naves, á todas mis naves. Si ése es el parecer de usted, ya no comprendo. ¿La cree usted sin fortuna?

—Ignoro si la tiene o no.

—Estaría usted en un error si creyese que no la tiene: es rica. ¿Se cree usted demasiado joven?

—No.

—¿Se figura usted, quizá, que todavía está pendiente de aquel fatal amor?...

—Creo que no.

—Yo estoy seguro de ello. Es libre, se lo digo á usted; libre como... usted mismo. Pues bien: ¿por qué no la ama usted?

—¡Pero, señor Flamarán, si yo la amo!

—¡Hace usted divinamente, amigo mío!

Flamarán no se levantó. Se inclinó á la izquierda; yo me incliné á la derecha: nuestras cabezas se juntaron, y me estrechó entre sus brazos. Mi viejo maestro estaba tan conmovido, que no podía hablar: la emoción y la alegría oprimían su pecho como si hubiera sido mi padre o el de Juana.

Pasado un momento, se enderezó en la silla y se mantuvo sentado enfrente de mí, á distancia del largo de sus brazos, con sus dos manos apoyadas en mis hombros, como si hubiera temido verme escapar.

—¡Ah! ¡Conque la ama usted, conque la ama!... ¡Par-diez! ¡Cuánto trabajo me ha costado hacérselo confesar!... Hace usted bien en amarla, bien, pero muy bien...: yo no hubiera comprendido lo contrario; pero, en ese caso, amigo mío, en ese caso..., si usted tarda demasiado, siendo ella tan encantadora..., ya me comprende usted.

—Sí, comprendo que sería preciso pedir su mano.

—Cabalmente.

—¡Ah, señor Flamarán! ¿Quién quiere usted que dé semejante paso por mí? Soy huérfano, como usted sabe.

—¡Pobre joven! ¿Pero su tío?...

—Estamos reñidos.

—Se hacen las paces con este motivo.

—¡Imposible! Precisamente estamos reñidos á causa de ella. Mi tío detesta á las parisienses.

—¡Diablo, diablo! En ese caso, un amigo, un simple amigo. En rigor, eso basta.

—Tengo á Lamprón.

—¿El pintor?

—Sí; pero no conoce al señor Charnot. Resultará que un desconocido tendrá que solicitar para un extraño. ¡Mal asunto! Más hubiera valido...

—Un amigo que á la vez lo fuera de Charnot y de usted, ¿no es eso? Pues bien; ¿yo?, ¿no lo soy acaso?

—¡Oh, sí!

—Pues no hay más que hablar: yo me encargo de hacer la petición. Yo pediré á esa encantadora Juana, sí, yo la pediré para los dos: para usted, que la hará dichosa, y para mí, que no la perderé del todo al casarse con uno de mis discípulos, con uno de mis doctores preferidos, con mi amigo Fabián Mouillard. Y la obtendré, ¡vive Dios!, la obtendré: le respondo á usted de ello.

Y dio en la mesa tan terrible puñetazo, que hizo sonar los vasos y oscilar las garrafas.

—¡Ya van! —gritó desde abajo el mozo, creyendo que llamaban.

Flamarán se inclinó sobre la barandilla y dijo:

—No se moleste usted en subir, amigo, no es nada.

Volvió hacia donde yo estaba, siempre conmovido, pero ya calmado.

—Ahora —dijo— hablemos, y cuéntemelo usted todo.

¡Qué larga y qué dulce fue la conversación que tuvimos! ¡Qué noble y qué digno encontré á aquel profesor fuera de su cátedra, que daba rienda suelta á su corazón, sencillo, transparente, conservado en el estudio del Derecho como en un relicario! Tan pronto sonreía, cuando yo elogiaba á Juana, como escuchaba con desconfianza mis objeciones, arqueando la boca, y las refutaba con vehemencia.

—¿Cómo se atreve usted á decir?... Joven, ¿a qué esos vanos temores?...

Su conmovida bondad se desbordaba en solemnes y sinceras protestas.

Ni el uno ni el otro estábamos en Robinsón, sino mucho más lejos, en el mundo de las quimeras en donde las inteligencias se compenetran y los corazones se comprenden. No oíamos ni el chirrido del columpio debajo de nosotros, ni las

carcajadas de los transeúntes, ni los sonos de la orquesta que tocaba en un pabellón vecino. Nuestros ojos abiertos no veían que la noche se aproximaba inmensa y en calma, atravesando las hojas de los árboles con sus primeras estrellas. A veces soplaba tenuemente la brisa que venía de los bosques, y percibía yo perfumes extraños, emanaciones dulcísimas. Una visión rápida cruzaba por mi alma; la de un hermoso y oscuro tulipán laminado de oro que abría su cáliz en el humilde borde de las zanjias, y me preguntaba yo si era verdad que una flor misteriosa había abierto su cáliz en medio de la noche, o si era que un sentimiento nuevo, lentamente formado, se esparcía y dilataba por mi corazón.

22 de julio

Son las dos. Llego á casa de Silvestre para contarle el gran suceso de ayer. Nos sentamos en el viejo y enfundado canapé á la sombra de la movable cortina que divide el estudio en dos partes, una de ellas especie de sala llena de maniqués, de bustos, de botellas de barniz y de cajas de colores. A Lamprón le gusta aquella semiobscuridad que le hace descansar la vista.

Alguien llama.

—Quédate aquí —me dice Silvestre—, es un operario que viene por el fondo de un grabado. Dos minutos y soy contigo. ¡Adelante!

Acaba de correr en aquel momento sobre mí la cortina, y á través del tejido de la tela, lo veo adelantarse hacia la puerta, que acaban de abrir.

—¿El señor Lamprón?

—Servidor de usted, caballero.

—¿No me reconoce usted?

—No, señor.

—Me admira, caballero.

—¿Por qué, si no he tenido el gusto de verlo nunca?

—Usted ha hecho mi retrato.

—¿Qué me cuenta usted?

Observo á Lamprón. Lo veo mortificado por el impertinente principio de aquella escena. Deja en medio del estudio la silla que alargaba ya, y se sienta en el escabel de grabador situado en un ángulo, con el aire un poco altivo y dibujando en sus labios una vaga sonrisa de desconfianza: con las yemas de los dedos sujeta la mesa en que apoya el codo.

—Lo que he tenido el honor de decir á usted, caballero, es la pura verdad. Soy Charnot, miembro del Instituto.

Lamprón mira hacia el sitio en que yo estaba, y se dilata su fisonomía.

—Perdóneme usted, caballero: no lo conocía á usted más que de espaldas. Quizá lo hubiera reconocido á usted, si lo hubiese visto de esa manera.

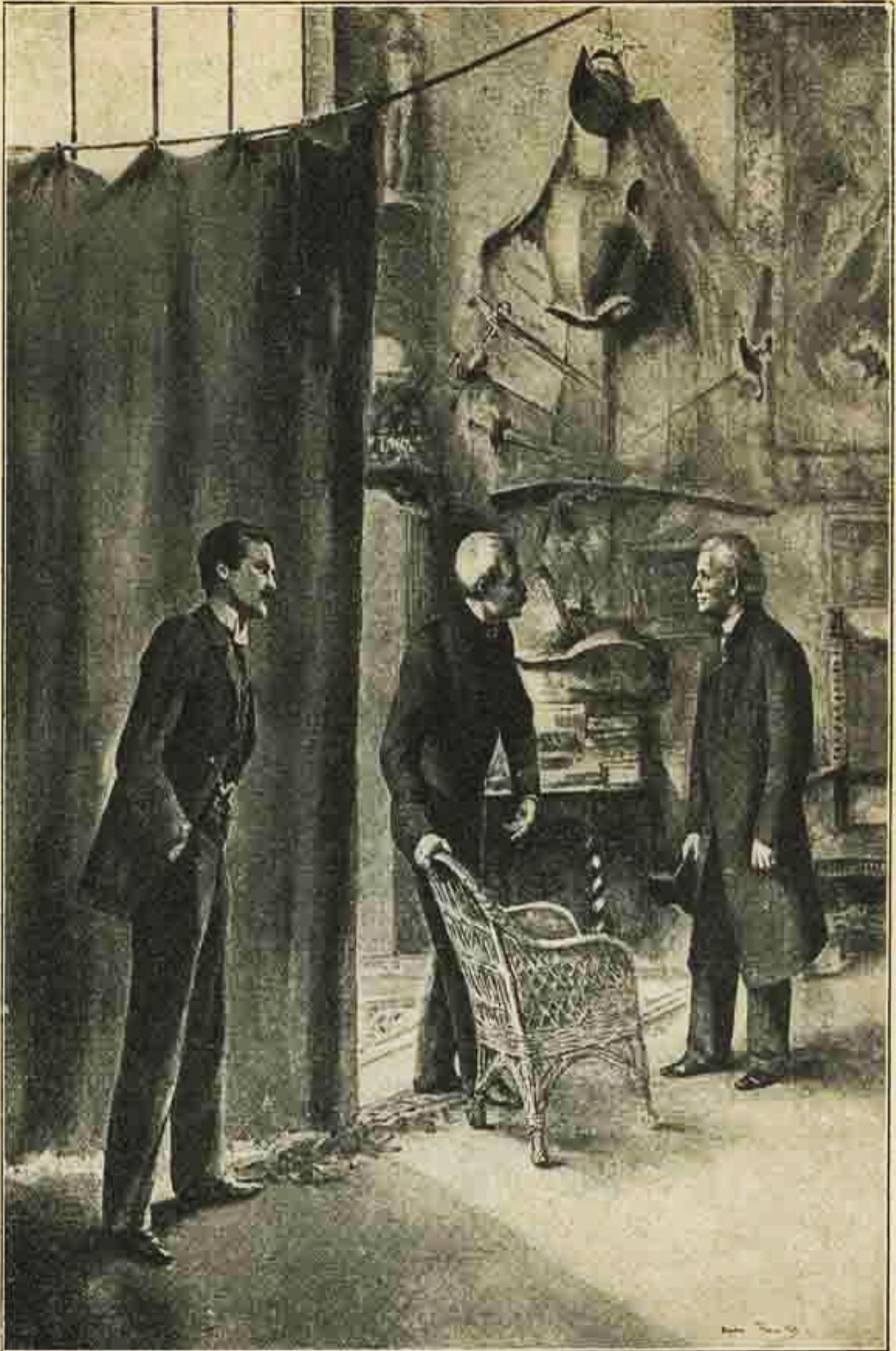
—Yo no me río, caballero, y hubiera venido antes á pedirle una explicación, si antes hubiera llegado á mi noticia lo que considero un abuso deplorable de su lápiz; pero no lo he sabido hasta esta mañana. Las exposiciones de pintura no son mi fuerte. No me he visto en ellas. Ha sido preciso que Flamarán viniera á decirme que figuraba en el último Salón en compañía de mi hija y que me había usted sentado en el tronco de un árbol en la selva de San Germán. ¿Es verdad, caballero, que aparezco sentado en el tronco de un árbol?

—Es exacto.

—La posición es algo rústica para quien no sale de París tres veces al año. ¿Y mi hija, de perfil, según parece, y muy parecida?

—Tanto como me ha sido posible.

—¿Es decir, que confiesa usted; que nos ha retratado usted á los dos, á mi hija y á mí?



—Sí, señor.

—Creo que no le será á usted tan fácil explicar con qué derecho nos ha retratado.

—Pudiera muy bien omitir toda clase de explicaciones —dice Lamprón, que empieza á perder la paciencia—. También pudiera contestarle que no tenía necesidad de pedirle á usted permiso alguno, como tampoco la tuve de pedírselo á las hayas ni á las encinas, á los olmos ni á los abedules; que ustedes formaban par-del paisaje; que todo pintor que dibuja un cuadro tiene derecho de colocar en él un buen hombre...

—¡Un buen hombre! Caballero: ¡eso de un buen hombre! No se moleste usted.

—He querido decir un personaje: nosotros decimos un buen hombre. Pues bien: yo hubiera podido aducir esa razón, que es muy suficiente, pero que no es la verdadera. Prefiero, pues, decirle á usted francamente lo que ha pasado. Caballero: usted tiene una hija encantadora.

El señor Charnot se inclinó por costumbre.

—Un amigo mío está enamorado de ella. Es tímido y no se atrevía á confesarle su amor. Por casualidad los vimos á ustedes en el bosque, y se me ocurrió la idea de retratar á la señorita Juana; de que el retrato resultase tan parecido que ella no pudiera menos de reconocerse; de exponer mi dibujo en el Salón, seguro de que ella lo vería, de que adivinaría la intención y de que haría memoria, no de mí, que ya soy viejo, sino de mi amigo, que tiene la edad y la apostura de los enamorados. Si en esto hay alguna falta, caballero, yo la reivindico: toda ella es mía.

—Ciertamente, caballero, que, por lo menos, hay una de parte de usted: la de que usted, hombre serio, y considerado por su talento y por su carácter, haya impulsado un sentimiento frívolo.

—¡El amor más honrado y más verdadero!

—¡Una llamarada!

—¡De ningún modo!

—¡Bah! Su amigo de usted no es más que un niño.

—¡Tanto mejor para él, caballero, y para ella! Si usted quiere para yerno un hombre maduro, busque, verá lo que valen esos hombres, y quizá lamente usted haber rechazado á ese niño, que no tiene más que veinticuatro años, es verdad, que tampoco tiene fortuna ni carrera asegurada, ni ese baño de suficiencia que en tantas personas ocupa el lugar del mérito, pero que tiene un corazón noble y bravo, del cual respondo como de mí mismo. Busque usted, busque: encontrará usted para su hija nombres ilustres, grandes fortunas, galones, barbas, vanidad, reputaciones, pretensiones justificadas o no; todo lo que él no tiene; ¡pero á él, caballero, á él, no lo volverá usted á encontrar nunca! Es todo cuanto tengo que decir á usted.

Lamprón se había animado. Hablaba con vehemencia. Un asomo de cólera brillaba en sus ojos.

Vi á Charnot levantarse, ir hacia él y tenderle la mano.

—No quería otra cosa de usted, mi querido señor: eso me basta. Flamarán me ha pedido esta mañana la mano de mi hija para su amigo de usted. Flamarán no pierde el tiempo cuando se encarga de algo. También me ha hablado muy bien de él. He tomado informes del señor Boule; pero yo necesitaba, por lisonjeros que fueran tales testimonios, adquirir otro: el de un hombre que hubiese vivido en intimidad con el señor Mouillard, y no he podido descubrir otro que usted.

Lamprón miraba estupefacto á aquel hombrecillo de labios delgados, que acababa de cambiar tan bruscamente de tono.

—A fe mía, caballero —repuso—, que hubiera usted podido obtener los mismos informes con menos trabajo: no necesitaba usted representar para ello comedia alguna.

—Dispéñeme usted: hubiera obtenido informes, y no era eso lo que yo quería: los informes son siempre buenos. Yo quería un grito del corazón; la voz de la amistad sublevada, indignada hasta el extremo. He oído ese grito: con ello me basta. Le doy á usted las gracias más expresivas y le ruego que tenga la bondad de dispensarme.

—Caballero, puesto que ahora hablamos con entera seriedad, permítame usted que á mi vez le pregunte: ¿la petición de mi amigo tiene probabilidades de que sea otorgada?

—Señor Lamprón, en este delicado asunto he resuelto dejar á mi hija en completa libertad. Aunque se trata de mi dicha casi tanto como de la suya, no tendré más que voz consultiva. Le he transmitido la petición hecha por Flamarán.

—¿Y qué?

—Esperaba que la rechazase.

—¿Y ha dicho que sí?

—No ha dicho que no, sin lo cual, como usted comprenderá, no estaría yo aquí.

En poco estuvo que, al escuchar tal respuesta, no saliera yo de detrás de la cortina gritando como un loco: «¡Gracias!».

El señor Charnot añadió:

—No confíe usted demasiado, sin embargo; hay dificultades graves, insuperables quizá. Necesito hablar de nuevo con mi hija. Tan pronto como pueda, daré cuenta á su amigo de usted de nuestras resoluciones definitivas. Hasta la vista, caballero.

Lamprón lo acompañó y oí cómo se alejaban sus pasos por el corredor.

Un instante después:

—¿Y bien —me dijo Lamprón viniendo hacia mí y tendiéndome los brazos—, eres feliz?

—Sí, amigo mío, algo.

—Espero que sea mucho: ella te ama.

—Sí, pero..., ¿y las dificultades, Silvestre?

—¡Bah!

—¡Insuperables, quizá!

—Las dificultades son la salsa de todas nuestras alegrías, querido amigo. ¡Cuántas cosas necesitáis los jóvenes para llamaros dichosos! ¡Le pedís certidumbres á la vida, como si ella os las pudiera dar!

Se ha puesto á discutir mis temores sin conseguir desvanecerlos, porque ni él ni yo conocemos el obstáculo.

2 de agosto

Tras diez días de espera en los cuales he empleado alternativamente á Lamprón y al señor Flamarán para que intercedan en favor mío: diez días pasados entre angustias mortales y esperanzas locas; diez días en los que he formado y destruido, vuelto á tomar y abandonado de nuevo más proyectos que en todo el resto de mi vida, recibí ayer á las cinco dos letras del señor Charnot rogándome que fuera por la noche á su casa.

He ido á ella amilanado. Me ha recibido en su gabinete como siete meses antes, cuando nuestra primera entrevista, pero con una política más grave, y he visto cómo temblaba entre sus dedos el cortapapeles que tomó de la mesa al dejarse caer en su sillón. Yo he tomado asiento en la misma silla en que me sentí tan desgraciado. En verdad que ayer no lo era menos. El señor Charnot lo notó sin duda y quiso darme ánimo.

—Caballero —me dijo—, lo recibo á usted amistosamente: sea el que quiera el resultado de nuestra conversación, puede usted estar seguro de la estima en que le tengo. No tema usted, pues, responderme con entera libertad.

Me hizo varias preguntas acerca de mi familia, de mis gustos, de mis relaciones en París. Después me hizo referirle los pocos sucesos, sencillos por demás, que han marcado mi infancia y mi juventud, mis recuerdos de la casa paterna, del colegio de la Chatre, de mis vacaciones en Bourges y de mi vida de estudiante.

Escuchó sin interrumpirme, jugueteando con su cortapapeles de marfil. Cuando llegué á aquel día de diciembre último en que por primera vez vi á Juana:

—Detengámonos —me dijo—. Sé todo lo demás o lo adivino. Joven, le he prometido á usted una respuesta; escúchela usted.

Creo que durante un minuto dejé de respirar y que mi corazón dejó de latir.

—Mi hija —siguió diciendo el señor Charnot— me ha sido pedida en matrimonio por varios en estos días. Ya ve usted que nada le oculto. Le he dado tiempo para que reflexione: ella lo ha pesado todo, lo ha examinado todo y me ha comunicado ayer el resultado de sus reflexiones. A partidos más ricos, más brillantes quizá, prefiere un

hombre honrado que la ame por ella misma, y ese hombre honrado es usted, caballero.

—¡Oh! ¡Gracias —exclamé—, gracias!

—No he concluido: hay dos condiciones.

—Aunque fueran diez, las acepto de antemano.

—No se precipite usted y escuche: una es impuesta por mi hija; la otra la imponemos ambos.

—¿Qué tenga una posición quizá?

—No, no es eso. Es evidente que mi yerno no permanecerá inactivo. Sobre ese punto tengo ideas que le expondré á usted más tarde, si ha lugar á ello. No, la primera condición, la impuesta por mi hija y dictada por un sentimiento muy dulce para mí, es que ha de prometerme usted no vivir nunca fuera de París.



—¡Ah! Lo juro, caballero, con la mayor satisfacción del mundo.

—¿De veras? Yo temí que tuviera usted compromisos contraídos.

—Ninguno.

—O repugnancias.

—Al contrario: no tengo más que preferencias, con la libertad de seguirlas. ¿Y la segunda condición?

—La segunda, o sea la impuesta de acuerdo por mi hija y por mí, es la de que haga usted las paces con su tío. Flamarán me ha dicho que están ustedes desavenidos.

—Es verdad, caballero.

—No creo que sea cosa grave. Una simple nube, ¿no es eso?

—Desgraciadamente, no. Mi tío tiene un carácter muy absoluto.

—Pero también excelente, según me pareció conocer cuando lo recibí, creo que por junio.

—Sí, señor.

—Lo mejor que puede usted hacer es dar los primeros pasos.

—Haré todo lo que sea preciso.

—Estaba seguro de ello. No es posible que siga usted reñido con el hermano de su padre, con el último pariente que le queda. Esa reconciliación la juzgamos necesaria, la creemos un deber. Por otra parte, usted debe desearla tanto o más que nosotros.

—La procuraré con todas mis fuerzas: se lo prometo á usted.

—Y la conseguirá usted: se lo garantizo.

El señor Charnot se puso muy pálido: me tendió la mano e hizo un esfuerzo para sonreír.

—Creo, señor Fabián, que estamos perfectamente de acuerdo y que ha llegado la hora...

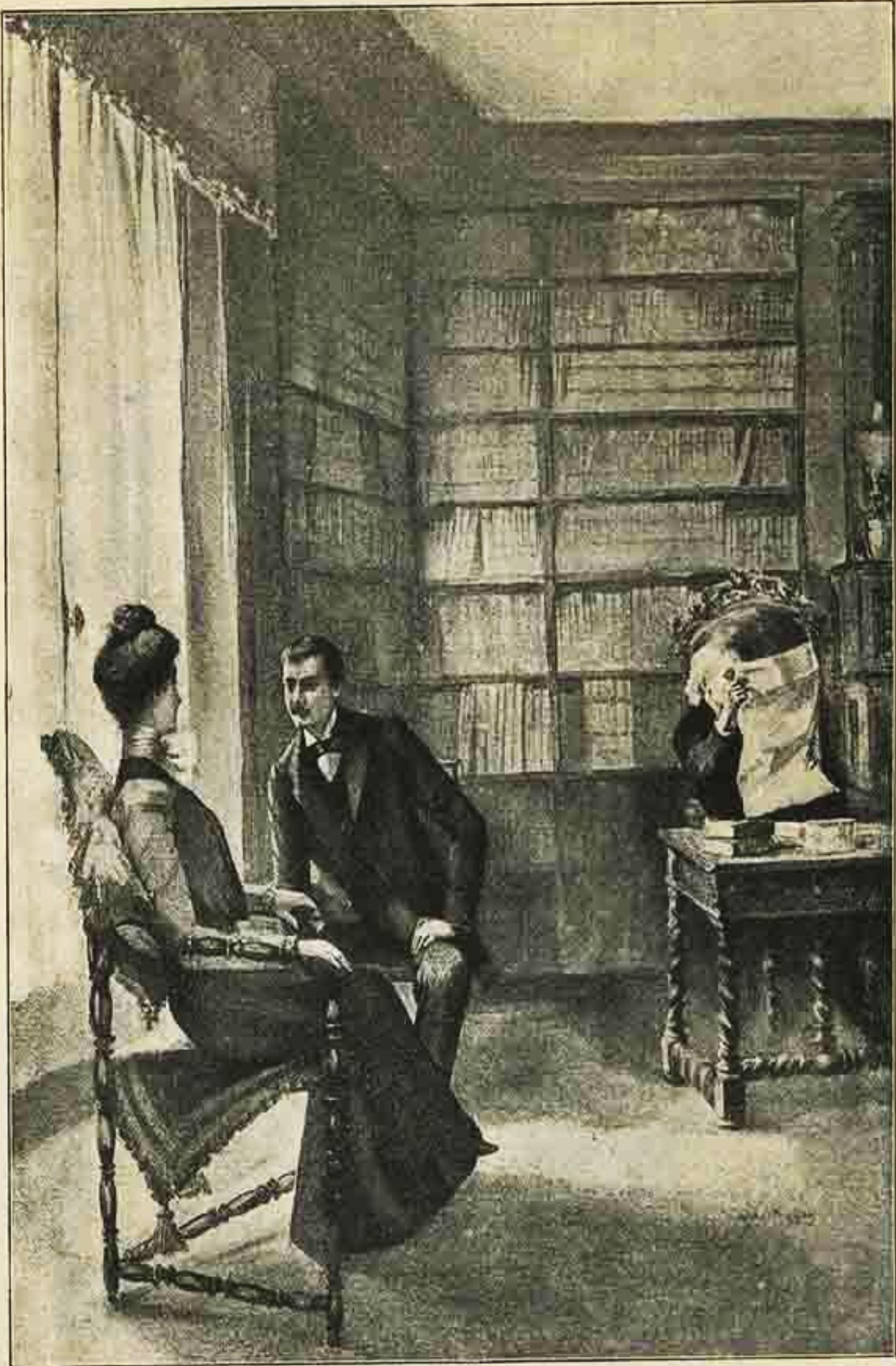
No acabó la frase empezada: se levantó y fue á abrir una puerta situada entre dos armarios de libros.

—Juana —dijo—, hija mía: el señor Fabián acepta las dos condiciones.

Y vi á Juana, sonriente, que se adelantaba hacia mí.

Y yo, que me había levantado trémulo; yo, que hasta entonces sentía embarullado mi espíritu al solo pensamiento de verla; yo, que me había preguntado con espanto lo que le diría al acercarme á ella si alguna vez me fuera prometida, me sentí dueño absoluto de mí, y las palabras afluyeron en tropel á mis labios para darle las gracias y para expresarle mi alegría.

Mi felicidad era patente y hubiera podido no hablar de ella. Durante la primera media hora, la conversación fue general entre los tres. Luego, Charnot retiró su sillón y quedamos los dos únicamente.



Él había cogido un periódico, pero creo que lo había cogido del revés: en todo caso debió de leer entre líneas, porque no volvió la hoja en toda la velada.

Miraba con frecuencia hacia donde estábamos, dirigiendo la vista por encima del periódico plegado en cuatro dobleces, y sus ojos pasaban luego á fijarse en una linda miniatura de Juana, cuando era niña, colgada á un lado de la chimenea.

¿Qué comparaciones, qué recuerdos, qué pesares, qué esperanzas luchaban en su espíritu? Lo ignoro; pero su alegría estaba mezclada con hondos suspiros, y creo que hubiese llorado á no estar allí nosotros.

Juana se mostraba sencilla y cándida como una niña, buena y seria como una mujer. Un nuevo sentimiento se agrandaba en mí por instantes; el de un profundo reposo del alma: la anticipada certidumbre de la felicidad de toda mi vida.

Sí; yo era dichoso más allá del presente; lo era hasta en el porvenir, en una larga serie de días pasados junto á ella, y mientras que yo la encontraba tranquila, confiada, radiante de júbilo, creía ver las grandes alas de mi sueño plegarse sobre los dos. Hablábamos en voz baja. Por la abierta ventana entraba el aire tibio de la noche y el rumor confuso de París.

—¿Me llama usted su amiga y su consejera? —me dijo Juana.

—Sin duda alguna.

—¿Me asegura usted que en todo tomará mi parecer y que procederemos de acuerdo?

—Sí.

—Si yo le exigiera esta noche una confidencia, ¿me la negaría?

—Todo lo contrario.

—Pues bien: por lo que me ha contado usted de su tío, creo que ha aceptado usted con alguna ligereza la segunda condición, que es la de reconciliarse con él.

—He prometido únicamente hacer todo lo posible para ello.

—Sí; pero mi padre entiende que usted lo ha de conseguir, ¿qué es lo que piensa usted hacer?

—Todavía no lo sé.

—Es lo que yo presumía, como también pensaba que no estaría de más que reflexionáramos los dos sobre ese particular.

—La escucho á usted, señorita: trace usted el plan de batalla y yo lo discutiré.

Juana juntó las manos sobre sus rodillas y adoptó una actitud reflexiva.

—Veamos: si usted le escribiera...

—Es lo más probable que no me contestara.

—¿Con respuesta pagada?

—¿Se ríe usted? Eso no es un consejo.

—Es verdad. Hablemos seriamente. Vaya usted á verlo.

—Esa idea es más acertada. Quizá me reciba.

—Pues si lo recibe, está ganado el pleito. Desde que un hombre escucha...

—Eso no reza con él, señorita. Escuchará, ¿y sabe usted lo que me contestará?

—No.

—Esto o algo parecido: Sobrino mío, ¿vienes á darme dos noticias, no es eso?: que te casas con una parisiense y que renuncias para siempre al bufete patrimonial, es decir, la confirmación, la agravación de nuestro doble resentimiento. No has hecho más que dar un paso atrás. No merece la pena de que te hayas molestado en decírmelo, y puedes marcharte.

—¡Me deja usted admirada! Hay un medio segurísimo de convencerlo, puesto que en el fondo es bueno, según me ha dicho usted. Si conociese yo á su tío, no duraría mucho mi preocupación.

—¡Si lo conociese usted! En efecto, ese medio sería el mejor, sería infalible. Él cree que es usted una parisiense ligera y frívola, y le tiene miedo. Más le afecta mi amor á usted que el que haya rehusado su bufete. Conque la viera á usted solamente, pronto haría las paces conmigo.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy seguro de ello.

—Cree usted que si yo le mirase á los ojos... así, y le dijese: «Señor Mouillard, ¿no quiere usted que yo sea sobrina suya?», ¿cree usted, repito, que cedería?

—¡Ah, señorita! ¿Cómo no ha de ser posible?

—Tiene usted razón. Desde luego, será difícil; pero imposible, no lo sé.

Expusimos, o mejor dicho, expuso Juana el caso al señor Charnot, que es, decididamente, la más antigua y la más completa conquista de su hija. Se negó á ello desde luego, diciendo que era un asunto mío, un asunto de familia en el que no debía mezclarse. Ella ha insistido: lo ha hecho vacilar. Ha propuesto atrevidamente un viaje á Bourges y una visita al señor Mouillard. Los argumentos brotaban de sus labios, algo débiles en ocasiones, pero expresados siempre con gentileza. Un viaje por el Berry sería delicioso, tranquilo, nuevo para ambos. ¿Se había lamentado o no se había lamentado el señor Charnot de estar sufriendo en París los calores de agosto? Sí; se había lamentado de ello, y con razón, porque sus colegas no vacilaban en abandonar sus trabajos para irse por las provincias. Ella se los citaba todos: uno ido á los Vosgos, otro á los Pirineos, otro á Deauville. Y luego, ¿no residía precisamente á pocas leguas de Bourges una de sus viejas amigas del barrio de San Germán? ¿Cuántas veces le había invitado á que fuese allá? ¿Cuántas le había faltado él á sus promesas? Se aprovecharía aquella circunstancia para llegar hasta el castillo. En fin, como el señor Charnot continuase atrincherado en lo singular del procedimiento, le dijo ella:

—Pero, papá; si es todo lo contrario; si al presentarte en casa de Mouillard no haces más que cumplir con un deber de cortesía y de buena educación.

—¿Cómo así?

—Él te ha hecho una visita; pues bien, ¡tú se la devuelves!

Charnot ha meneado la cabeza como un padre que, sin estar convencido quizá, se da al fin por vencido.

En cuanto á mí, Juana querida, empiezo á creer de nuevo en las hadas.

3 de agosto

Vuelvo de la calle de la Universidad. Se ha decidido el viaje. Yo salgo mañana para Bourges precediendo al señor Charnot y á su hija, que llegarán allí pasado mañana por la mañana.

La misión que llevo como explorador es doble: alquilar en el hotel habitaciones confortables en el primer piso frente al Mediodía; después ver á mi tío y prepararlo para la visita que va á recibir.

Prepararlo y no enfurecerlo. Juana me ha trazado el plan de campaña. Debo mostrarme como el más cariñoso de los sobrinos aunque él se muestre conmigo el más áspero de los tíos; impedir que tratemos del pasado; mantenernos en el presente; confesar con timidez que la señorita Charnot conoce mis sentimientos y no se muestra insensible á ellos, pero evitando concretar más y dejando para después una explicación completa, un estudio en común de la situación. Al señor Mouillard no podrá menos de lisonjearle esta deferencia y permanecerá con las armas envainadas hasta aquel consejo de familia cuya perspectiva le dejaré entrever. Entonces, si estos escauceos son bien acogidos, le anunciaré que el señor Charnot viaja por el Berry y le añadiré, aunque sin afirmarle nada, que no sería extraño que, al pasar por Bourges, le devolviese la visita que él le hizo en París.

Mi papel termina ahí. Juana y su padre quedan encargados de lo demás. El señor Mouillard deberá estudiar la situación en unión de Juana, bajo la presión de los ojos y de la sonrisa de ésta. Tendrá que combatir contra el poderoso argumento de su juventud y de su gracia. ¡Pobre hombre!

Juana tiene completa confianza. Su padre, imbuido por ella, no duda de la capitulación de mi tío. Y yo, que lucho algo contra ese optimismo, también me inclino, en definitiva, al partido de la esperanza.



En el momento de entrar en mi casa, me ha entregado la portera dos tarjetas de Larivé.

Dice la primera:

C. Larivé

Principal pasante de abogado

P. P. C.

La segunda, en cartulina marfil, me da, en iniciales también, otra segunda noticia. Dice:

C. Larivé

Antiguo principal pasante de abogado

P. F. P. M.

Se marcha, pues, de París ese parisiense que juraba no poder vivir en provincias más de dos días: tenía que suceder. Se casa: me es indiferente. La consecuencia es que ya no nos volveremos á ver y que yo no derramaré lágrimas por ello.



Bourges, 3 de agosto

Si han pasado ustedes por Bourges, habrán podido ver la callecita Bajo-las-cepas, los paseos del Baste-de-Plata y de la Flor-de-Lis, las calles de la Madre-de-Dios, de los Verdes-Galantes, del Malsecreto, del Molino-del-Rey, el muelle del Señor-Jaime y otras, cuyos antiguos nombres, conservados por un sentimiento o por un loable

instinto tradicional, indican una ciudad antigua que encierra aún gentes de otros tiempos, es decir, gentes apegadas al terruño, muy marcadas con el sello provincial en sus costumbres y en su lenguaje; gentes que saben que el nombre es para una calle su honor, su esposo si se quiere, con el cual no se debe divorciar.

Mi tío Mouillard, el más convencido, el más fiel de los habitantes del Berry, vive, como es natural, en una de aquellas calles antiguas, á la sombra de la catedral, bajo el volteo de sus campanas; en la calle del Horno.

Un cuarto de hora después de mi llegada á Bourges, tiraba yo de la pata de venado que pende, sin pelos, á lo largo de la puerta. Eran las cinco y sabía yo con certeza que á aquella hora no estaba mi tío en su casa. Uno de sus pasantes lleva los legajos á casa al terminar la Audiencia, y él se va tranquilamente, con los faldones de su levita azotando el aire, á visitar á algunos amigos, á algunos clientes, á respetables damas que solían bailar allá por 1840, o, más frecuentemente, á pasearse por las orillas del canal del Berry, plantadas de álamos, por las que profunda hilera de pequeños asnos grises llevan á la sirga los grandes barcos.

Estaba, pues, seguro de no encontrarlo.

Magdalena vino á abrir. Dio un respingo de sorpresa al verme.

—¡Señor Fabián!

—Sí, Magdalena, el mismo. ¿No está mi tío?

—No, señor. ¿Pero es que quiere usted entrar?

—¿Por qué no?

—¡Está el señor tan cambiado desde que volvió de París, señor Fabián!

Magdalena, inmóvil, con una mano sosteniendo el delantal y con la otra caída, me miraba con expresión de inquietud y de reproche.

—Es preciso que yo entre, Magdalena: tengo que hablarte confidencialmente.

No me contestó y dio media vuelta para precederme.

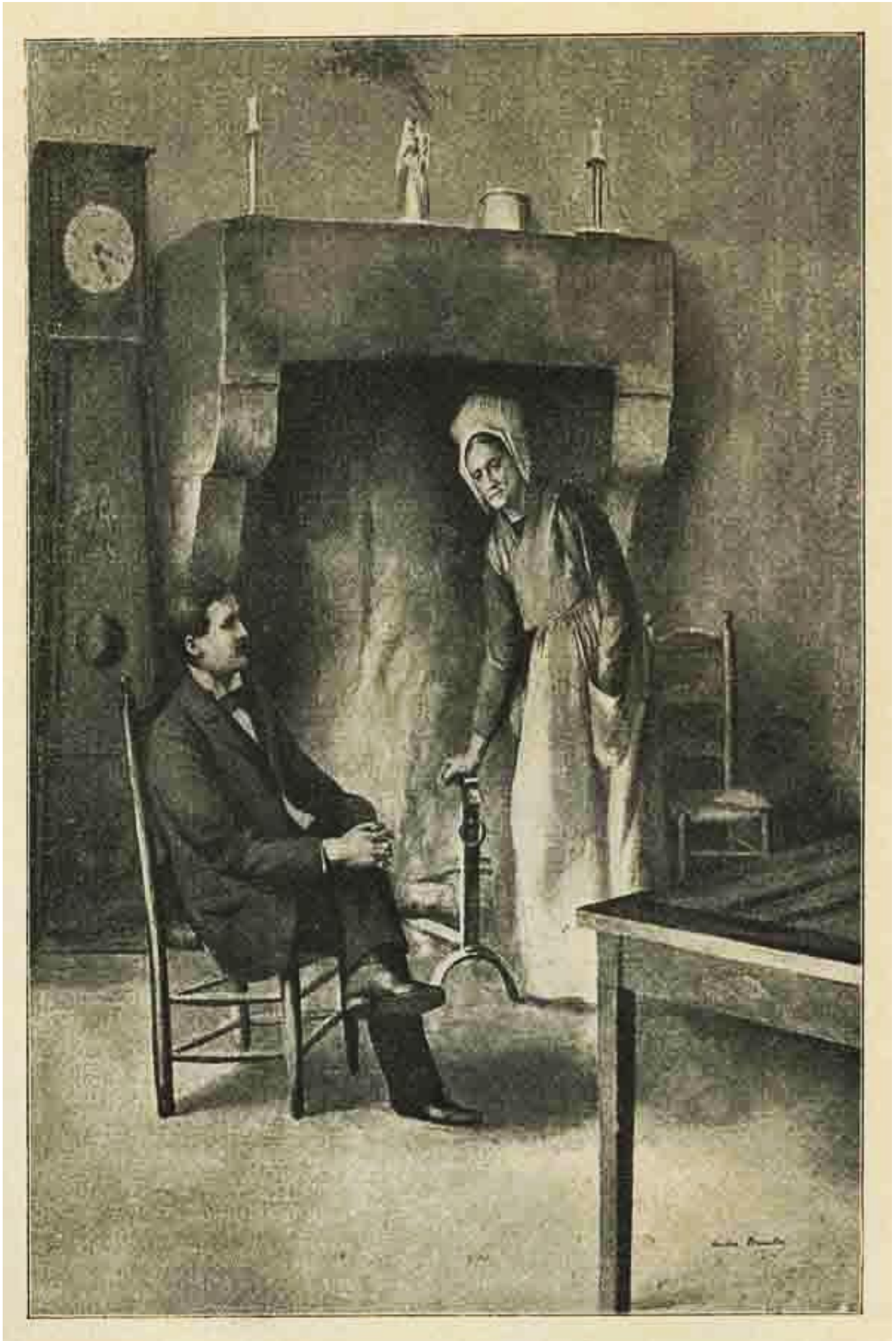
¡No era así como yo era recibido en otro tiempo! ¡Qué diferencia! Magdalena salía á esperarme á la estación. Me abrazaba, me cumplimentaba por mi apostura, me prometía mil golosinas que había imaginado para mí. Apenas ponía yo el pie en el corredor, mi tío, que había renunciado por mí á su paseo habitual, salía de su gabinete con la corbata en desorden y con el corazón lo mismo, para verme, á mí, pobre colegial desmañado y estupefacto. ¡Aquel tiempo pasó! ¡Ahora llego temiendo encontrar á mi tío, y Magdalena tiene miedo de abrirme la puerta!

Nada me ha dicho, pero adivino que han debido brotar de sus negros ojos muchas lágrimas, que luego han corrido por sus mejillas demacradas y pálidas como la cera.

¡Qué rostro más transparente tiene! Parece que una lucecita interior la baña con sus rayos. Fuertes energías se anidan, por otra parte, bajo aquella máscara impasible. Magdalena nació en Bayona y es de sangre española. Dicen que fue bellísima á los veinte años. Al envejecer ha adquirido porte severo, aire de viuda, verdaderamente

viuda, y corazón de abuela.

Hela ahí que se desliza sobre sus babuchas hasta aquel reino de la paz y del silencio, hasta la cocina. La sigo. Dos cosas hay que no han entrado allí nunca: el polvo y el ruido. Un jilguero, solitario en una jaula de mimbre pendiente de las vigas y que exhala por intervalos un pitido agudo, y el sonido metálico de un reloj, son los únicos que animan el curso silencioso del tiempo. Ella se sienta en su silla baja en la que se pasa las tardes haciendo media.



—Magdalena: ¿sabes que voy á casarme?

Movi6 la cabeza lentamente.

—SÍ, en París, señor Fabián: eso es lo que tanto le disgusta al señor.

—Tú verás, Magdalena, á la que yo he elegido.

—No lo creo, señor Fabián.

—SÍ, sí, y tú reconocerás que es mi tío el que se engaña.

—No he visto que se engañe muchas veces.

—En fin, la cuestión no es ésa. Mi matrimonio es cosa resuelta, pero yo quiero hacer que mi tío consienta en él; ¿comprendes?, quiero reconciliarme con él.

Magdalena meneó de nuevo la cabeza.

—No lo conseguirá usted.

—¿Qué dices Magdalena?

—Que no lo conseguirá usted, señor Fabián.

—¿Tan cambiado está?

—Tanto, que es usted incapaz de creerlo; tanto, que me cuesta mucho trabajo no cambiar yo también. Él, que tan buen apetito tenía, no tiene ahora sino caprichos. Por más que le presento platos delicados y que le compro primores, en nada se fija. Cuando entro con mis sorpresas por la puerta, él mira por la ventana. Por las noches suele olvidarse de salir al jardín y permanece sentado á la mesa, con los codos sobre la servilleta desplegada, la cabeza apoyada en los puños y pensando en cosas que no dice. Si yo quiero hablarle de usted —no crea usted que no lo he intentado, señor Fabián—, se marcha furioso y me prohíbe que vuelva á abrir la boca con tal motivo. La casa está triste, señor Fabián. Todo el mundo comprende que ha cambiado. El señor Lorinet y su señora ya no ponen los pies aquí. El señor Hublette y el señor Horlet llegan para jugar, como si asistiesen á un entierro, creyendo complacer así al señor: hasta los clientes me dicen que el señor los recibe como á perros, y que haría bien en vender su bufete.

—¿No lo ha vendido, pues?

—Todavía no. Pero supongo que tardará poco en venderlo.

—Escucha, Magdalena: tú has sido siempre buena y cariñosa para mí: tengo la seguridad de que todavía me quieres: préstame un servicio, el último. Es preciso que me des aquí habitación sin que mi tío lo sepa.

—¡Sin que él lo sepa, señor Fabián!

—SÍ; en la biblioteca, por ejemplo: él no va allí nunca. Desde allí estudiaré, espiaré á mi tío sin que él me vea, y puesto que tiene un humor tan variable, aprovecharé la primera buena ocasión que se me presente. A una señal tuya, bajaré.

—El caso es, señor Fabián...

—Es preciso, Magdalena; es indispensable que encuentre ocasión de hablar con mi tío antes de mañana á las diez, hora en que llega mi prometida.

—¡La parisiense!... ¡Va á venir aquí!...

—Por el tren de mañana á las nueve y seis minutos, con su padre.

—¿Pero eso es posible, Dios mío?

—Sí; para verte, Magdalena, para ver á mi tío, para ajustar la paz. ¿No te parece bien?

—Muy bien, señor Fabián..., pero tiemblo desde ahora por lo que va á suceder... En cuanto á mí, la verdad; me gustará conocer á esa señorita.

Todo quedó convenido. Magdalena no le dirá á mi tío ni una palabra de mi existencia en Bourges á algunos pasos de él. Si ella descubre algún rayo de luz en el sombrío carácter del señor Mouillard, me lo advertirá. Si me viese obligado á diferir hasta mañana la conversación con él y á pasar la noche en el canapé de la biblioteca, me llevará pasteles, un cobertor y «su almohada de vacaciones de cuando era usted pequeño».

Heme aquí, pues, en la gran biblioteca del primer piso, contigua al salón, comunicando por la otra de sus puertas con la meseta de la escalera enfrente de la habitación del señor Mouillard, y por sus dos anchas ventanas con el jardín. ¡Qué hermoso aspecto de burguesía desde el estrado de ébano luciente, arrufado á trechos, hasta los cuatro armarios acristalados coronados por cuatro bustos de bronce: Herodoto, Homero, Sócrates, Marmontel! Nada ha variado de sitio: los libros están en el mismo lugar en que yo los he visto desde hace veinte años; Voltaire al lado de Rousseau; el *Diccionario de conocimientos útiles* y la *Historia antigua* de Rollin. Las llamadas flechas envenenadas de los salvajes, que me causaban tanto terror, simulan siempre cola de pavo real sobre la chimenea, en cuyos extremos siguen floreciendo los mismos corales blancos: el organillo, que hasta los diez y ocho años me estuvo prohibido tocar, descansa á la izquierda en el mismo ángulo, y sobre la misma mesa, cerca del pequeño mueble en que hay papel de cartas, se levanta, siempre majestuoso, siempre dispuesto á girar en sus círculos graduados, el globo terrestre «en que se hallan marcados los tres viajes del capitán Cook, ida y vuelta». ¡Ah, comandante, cuánto hemos viajado juntos! ¡Qué hermoso camino hacíamos con viento en popa á través de las islas de vegetación virgen, que veíamos pasar con sus extrañas flores abiertas hacia nosotros, procurando atraernos y adormecernos con sus peligrosos perfumes!; pero habíamos adivinado el lazo, habíamos entrevisto el manzanillo elevándose sobre las altas hierbas: usted mandaba con su robusta y sonora voz, y la vía se prolongaba delante de nosotros, infinita, y corríamos á nuevas tierras, á nuevos descubrimientos, hasta aquel islote fatal de Owhyhee, hasta aquel punto del globo terrestre manchado



con una lágrima..., porque he llorado por usted, mi comandante, en esa edad en que las lágrimas corren, completamente solas, de un corazón lleno de encanto.

Las siete en la catedral; la puerta del jardín se cierra con estrépito: es mi tío que entra. El señor Mouillard no se detiene delante del escritorio en que guarda sus papeles judiciales; rebasa el macizo de petunias sin dirigirle aquella mirada circular que me es tan conocida, la ojeada del cultivador satisfecho; tampoco dirige una palabra de ánimo al ánade chino que atraviesa la avenida por delante de él.

Tiene razón Magdalena. La reconciliación dista mucho de estar madura. Sería necesario un gran rayo de sol para hacerla madurar. ¡Si tú estuvieras aquí, Juana!

—¿No ha venido nadie mientras he estado fuera?

Es la fórmula eterna de mi tío, á la cual sigue siendo fiel. Y oigo que Magdalena le responde algo cortada:

—No, señor; no ha venido nadie preguntando por usted.

—¿Ha venido, pues, alguien preguntando por ti? ¿Algún enamorado quizá, mi vieja Magdalena? Es ahora tan estúpida la gente, que también serías tú capaz de casarte y de dejarme. Anda, sírveme en seguida la cena, y si ese señor condecorado pregunta por mí..., ¿sabes quién?

—¿Ese muy flaco?

—Sí; lo haces entrar en el salón.

—¿En el salón un señor solo? No, eso no. Le enceraron ayer el piso y aún están los muebles por en-medio.

—Bien, bien; lo recibiré aquí.

Mi tío entró en el comedor, debajo de mí, y en veinte minutos no oí ya nada más que el vibrante llamamiento de su copa de cristal.

Apenas había concluido de comer, cuando llamaron á la puerta de la calle. Alguien preguntó por el señor Mouillard, supongo que sería el señor condecorado, porque Magdalena lo introdujo y el ruido de una silla me advirtió que mi tío se levantaba para recibir al visitante.

Se sentaron. Se entabló la conversación. Un vago murmullo sube á través del piso. Sólo alguna que otra vez se percibe un sonido más claro, y me parece entonces que no me es desconocida aquella voz de timbre aflautado. Pura ilusión, sin duda, pero que se apodera de mí en el silencio de la biblioteca y en la inquieta ociosidad de mi espíritu. Todos los hombres de voz atiplada que he encontrado en Bourges desfilan ante mí: un tratante en granos de la plaza de San Juan; el sacristán Rollet; un industrial grueso que hacía que mi tío le redactara las peticiones para la rebaja de impuestos. Busco febrilmente, mientras que la luz decrece en la ventana y las torres de Saint-Etienne pierden por grados la luminosa aureola de que las rodea el sol poniente.

Al cabo de una hora se anima la conversación. Mi tío tose; la flauta se hace

desagradable. Percibo este fragmento de diálogo:

—No, señor.

—Sí, señor.

—¿Y la ley?

—Yo se la impongo á usted.

—¡Eso es una tiranía!

—Entonces, rompámosla, caballero.

Es de creer que nada llega á romperse, porque un aplanando progresivo vuelve la discusión á los moldes de un susurro monótono. Pasa una segunda hora, luego una tercera. ¿Qué clase de visita es ésta tan desmesurada?

Son ya cerca de las once. Un rayo de luna, que sale, acaba de deslizarse á través de los árboles del jardín. Un gato negro, grande, atraviesa el prado sacudiendo sus patas húmedas. La noche le da aspecto de tigre. Veo en mi imaginación la silueta de Magdalena sentada, con los ojos fijos en la muerta ceniza del hogar, corriendo las cuentas de su rosario. Piensa como yo:

—¡Hace muchos años que el señor Mouillard no se acuesta á semejantes horas!

Espera, porque nunca otra mano que la suya ha corrido el cerrojo de la puerta de la calle. La casa no quedaría cerrada si no la cerrara ella.

Abrese, por fin, la puerta del comedor.

—Permítame usted que le alumbre; tenga usted cuidado con los escalones.

Después, el adiós de personas extenuadas; el chirrido de la gran llave al dar vuelta en la cerradura; un paso ligero que se aleja por la parte de fuera; el paso tardo de mi tío que sube á su habitación: todo ha concluido.

¡Qué despacio que sube mi tío! El dolor tiene su peso: esto no es una metáfora. Él, más nervioso que un artículo del código, parece andar con dificultad.

Atraviesa el descansillo; se encierra en su cuarto. ¿Si yo saliera del mío? Sólo unos pasos nos separan. Muy tarde es sin duda; pero la emoción que le embarga, quizá lo predisponga en mi favor... ¿Qué es lo que escucho? Suspiros... ¿Sollozos? ¿Llora?... ¡Suceda lo que suceda, tío mío, corro hacia usted!

Iba á salir ya de la biblioteca, cuando percibí el roce de un vestido contra las paredes, sin haber sentido ruido alguno de pasos. Al mismo tiempo se deslizó por debajo de la puerta un pedacito cuadrado de papel: un mensaje de Magdalena la Silenciosa. Desdoblé la hoja y leí estas palabras escritas en sentido diagonal con un desprecio genuinamente español de la ortografía francesa: «*No baya usted hesta noche*».

Puesto que tú lo aconsejas, Magdalena, no iré.

No. Me acostaré ahí en el canapé. Sin embargo, este retraso, ahora, me contraría mucho. Se me hace duro dejar pasar aún esta noche sin reconciliarme con ese pobre hombre, o sin haberlo intentado al menos. Sufre, es desgraciado hasta el punto de

llorar, ¡él, que no ha tenido lágrimas en tantos casos en que yo no he podido contener las mías! Seguiré tu consejo, mi vieja y fiel amiga, porque sé que á ti te preocupa tanto como á mí la paz de esta casa; pero conozco que trataré de inquirir inútilmente, y por mucho tiempo aún, la causa de este nuevo pesar y cuál es la parte con que yo he contribuido á él.

Bourges, 5 de agosto

Me desperté á las siete. Mi primer pensamiento fue para el señor Mouillard. ¿En dónde está? Me pongo á escuchar: nada. Voy á la ventana: el pequeño pasante del bufete, echado boca abajo sobre el musgo, arroja migas de pan á los rojos pececillos del estanque. Aquello era una muestra que no podía engañarme. Mi tío no está en casa.

Bajo á la cocina.

—Di, Magdalena, ¿ha salido?

—A las seis en punto, señor Fabián.

—¿Por qué no me has despertado?

—¿Lo sabía yo acaso? No sale nunca por la mañana, jamás. Está como no lo he visto en la vida, ni aun cuando la muerte de su difunta esposa.

—¿Qué tiene?

—Creo que va á vender el bufete. Anoche me dijo al pie de la escalera: «Magdalena: soy hombre muerto, hombre muerto. Hubiera podido revivir; pero hay un ingrato, un salvaje —salvo sea el respeto que le tengo á usted, señor Fabián— que no ha querido que reviva. Si lo cogiera, no sé lo que haría con él».

—¿No ha dicho qué es lo que haría con el salvaje?

—No. Entonces fue cuando, al subir, eché el papel por debajo de la puerta.

—Sí, te doy las gracias. ¿Se había calmado esta mañana?

—Ya no tenía el aire colérico; pero vi que había llorado.

—¿En dónde está?

—No lo sé. Por otra parte, querer ir detrás de él sería lo mismo que querer alcanzar un ciervo.

—Tienes razón; vale más esperarlo. ¿Cuándo volverá?

—Antes de las diez, con seguridad que no. Le digo á usted que eso de salir por la mañana no le ocurre ni una vez en el año.

—El caso es, Magdalena, que á las diez estará aquí la señorita Juana.

—¿Se llama Juana?

—Sí; y estará también el señor Charnot. Y mi tío, á quien yo debía preparar para

dicha visita, no sabrá nada, ni siquiera que he pasado la noche bajo su techo.

—El hecho es, señor Fabián, que no me parece bien llevado ese asunto. En fin, hay que contar con el azar, con la casualidad, que no aparece sino en el último momento.

—Invócalo en favor mío, mi buena Magdalena.

Pero el azar fue inexorable. Mi tío no volvió. Yo no encontré ninguna idea nueva. Al dirigirme á la estación, ansioso y descontento, me planteaba aún este problema que me preocupaba hacía más de una hora.

«No le he dicho nada al señor Mouillard. ¿Debo ahora decirle algo al señor Charnot?».

Mis apuros se aumentaron cuando vi pasar conducidos por el tren á Juana y á su padre, asomados á la portezuela de un vagón.

Un minuto después descendía ella, vestida de color gris, con las mejillas sonrosadas y dos alas de gaviota en el sombrero.

El señor Charnot me estrechó la mano con verdadera satisfacción por haber salido del vagón y poder sacudirse y sentir bajo sus pies la tierra firme: me pidió noticias de mi tío, y oída mi respuesta de que estaba perfectamente, fue á buscar las maletas.

—Y bien —me dijo Juana—, ¿está todo arreglado?

—Al contrario: no hay nada hecho.

—¿Lo ha visto usted?

—Tampoco. Aceché el momento favorable, sin encontrarlo. Ayer estuvo mi tío muy ocupado: esta mañana ha salido á las seis. Hasta ignora que esté yo en Bourges.

—¿Y está usted en su casa?

—He dormido sobre un canapé en su biblioteca.

Juana me miró de un modo que quería decir: «Pobre amigo mío: ¡qué poco práctico es usted!».

—Continúe usted no haciendo nada —me dijo—. Si mi padre no se creyese anunciado, retrocedería.

Éste volvía en aquel instante hacia nosotros, habiendo dejado colocadas ya las dos maletas y la caja de los sombreros en el imperial del ómnibus del hotel de Francia.

—¿No es allí dónde ha tomado usted nuestras habitaciones?

—Sí, señor.

—Son las nueve y doce minutos: anúnciele usted nuestra visita al señor Mouillard para las diez en punto.

Los acompañé algunos pasos. Luego montaron en el carruaje, que partió al trote largo de sus dos percherones.

Al dirigir la mirada en torno mío después de haberlos perdido de vista, descubrí, bajo la marquesina, tres personas en fila, que se fijaban en mí. Reconocí en ellas al señor, á la señora y á la señorita Lorinet. Los tres sonreían de la misma manera

despreciativa y burlona. Saludé. Únicamente contestó él al saludo levantándose un poco el sombrero. Por una fatalidad increíble, Berta llevaba puesto un vestido azul, como en otro tiempo.

Volví á tomar la dirección de la calle del Horno, dichoso y trastornado, bosquejando proyectos que se destruían los unos á los otros, unas veces con beatitud, otras llenándome de imprecaciones tan vivas como no lo fueron nunca las de Camilo. Iba por las calles oculto bajo el paraguas, porque llovía: una nube densa como de tempestad descargaba sobre Bourges, y yo bendecía la lluvia que permite al hombre ocultar su rostro.

El camino es bastante largo desde las márgenes del Voizelle hasta el viejo cuartel de la catedral. Cuando yo desembocaba de la calle Mediana, aquel bulevar de los Italianos de la capital del Berry, para entrar en la calle del Horno, un sol brillante secaba el agua de los techos, y el reloj de cuco del señor Festuquet, vecino de mi tío, daba las diez, esto es, la hora de la cita.

No esperé tres minutos en la puerta del jardín, cuya llave me había dado Magdalena. El señor Charnot apareció dando el brazo á Juana.

—Figúrese usted que he olvidado mis chanclos de goma, yo, que no dejo de llevarlos nunca cuando voy al campo.

—¡El campo, papá! —dijo Juana—, Bourges es una ciudad.

—Es verdad —dijo Charnot, que temía haberme molestado.

Se caló las gafas y se puso á examinar los viejos hoteles vecinos.

—Una ciudad, una verdadera ciudad.

No recuerdo qué tontería dije entre dientes.

¡Bueno estaba yo para preocuparme en aquel momento de los chanclos de goma del señor Charnot ni de la reputación de Bourges!

Detrás del muro, allí, pero muy cerca, adivinaba al señor Mouillard. Pensaba en que era preciso abrir aquella puerta que teníamos enfrente de nosotros; lanzar sin preparación á aquel académico contra aquel abogado; arriesgar quizá mi dicha en una impresión de mi tío; jugar, en fin, la partida decisiva, tan deplorablemente empeñada.

Juana estaba conmovida, siquiera hiciese todo lo posible por no demostrarlo. La mano que me tendió temblaba.

—Sea lo que Dios quiera —me dijo en voz muy baja—. ¡Abra usted!

Metí la llave en la cerradura.

Estaba convenido que Magdalena iría en seguida á decirle al señor Mouillard que en el jardín le esperaban unos desconocidos. Pero sea que no estuviese alerta, sea que no nos hubiese visto en el momento, fue el caso que hubimos de permanecer algunos instantes en el extremo del jardín sin que nadie viniese hacia nosotros.

Yo me eliminé detrás de los nogales cuyas copas ocultan los muros.

El señor Charnot encontraba muy hermoso todo aquello y se volvía de todos lados

con pequeños castañeteos de *gourmet*. Porque era precioso el jardín de mi tío. Las hojas, lavadas por la lluvia, lucían con todo su verdor; gruesas gotas caían de los árboles con ecos argentinos; en los canastillos, todas las petunias abrían sus cálices y nos envolvían con sus perfumes; los pájaros, mudos durante el chubasco, volaban, piaban y gorjeaban entre las ramas: yo estaba loco y me pareció que hablaban.

El pinzón decía:

«Viejo Mouillard: ¿no ves esta curruca que acaba de entrar?».

El abejaruco decía:

«Alerta, buen hombre: es más espiritual que tú».

El mirlo decía:

«He oído hablar de ella al hermano de mi abuelo, un mirlo de los Campos Elíseos: era allí de las más notables».

La golondrina decía:

«Juana habrá cautivado tu corazón en menos tiempo del que yo doy una vuelta a tu jardín».

El cuervo, que es algo curial, se lanzaba desde las torres gritando:

«¡Bah, bah, bah; perdonará, ra, ra, ra, y habrá paz, paz, paz, paz!».

Y todos prorrumpían en coro:

«Si usted tuviera nuestros ojos, señor Mouillard, la vería usted que mira su escritorio; si tuviera usted nuestros oídos, oiría usted que suspira; si tuviera usted nuestras alas, volaría usted hacia ella».

Aquel concierto inusitado fue indudablemente el que atrajo la atención de Magdalena. La vimos encaminarse erguida, despacio, hacia el despacho situado en un ángulo del jardín.

La elevada silueta del señor Mouillard se dibujó en el dintel ocupando todo el hueco de la puerta.

—¿Dices que en el jardín? ¿Qué idea es ésa de hacer entrar ahora a los clientes en el jardín? ¿Por qué les has abierto?

—Yo no les he abierto: ellos han entrado.

—Entonces es que no estaba cerrada la puerta. Nada está cerrado aquí. Pronto entrarán por la chimenea del salón. ¿Qué gentes son ésas?

—Un señor y una señorita a quienes no conozco.

—¿Una señorita que tú no conoces?... Una separación de cuerpos, lo juraría... ¡Es una insensatez, palabra de honor! ¡Hay gentes que tienen la manía de venir a hablarme de su separación de cuerpos, con sus hijas!

Mientras que Magdalena se ocultaba huyendo del chubasco y ganaba la cocina, el señor Mouillard se echó hacia arriba en dos manotadas sus blancos cabellos, su



última coquetería, y se dirigió por la avenida circular del jardín.

Yo me cubrí completamente con los nogales. El señor Charnot, que me creía detrás de él, marchó hacia adelante con paso desenvuelto.

Mi tío andaba con dejadez, como un hombre agobiado por el peso de los negocios, feliz sin embargo por aprovechar un minuto de recreo entre el cliente que sale y el que entra. Mi tío tuvo siempre gusto en que le considerasen agobiado.

Al pasar, le dio un capirotazo á un capullo de rosa devorado por los pulgones; le dio con el pie á un caracol turista que atravesaba la avenida; después, á mitad de camino, levantó bruscamente la cabeza y miró al importuno.

Sus contraídas cejas se dilataron: en sus ojos se dibujó una inmensa admiración.

—¿Será posible? ¡El señor Charnot del Instituto!

—El mismo, señor Mouillard.

—¿Y la señorita Juana, sin duda?

—La misma, que viene conmigo á pagarle á usted su atenta visita.

—En verdad que es mucha amabilidad, mucha. ¡Semejante molestia para venir á verme!

—Por el contrario, nada más natural, dado el punto á que han llegado las relaciones de estos jóvenes.

—¡Ah! Según eso, ¿se casa usted, señorita?

—Indudablemente: en ello pensamos —dijo riendo Charnot.

—La felicito á usted, señorita.

—Y yo se la traigo á usted, señor Mouillard, para presentársela. Tiene usted derecho á ello.

—Derecho, no.

—¿Cómo que no?

—Dispense usted, caballero. La política es muy buena; pero hay que ser franco ante todo. Si fui á verlo á usted en París, lo hice principalmente para obtener un dato. Me lo dio usted; pero eso no valía la pena de venir de París á Bourges para darme las gracias, sobre todo con su hija.

—Dispéñeme usted á su vez. La modestia tiene de igual modo sus límites, señor Mouillard. Como su sobrino de usted va á casarse con mi hija y mi hija pasaba por Bourges, es muy natural que yo la presentara á usted.

—Yo ya no tengo sobrino, caballero.

—Está aquí.

—Ni he pedido la mano de su hija de usted.

—No; pero ha recibido usted á su sobrino, y desde ese momento...

—¡Jamás!

—El señor Fabián está en su casa de usted desde ayer: él le ha prevenido á usted.

—No; no lo he visto; no lo hubiera recibido; ¡le he dicho á usted que ya no tengo

sobrino! Yo soy un hombre muerto, un... un... un...

Le faltó la voz, se enrojeció su rostro, vaciló, cayó sentado pesadamente, luego de espaldas, y permaneció inmóvil sobre la arena de la avenida.

Acudí.

Cuando llegaba cerca de mi tío ya había vuelto Juana del pequeño estanque en el que había empapado su pañuelo y humedecía las sienes del señor Mouillard. Ella era la única que operaba. Magdalena sostenía la cabeza de su amo y se lamentaba.

—¡Ay!, apuesto á que es otro cólico grande como el que tuvo hace diez años. ¡Qué enfermo estuvo, Dios mío! Recuerdo que le empezó como ahora, en el jardín.

Yo interrumpí sus lamentaciones diciendo:

—Creo, señor Charnot, que convendría llevar al señor Mouillard á su cama.

—¡Toma! ¿Por qué no lo lleva usted? —exclamó el numismático con aire exasperado—. No creí que tendría que servir yo aquí de camillero. ¡Pero, puesto que es necesario, cójalo usted por la cabeza!

Él lo cogió por los pies. Magdalena marchaba delante, Juana detrás. La inmensa mole de mi tío se balanceaba entre Charnot y yo; pero como él llevaba los brazos arqueados á la altura del talle sosteniendo las dos piernas del señor Mouillard, tenía el aspecto de un empleado de pompas fúnebres.

Como nos costase trabajo subirlo por la escalera, el señor Charnot me dijo, apretando los dientes con el esfuerzo:

—He aquí un viaje que empieza bien, gracias á usted, señor Fabián. Le felicito por ello.

Comprendí que me prometía, para sus adentros, toda una obra orquestal sobre el mismo tema.

Pero no era aquél el momento oportuno para discursos. Algunos instantes después, mi tío yacía inanimado sobre su lecho. Juana ayudaba á Magdalena á preparar sinapismos, con una habilidad y un arte perfectos; Charnot, silencioso, esperaba, como yo, la llegada del médico que el pequeño pasante había ido á buscar, y fijaba alternativamente su atención en la corona de flores de naranjo de mi difunta tía Mouillard, colocada debajo de un fanal en medio de la cornisa de la chimenea, y en un cuadro representando frutas, que no hubiera sido de fácil colocación en el mercado de pinturas. Aquello duró más de diez minutos, que, por esperar al médico, nos parecieron muy largos. Estábamos inquietos. El señor Mouillard no daba señal alguna de volver en sí. Sin embargo, los remedios empezaron á obrar poco á poco: movió ligeramente los párpados, reapareció la vida, y abrió por fin los ojos, en el preciso momento en que el doctor entraba.

Todos nos precipitamos en rededor suyo.

—Querido amigo —dijo el médico—. Por lo menos, no le ha faltado á usted gente que lo cuide. Veamos ese pulso... Un poco débil... ¿Y la lengua?... Hable

usted un poco.

—Una emoción algo fuerte —dijo mi tío.

El doctor siguió la dirección de la mirada del enfermo, fija en Juana, que se mantenía erguida á los pies del lecho, y saludó á la joven, á la que no había visto hasta entonces; volvióse luego hacia mí, lo que me hizo sonrojar estúpidamente, y por último, fijó otra vez su mirada en mi tío y sorprendió dos lágrimas que surcaban por sus mejillas.

—Sí, comprendo: una emoción demasiado viva, mi pobre Mouillard. A nuestra edad no deberíamos tener ya otras que las de nuestros recuerdos, emociones rancias á las que ya estamos acostumbrados, así como ellas están acostumbradas á nosotros. Pero los muchachos se encargan de hacernos sufrir otras, ¿no es eso?

El señor Mouillard sollozaba.

—Vamos, amigo mío —continuó el médico—, le permito á usted que abrace á su futura sobrina por una vez y delante de mí, para asegurarme de que no abusará usted del permiso. Después, todo el mundo fuera; no más enternecimientos: calma absoluta.

Juana se acercó á la cabecera; cogió la cabeza del enfermo y la levantó.

—¿Quiere usted abrazarme, tío mío?

Y le presentó su sonrosada mejilla.

—La quiero á usted con todo mi corazón —dijo mi tío abrazándola—; ¡usted, usted es buena!

Después se deshizo en lágrimas y ocultó su rostro en la almohada.

—Retírense ustedes todos —dijo el doctor.

Él bajó también con nosotros y nos tranquilizó respecto á la salud de Mouillard.

Apenas hubo cerrado el médico la puerta de la calle, tronó en la escalera la fuerte voz del abogado:

—¡Charnot!

El viejo numismático volvió á subir los veinte escalones.

—¿Me llamaba usted?

—Sí: se queda usted á comer conmigo. No se lo pude decir á usted hace un momento, pero pensaba en ello.

—Es usted muy cumplido, señor Mouillard; pero es el caso que nos marchamos á las nueve.

—Yo como á las siete, por lo tanto hay tiempo.

—Va á ser para usted demasiada fatiga.

—¿Fatiga? ¿Acaso no como todos los días?

—Le prometo á usted volver para informarme del estado de su salud.

—Puedo darle á usted esos informes en el acto: son excelentes. No, no quiero que se diga que se ha tomado usted la molestia de venir á Bourges desde París para ver que me desmayo. Cuento con usted y con su hija la señorita Juana.

—¿Con nosotros tres?

—Conmigo seremos tres, sí, señor.

—Dispense usted: seremos cuatro.

—Confío en que el cuarto tendrá la discreción de comer en otra parte.

—¡Vamos, señor Mouillard!, su sobrino de usted, su pupilo...

—Dejé de ser su tutor hace cuatro años, caballero, y he dejado de ser su tío hace tres meses.

—¡Y él, que tanto desea el fin de esta disensión!...

—Permítame usted que descanse —repuso el señor Mouillard— para poder recibir mejor á mis huéspedes.

Y se volvió á acostar, manifestando claramente su voluntad de no añadir una palabra más acerca de tal extremo.

Aquel diálogo fue oído por nosotros desde el arranque de la escalera, y Juana, que tan regocijada estaba por una conquista que juzgaba completa, se entristeció nuevamente.

—¡Y yo que, al abrazarme, creí que lo había perdonado á usted! ¿Qué hacer ahora?... Venga usted en socorro nuestro, Magdalena.

Ésta, en cuyo corazón se iba metiendo poco á poco Juana, buscaba, sin encontrar medio alguno, y movió la cabeza tristemente.

—¿Cree usted que debe ir á ver á su tío? —preguntó Juana.

—No.

—¿Y si usted le escribiera, Fabián?

Magdalena hizo un signo de aprobación y sacó del fondo de su armario un tinterito de barro, un portaplumas oxidado y una hoja de papel en cuyo ángulo izquierdo superior se veía una paloma con un ramo en el pico.

—Es de mi prima de Romorantin, que murió antes de primero de año. Sobraba esa hoja.

Me senté ante la mesa de la cocina, y escribí. Juana, inclinada sobre uno de mis hombros, leía lo que yo iba escribiendo. Magdalena, atenta y de pie junto al reloj, se olvidaba de los hornillos y nos miraba con sus ojos negros.

Yo escribí debajo de la paloma:

«Tío mío: He venido de París resuelto á poner fin á una mala inteligencia que ya dura demasiado y que me ha hecho sufrir más de lo que usted puede creer. Desde que llegué, ayer á las cinco de la tarde, hasta hoy á las diez, me ha sido imposible hablarle. Si lo hubiera podido hacer, no se hubiera usted negado á devolverme su afecto, cuyas susceptibilidades reconozco que he debido respetar más, y me hubiera otorgado un consentimiento del que depende su propia felicidad, tío mío, con la de su sobrino

»Fabián».

—Algo serio —dijo Juana—. Ahora me toca á mí.
Y aquella sirena escribió á continuación con diestra mano:

«A mí me corresponde con preferencia, señor Mouillard, obtener el perdón, porque soy la más culpable. Usted le prohibió á Fabián que me amara, y yo no he hecho nada para impedirlo.

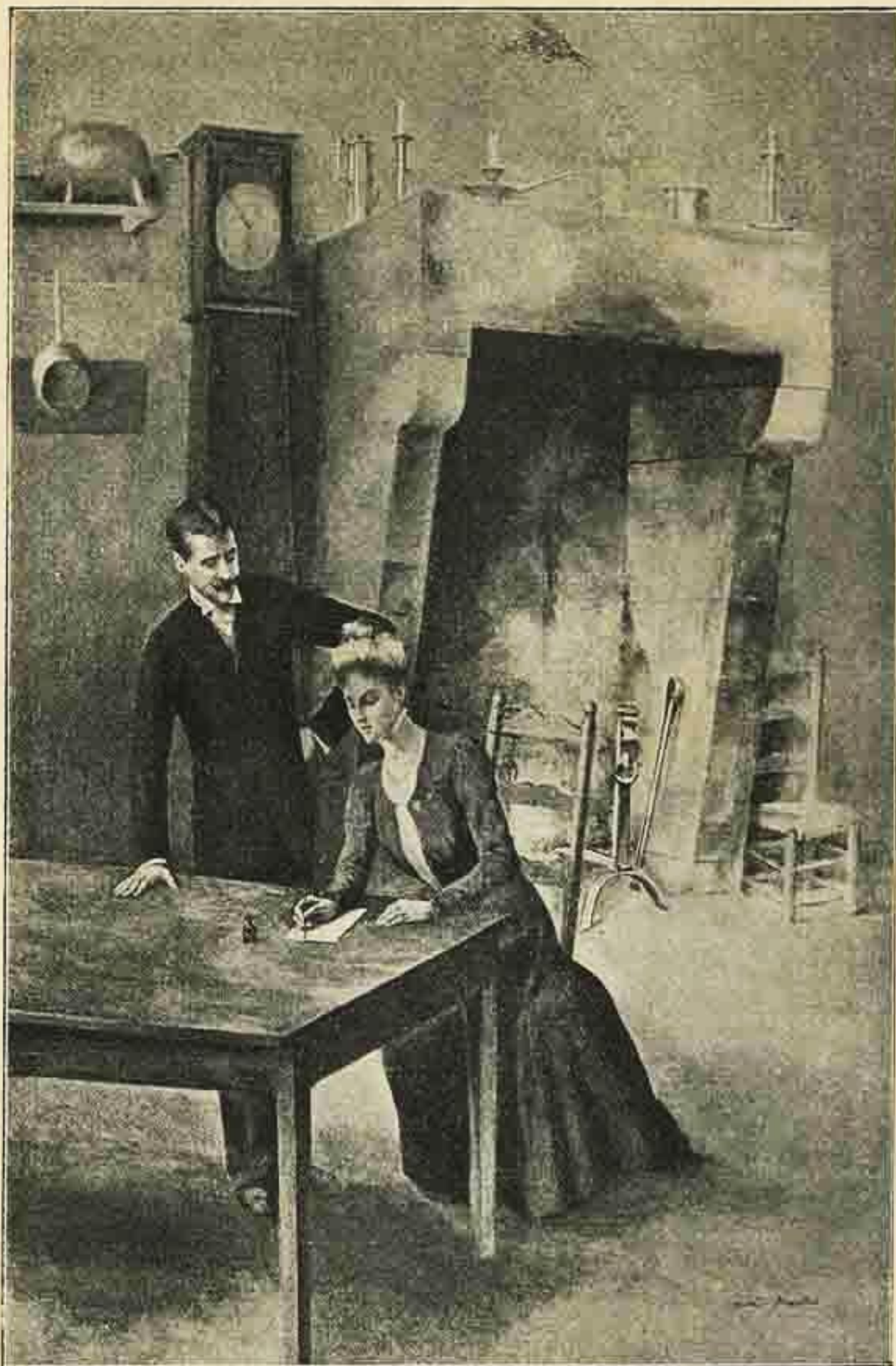
»Es más: si él vino ayer á verlo á usted, fue porque yo le incité á ello asegurándole que el generoso corazón de usted no se negaría á aceptar afectuosas explicaciones.

»¿Estaba yo equivocada?

»Las palabras que me dirigió usted hace un momento me hacen confiar que no.

»Pero si me he engañado, no se incomode usted con nadie más que conmigo. Devuélvale su afecto á su sobrino; reténgalo á comer en nuestro lugar, y déjeme partir con el sentimiento de que no me haya usted juzgado digna de que le llamase mi tío, como tan fácil y tan dulce me hubiera sido darle tan cariñoso título.

»Juana».



Volví á leer las dos cartas. Magdalena lloraba al escuchar la lectura.

Juana sonreía imperceptiblemente.

Nos fuimos, dejando á la fiel criada el cuidado de elegir el momento favorable para entregar al señor Mouillard nuestra doble súplica.

Debo confesar sinceramente que tan pronto como salimos de la casa, en el hotel durante el almuerzo, y en el primer cuarto de hora que siguió á éste, recibí del señor Charnot la más viva y mejor compuesta catilinaria que he recibido desde mi niñez, la cual terminó así.

—Si á las nueve y cincuenta y un minutos de esta noche no ha hecho usted las paces con su tío, recojo mi palabra y nos volvemos á París.

Traté de combatir la conclusión, pero fue en vano. Una mueca casi imperceptible de Juana me indicó que hacía mal.

—Sea —le dije—, pongo nuestra causa en manos de usted.

—Y yo en las de Dios —me dijo—. Tenga usted ánimo. ¿De qué serviría la experiencia si no bastara á restar dos horas á los sinsabores que quizá nos esperan?

Nos encontrábamos enfrente de los jardines del palacio arzobispal. El señor Charnot entró en ellos: el aire fresco, los niños que jugaban, las mamás á quienes estudiaba etnológicamente con sabias preocupaciones de la geografía de las antiguas Galias, la vista de las flores de la plaza de San Miguel, y, por encima de los cuarteles, los álamos del Auron, cambiaron el curso de sus ideas. Dejó de ser suegro y volvió á ser turista.

Juana atravesaba con gracia angelical por entre los grupos de paseantes, y el murmullo que la acompañaba, aunque de envidia algunas veces, no era menos grato á mis oídos. Hubiera deseado cruzarme con la señorita Lorinet.

Después de los jardines del palacio arzobispal, fue preciso visitar la plaza Seraucourt, el paseo de Chanzy, la catedral, Saint-Pierre-le-Guillard y el hotel Jacques-Coeur. Eran ya las seis cuando regresamos al hotel de Francia.

Al entrar, en el vestíbulo, nos esperaba una carta, dirigida á la señorita Juana Charnot.

Reconocí al punto la letra flamígera del señor Mouillard y me quedé más blanco que el sobre.

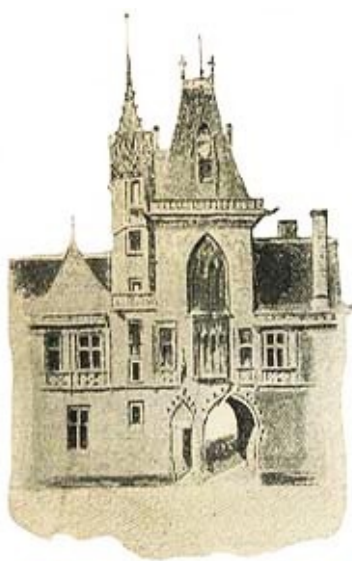
El señor Charnot exclamó con acento muy nervioso:

—Lee pronto, Juana, lee pronto.

De los tres, Juana era la única que sonreía.

Leyó:

«Mi querida niña: Esta mañana, en un momento de turbación, la he tratado á usted quizá demasiado familiarmente. Completamente repuesto, no retiro,



sin embargo, las palabras que la dirigí: “La quiero á usted con todo mi corazón: usted es buena”.

»No conseguirá usted que un viejo rutinario como yo rectifique sus prejuicios sobre la capital. Bastante es con que rinda las armas á una parisiense. Sobrina mía, ¡lo perdono á él en obsequio de usted!

»Vengan ustedes los tres esta tarde.

»Tengo muchas cosas que decirles y que pedirles. No todas ellas serán agradables; pero las tristezas creo que quedarán ahogadas en la alegría que derramarán ustedes en mi viejo corazón.

»Bruto Mouillard,
»Abogado licenciado».

Cuando llamamos á la puerta de la casa, vino á abrir Bautista, el pequeño pasante, que sirve á la mesa en las grandes solemnidades.

Mi tío nos esperaba en el gran salón en traje de día de fiesta, con su corbata más blanca, su levita más alcanforada, sin la menor raedura de polilla: el triunfo de Magdalena.

Nos abrazó á todos; pero tranquilamente, sin ese exceso de demostraciones á que está acostumbrado: se mostró digno, con una dignidad sencilla y conmovedora. La emoción, que exalta á la mayor parte de las naturalezas, refrenaba la suya. Acerca de lo pasado, acerca de nuestro matrimonio, ni una palabra. Aquella reunión, destinada á suministrar ocasión propicia para explicaciones necesarias, se iniciaba con puerilidades de buena educación, de pura cortesía.

He observado que suele suceder siempre así: se reúnen para explicarse, y empiezan por no decir nada.

Mi tío dio el brazo á Juana para trasladarse al comedor. Ella estaba locuaz. Hacía cien preguntas sobre Bourges, sobre los bailes, las modas, las construcciones, hasta sobre los procedimientos jurídicos y sobre el Palacio de Justicia.

—Estoy segura de que mi tío sabe eso —decía.

Y el tío sonreía siempre con el rostro iluminado por una llama, como la campana de una chimenea cuando el fuelle aviva el fuego. Contestaba, pero volvía á caer en un abatimiento que el deseo de hacer bien á sus huéspedes los honores de la casa no conseguía disimular sino en parte. Sus preocupaciones le hacían traición, sobre todo, en las miradas que me dirigía á mí, miradas que no reflejaban ningún resentimiento, sino una afección como de sufrimiento y de súplica.

Charnot, algo cansado y algo absorbido también en la apreciación de las maravillas culinarias producidas por Juana, soltaba una interjección o una observación alusiva en los momentos de silencio.

Yo conocía á mi tío lo bastante para saber que el final de la comida no se

parecería al principio.

En efecto, al llegar á los postres, en ocasión en que el académico celebraba el mérito de un confite berruyano, la forestina, mi tío, que desde hacía unos instantes agitaba circularmente en su vaso el vino de algún castillo del Médoc, se detuvo de pronto y colocó el vaso sobre la mesa.

—Mi querido señor Charnot —dijo—, tengo que hacerle á usted una confesión muy penosa.

—Pues si es penosa, mi querido amigo, no la haga usted.

—Fabián se portó mal conmigo. No voy á hablar de ello. Ya lo he olvidado. Pero... yo también me he portado mal con él.

—¿Usted, querido tío?

—Sí, hijo mío. Mi bufete, el bufete hereditario que prometí á tu padre conservar fielmente para ti...

—¿Lo ha vendido usted?

Mi tío ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Lo vendí anoche, pobre hijo mío, lo vendí anoche!

—Lo suponía.

—He sido débil; he sucumbido á los consejos del resentimiento, he comprometido tu porvenir. Fabián: ¡perdóname á tu vez!

Y levantándose de la mesa, se acercó á mí y me echó los brazos al cuello.

—No, no, tío mío: usted no ha comprendido bien: no tengo nada que perdonarle.

—¿Es que no tomarías el bufete si te lo ofreciese aún?

—No, tío.

—¿De veras?

—De veras.

El señor Mouillard respiró con fuerza y exclamó:

—¡Tanto mejor, hijo mío!, me quitas de encima un peso enorme.

Y enjugó con una punta de la servilleta dos lágrimas nacidas en tiempo de guerra y que seguían corriendo en tiempo de paz.

—Si la señorita Juana te lleva la fortuna con todas las demás perfecciones que tiene; si tu porvenir está asegurado...

—Querido Mouillard —dijo el académico interrumpiéndole con satisfacción mal disimulada—, mis colegas dicen que soy rico. Me calumnian. Los trabajos de numismática no enriquecen. Fabián, que ha tomado informes sobre este punto, podrá demostrárselo á usted. No: poseo únicamente ese honrado bienestar que no permite tenerlo todo, pero que no deja que falte nada.

—*Aurea mediocritas* —exclamó mi tío, encantado de la cita—. ¡Así dijo Horacio!

—¿No es verdad? Pues bien: decía que tenemos el pan asegurado. Ésta no es una razón para que mi yerno vegete en un reposo al que no creo tener yo aún derecho á

mi edad.

—¡Muy bien!

—Trabjará, pues.

—Pero ¿me quiere usted decir en qué?

—Hay otras ocupaciones que la de abogado. He estudiado á Fabián. Es una naturaleza algo vagabunda, que una educación especial hubiera hecho artista y que, falta de aquella primera formación, no pasará ya de ser soñadora.

—Así he pensado yo muchas veces, por más que no lo hubiera sabido decir tan bien.

—Con una naturaleza como la de su sobrino —continuó diciendo Charnot—, lo mejor es seguir una carrera en la que el ideal entre como una parte, no predominante, pero sí suficiente; una carrera entre prosa y poesía.

—¿Notario, entonces?

—No, eso no es más que prosa: bibliotecario.

—Tiene usted razón: bibliotecario.

—Hay en París, señor Mouillard, muchas bibliotecas pequeñas, silenciosas como los bosquecillos, en las que se encuentran plazas tranquilas como los nidos. Yo tengo algunas relaciones en los ministerios, y eso no sería una molestia: ya comprende usted.

—Perfectamente.

—Colocaremos en una de esas plazas á nuestro Fabián, protegido contra la ociosidad por lo poco que haga, y contra las revoluciones por lo poco que será. Oficio encantador, según usted ve, por cuanto el tufillo de los libros ya es por sí solo inteligente, y respirarlo es vivir la vida del espíritu.

—¡La vida del espíritu! —dijo mi tío entusiasmado—, sí, ¡la vida del espíritu!

—Y catalogarlos, señor Mouillard, compulsarlos, preservarlos en lo posible del gusano y del lector, ¿no cree usted que sea una ocupación envidiable?

—Sí, más envidiable que ha sido la mía y que será la de mi sucesor.

—A propósito, tío, aún no nos ha dicho usted quién es ese sucesor.

—Es verdad. Pero tú lo conoces: es tu camarada Larivé.

—¡Ah! Ya me explico muchas cosas.

—Un muchacho muy serio.

—Extraordinariamente serio, tío. Tengo entendido que se casa.

—Efectivamente, y hace un buen casamiento.

—¿Con quién?

—Hijo, toma todo lo que tú no has querido: se casa con la señorita Lorinet.

—¡Es un valiente! Pero, tío, ¿era con él con quien conferenció usted anoche?

—Precisamente.

—Como le dijo usted á Magdalena que esperaba á un señor condecorado.

—Lo es.

—¿De qué orden, santo Dios?

—De la de Nicham Iftikar, si no te disgusta.

—No, tío, no me disgusta, ni me admira. Larivé morirá con el pecho más lleno de condecoraciones que la bandera de un orfeón: será miembro de todas las sociedades artísticas, científicas y literarias del departamento, considerado, considerable, provinciano hasta la exageración después de haber sido furiosamente parisiense; las madres le confiarán sus cuidados, los padres sus intereses; pero cuando sus antiguos camaradas pasen por Bourges, tendrán la libertad de reírsele en las barbas.

—¡Envidioso!, estás envidioso de su condecoración.

—No, tío; no echo de menos nada, absolutamente nada.

Mi tío bajó un momento la cabeza y luego dijo:

—Yo sí que echo de menos algo, Fabián. Vegetar solo aquí me ha de parecer triste en ocasiones. Pero, en fin, me consolaré pensando en que vosotros estáis contentos y en que vendréis á pasar conmigo las vacaciones.

—Haga usted otra cosa mejor —dijo Charnot—; véngase usted á vegetar con nosotros. Los años nos serán menos pesados, señor Mouillard. Es indudable que siempre nos caerán encima, que nos pesarán, que nos encorvarán; pero estos jóvenes á quienes no les pesan los suyos, nos ayudarán algo á conllevar los nuestros.

Me sorprendió en extremo ver que mi tío no hiciese ninguna señal de reprobación.

—El tiempo está hermoso —dijo sencillamente—; bajemos al jardín y juzgarán ustedes si se pueden abandonar rosales como los que hay en él.

Satisfecho de sí mismo y contento de mí, de ella, de todos y hasta del tiempo, el señor Mouillard nos condujo al jardín.

Ya no había en él luz bastante para distinguir las rosas, pero aspirábamos su perfume al pasar junto á ellas. Yo había tomado el brazo de Juana, e íbamos delante, envueltos en la fresca sombra, tomando por todas las pequeñas avenidas circulares.



Dormían los pájaros; pero las cigarras, los grillos y otros insectos escondidos en la hierba y en la corteza de los árboles cantaban y hablaban en lugar de aquéllos.

Detrás de nosotros, algo lejos, lo más lejos que podíamos, crujía la arena al paso acompasado de los dos viejos, y oíamos como un murmullo frases truncadas.

—Una joven, señor Charnot, como Juana.

—Un joven, señor Mouillard, como Fabián.



París, 18 de septiembre

Nos hemos casado. Regresamos del templo. Nos hemos despedido de todos nuestros amigos, no sin alguna tristeza cubierta por la alegría que rebosa como nunca en mi corazón.

Antes de partir, dentro de dos horas, para Italia, escribo en este oscuro cuaderno, que no pienso llevar conmigo.

Juana, mi querida Juana, se inclina por encima de mi hombro y lee. Eso traba mis recuerdos.

Había mucha gente en la iglesia. Los periódicos habían consignado el nuestro entre los grandes matrimonios de la semana. El Instituto, la gente de armas, la gente de letras y los empleados de los ministerios habían concurrido por deferencia al señor Charnot: las gentes de negocios, berruyananos o parisienses, por deferencia á mi tío; los más gozosos, los más felices después de nosotros, los que no concurrían sino por deferencias á Juana o á mí, eran: el pintor de cámara del señor Charnot, Silvestre Lamprón, que colocó su lindo dibujo del Salón en la canastilla de boda; el señor Flamarán con Sidonia; Jupille, que lloraba como treinta años antes, y los señores Plumet, que llevaban consigo á su hijo en traje blanco.

Muchos apretones de manos dimos Juana y yo, pera no tantos como mi tío Mouillard. Afeitado, encorbatado con cuidado extremo, revolvíase entre la multitud como un trompo, llevando siempre detrás de sí á alguno que debía presentarle á otro. «Cuando uno llega —decía—, es preciso que se cree relaciones».

Porque mi tío llega, efectivamente; se establece cerca de nosotros, en el muelle Malaquais, en una habitación coquetona que Juana ha buscado para él. Él la

encuentra deliciosa porque á ella le ha parecido bien. Se ha despertado por completo en mi tío el antiguo estudiante, y ya no volverá á dormirse. Ya conoce mejor que yo las líneas de ómnibus y de tranvías; habla de Bourges como si lo hubiese dejado hace veinte años: «Fabián, cuando yo vivía en provincias...».

Mi suegro tiene en él al más ferviente de sus admiradores, quizá un futuro discípulo en numismática. Su amistad me hace pensar en...

—¿Me permites, Juana?

—Sí, escribe lo que quieras, puesto que ese cuaderno no es más que para nosotros dos.

—Este ratón de la ciudad y del campo. Ahora mismo, cuando entrábamos en casa, han tenido una conversación alternativamente humorística y jovial, en la que sus dos naturalezas coincidían en el mismo sentimiento, pero en opuestos extremos de la gama de los matices.

He retenido en la memoria un fragmento de esa conversación:

—«Mi querido amigo Charnot: ¿sabe usted en qué pienso?

—»No, ni por asomo.

—»Pues pienso en que es muy curioso.

—»¿El qué?

—»Ver á un bibliotecario empezar su carrera por una mancha de tinta. Porque usted no puede negarlo: el casamiento de Fabián, su posición, mi vuelta á la capital, todo proviene de aquello. La tal tinta debía ser tinta simpática: ¿qué dice usted de eso?

—»*Félix culpa*, en efecto, señor Mouillard. Hay tonterías felices; pero como uno no sabe cuáles son, no existe jamás razón para cometerlas».

Apenas si entre la multitud, que tanto horror le causa, he podido detener un momento á Lamprón, más salvaje y más amigo mío que nunca.

—¿Eres completamente feliz? —me ha preguntado.

—Completamente.

—Cuando lo seas menos, vendrás á verme.

—Creo que siempre lo seremos tanto como ahora —dijo Juana.

Y creo que tiene razón.

Lamprón se sonrió.

—Sí, y si lo soy completamente, Silvestre, te lo debo á ti, se lo debo á ella, se lo debo á los demás. Yo, para ser dichoso, no he hecho otra cosa que dejar que fuese al garete mi existencia en el mar de la vida. Cuando he querido dar un golpe de remo, por poco he zozobrado. Todo lo que los demás han hecho por mí ha tenido buen éxito. Esta idea me confunde. Acuérdate y verás: He conocido á Juana gracias á Flamarán, que me encaminó á casa de su amigo; tú le has hecho el amor por mí, al dibujar su retrato; la señora Plumet se ha encargado de dar la noticia y luego de

romper el obstáculo contra el cual me hubiese estrellado; si he encontrado á Juana en Italia, ha sido por causa tuya; también has concluido tú de hacer la petición de mano empezada por Flamarán; en fin, la posición que yo no tenía me la ha proporcionado mi suegro. ¿Qué es lo que yo he hecho? Amar, llorar, sufrir, nada más, y ahora tiemblo al pensar que mi alegría se la debo á todos menos á mí mismo.

—No, amigo mío, no tiembles, no te sorprendas ni cambies tu manera de ser. Tú mereces la felicidad que tienes: ¿qué importa la manera que Dios ha tenido para dártela? Es una renta vitalicia que te proporcionan tus parientes, tus amigos, los indiferentes y hasta las cosas por sí mismas. Pues bien: cobra los intereses y no te preocupes de lo demás.

Puesto que Lamprón, que es un filósofo, lo ha dicho, soy de opinión de seguir su consejo. Así pues, si me lo permites, Juana, no tendré otra ambición que la de ser amado por ti y me guardaré mucho de correr tras aumentos de crédito o de fortuna que pudieran ser minoraciones de dicha; si tú consientes en ello, Juana, veremos poco la sociedad y mucho á nuestros amigos; no abriremos mucho las ventanas para que el amor, que tiene alas, no vuele fuera de nuestra mansión: Juana, si te parece bien, gobernarás la casa á tu gusto, quiero decir, según tu leal saber y entender; serás soberana en todas las cuestiones de orden interior y familiar; decidirás si hemos de salir o no, y si hemos de visitar o de viajar; yo me dejaré guiar en todo como un niño por el alegre sendero por donde ahora voy siguiéndote.

He mirado á Juana.

No me ha dicho que no.





RENÉ FRANÇOIS NICOLAS MARIE BAZIN. Nació en Angers, el 26 de diciembre de 1853. Falleció en París, el 20 de julio de 1932. Fue un novelista, jurista, periodista, historiador, ensayista y viajero francés.

Sus obras poseen un vocabulario muy rico y describen casi siempre la lucha del catolicismo y los valores tradicionales contra la ciudad, el progreso, el ateísmo, el contagio revolucionario, inscribiéndose en el movimiento agrario y rural del que derivó cincuenta años después el régimen de Vichy; en la actualidad ciertos aspectos del ecologismo no están lejos de la visión de Bazin y, con Paul Bourget, Henry Bordeaux y Maurice Barrès, formó la tríada de autores de referencia de los medios tradicionalistas de la época.

Notas

[1] Nombre que se daba en Francia al heredero del trono. <<

[2] Cierta asociación de los procuradores, escribanos, pasantes, amanuenses y demás dependientes del Parlamento de París. <<

[3] Especie de aceras que hay á trechos en el centro de los bulevares para esperar ocasión de atravesar de una acera á otra. <<